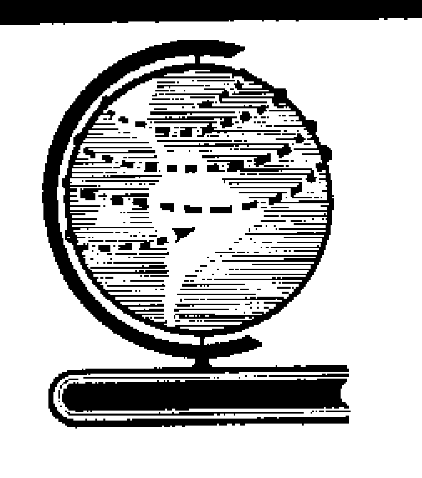
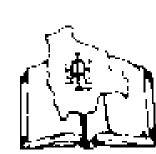


COLECCION
TEXTO
Y
DOCUMENTO

AGUSTIN
SAAVEDRA WEISE

Bolivia en el Contexto Internacional



EDITORIAL LOS AMIGOS DEL LIBRO

"NO LEER LO QUE BOLIVIA PRODUCE
ES IGNORAR LO QUE BOLIVIA ES"

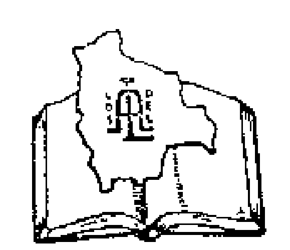
Agustín Saavedra Weise

Bolivia en el Contexto Internacional

ENSAYOS

- CIENCIA POLITICA
- GEOPOLITICA
- RELACIONES INTERNACIONALES

(Prólogo del Dr. JORGE SILES SALINAS)



Editorial
LOS AMIGOS DEL LIBRO
Werner Guttentag
1 9 8 5
Cochabamba–Bolivia

1985 Editorial "LOS AMIGOS DEL LIBRO"
La Paz, casilla 4415
Cochabamba, casilla 450
ISBN 84-8370-110-4
NA. 1130

Impreso en Bolivia — Printed in Bolivia

Editores: Editorial LOS AMIGOS DEL LIBRO
Impresores: Imprenta POLIGRAF

PROLOGO

Las ideas, las inquietudes, los propósitos del hombre intelectual de nuestros días se vierten principalmente en forma de artículos destinados a esas pulsaciones del vivir colectivo que son los diarios, cuya nota distintiva es la fugacidad, el brevísimo tiempo que les es concedido para cumplir su aspiración de ser oídos, de hacerse sentir, de trasmitir un pensamiento. La aceleración temporal hace mucho más difícil contar con la calma que exige la colaboración a una revista, la preparación de un libro. La huella del tiempo queda en esas páginas de los diarios en que se recogen comentarios, sugerencias, observaciones, propuestas alusivas a una pública necesidad. Ya la misma palabra "artículos" expresa el sentido que quiere dar a su tarea el que los escribe. Desde su origen latino, esta voz, consistente en un diminutivo, "articulus" —como si dijéramos pequeño trabajo, obra rápida, breve escrito— destaca la condición fragmentaria del texto que su autor ha redactado para que aparezca —la expresión es significativa— en la página de un periódico. "Artous" —de donde viene artículo— vale tanto como estrecho, apretado, ceñido. El artículo no puede ser, por definición, ni extenso ni difuso. Debe ir a lo concreto, debe ceñirse a un tema. De ahí que el articulista, esto es, el colaborador asiduo de un diario, el escritor que toma por hábito la entrega frecuente de crónicas o comentarios a la prensa de su ciudad o su país, no sólo escoge como materia de su anotación un asunto preciso, un fragmento de la realidad, sino que también experimenta la sensación de que, al hacerlo, va entre-

gando a sus lectores una porción de su vida, un girón de sus personales experiencias.

En este libro se recoge una variada colección de artículos escritos por Agustín Saavedra Weise para la prensa de Bolivia. Diversos son los periódicos en que estas notas, redactadas entre 1971 y 1984, fueron publicadas. Entre esos diferentes diarios paceños está también "Ultima Hora", cuya dirección he ejercido en el tiempo en que se registraban las colaboraciones de Agustín Saavedra.

Me cabe decir por eso que pocas satisfacciones tan auténticas se me han brindado en esa actividad como las que me proporcionaba el hecho de recibir y publicar esos trabajos, entregados con gesto amistoso, por el diplomático y agudo intérprete de las realidades contemporáneas que es Agustín Saavedra Weise.

Su doble trayectoria académica, como Licenciado en Ciencias Políticas y en Economía, abre a su mirada de hombre político, dotado de sólida formación intelectual, una amplia perspectiva sobre la actualidad internacional, sin olvidar los sucesos de la vida boliviana, a la cual se siente ligado desde sus raíces, según lo ha demostrado tanto en su actuación pública como en su labor profesional y en la exposición de sus ideas.

La lectura de la articulada serie de trabajos que componen este volumen permite apreciar la continuidad y la fidelidad del itinerario seguido por el autor, a quien no atraen las curiosidades vanas del diletante o del snob que dispersan su atención hacia toda clase de asuntos, bajo el atractivo de la moda del día o dejándose llevar por la actitud frívola de quien varía de interés a cada instante, por propia inestabilidad o por carecer de una línea constante de objetivos y compromisos. La inspiración invariable a la que obedece

Saavedra Weise es la de las Relaciones Internacionales, con un centro constante de orientación, que es Bolivia, y con un criterio ordenador que es el del proceso histórico, desde los hechos decisivos del acontecer político hasta llegar a las realidades palpitantes de nuestro tiempo.

El rasgo sobresaliente del buen analista de los sucesos mundiales es la amplitud de visión, que abarca todo el panorama de la realidad humana, sobre todo en la concreción de las formaciones sociales e estatales. La combinación de la teoría política con el estudio de los asuntos internacionales puede dar inmejorables frutos si la síntesis se efectúa con seriedad científica y, a la vez con un generoso propósito de divulgación y enseñanza. De este modo ha procedido el autor de este libro en su actuación académica, como lo acreditan ensayos tales como el dedicado a estudiar el sugestivo tema de la "Influencia de la ciencia económica en la ciencia política", o el que lleva por título "Un esquema para el análisis del Poder Nacional", o el prólogo al libro de Luis Antonio Morzone, "La salida al mar de Bolivia ante el Derecho Internacional". "Posición Argentina", así como la compilación de "Documentos sobre la mediterraneidad de Bolivia", los dos últimos publicados por la editorial Depalma, de Buenos Aires.

La actividad periodística de Agustín Saavedra, ejercida desde 1966 en la prensa boliviana, ha prestado un notable servicio al público lector de nuestro país. Utilísimas cada una de sus notas al tiempo de ser publicadas, al proporcionar la información necesaria sobre libros y autores, sobre usos y modalidades de la vida diplomática, sobre los designios de las grandes potencias, sobre los procesos de integración, sobre la defensa de nuestro derecho de salida al mar, en fin, sobre todo lo que atañe a la vida internacional de los Estados o a

las nuevas direcciones del pensamiento político, conservan un valor permanente, permitiendo al lector de hoy remontarse al origen de muchas de las corrientes y de los desenlaces políticos de esta etapa final del segundo milenio de nuestra era.

Digamos, por último, que los ensayos y notas de este libro nos acercan a la personalidad del autor, quien, en el desempeño de las funciones de Canciller de la República, cumplió una tarea en extremo valiosa para el país, al contribuir con sagacidad y patriotismo a que se realizara la transición al régimen democrático establecido en octubre de 1982, *transición en la que fueron ahorrados a la población boliviana los enfrentamientos o los estallidos de irracionalidad que era dable esperar en aquellos momentos. Como funcionario diplomático en Buenos Aires, en Santiago, en Ginebra, como figura descollante de nuestro servicio exterior, Agustín Saavedra Weise ha actuado en el mismo nivel ejemplar en que se ha producido su obra intelectual y en que se ha dado a conocer su labor al servicio de la comunidad, siguiendo la tradición de otros eminentes ciudadanos nacidos, como él, en Santa Cruz de la Sierra, entre los que cabe mencionar a Enrique Finot, Humberto Vázquez Machicado, Bailón Mercado, Dionisio Foianini, Alfredo Flores, Mario Gutiérrez, Manfredo y Enrique Kempf Mercado, José Ortiz. Es digno de ser señalado que los rasgos característicos de esta pléyade brillante de servidores del país han sido la devoción por los grandes valores históricos de la nacionalidad o bien la defensa apasionada del patrimonio territorial y de los derechos de Bolivia en el orden internacional.*

Jorge Siles Salinas.

NOTA DE INTRODUCCION

Poco puedo agregar a las generosas expresiones de mi buen y dilecto amigo, Don Jorge Siles Salinas, quien ha tenido la paciencia de seleccionar y prologar el conjunto de trabajos que ahora ofrecemos al amigo lector.

Lo único realmente importante para el que lea este compendio es que tenga en cuenta la fecha en que cada *artículo* fue publicado, pues por obvias razones —y si bien pueden tener un valor de permanencia relativa— es necesario ubicarlos en el momento cronológicamente adecuado.

Por lo demás, la presente selección abarca una mínima parte de las notas y trabajos publicados en la prensa nacional a lo largo de los últimos quince años por el suscrito. Creemos que alguna utilidad tienen. Quien tendrá que juzgar en definitiva esta presunción, es el lector, a quien dedicamos con afecto este libro.

Agustín Saavedra Weise

La Paz, febrero de 1985

ORWELL Y 1984
(Diciembre 1983)

Eric Blair nació en Inglaterra y adoptó luego el pseudónimo de George Orwell para escribir sus obras. Su trabajo cumbre, "1984", ha sido objeto de sesudos análisis y comentarios. Publicaciones de envergadura mundial, como el Time y el New York Times, le han dedicado en estos últimos días de 1983 extensas páginas. El Smithsonian Institute de Washington tiene planeado para el próximo año un programa especial dedicado a Orwell y a lo que él significó para la sociedad occidental. Nosotros, en estas breves notas, tan sólo reflexionaremos un poco acerca del hombre y su máxima obra, sobre todo porque 1984 ya está encima nuestro y con el advenimiento del nuevo año, vale la pena recapitular algunas de las ideas orwellianas; ver si ellas son compatibles con la fecha que puso a su libro más famoso.

1984 fue escrito en 1948 y Orwell decidió hacer una permutación de números para darle proyección futura a su trabajo. De ideas izquierdistas (peleó al lado de la República en la guerra civil española), Orwell quedó muy impresionado con las tendencias totalitarias que había vivido Europa en la época del fascismo italiano y del nazismo alemán. Asimismo, le impactó la dureza del stalinismo en la Unión Soviética. En consecuencia, Orwell se convirtió en un ácido crítico de todo aquello que tendía a empañar la libertad humana sea en un contexto capitalista sea en otro socialista.

Su obra narra una hipotética etapa futura de la humanidad donde el "gran hermano" (Big brother) vigila hasta

los movimientos mínimos de las personas y restringe toda capacidad de libre albedrío. Es, en otras palabras, la proyección trágica del estado totalitario.

Si bien George Orwell escribió su libro en los primeros años de post--guerra, ya su genio vislumbró las tremendas contradicciones de este siglo veinte: enorme capacidad científica tanto para el bien como para el mal. Efectivamente, el ser humano en los últimos cuarenta años ha desarrollado una excepcional capacidad tecnológica, de gran beneficio, pero también de indudable espectro terrorífico. Medicinas y trasplantes van de la mano con nuevas armas; mayor producción de alimentos corre paralela con hambrunas generalizadas en países pobres; creciente espiritualismo tiene su contrapartida en un materialismo abrumador; bondad y maldad marchan juntas; creación y destrucción salen a veces de los mismos laboratorios. Son las grandes paradojas de un siglo XX excepcional en muchos aspectos, trágico en muchos otros. Hemos presenciado las barbaries más espantosas y también hemos sido testigos de los acontecimientos más maravillosos, todos ellos productos de la moderna ciencia y de la política nacional e internacional de los pueblos de este planeta.

El gran hermano —como Orwell lo visualizó— no ha llegado a concretarse en su plenitud. El estado totalitario total (valga la expresión) todavía no existe. Sin embargo, no han faltado groseras imitaciones ("hermanitos subdesarrollados") en los países del Tercer Mundo, asiduamente azotados por inclementes dictaduras y tiranías.

Las incipientes democracias a veces entran en colapso por sus propios errores, dando pie así a la incursión aviesa de elementos orwellianos en el desarrollo político de sociedades poco avanzadas.

En el mundo industrializado, el big brother ha tenido —tiene— algunas manifestaciones explícitas. El creciente control del individuo mediante sistemas sofisticados de vigilancia electrónica, el ahogo de las personas en la marejada del colectivismo, la impotencia del ser humano frente a la presencia todopoderosa del Estado, etc., son elementos que hoy en día, en mayor o menor grado, se dan en algunas sociedades y más allá del sistema político o económico que las rija. Sin embargo, la contrapartida positiva también es necesario mencionarla: mayor abundancia, mayores posibilidades de vida, perspectivas ciertas de un futuro relativamente planificado, estabilidad política y social, son sólo algunas de las conquistas del hombre en la comunidad industrial que son válidas en Occidente y Oriente, con las diferencias obvias de matices para cada ideología dominante. La vieja Europa ha superado también sus traumas de post-guerra y vive una prosperidad sin precedentes en su historia.

Persiste siempre el fantasma del holocausto nuclear, sobre todo ahora cuando las tensiones entre EE. UU. y la URSS han llegado a niveles casi intolerables. Sin embargo, el mundo —pese a la miríada de guerras localizadas y conflictos internos— ha vivido globalmente en paz por casi cuarenta años. Es posible pensar en la cordura de los dirigentes de las superpotencias para extender ese horizonte de paz universal, aunque los estragos parciales sigan asolando diversas regiones del globo.

En otras palabras: aunque todavía tenemos en este mundo tremendas fallas: sistemas políticos injustos, conflictos, hambre y pobreza, aún no hemos llegado al dominio completo del hombre, al lúgubre período del big brother. Desde este punto de vista, la profecía orwelliana ha fallado.

Como elemento de precaución frente al avasallamiento de la libertad, como algo que lastimosamente se vislumbra en algunas sociedades, especialmente en aquellas dominadas por el comunismo, 1984 es una llamada de atención, es algo que siempre debemos tener en cuenta.

Cronológicamente, estamos entrando en el tiempo que Orwell fijó para su novela. El big brother aún no está; hay tendencias hacia el rechazo y hacia el apoyo de lo que este "gran hermano" pretendía. No es raro entonces que George Orwell sea objeto de especial reverencia y estudio durante este año 1984.

Por nuestra parte, hagamos lo posible por desarrollar una sociedad alejada de las premisas orwellianas, pero teniéndolas en cuenta con la finalidad de evitar desvíos.

1984, el verdadero 1984, está a la vuelta de la esquina. El mensaje de George Orwell (1903-1950) aunque pasen los años, quedará como paradigma de lo que puede llegar a ser el mundo si los hombres pierden su capacidad, su voluntad, de ser libres...

COLOMBIA: "SOLAMENTE ANFITRIONES"
(Diciembre 1983)

La Resolución de la Organización de Estados Americanos (OEA) llamando a un "proceso de acercamiento" a Chile y Bolivia, con miras a solucionar nuestro enclaustramiento marítimo, ha generado numerosas publicaciones con diversas opiniones sobre la iniciativa colombiana y su papel como amigable componedor. Nosotros mismos, en nuestro trabajo de PRESENCIA del pasado 7 de diciembre, decíamos que nos encontrábamos "con la perspectiva de contar con un amigable componedor que sería Colombia".

Para estupor de todos, las declaraciones del Presidente Belisario Betancur ante el periodista de Televisión Boliviana (destacado a Buenos Aires acompañando a la comitiva oficial que asistió al acto de transmisión del mando en Argentina) fueron realmente sorpresivas. En efecto, el domingo 18 de noviembre, hemos visto y escuchado al ilustre Presidente colombiano en Canal 7 y ante una pregunta del periodista boliviano en torno a cómo enfocaría la reunión en su país entre Chile y Bolivia, el mandatario textualmente expresó: "Ya sea en Bogotá o en otra localidad, estamos dispuestos a recibir fraternalmente a los delegados de Chile y Bolivia (o Bolivia y Chile) en nuestra calidad de anfitriones, solamente como anfitriones".

Tal declaración realmente nos ha tomado de sorpresa, pues significa que lo dicho por nuestro Canciller (y repetido por nosotros) acerca del papel de "amigable componedor" de Colombia no es tal y que ese país se limitaría simplemente a ser anfitrión de las reuniones.

En todo esto, hay algo más que pura semántica, pero conviene recordar las diferencias sustanciales que los diccionarios nos señalan con respecto a una y otra cosa. Componedor: "persona que compone", "árbitro que pone de acuerdo a los que tienen alguna diferencia". Por otra parte, anfitrión es "el que convida a su casa" (Ver Diccionario Pequeño Larousse Ilustrado).

Si el propio Presidente de Colombia ha dado la pauta de que solamente nos invitará con agrado a su país, quedaría desterrada entonces la posibilidad de que sea amigable componedor, término muchísimo más preciso y claro que el de simple anfitrión.

Esto implica que todos los que de una u otra manera —y con diversos criterios— hemos opinado sobre la iniciativa co-

lombiana, hemos partido de un error preliminar de apreciación basado en las noticias y comentarios fruto de la reunión de la OEA sobre el papel que estaba dispuesto a representar el estado colombiano. Ya el mensaje de sobrevuelo de Betancur nos puso en guardia, cuando mencionó la "discusión de la vieja aspiración por una salida al mar de Bolivia". Ahora, como resultado de sus palabras en Buenos Aires, vemos que hemos sido invitados y punto. No hay nada más que eso, cuando creíamos que quizá había algún "as bajo la manga" o que la iniciativa colombiana se traduciría en una activa participación en el mentado "proceso de acercamiento" con los invasores de nuestro Litoral.

La cancillería de la República debe brindar a la brevedad mayores precisiones sobre este vital asunto pues el enclaustramiento marítimo es un tema que tiene que ser abierto y transparente para toda la ciudadanía. Mientras esas aclaraciones no nos brinden mayor luz, nos vemos obligados a quedarnos con las palabras del Presidente de Colombia: "Solamente anfitriones".

"LA VIEJA ASPIRACION" EN EL ENTENDER DE COLOMBIA (Diciembre 1983)

Según hemos leído en la prensa del sábado pasado, el Presidente Interino recibió varios mensajes de cortesía de dignatarios que sobrevolaron nuestro territorio con rumbo a la Argentina, para estar presentes en los actos de transmisión del mando al nuevo Gobierno de ese país hermano.

El Presidente de Colombia, Don Belisario Betancur, en su mensaje hizo mención específica a su misión de amigable componedor aceptada por las partes en la reciente Asamblea

General de la Organización de Estados Americanos (OEA). Textualmente expresó: "Quiero hacer propicia esta ocasión para reiterarle el ferviente deseo de colaborar en el proceso de acercamiento con el hermano pueblo de Chile para que "BOLIVIA DISCUTA NUEVAMENTE SU VIEJA ASPIRACION POR ENCONTRAR UNA SALIDA AL MAR" (las mayúsculas son nuestras).

Es lamentable que el ilustre Presidente colombiano haya utilizado la palabra "aspiración", que coincide con la permanente y tradicional posición chilena, muy alejada por cierto de lo que para nosotros es nuestro legítimo derecho de retornar al mar, reivindicando nuestros territorios ocupados por el invasor. Asimismo, "discutir nuevamente su vieja aspiración" tampoco es una frase afortunada. No podemos discutir aspiraciones cuando tenemos derechos históricos. Podremos (quizá) negociar algunas condiciones aceptables pero no podemos discutir un derecho histórico que tiene Bolivia, mucho menos hablar de "aspiraciones".

Este mensaje del Mandatario colombiano nos da la pauta del relativo desconocimiento que se tiene en América de nuestro problema marítimo, desconocimiento que se hace palpable hasta en la redacción de un simple saludo por parte de quien ha ofrecido sus buenos oficios para "acercar" a Bolivia y Chile. Lo lógico es que el que ha ofrecido su amigable participación, se empape del problema, utilice los términos adecuados para cada una de las partes y demuestre hasta en las cosas más sencillas (como el mensaje al que hacemos referencia) su ubicación real en torno al diferendo, en lo que hace a la sensibilidad de las naciones involucradas.

Lamentable como ha sido el texto utilizado por el Presidente Betancur, es sin embargo, valioso en el sentido de alertarnos y ponernos en guardia, frente a lo que —eventual-

mente— podrá suceder en la próxima reunión de Bogotá. Finalmente, la Cancillería boliviana debe percatarse de la imperiosa necesidad de divulgar al máximo nuestro drama del enclaustramiento y exigir cordialmente al amigable componedor que esté plenamente interiorizado del problema para que pueda, entonces, tener el panorama completo de las cosas, ya que por ahora, pareciera que solamente tiene en cuenta la posición chilena...

REFLEXIONES SOBRE LA INICIATIVA COLOMBIANA (Diciembre 1983)

Hemos seguido con mucha atención el interesante conjunto de publicaciones y editoriales que ha motivado la Resolución de la Organización de Estados Americanos (OEA), presentada por la delegación colombiana en la reciente Asamblea General que tuvo lugar en Washington.

También hemos visto el "videotape" que se difundió mediante la Televisión Boliviana y hemos escuchado allí las expresiones de nuestra Delegación y de las restantes.

Con el ánimo constructivo que anima todos nuestros comentarios, nos permitiremos ahora algunas reflexiones sobre el "proceso de acercamiento" con Chile que inspira el texto de la Resolución aprobada en la OEA.

El propio Secretario General de la OEA ha anunciado, junto con su renuncia, su "frustración" por la inoperancia del organismo y por la falta de dinamismo concreto en sus acciones. Fidel Castro tiempo atrás llamó despectivamente a la OEA "Ministerio de Colonias". Durante la crisis del Atlántico Sur, el "New York Times" en un editorial de esa época, expresó aproximadamente lo siguiente: "El apoyo latinoamericano a la Argentina es tan ancho como el Río de La Plata,

pero solamente con una pulgada de profundidad". Este lapidario comentario sobre la retórica regional tiene lamentablemente su comprobación en reuniones internacionales donde, de las abundantes palabras a los hechos, la distancia es abismal.

Cuanta situación llama la atención del organismo hemisférico siempre es "histórica" o, por lo menos, de "proyección histórica". Lastimosamente, las pruebas al respecto no son alentadoras y lo "histórico" se queda en actas o en verborrea.

Observando parte de las sesiones de la OEA en la televisión, una vez más hemos corroborado este dañino ejercicio de maratonismo declamador.

Para aquellos que no están familiarizados con el funcionamiento de los organismos internacionales, la Sesión Plenaria de la OEA vista por los teleespectadores habrá tenido visos de autenticidad y espontaneidad. Podemos asegurar a nuestros lectores que ello no ha sido así. Normalmente cuando las delegaciones van a la Plenaria con temas específicos, ya ha habido un trabajo previo en Comisiones, negociaciones de 'pasillo', componendas diversas, etc. En buenas cuentas, la presentación de "X" tema en la Plenaria implica que hubo una previa negociación y que el asunto estaba "cocinado". En la sesión pertinente de la OEA, el Presidente ya tenía el programa de oradores perfectamente establecido, el delegado chileno ya sabía lo que iba a decir el boliviano, la intervención del colombiano ya estaba programada y el proyecto de Resolución ya había sido circulado y aceptado globalmente. Lo único que la plenaria hizo fue formalizar las cosas y darle carácter público a lo aprobado entre bambalinas con anterioridad.

Vale esta primera reflexión, pues, en lo que hace a la "espontaneidad" de la Asamblea General de la OEA al apro-

bar el texto de la Resolución sobre el enclaustramiento geográfico boliviano.

En muchas oportunidades, nosotros hemos manifestado públicamente la necesidad de ir más allá de la rigidez juridicista chilena y que, en consecuencia, era necesario salir del augosto marco del Derecho Internacional y buscar soluciones de tipo político-diplomático para nuestro encierro. Desde luego, tal posición no implica un desconocimiento de los valiosos aportes del Derecho Internacional y de los mecanismos que brinda para la solución de controversias. Hay aspectos del Derecho Internacional que debemos preservar, pero también somos enfáticos al señalar que manteniéndonos estrictamente en el marco jurídico no obtendremos ningún resultado. En consecuencia, cualquier iniciativa que propenda a una negociación político-diplomática nos parece interesante ya que ese es, creemos, el único camino.

Empero, no podemos lanzarnos directamente a una negociación (o a las posibilidades de que ella ocurra) sin tener previamente un frente interno que avale mayoritariamente las opciones (no son muchas) que Bolivia tiene para negociar con Chile.

Un consenso interno previo es vital en este asunto, no solamente para dar al oficialismo chileno la imagen de "interlocutor válido" sino también para evitar luego la disociación de la posición de partidos políticos, internacionalistas y opinión pública.

Esta solidez, necesaria, no la tenemos al momento por la sencilla razón de que (al igual que en Charaña) los bolivianos nos hemos visto frente a un hecho consumado sin previo conocimiento o consulta. Alguien dirá que la diplomacia debe ser reservada y ciertamente ello es así en negociaciones delicadas y cruciales, pero tratándose del anhelo máximo de la

nacionalidad la reserva puede ser letal, aunque aparentemente se conserve el factor "sorpresa". Luego del encuentro Pinochet-Banzer, el ex-mandatario boliviano dijo con sinceridad que "asumía responsabilidad personal" por lo acordado y todos sabemos que a partir de allí se inició un camino de conversaciones directas que con sus altibajos terminó en marzo de 1978 con la ruptura de relaciones diplomáticas. Mas allá de las críticas que se le hicieron al proceso, lo bueno de él —pese al fracaso— es que se vislumbró un conjunto de posiciones que antes no eran del todo claras. Chile presentó su tesis del corredor, sujeto al canje territorial; Bolivia luego de una serie de vacilaciones, rechazó la permuta propuesta; Perú ofreció a discusión un proyecto de soberanía compartida en el Puerto de Arica, con soberanía exclusiva boliviana en la costa marítima. Chile "declinó considerar" el Memorándum peruano y, pese a la entrevista tripartita de Presidentes de septiembre de 1977, ya se vislumbró el colapso de la negociación por lo irreductible de las posiciones respectivas. El rescate positivo es que se conoció con cierta exactitud el margen de flexibilidad (bastante escaso) que las dos partes vitales para la solución de nuestro enclaustramiento (Perú y Chile) estaban dispuestas a presentar.

Al terminar Bolivia las vinculaciones diplomáticas, los chilenos iniciaron su "cantaleta": "El que se fue tiene que regresar y cuando Bolivia reinicie relaciones o converse directamente con Chile, volveremos a escuchar la aspiración boliviana". En Bolivia, se llegó a cierto convencimiento acerca de la necesidad de que Chile presente alguna fórmula, o principio de fórmula, en aras de la buena voluntad interamericana y sin prejuicios previos. Esto no sucedió; Chile aferróse a su situación y negó competencia a la OEA para el tratamiento del tema y por eso se retiró de todas las votaciones

anteriores a la de noviembre 1983, cuando formó parte del consenso, pero haciendo una formal reserva sobre las anteriores resoluciones y la referencia a ellas en el nuevo documento.

Nuestros vecinos chilenos no dan hilo sin puntada y es un hecho que si bien ahora se abre el camino para las negociaciones político-diplomáticas, también se abre otro peligroso sendero hacia una nueva burla. Un distinguido hijo de Tarija Don Eduardo Trigo O'Connor, ya manifestó serias reservas sobre el procedimiento en su trabajo publicado por "PRESENCIA" el pasado 26 de noviembre y nos llamaba a "evitar un falso optimismo en la ciudadanía como un pesimismo absoluto". Este es un camino equilibrado que debemos intentar todos, sin irnos a los extremos y con la esperanza de que las autoridades responsables acepten constructivamente las críticas y sugerencias que se vayan presentando en los medios de comunicación.

Nuestra segunda reflexión es que faltó consulta interna previa y ahora nos encontramos con una política de hechos consumados, con una nueva Resolución en la OEA, con la perspectiva de contar con un amigable componedor que sería Colombia y ante la inminencia de iniciar el año próximo conversaciones preliminares con los chilenos pero fuera del marco hemisférico, lo que si bien es aceptado por Chile, le quita a nuestra Cancillería una valiosa sombrilla protectora que, pese a su inoperancia ya citada, podía brindar la Organización de Estados Americanos. El apoyo multilateral, logrado a partir de octubre de 1979, es algo valioso y qué debemos preservar.

Las intervenciones que hemos visto y escuchado por la televisión han sido suficientemente ilustrativas como para alertarnos. El delegado peruano, una vez más, manifestó la

necesidad de preservar el marco jurídico vigente; el representante argentino expresó que la eventual negociación debía realizarse con "pleno respeto a los tratados". El Canciller de Chile reiteró su conocida posición sobre la "incompetencia de la OEA para tratar el tema" y dijo que "mediante el diálogo directo, franco y sincero" era posible encontrar nuevos caminos. Los colombianos ofrecieron a través de telegramas del Presidente Betancur la ciudad de Bogotá, u otro lugar establecido comúnmente, para iniciar conversaciones. El resto de los delegados, con la verborrea ya señalada, manifestaron lo "histórico" que era el momento y apoyaron la Resolución presentada por Colombia, muchos de ellos sin siquiera conocer las fases superficiales del drama boliviano, mucho menos las profundas.

La verdad es que tuvimos la sensación de que la OEA quería "sacarse el bulto" del problema marítimo y de allí los elogios y la retórica, por la posibilidad de una reanudación del diálogo entre Bolivia y Chile.

De lo someramente expresado, que es de conocimiento público, puede extraerse otra reflexión: Chile está convencido de que el próximo paso es el diálogo directo y la consiguiente reanudación de conversaciones, mientras en Bolivia el pueblo se halla todavía bajo los efectos de la sorpresa frente a la inconsulta actitud del gobierno en un tema de tal magnitud, que está por encima de ideologías, simpatías y opiniones diversas.

Tras esta tercera reflexión, debemos llegar a ubicarnos en una posición realista: la palabra del país está empeñada en el exterior aunque la ciudadanía haya estado ausente del proceso. Esta actitud precipitada de nuestra Cancillería nos obliga ahora a ubicarnos en puntos a partir de los cuales Bolivia no sea nuevamente defraudada. Si las cosas salen

bien, perfecto; si así no fuere habrá que hacer responsables a los autores.

Mientras algunas respetables opiniones llaman al apoyo desinteresado, nosotros proponemos un apoyo crítico; ya que Colombia hace de amigable componedor, que se consulte a través de ese país amigo a Chile para saber si La Moneda llevará a la primera reunión de Bogotá por lo menos un principio de fórmula susceptible de posterior negociación, aspecto contemplado en la Resolución de la OEA. Si la respuesta es positiva, tendremos en nuestras manos la posibilidad de iniciar conversaciones con perspectivas de éxito, conscientes sí del azaroso y largo camino a recorrer.

En el caso de una respuesta negativa, en la cual Chile una vez más reitere sus rígidas actitudes y su estribillo de "primero relaciones y después negociaciones directas", tendríamos que considerar toda la "mise en scene" de la OEA como una frustración más, la novena, siguiendo la cronología del respetado internacionalista Jorge Escobari Cusicanqui.

Esta es nuestra cuarta y última reflexión, que a su vez concluye nuestras notas: Chile debe probar su buena fe, dando algún atisbo de solución. Esta actitud sería sólida demostración de un auténtico espíritu conciliatorio. Si no es así, entonces seguiremos otros derroteros hasta lograr algún día, nuestro retorno al Océano Pacífico y el abrazo de Washington habrá sido un fiasco.

CARA Y SECA DE LA DOCTRINA BREZHNEV
(Noviembre 1983)

En anteriores publicaciones mencionamos el hecho geopolítico de que las superpotencias, Estados Unidos y la Unión Soviética, ejercen determinadas acciones en sus respectivas

áreas de influencia y que dichas acciones, limitan la soberanía de los países que se encuentran en la órbita directa de estos dos países.

Casos palpables de los dos lados nos eximen de mayores comentarios y por doloroso que sea el aspecto que señalamos, tenemos que considerarlo como algo real, tangible, dentro de la política del poder que rige las relaciones internacionales y en función de lo que cada superpotencia considera su zona "legítima" de seguridad nacional.

Sin embargo, la doctrina Brezhnev de soberanía limitada tiene su esencial diferenciación con el anverso de ésta, tal como la practica Estados Unidos. Veamos dos casos relativamente recientes: en diciembre de 1979, el gobierno de Afganistán "invitó" a la URSS para que lo colabore en su sustentación y fruto de ello fue la invasión rusa a Kabul y el resto del país, donde más de 10 divisiones del Ejército Rojo se encuentran estacionadas y en apoyo del régimen afgano. Paralelamente, ha habido un gran flujo de exiliados hacia Pakistán y otras zonas aledañas e informaciones confiables de diversas fuentes europeas nos señalan que la resistencia contra la Unión Soviética es permanente y se han organizado varios grupos guerrilleros que pelean valientemente contra los invasores.

En los últimos días, la otra superpotencia ha invadido el minúsculo Estado de Granada, situado entre el Mar Caribe y el Atlántico, relativamente cerca de las costas venezolanas y como corolario de una serie de sangrientos disturbios que ocasionaron la muerte del ex-Primer Ministro Maurice Bishop. Lamentable como ha sido la intervención política y militar de los Estados Unidos en abierta contradicción con principios jurídicos del Derecho Internacional e interamericano y si bien formalmente vemos otra expresión al (revés)

de la doctrina Brezhnev de soberanía limitada, hay matices y diferencias, más allá de la global semejanza, que es necesario aclarar.

El denominador común para las dos superpotencias es la seguridad en su perímetro inmediato de intereses ideológicos, políticos y estratégicos. Repetimos, el fenómeno de las áreas de influencia sigue siendo válido y más allá de las plañideras protestas y declaraciones en los foros mundiales, ambas potencias tienen una suerte de entendimiento tácito, sobre lo que les "pertenece" a cada una Hungría 1956, Checoslovaquia 1968, Polonia 1981 y el caso afgano son suficientemente ilustrativos. Por otro lado, tenemos las invasiones a Centro américa y el Caribe en las primeras décadas del siglo XX, Guatemala en 1954, República Dominicana en 1965, Chile en 1973 y ahora Granada.

Las necesidades políticas de ambas superpotencias barren con las normas jurídicas cuando creen que sus intereses están amenazados.

Las diferencias dentro de este común marco son también amplias, por lo menos con respecto a los últimos casos de Afganistán y Granada. En el primer país la represión es dura, constante y el flujo de informaciones y transparencia casi nulo. En el caso granadino, la prensa estadounidense armó un verdadero escándalo ante las primeras restricciones a su labor, lo que obligó al gobierno del Presidente Reagan a disculparse con los medios de comunicación y darles todas las facilidades necesarias. Hoy, la información que se recibe desde Granada es amplia, libre y cada medio de prensa dice lo que se le antoja a favor o en contra de la operación militar "Urgent Fury" (denominativo en clave de la invasión). El gobierno que se está tratando de formar en el país caribeño es pluralista, sujeto a amplia discusión y tratando de buscar

pautas mínimas de consenso que permitan a Granada superar su reciente y trágico pasado. Los habitantes de la isla aparentemente están "muy contentos" con lo sucedido y aprueban la intervención militar que los ha salvado del inminente caos.

Dejando de lado, pues, la verdad o falsedad de informes relativos a una creciente ingerencia cubana y rusa en Granada, lo cierto es que su población ha recibido con agrado los sucesos y que luego de la lógica tensión de los primeros días, tiene en estos momentos una amplia libertad, libertad de la que no gozó en los pocos y agitados días de la dictadura del Gral. Austin y sus paranoicos seguidores que con extrema crueldad eliminaron al popular Bishop. Asimismo, la actual cobertura informativa desde Granada es amplia e irrestricta.

Esto contrasta abiertamente con el panorama de las intervenciones soviéticas, que no permiten el acceso a la información y restringen por completo las libertades ciudadanas, como se observa actualmente en Afganistán y en Polonia.

Así pues, en el marco global de la política del poder de las superpotencias y si bien ambas intervienen en los asuntos internos de los países de sus áreas de influencia, ese lamentable hecho tiene —más allá de la común ingerencia rusa y norteamericana— diferencias de matices entre las posibilidades de una pronta recuperación democrática con sentido de la libertad y las oscuras y retrógradas condiciones en que los rusos dejan a los países donde intervienen directamente.

Al analizar las dos caras de la doctrina Brezhnev, es necesario también analizar estas esenciales diferencias en las intervenciones de una y otra superpotencia.

SOLUCION PACIFICA DE CONTROVERSIAS
(Noviembre 1983)

En varias oportunidades hemos explicado en estas mismas páginas de *Presencia*, la fragilidad del Derecho Internacional Público para regular las relaciones internacionales, relaciones que, por cierto, exceden el mero marco normativo que poco a poco y trabajosamente ha ido construyendo la comunidad mundial a lo largo de siglos. Lo ideal sería un planeta que se rija totalmente por las normas jurídicas. Ello no es así, pues el orden jurídico no alcanza a abarcar plenamente los fenómenos internacionales, sobre todo cuando la política del poder, la "realpolitik", impera en el orbe.

Las naciones pequeñas confiamos en la preservación de nuestra soberanía, en la integridad territorial y en otros mecanismos del Derecho Internacional, pero sabemos también que el universo jurídico es frágil y que está sujeto a los vaivenes de la política internacional. Lamentablemente, esta es la realidad del mundo en que vivimos y basta echar una ojeada a los periódicos para percibir cuán lejos estamos de alcanzar un nivel perfecto.

Todo Estado se compromete a "respetar los acuerdos y obligaciones internacionales"; con esta u otra fórmula, acepta las restricciones del derecho pero también se acomoda a sus conveniencias. Bajo innumerables circunstancias, ello es válido y necesario. El problema surge cuando existe una controversia, el momento en que —por diversos motivos— un país siente o cree, que hay algo que atenta contra sus intereses. Normalmente esta situación se presenta a niveles bilaterales, pero podría presentarse en pactos multilaterales, al margen de las reservas sobre determinada cláusula que haya realizado el Estado en cuestión.

Si las controversias no se solucionan pacíficamente, entramos al campo bélico por difinición. En consecuencia, ahora, haremos un simple repaso del modo pacífico de solucionar los conflictos internacionales y para ello, utilizaremos el importante trabajo del profesor Charles Rousseau: "Derecho Internacional Público" (Ediciones Ariel, Barcelona). Cualquier otro manual es igualmente importante y similar en sus planteamientos, pero nosotros seguiremos la obra citada.

Primeramente, el catedrático francés diferencia los conflictos de orden jurídico de los de orden político. Los primeros serían aquellos susceptibles de ser sometidos a un órgano judicial y consiste en un desacuerdo sobre la aplicación o la interpretación del derecho existente. En cambio, los conflictos de orden político no son susceptibles de ser sometidos a un órgano judicial y se producen cuando una de las partes reclama la modificación del derecho existente, (op. cit., pág. 484).

Continúa nuestro tratadista: "mientras la solución de los conflictos de orden jurídico se efectúa, habitualmente, por vía arbitral o judicial, basándose en el derecho positivo, los conflictos de carácter político sólo pueden resolverse por procedimientos diplomáticos o políticos en los que, ante todo, se busca la manera de concertar los intereses en pugna".

Partiendo de esta esencial división, luego se clasifica, como es habitual, a la solución pacífica de los conflictos internacionales según tengan carácter diplomático, político, arbitral o judicial.

Los tres medios diplomáticos usuales son la mediación, la investigación y la conciliación. Previamente, es importante destacar los procedimientos directos que son las negociaciones diplomáticas entre las partes involucradas y los

buenos oficios, es decir, la acción amistosa de un tercero que propone a los litigantes un terreno propicio para el acuerdo.

La mediación —siempre según Rousseau— consiste en la acción de una tercera potencia destinada a obtener un arreglo entre dos estados en litigio. La distinción con los buenos oficios es de grado, ya que en la mediación el Estado mediador interviene en la negociación y propone una solución. Sus dos principales características son: a) la mediación es facultativa, o sea, no tiene carácter de obligatoriedad; b) tanto la iniciativa del Estado mediador como la de las partes en pugna, son discrecionales ya que al primero nada le obliga a ofrecer su mediación y las partes en litigio pueden, si quieren, declinar el ofrecimiento de mediación.

La investigación consiste en la sumisión del conflicto a unos comisarios investigadores cuya única misión es aclarar las cuestiones de hecho. Los Estados interesados quedan en libertad de deducir las consecuencias que consideren oportunas y de resolver el incidente, directamente o recurriendo al arbitraje.

Siguiendo con los razonamientos del profesor francés, vemos ahora que la conciliación tiene por objeto resolver los conflictos de intereses y de derechos y muchas veces se combina esta fórmula con una posibilidad posterior (o en algunos casos paralela) de arbitraje, procedimiento que ya es eminentemente jurídico.

Finalmente, los manuales de Derecho Internacional nos recuerdan las fórmulas de arreglo político, tal como están señaladas en la Carta de las Naciones Unidas, ya sea mediante simples recomendaciones o a través de la "orden" del Consejo de Seguridad, cuando el conflicto constituye una amenaza para la paz (Cap. VII de la Carta, arts. 39 a 51). Se mantiene la salvaguardia de que el Consejo de Seguridad

no puede intervenir en los asuntos que dependen, esencialmente, de la competencia nacional de un Estado determinado.

El arbitraje internacional tiene por objeto resolver los litigios entre los Estados, mediante jueces por ellos elegidos y sobre la base del respeto del derecho (definición del Convenio de La Haya de 1907). Tanto el arbitraje como el arreglo judicial, son pues, realizados conforme a Derecho, sobre la base de la mutua voluntad de las partes involucradas y representan los más claros ejemplos de solución jurídica de los conflictos internacionales. Normalmente, los fallos de la Corte arbitral son definitivos y deben ser cumplidos por los litigantes. En la generalidad de los casos se ha dado este caso, pero bajo algunas circunstancias un Estado puede rechazar el laudo arbitral, decisión que por cierto, tiene carácter eminentemente político. Un ejemplo reciente es el rechazo argentino al laudo de 1977 por el Canal de Beagle e islas adyacentes. El litigio ahora se encuentra en manos de Su Santidad, en calidad de mediador.

Este recuento que ofrecemos al amigo lector, de los medios de solución pacífica de controversias, permite percibir que en muchos casos, las opciones que propone el Derecho Internacional no son las más adecuadas, pues el derecho, por definición, debe basarse en la norma y en el ordenamiento jurídico internacional, la fuente básica (la norma), son los tratados, que no siempre son justos ni han sido voluntariamente negociados sino impuestos por la fuerza, como sucedió en nuestro país con el Tratado de 1904. Es el caso, por cierto, de muchas otras naciones en el mundo, que están sujetas al yugo de tratados desiguales como producto de guerras perdidas y otros conflictos.

Paradójicamente, pues, los derechos de una nación sobre determinado territorio, no siempre están amparados por el

Derecho, y por muy justos e históricos que sean los reclamos y derechos que un país tiene, la frialdad del derecho positivo, de los Tratados, impide una solución conforme al Derecho Internacional.

Queda pues, la solución por la fuerza, elemento históricamente contundente y que "hace y deshace" normas jurídicas, para lo cual el país reivindicacionista debe tener el poder necesario y las condiciones objetivas que le permitan recurrir exitosamente a la violencia. Si el uso de la fuerza no es viable, por debilidad frente al contrario u otras razones, queda entonces abierto el camino para las negociaciones político-diplomáticas, única chance posible, chance que bajo la causa justa de una reivindicación y con apoyos internacionales efectivos de comprensión y respaldo a una legítima demanda, podrá eventualmente ser positiva en la búsqueda de una solución satisfactoria al interés nacional.

Por ahora, pareciera ser que ésta es la única vía para la solución de nuestro enclaustramiento. La ruta del Derecho Internacional es contraria a lo que anhelamos y no nos conducirá a nada.

LA MANIA DEL PASADO
(Noviembre 1983)

"Quien mira hacia atrás, termina como el cangrejo: también camina hacia atrás"
(Federico Nietzsche)
(1844-1900)

El aforismo del gran filósofo alemán implicaba un feroz ataque a los historiadores de su época. Nosotros creemos que, vital como es la historia para conocer e interpretar el pre-

sente, ella no debe ser excesivamente sublimada. Consecuentemente, sin caer en las exageraciones de Don Federico, creemos que su buena cuota de razón tenía. Los pueblos necesitan mirar hacia adelante, desde el presente que los engloba y teniendo en cuenta su pasado, pero básicamente como ruta hacia adelante, como experiencias dignas de ser mejoradas o de evitarse, sin jamás quedarse con lo que ya sucedió, pues tal actitud quita vitalidad a los procesos sociales de una nación joven.

Sin embargo, este es el caso de Bolivia, país con apenas 158 años de vida independiente y varios siglos de rica herencia autóctona y colonial. Todo este valioso bagaje debería servirnos para la proyección al futuro y no para un "quedate" en la historia. Miramos tanto hacia atrás, que nos olvidamos del futuro que se nos viene encima y terminamos perdiendo el vigor necesario para enfrentar con visión positiva y ánimo enérgico, los desafíos de los años que vendrán.

Europa, el viejo continente, ha asimilado la lección y sus élites estudian acuciosamente las posibilidades del futuro e inculcan esta mentalidad de prospectiva a sus habitantes sin renegar del riquísimo legado histórico que tienen y que preservan con orgullo, pero viviendo con los pies bien plantados sobre el presente y auscultando lo que sucederá.

Ciertamente, es más cómodo recordar el apogeo de las antiguas civilizaciones, del Kollasuyo, de la Colonia e Independencia, de la guerra del Chaco y hasta de la Revolución Nacional, que el mirar hacia adelante. Repetimos, no se trata de desdeñar el pasado, pero si de evadirnos de la morbosidad recurrente de enfocar todo en sentido retroactivo. El mundo cambia, las naciones se ajustan a las grandes mutaciones y los pueblos deben mirar el porvenir como algo tangible, en base a objetivos concretos y proyectos viables.

Como mencionamos en otra oportunidad, faltan solamente 16 años para el nuevo siglo y ya pasaron más de 31 años desde la Revolución Nacional. Empero, la conversación simple, la propia actividad política, gira mucho más en torno a este importante fenómeno que a lo que se hará —haremos— con Bolivia en las próximas décadas.

Según nuestro conocimiento, el último ejercicio prospectivo que se realizó en nuestro país fue la "Estrategia para el Desarrollo Nacional 1971-1991" y nunca se supo, al final, qué pasó con ella, qué elementos eran útiles, etc. Este estudio se ha "perdido" en las agitadas aguas de nuestra política interna, sin haber aquilatado con objetividad sus alcances.

Importante, como es, repetimos una vez más, no olvidar lo sucedido en el pasado, las difíciles épocas que vive el planeta hacen que los pueblos deban pensar seriamente en su futuro, Bolivia, con su inmenso territorio y su escasa población, puede resultar siendo uno de los países verdaderamente bendecidos para una transición feliz hacia el tercer milenio ya que una adecuada explotación de nuestros recursos naturales y una sólida estabilidad política podrían darnos todos los medios necesarios para sobrellevar las dificultades que el futuro traerá consigo y elevar nuestro nivel de desarrollo. Una Bolivia dividida, con sus clases dirigentes inoperantes y disfuncionales, estaría condenada a situaciones límites harto peligrosas. De ahí entonces, la necesidad urgente de enfocar los problemas con miras actuales y visión prospectiva. Al final, el presente es el resultado de lo bueno o malo que pasó tiempo atrás.

El futuro, en cambio, es manejable, controlable, depende de nuestro libre albedrío, de nuestra voluntad y acción comunes. No seamos como el cangrejo del filósofo, marchemos como pueblo que sabe lo que quiere hacia la inmensidad del

futuro; futuro, que si hacemos hoy bien las cosas, jamás podrá ser malo, al menos en función de nosotros mismos.

EL DERECHO INTERNACIONAL Y LA DECLARACION PERUANO-BOLIVIANA
(Noviembre 1988)

En los medios de prensa locales, se ha publicado la reciente Declaración Conjunta firmada por los Cancilleres de Bolivia y Perú. El citado documento contiene los usuales principios generales y también, los importantes aspectos bilaterales que nos unen con la hermana Nación. Todo dentro de lo normal y previsible. Lo que nos ha dejado preocupados es el punto 12 de la Declaración Conjunta que textualmente dice:

"Dentro del marco de la amistad tradicional que une a los dos países, ambos cancilleres analizaron el problema de la mediterraneidad boliviana respecto de cuya solución el Perú reiteró, una vez más, su convencimiento en la necesidad que sea solucionado conforme al Derecho Internacional".

Consideramos que este es un párrafo débil y que ha sido lamentable que no se lo fortalezca. En primer lugar, se habla del "problema" y no de la "justa causa" o la "legítima aspiración", palabras que podrían haber demostrado con solidez el apoyo peruano y, por cierto, el empuje de nuestra cancillería en esta vital reivindicación nacional.

Lo más grave, empero, es que se deja flotando en el aire la unilateralidad de la posición peruana sobre la necesidad de que el enclaustramiento boliviano sea solucionado "conforme al Derecho Internacional", pero con el tácito entendimiento boliviano por la firma conjunta de la Declaración.

Como se expresa en todos los textos y manuales de Derecho Internacional, la fuente básica de éste son los Tratados y son justamente los tratados internacionales los que nos encierran jurídicamente. Tanto el Tratado de 1904 como el chileno-peruano de 1929 en su protocolo adicional, nos dejan sin chance alguna para solucionar "conforme al derecho internacional" nuestra mediterraneidad. Como lo hemos expresado en anteriores trabajos, la solución a nuestro enclaustramiento es *política* y no jurídica pues la acción política tiene la capacidad necesaria para modificar, crear o extinguir situaciones de derecho. En el caso boliviano, el derecho internacional conspira contra la superación del enclaustramiento y esta remanida posición peruana de tipo "juridicista" tiene cierto parentesco con la tradicional opinión chilena de "que con Bolivia todos los problemas han quedado resueltos y que un Tratado y varios acuerdos bilaterales (todos ellos instrumentos del derecho internacional) han dejado perfectamente establecida la relación entre los dos países". Paralelamente, la Cancillería del Mapocho elaboró el término "aspiración boliviana" que lo divorcia permanentemente de los tratados internacionales, a fin de dejar entendido que "eventuales negociaciones" pertenecen a un contexto extra-jurídico ya que en función del derecho, las cosas están selladas con la cláusula "pacta sunt servanda" (obligatoriedad de los Tratados).

El Derecho Internacional podría ser nuestro aliado, si se diera el caso de un orden mundial favorable (jurídicamente hablando) que nos permita superar la restricción de los acuerdos internacionales. Si hubiera en otras palabras, un nuevo Derecho Internacional que nos permita revisar el Tratado de 1904, injusto e impuesto por la fuerza. Ese no es el caso en la actualidad y vale la pena recordar que la Conven-

ción de Viena sobre el Derecho de los Tratados de 1969, no tiene efectos retroactivos.

Por otro lado, conviene tener presente que los nuevos Tratados del Canal de Panamá fueron posibles por la predisposición política de las partes involucradas (básicamente Estados Unidos) para revisar el oneroso Tratado de 1903 y crear nuevos instrumentos. Al margen de la injusticia flagrante, Panamá desde el punto de vista del Derecho Internacional poco podía hacer. Fue la decisión política común, la que creó un nuevo acuerdo sustitutivo del anterior.

Al Perú le interesa recalcar la posibilidad de una solución a la mediterraneidad boliviana por el lado del derecho internacional, con la finalidad de preservar sus prerrogativas derivadas del Tratado de 1929, básicamente el previo acuerdo de Chile con el Perú para el caso de un traspaso de la soberanía territorial en los territorios de Tacna y Arica a un tercero (obviamente Bolivia).

Además, el Perú defiende a ultranza el protocolo de 1942 con el Ecuador (que este último país no reconoce), por lo cual es esencial para Torre-Tagle mantener la "vigencia" del Derecho Internacional.

En consecuencia, la tesis juridicista peruana refleja el interés nacional de ese país, pero es letal a nuestros intereses. Repetimos, el derecho internacional es nuestra casaca de fuerza, es el factor limitante esencial, explícito, de nuestra actual situación de mediterraneidad. En cambio la probable negociación político-diplomática que modifique injustas situaciones de derecho, es la que algún día nos puede hacer retornar al Océano Pacífico.

Ha sido desafortunado que se deje un instrumento tan importante como una Declaración Conjunta, sin las necesarias aclaraciones de la parte boliviana, sin que nuestro país

haya manifestado su posición con más vigor y claridad, sobre todo ante el Perú, uno de los dos países con la "llave" para la solución de nuestra reivindicación marítima.

CONOCIMIENTO Y SABIDURIA
(Octubre 1983)

Con respecto a nuestro título, veamos primero qué nos dice el diccionario. Sabiduría: "prudencia", "instrucción"; saber: "ciencia", "cultura", "doctrina", "omniscencia".

Conocimiento: "acción de conocer", "tener la idea o la noción de una persona o cosa".

Aunque saber y conocer comúnmente se los utiliza como sinónimos, la verdad es que hay diferencias. La sabiduría es más fuerte que el conocimiento, implica en cierto modo, una decantación de lo conocido, una profundidad mayor.

Veamos un simple ejemplo: todos nosotros conocemos que el cigarrillo es dañoso para la salud. Muchísimas publicaciones han demostrado científicamente el vínculo entre cáncer pulmonar y tabaco. Los cigarrillos traen en su marquilla una leyenda advirtiendo que fumar es malo. Conocemos entonces, el perjuicio de la nicotina pero nos falta la sabiduría para erradicar tan nefasto hábito y muchos de nosotros (incluído el que escribe estas líneas) fumamos como murciélagos, teniendo conocimiento de lo malo que es hacerlo, pero no abandonamos el cigarrillo por carecer de sabiduría para enfrentar con decisión el problema.

En muchas cosas de la vida, tremendamente más complejas que el dilema de fumar o no fumar, tenemos el mismo principio: existe el conocimiento, pero no siempre está acompañado de la sabiduría. Conocemos que las guerras son terribles, pero la humanidad continúa en su loca carrera fratricida

por falta de sabiduría para evitar los conflictos. Conocemos que la unidad nacional (en el caso boliviano) es imprescindible para nuestro desarrollo y supervivencia pero no tenemos la sabiduría para buscar un común denominador que nos permita convivir y progresar sin peleas internas y odios.

Este siglo XX de escasos 16 adicionales años de vida, ha traído una suma formidable de conocimiento humano en todos los órdenes de la vida: ciencia, tecnología, medicina, armamentismo, literatura, arquitectura, etc. Este inmenso caudal de conocimiento, no ha corrido parejo con el desarrollo de la sabiduría y es por eso que a lo largo de los años pasados hemos presenciado las más bárbaras y primitivas formas de agresión, genocidio y violencia, junto con los más grandes desarrollos de la ciencia y la civilización. Esta paradoja, solamente es explicable por la falta de una correspondencia adecuada entre conocimiento y sabiduría. Si conocimiento y sabiduría marchan juntos, la humanidad tendrá una luz de esperanza. El conocimiento solo, queda sujeto a las pasiones y la intrínseca debilidad humana. Procuremos, pues, con humildad la sabiduría "que vale más que todas las riquezas", tal como señala La Biblia en el libro de Los Proverbios.

DOCTRINA BREZHNEV "MADE IN USA"
(Octubre 1983)

El pasado 27 de agosto de 1983, publicamos en PRESENCIA un trabajo que titulamos "Anverso y reverso de la doctrina Brezhnev". Nuestros fieles lectores recordarán que allí expresábamos que cada superpotencia tiene su área directa de influencia perfectamente definida y que cualquier "desviacionismo" desagradable para Estados Unidos o para la

Unión Soviética en sus respectivas zonas provoca diversas medidas, las que pueden culminar con la intervención directa.

Los sucesos de Granada nos dan una vez más, la prueba empírica de lo expresado: la doctrina Brezhnev y de soberanía limitada tiene dos caras; una para la URSS y otra para los EE. UU. Así como los rusos consideraron "inaceptable" el proceso checoslovaco e invadieron Praga en 1968, anteriormente los norteamericanos también consideraron "inaceptable" lo que sucedía en la República Dominicana y los "Marines" la invadieron en 1965. Con la experienca cubana de este lado del mundo y la yugoslava del otro, ninguna superpotencia permitirá que se traspasen los "límites" que establece para el juego político en naciones bajo su dominio geográfico

Decíamos en nuestro citado trabajo: "El corolario lógico de este razonamiento, comprobable, es que hay que reconocer los citados límites y no intentar ir más allá para no provocar el desastre". El asesinado líder de Granada, Maurice Bishop, se encontraba en el borde peligrosísimo de ese límite, borde traspasado por el Gral. Austin y sus acólitos, con las trágicas consecuencias que son de conocimiento público.

Los sucesos del Caribe pueden traer consigo peligrosas manifestaciones, sin descontar la posibilidad de la ruptura del acuerdo Kennedy-Kruszhev de 1962 mediante el cual Rusia desmanteló sus cohetes instalados en Cuba y EE. UU. se comprometió a no invadir jamás la isla. Asimismo, las posibilidades de nuevas intervenciones en Centroamérica no pueden desdeñarse; tampoco una mayor radicalización de las líneas ideológicas afectadas por la acción estadounidense.

Tal como ha sucedido a la inversa, esta vez será la URSS la que protestará contra el "imperialismo" y la "desfachatada intervención". Las palabras —con la lógica diferenciación

de condimento verbal— parecerán calcadas de las que en diciembre de 1981 repetían los líderes norteamericanos ante los acontecimientos de Polonia.

Los países pobres y no tan pobres, pero dependientes de ambas superpotencias en sus áreas de influencia, recordarán una vez más las fronteras de su acción interna y la dolorosa, pero real presencia, de un país poderoso que no admite el desarrollo de políticas que vayan más allá de su concepto de seguridad nacional.

La doctrina Brezhnev, como decíamos anteriormente, tiene dos caras; esta vez le tocó a la "made in USA" y mañana será la soviética. Mientras, habrá que observar con profunda preocupación lo que sucede en Granada y sus posibles derivaciones; también, extraer conclusiones regionales y nacionales de todo lo acontecido a fin de manejarse con el pragmatismo que imponen la necesidad y el interés público.

Finalmente, sin analizar las razones o sin razones de la invasión a Granada, persiste el hecho geopolítico irrefutable de una soberanía limitada en zonas cercanas al interés directo de las superpotencias.

EL EMPRESARIO DINAMICO DE SCHUMPETER
(Octubre 1983)

Joseph Alois Schumpeter, el centenario de cuyo nacimiento se celebra en este año, ha sido uno de los grandes economistas que tuvo el siglo XX en su primera mitad. Fue un gran teórico del desarrollo económico, historiador y estudioso de los fenómenos sociales concomitantes con la economía. Además, autor de "Capitalismo, Socialismo y Democracia", "Historia del Análisis Económico" y muchas otras obras y ensayos de perdurable vigencia.

Uno de los conceptos que hizo famoso a Schumpeter es el de la innovación; la permanente introducción de nuevas técnicas contribuía decisivamente al desarrollo económico brindándole su impulso y dinámica.

La teoría de Schumpeter tenía alrededor del "empresario dinámico" el centro mismo de su pensamiento: el poder creativo y la capacidad de riesgo del empresario lo convertían en la fuerza decisiva del proceso económico de desarrollo. La concepción de la innovación de Schumpeter era muy amplia y reseñaremos algunos conceptos, que son de público conocimiento.

El profesor austríaco entendió a la innovación no solamente como el ingreso a la actividad productiva de nuevas técnicas, sino también como las mejoras sustanciales en un producto existente (por ejemplo, del antiguo televisor a los ultramodernos hoy). La innovación puede entendérsela inclusive, como la apertura de nuevos mercados con posibilidades industriales y comerciales. Estas serían, en un contexto contemporáneo, tan importantes, como la introducción de robots o "microchips", pues representan algo nuevo, que impulsa al progreso.

Otra consecuencia importante de la teoría de la innovación es que ella no ocurre continuamente, sino a intervalos regulares. Luego de una innovación básica, aparecen innovaciones derivadas que asientan, que decantan, el proceso productivo por un tiempo razonable.

Los ciclos económicos podrían tener, al menos, alguna explicación parcial con la teoría de Schumpeter. La depresión sería la consecuencia del crecimiento. Empresas que no supieron adaptarse a las nuevas técnicas, desaparecerían y se da entonces, el proceso que Schumpeter denominó de "destrucción creativa". Hoy, en día, con la creciente ingerencia

y ayuda del Estado a ciertas compañías productivas (fenómeno ciertamente universal), la desaparición no siempre se cumple y terminan cohabitando industrias de punta con industrias ineficientes y hasta obsoletas.

Otra consecuencia del proceso de innovación es la concentración. Sea a través de oligopolios o monopolios, privados y estatales, la concentración productiva y de capital resultan inevitables. Es una de las consecuencias de la creciente inversión en nueva tecnología, que necesita sólidos apoyos corporativos para hacerse efectiva. La época del visionario e innovador empresario individual no es la de estos años, cuando detrás de las ideas tiene que estar el capital que las apoye y haga viables.

Otra de las desventajas sociales que en estos momentos presenta el proceso de innovación, es que la introducción de alta tecnología tiende a disminuir el porcentaje de trabajo en el producto terminado, disminuyendo así sensiblemente la posibilidad de absorción de mano de obra. Sin embargo, en las grandes economías industrializadas, el actual ciclo depresivo podrá eventualmente entrar en un nuevo proceso de desarrollo, una vez superadas las dificultades actuales, fruto de la "destrucción creativa" que, aunque sea parcialmente, está teniendo lugar en el mundo industrializado, mientras la innovación, con "robots", computadoras y alta tecnología, genera las posibilidades de un nuevo ciclo de crecimiento.

En la antigua concepción Schumpeteriana, solamente el empresario dinámico tenía en sus manos el proceso de innovación. Hoy en día, son las grandes corporaciones, los gobiernos, el mayor o menor nivel de seguridad o riesgos, etc., aspectos tanto o más importantes que la capacidad empresarial. Sin embargo, en nuestros países en vías de desarrollo y con las limitaciones del caso, quizá sea posible todavía lograr

algunos resultados mediante al dinámica empresarial, mediante la inventiva del empresario para innovar, para ponerse a tono con las necesidades del presente y las proyecciones al futuro. El concepto de "democracia productiva" tan publicitado en estos días, debería tener su expresión práctica en la voluntad de innovación que agudamente señaló Schumpeter, en marcos legales que garanticen la expansión sana y social y privadamente beneficiosa, del empresario dinámico.

LA CRISIS DE OCTUBRE DE 1962
(Octubre 1983)

En pocos días más, la crisis de los cohetes instalados en Cuba y que tuvo al mundo en suspenso durante el mes de octubre de 1962, cumplirá la "mayoría" de edad: transcurrieron 21 años e infinidad de análisis y publicaciones se han referido a ese momento, "el más cercano" a un enfrentamiento nuclear que hubo entre los Estados Unidos y la Unión Soviética.

Recordarán los lectores que varios aviones de reconocimiento estadounidenses (en esa época los satélites espías estaban en pañales) detectaron la presencia en territorio cubano, a menos de 200 kilómetros de las costas norteamericanas, de misiles con capacidad para lanzar armas nucleares. A partir de ese momento el joven Presidente de los EE.UU. J. F. Kennedy, inició una política de enfrentamiento con la URSS hasta que ésta accedió a levantar las instalaciones realizadas.

Recordemos que un año antes, el entonces flamante régimen de Fidel Castro había frustrado la invasión de "contrarrevolucionarios" en la Bahía de Cochinos y la relación con EE. UU. era sumamente tensa, no descartándose la po-

sibilidad de una nueva invasión, esta vez no a cargo de cubanos desafectos sino con todo el peso militar norteamericano. Paralelamente, Cuba había ingresado ya prácticamente de lleno en la órbita rusa y dependía de la URSS para su existencia política.

Ante la opinión pública mundial, la firmeza de Kennedy y el retiro de los cohetes rusos, significó una gran triunfo internacional, aplaudido por toda la prensa de occidente y por líderes políticos. Sin embargo, nosotros pensamos que más bien fue un triunfo soviético y aunque lo que reseñaremos es una simple hipótesis que bien puede ser errónea, expondremos nuestro punto de vista.

Los dirigentes de EE. UU. están sujetos a la permanente presión de los grandes órganos de prensa, radio y televisión. Como toda sociedad pluralista y abierta, las tendencias de la opinión son vitales para el gobierno. La URSS, en cambio, es una sociedad cerrada, monolítica y donde la opinión pública es directamente manipulada según el parecer de los mandatarios de turno. ¿Cuál era el objetivo ruso en 1962? Creemos que era el evitar a toda costa una invasión estadounidense de Cuba y lograr el pleno afianzamiento del gobierno castrista, contando para ello con las garantías necesarias, inexistentes a la fecha. Nada mejor entonces, para los soviéticos, que el montar un gigantesco "show" con probables amenazas nucleares al territorio norteamericano desde Cuba para forzar a los norteamericanos —acicateados por su público— a negociar, sobre la base de un hecho consumado, las garantías buscadas.

Efectivamente, Estados Unidos apareció como el triunfador con los misiles rusos desmantelados y retornados a la URSS. Sin embargo, la condición de los rusos para ese propósito fue satisfactoriamente cumplida; EE. UU. se com-

prometía a no intentar jamás invadir Cuba, con lo cual el objetivo político de la URSS quedó plenamente satisfecho: la isla del Caribe permanecerá como avanzada ideológica del comunismo soviético en el continente americano. Los EE. UU. se quedaron con su propaganda y su despliegue publicitario, que repetimos, los hizo aparecer como vencedores en el latente conflicto, pero el vencedor REAL fue el gobierno soviético quien, con extrema habilidad y conocimiento de la mentalidad estadounidense, logró su propósito verdadero aunque aparentemente haya debido retirarse de Cuba con el rabo entre los pies y con sus cohetes.

La tensión terminó el 28 de octubre de 1962, cuando Nikita Khruschev anunció el desmantelamiento de los misiles, solicitando a su vez garantías para Cuba. Pocos días después se desinfló la tensa situación mundial y los norteamericanos quedaron felices por haber "humillado" al oso ruso. La URSS, que poco cuidado tiene en lo que opina su pueblo o el resto del planeta, se salió con la suya: garantizó la existencia del régimen de Fidel Castro que continúa hasta hoy, 21 años después, en el poder.

No sabemos si nuestra idea es correcta o no, tampoco tenemos conocimiento de otras ideas similares que se hayan divulgado. En todo caso, al recordar en estos días aquellos cruciales instantes de octubre 1962, exponemos nuestra opinión y dejamos la misma en manos del amigo lector.

EL COMPLEJO DE CERCO EN LA URSS
(Septiembre 1983)

La antigua Rusia de los Zares ya era un imperio gigantesco. La actual Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), ha acrecentado aun más su presencia territorial

y geopolítica, convirtiéndose como todos sabemos, en una de las dos superpotencias al lado de su rival, los Estados Unidos de América (EEUU).

A raíz del derribamiento del avión de la Korean Airlines (KAL), ha vuelto a ponerse sobre el tapete de la noticia internacional, el concepto de seguridad nacional tan acendrado que tiene la URSS, hasta transformarse en un verdadero complejo de cerco, de "cerrazón" por un lado y temor patológico a una invasión extranjera por el otro. La verdad es que hay ciertas razones históricas que por lo menos justifican y hacen comprensible esta posición rusa y trataremos de explicarlas en una breve síntesis para nuestros lectores.

Estados Unidos es un país afortunado. Solamente limita con dos estados (México y Canadá) por el sur y el norte. Al oeste tiene el Océano Pacífico y por el oriente al Atlántico. Además tiene territorios de ultramar y una solución de continuidad con Alaska pero su territorio básico cuenta con solamente dos fronteras terrestres, que no representan ninguna amenaza para EE.UU pues son países comparativamente mucho más débiles. En realidad la única amenaza —si cabe el término— es la permanente irrupción de inmigrantes ilegales mexicanos.

Tal seguridad geográfica le ha permitido a EE.UU vivir tranquilo y sin problemas externos en su perímetro inmediato. Cuando los "american boys" han luchado, lo han hecho en territorios extranjeros y nunca defendiendo la propia heredad. Es natural entonces que Estados Unidos no tenga complejos de seguridad nacional en sus fronteras y que más bien, su magnífica posición geográfica invite un poco al aislamiento, lo que pendularmente se ha dado y se da en los niveles de opinión pública y dirigencia política. Asimismo, es perfectamente lógico que a partir de una situa-

ción tan positiva, EE. UU se proyecte hacia el exterior a través de un conjunto de alianzas políticas y militares que le dan un alcance prácticamente universal.

La URSS, por otro lado, es una nación gigantesca, con casi el triple de extensión territorial que Estados Unidos y sufre de un síndrome histórico de invasiones que se remonta a siglos. Desde los mongoles por el este, hasta los ejércitos de Napoleón en el siglo XIX, el Japón en los albores del siglo XX y el Tercer Reich en la Segunda Guerra Mundial, sin contar conflictos y problemas también importantes pero de menor significación, Rusia ha vivido siempre sujeta a hechos directos: la invasión de su territorio. La contrapartida obvia ha sido el histórico expansionismo ruso, proseguido con fidelidad y tremenda eficacia por los comunistas y su continuidad política: la Unión Soviética. No en vano, Stalin solía decir que donde entra el Ejército Rojo se instaura el comunismo.

La URSS limita al norte con el océano Artico y un conjunto de mares menores; al este con el océano Pacífico (mares de Bering, Ojosk y Japón); al sur con Turquía, Irán, los mares Negro, Caspio, Afganistán, China, Mongolia y Corea del Norte; y al oeste, con Noruega, el mar Báltico, Polonia, Checoslovaquia, Hungría y Rumania. Son pues múltiples fronteras y por cierto múltiples problemas que la vieja Rusia ha tenido a lo largo de los tiempos. Hoy en día, salvo los incidentes de fines de 1969 y principios de 1970 en la frontera con China, el dominio de la URSS es tan incontrastable que no tiene amenazas externas pese a tanta proliferación de límites. Por el contrario, gran parte de sus vecinos han sido "satelizados" y se desarrollan bajo la férrea hegemonía soviética.

De los tres vecinos más temibles de la URSS, solamente la milenaria China sobrevive. Prusia y su heredera, Alemania, ya no son peligro luego de la derrota de los nazis en 1945 y los arreglos territoriales que mediaron al territorio germano. Igual cosa sucede con el Japón que además se ha (prácticamente) desmilitarizado. Empero, es tan fuerte el compdejo de cerco de la URSS y el recuerdo de sus experiencias históricas, que cualquier movimiento hacia la unificación de Alemania y el creciente potenciamiento de los dos estados actuales (La República Federal Alemana y la República Democrática Alemana), crispa los nervios de los jerarcas del Kremlin. Ultimamente las tendencias hacia un Japón con mayor presencia militar en la zona, provoca también ansiedades en el Politburó, exageradas quizá, pero comprensibles en un análisis objetivo de la historia rusa.

Asimismo, la tendencia a lograr un "modus vivendi" con Finlandia, forzando a dicho país a convivir "acomodaticiamente" con la URSS es otro fenómeno importante que inclusive en la jerga geopolítica se lo conoce con el nombre de "finlandización", entendiendo por ello la necesidad de un país de ajustarse en sus políticas a la convivencia con un vecino poderoso. La proclividad rusa a intervenir en los pequeños países eslavos ha continuado con la URSS y de igual manera su clásico expansionismo siempre en busca de mares templados y tratando de consolidar fronteras, es un factor geopolítico que permanece hasta hoy.

En este marco geográfico-histórico más el ingrediente esencial de un régimen totalitario que considera a sus fronteras como ideológicas y a su esfera de influencia como inmutable, no es de extrañarse que el conjunto de alianzas que tiene EE. UU, con bases militares en toda la periferia

de la URSS, acicatee aun más el complejo del cerco hasta transformarlo en una verdadera paranoia territorial.

Es en este contexto dónde debe entenderse —e intentar comprender— la tragedia del avión coreano; el horroroso hecho, tan repugnante para nuestra conciencia occidental, es algo casi natural para la mentalidad soviética que alimentada por la historia y reforzada por la ideología considera a su territorio como sagrado y tiene además una verdadera obsesión por su seguridad e integridad. Muchos rusos recuerdan todavía la presencia de las tropas alemanas a las puertas de Moscú, Stalingrado y Leningrado. Su pasado les recuerda similares ocasiones, incluyendo la presencia en el continente del Imperio Nipón luego de la derrota de 1905 y la toma de Moscú por Napoleón en el siglo pasado.

No debemos olvidar que el tema de los 20 millones de rusos muertos en la segunda guerra mundial es permanente. Prácticamente a diario se lo repite en periódicos, radio y televisión como un "acto supremo" de la URSS para expulsar al invasor y defender la Madre Patria. No puede extrañar entonces que —según nos comenta el "New York Times— cuando se le preguntó al señor Leonid M. Zamyatin (un vocero del partido comunista) si la defensa de las fronteras soviéticas justificaba la muerte de 269 personas, haya respondido de la siguiente manera: "la protección de los sagrados, inviolables límites de nuestro país y de nuestro sistema político justificó para nosotros, como ustedes lo saben muy bien, muchos millones de vidas".

Sin excusar de ninguna manera el deleznable acto cometido con el vuelo 007 de la KAL, si tenemos en cuenta las pautas sintéticamente presentadas, podremos juzgar mejor algunas actitudes de la Unión Soviética que a veces resultan incomprensibles para la lógica occidental.

LA MARINA SUIZA
(Septiembre 1985)

Hay muchas cosas que podemos aprender de la admirable Suiza. Todo el mundo reconoce su laboriosidad, dedicación al trabajo y su ejercicio efectivo de la democracia a lo largo de centurias, desde 1291, fecha de creación de la actual Confederación Helvética a la que luego sucesivamente se fueron incorporando varios cantones que terminaron por darle su actual fisonomía.

Queremos referirnos ahora a un hecho importante, habida cuenta de la situación de mediterraneidad suiza: el creciente poderío de su marina mercante, la más importante de todos los países sin litoral.

Según informaciones difundidas oficialmente por Suiza y datos publicados en el "International Herald Tribune", los barcos lacustres suizos mueven a más de diez millones de pasajeros anuales (casi el doble de la población total del país) y 500 buques mercantes atraviesan el río Rhin desde Basilea (puerto suizo fluvial) hasta Rotterdam, el puerto más grande de Europa. Asimismo, la flota marina ocupa el lugar número cincuenta en el mundo con treinta y tres barcos y 275 marineros que cruzan los mares con la bandera helvética.

Suiza es una nación surcada por lagos en todo su territorio. Consecuentemente, la navegación lacustre ya desde las épocas de la conquista romana ha sido importante. En el último tiempo se ha creado todo un sistema de comunicaciones lacustres con las ciudades de Zurich, Basilea, Ginebra y Lucerna como ejes y que resulta de un volumen verdaderamente grande, teniendo en cuenta la pequeña extensión

geográfica de Suiza (aproximadamente 42.000 kilómetros cuadrados).

Más de la quinta parte de las importaciones suizas entran por Basilea a través del tráfico fluvial del Rhin. Este acceso indirecto al mar está garantizado por acuerdos internacionales. Para tener aseguradas sus provisiones durante la Segunda Guerra Mundial, ocho cargueros helvéticos cruzaban el Atlántico entre Lisboa y las Américas. Pese a la neutralidad suiza, tres fueron hundidos por torpedos submarinos.

Luego, la marina mercante suiza ha continuado su ritmo ascendente. Se puede ver barcos helvéticos cargando trigo o maíz en Argentina, vinos en Italia y diversos productos en el Oriente. El puerto de registro es Basilea. La cancillería suiza mantiene una severa vigilancia sobre las actividades de la flota mercante ya que no se desea tener problemas de requisiciones ni conflictos con propietarios extranjeros. Todos los barcos deben ser ciento por ciento suizos.

Nuestro enclaustramiento es temporal y no definitivo como el de Suiza. Empero, poco hemos hecho para llegar a tener una marina mercante eficaz. Muchos organismos, demasiados planes y declaraciones, pero en la práctica casi nada hasta ahora. Las personalidades e instituciones encargadas de promocionar una mentalidad y una práctica marítima en nuestro país, deberían tomar nota de las experiencias suizas. Si nuestro derecho irrenunciable de retornar al océano Pacífico es permanente, necesario es también tener un mínimo de organización en torno a los elementos prácticos que concretarán nuestra presencia portuaria. Un pequeño gran país, Suiza, nos da un buen ejemplo que valdría la pena seguir...

EL ANVERSO Y REVERSO DE LA DOCTRINA BREZHNEV
(Agosto 1983)

El fallecido hombre fuerte de la Unión Soviética, Leónidas Brezhnev, acuñó la doctrina que lleva su nombre. Básicamente se expresa en ella que ningún país socialista puede dejar de serlo y que la URSS intervendrá cuando sea necesario para "evitar" cualquier proceso que "ponga en peligro" al gobierno y a la ideología comunista que lo nutre. Todos recordamos la invasión de Checoslovaquia, en 1968, cuando tanques rusos entraron con violencia en Praga y otras ciudades a "poner orden" y para "impedir los brotes contrarrevolucionarios". Fue a partir de esa época, justamente cuando quedó definida a nivel internacional la doctrina Brezhnev de soberanía limitada.

Desde entonces, esta pauta soviética ha tenido plena vigencia y se la agitó como elemento de temor interno ante cualquier tipo de "desviacionismo" de la rígida concepción marxista-leninista, en todas aquellas naciones bajo directa influencia de la URSS. En 1981, Polonia no tuvo más remedio que aplicar la ley marcial y desbandar al sindicato Solidaridad, en franco retroceso frente a las nacientes libertades que comenzaban a disfrutar los habitantes de ese país. Ante la amenaza de una intervención directa del Ejército Rojo, las Fuerzas Armadas polacas debieron convertirse en verdugos de su propio pueblo. Triste solución, pero mejor, quizá, que la intervención militar rusa directa en función de la doctrina Brezhnev.

Henry Kissinger, flamante Presidente de la Comisión para Centroamérica creada por el gobierno de los Estados Unidos, manifestó, poco tiempo atrás, que resultaba "insó-

lito" que EE.UU. refuerce la doctrina Brezhnev asegurando que un régimen comunista instalado en el gobierno es irreversible y que ello acontezca en su propio hemisferio. Se refería obviamente a Nicaragua.

Adecuadas como son las palabras de Kissinger, conviene en aras de la objetividad tener presente que EE. UU. practica a su manera una doctrina Brezhnev al revés. De ahí nuestro epígrafe, ya que hay un anverso y un reverso para esta tristemente célebre doctrina, que limita la soberanía de países débiles bajo influencia directa del fuerte.

En el área soviética, la doctrina Brezhnev se aplica con rigor contra todo movimiento de liberación frente al tutelaje comunista. En el área bajo influencia directa de los Estados Unidos, la doctrina Brezhnev se aplica al revés: cualquier "desviacionismo" de lo que resulta grato y conveniente para EE.UU. debe ser objeto de profunda desconfianza, sanciones económicas, bloqueo y hasta intervención si llegara el caso. Así como Yugoslavia, se le "escapó" a la URSS y Cuba hizo lo propio con los EE. UU., ninguna de las superpotencias permitirá otras "fugas" de su área directa de influencia en el futuro y no lo permitió en el pasado reciente. Recordemos la República Dominicana en 1965 y Chile en 1973 por un lado; Hungría, Checoslovaquia y Polonia por el otro, son trágicas reminiscencias del pecado de disentir, del deseo interno de un cambio, que iba más allá de lo "permitido".

Esto nos lleva al análisis directo del fenómeno de las áreas de influencia, válido y legítimo hasta hoy y que para cada superpotencia se extiende desde lugares indiscutidos hasta franjas grises más o menos en disputa. Cada superpotencia trata de mantener su supremacía en su respectiva zona y lucha para imponerse en aquellos otros lugares que no están perfectamente definidos. Lo vemos y lo leemos todos los días

en los periódicos. Es un hecho real y lamentable que los estados clientes que se encuentran directamente en el marco geopolítico de los intereses de las superpotencias, saben que tienen un margen de maniobra muy limitado. Hay una suerte de "límite estructural" que permite ciertos cambios, ciertas reformas; ir más allá de ellos resulta suicida, aspecto que desafortunadamente no siempre es tenido en cuenta por los dirigentes políticos en estos países y precipita la intervención directa o indirecta de una de las superpotencias, según sea el lado en que nos encontremos.

El corolario lógico de este razonamiento, completamente objetivo y comprobable, es que hay que reconocer los citados límites y no intentar ir más allá para no provocar el desastre. Una dosis de pragmatismo es necesaria en aquellos países que tienen la espada de Damocles de la intervención rusa o norteamericana. Hungría, por ejemplo, ha evolucionado en la órbita socialista bajo muy prudentes condiciones, hasta convertirse en uno de los países más prósperos del área. El terrible recuerdo de 1956 mantiene los ímpetus y respetando las forzadas reglas del juego, los húngaros han logrado algunas reformas y eliminado rigideces típicamente comunistas. En nuestra América, se han dado casos de reformas y cambios estructurales profundos, pero también realizados con pragmatismo y sin perder la "buena voluntad" de los EE. UU. Aquellos que han intentado ir más allá, solamente han traído tragedias.

Lo que expresamos no quiere decir adoptar una actitud pasiva de neocolonialismo. Es legítimo el cambio y las reformas son necesarias. Necesaria también es la conciencia de la capacidad objetiva para lograr mutación en el marco de una sociedad dependiente. Este último aspecto, no se lo entiende y las "luchas por la liberación" terminan siendo

desastrosas y regresivas en sus resultados. La doctrina Brezhnev tiene dos caras, debemos tener esto presente.

158 AÑOS: TIEMPO DE REFLEXION
(Agosto 1983)

Bolivia cumplirá el próximo 6 de agosto, 158 años de vida. Contando las generaciones, según Julián Marías en períodos de 25 años, tendríamos ya más de seis de ellas desde nuestro nacimiento. Somos aún una nación joven y por tanto, en busca de nuestro destino y sin alcanzar determinados objetivos. Sin embargo, el transcurso del tiempo es lo suficientemente amplio como para darnos una primera aproximación a lo que es Bolivia, lo que hubiéramos podido ser, y lo que podríamos ser.

Bolivia es hoy una nación en estado deplorable: regionalismos secantes y peligrosamente centrífugos, abismales desigualdades sociales y económicas, carencias básicas en todos los niveles, menor importancia relativa en América y el mundo, sectarismos políticos permanentes, disfuncionalidad casi total de las clases dirigentes, etc., etc. No seríamos honestos si escondemos estos hechos de nuestra realidad, por el contrario, enfrentarlos con sentido objetivo y con verdadero patriotismo, podría darnos —entre todos, ya que ningún individuo tiene las respuestas "aquí y ahora" —pautas de terapia y recuperación.

¿Qué hubiera podido ser Bolivia? Con cohesión de sus dirigentes podría haber sido aquello que hizo que los españoles valoraran tanto este territorio y por eso fue el último bastión realista: una verdadera tierra de contactos, un centro de irradiación positivo hacia el resto del continente, una rica geografía con vertientes hacia el Atlántico y el Pacífico, el

Amazonas y el Plata, con proyección andina y americana. Una tierra abierta a la inmigración y con instituciones políticas estables, creadoras de un verdadero "contrato social" que generaría paz y sentimiento fraterno. Un alto nivel de desarrollo económico, con sólidas instituciones financieras y un sentido de redistribución de ingresos y justicia social modelos.

¿"Wishful thinking"? Quizá. ¿Ilusiones? Probablemente. Sin embargo, estamos convencidos que si Bolivia hubiera tenido una clase dirigente eficaz, lo expresado podría haberse logrado. Los razonamientos sociológicos sobre la "masa indígena" y otros indignantes calificativos son erróneos, la masa es lo que la clase dirigente le permite ser; lo que las "Vanguardias" le proporcionan y le dan como ejemplo y guía para la acción, lo que las "élites" hacen o no hacen. Sin estos elementos —cualquiera que sea el apelativo preferido por el lector— el país debía forzosamente sumirse en el desamparo y convertirse en pieza predatoria de vecinos que a su manera, también buscaban los elementos formadores de su nacionalidad. De ahí la pérdida de nuestro litoral marítimo y muchas otras amputaciones al cuerpo nacional.

Como afirmó Lewis Tambs: "Bolivia estaba muriendo la muerte de mil cortes y sus dirigentes no tenían ni la visión ni la capacidad para parar la hemorragia".

Sin embargo, como alguna vez afirmamos conjuntamente con Mariano Baptista, hemos sobrevivido. El precio ha sido trágico y horrible, pero Bolivia está aquí hoy, soberana y por lo menos formalmente libre, como miembro pleno de la comunidad internacional. El precio pagado por la sobrevivencia fue grande, pero estamos aquí, en este pedazo de América, hoy 6 de agosto de 1983 y eso es también muy significativo.

La capacidad boliviana para sobrevivir en el siglo pasado, es esperanza para este siglo XX que ya se nos va dentro de pocos años y es también esperanza e incertidumbre para el próximo milenio, durante el cual seguramente la humanidad será objeto de duras pruebas a las que por cierto no escapará nuestro país.

La extrapolación directa del presente, nos proyectaría una Bolivia para el futuro realmente lamentable. De continuar las tendencias actuales, nuestro empobrecimiento y atraso relativos serían cada vez mayores y consiguientemente los peligros para la supervivencia se agudizarían. Los marcos actuales del sistema mundial, con el reconocimiento de la soberanía jurídica y territorial de los estados no son inmutables; el planeta podría sufrir tremendas alteraciones ante el recrudecimiento de la violencia, ello sin contar el fantasma del holocausto nuclear y factores como el hambre y la sobrepoblación mundial.

Imaginemos por un instante que en el tercer milenio ocurre algún tipo de cataclismo en Europa Occidental, Africa y Asia. No sería extraño entonces que se produjeran masivas inmigraciones (en realidad, verdaderas invasiones) hacia aquellas naciones despobladas, con gobiernos débiles y en permanente agitación interna, pese a contar con vastos territorios y grandes riquezas naturales. ¿Se respetará la soberanía formal en estos dramáticos casos? ¿Se librarán las naciones de frágiles estructuras de una verdadera desaparición? ¿Un mundo hambriento estará "ad portas", sin intervenir en países que no saben manejarse a sí mismos ni explotar sus cuantiosos bienes naturales? Son hipótesis arriesgadas y de respuestas terribles, pero en las que tenemos la obligación de pensar.

Si suponemos que algunos de los cataclismos descriptos se producen, ¿quién se animará a invadir u ocupar un país ordenado, cohesionado y en progreso? El costo de la aventura sería muy grande y los emigrados del desastre procurarían otras áreas más propicias.

Si nos planteamos estos razonamientos improbables, pero no imposibles, entonces nuestra obligación, la de todos y cada uno de los bolivianos, es comenzar a construir un nuevo orden social, político y económico, con estabilidad institucional y sentido de interés comunitario para así, darle bienestar a nuestro pueblo y asegurar su porvenir.

Si el escenario fuera a la inversa, es decir, en lugar de un mundo futuro en crisis, tendríamos un planeta idílico, de paz, progreso y convergencia político-ideológica, mayor razón para lograr un contrato social interno que nos haga partícipes plenos de la bonanza que tendrá la comunidad internacional.

Vemos pues, que por el lado del desastre o por el lado de lo positivo, el mundo tenderá a lograr sistemas cuasi-institucionalizados de predación o cooperación. En cualquiera de las circunstancias, las naciones de frágiles estructuras internas deberán ajustar las mismas para lograr sobrevivir en un caso, o participar en los frutos del bienestar en la otra alternativa.

La verdad de perogrullo que surge de estas reflexiones es que, como estamos, no podemos seguir; es imperativa la unión, es imprescindible la funcionalidad plena de las clases dirigentes para que —manteniendo naturales diferencias y criterios disímiles— se obtenga un común denominador que proyecte a la nación hacia el futuro con verdadera esperanza, concretada en hechos y no en habitual retórica. No tenemos las respuestas, tampoco alcanzamos a imaginar el modelo

político que haga viable esta idea fuerza. Creemos que entre todos los bolivianos debemos alcanzar este objetivo, mediante el diálogo sincero, el desprendimiento y con veraz sentido de interés común. "Un reino dividido contra sí mismo no permanece, una casa dividida contra sí misma, caerá", sentenciaba El Salvador hace 2.000 años. Sincréticamente, sin axiomas secantes, tratemos de no hacer realidad esta profecía de Jesús. Tenemos todo, como comúnmente se señala: territorio rico y gigantesco, pueblo trabajador y patriota, marcos histórico-institucionales sobre los cuales conducirnos. Vayamos, entonces —como decía Ortega y Gasset— "a las cosas".

Hemos querido compartir con nuestros queridos lectores, algunas de nuestras ideas y preocupaciones. Repetimos nuestro epígrafe: 158 años son un tiempo de reflexión y ésta debe ser necesariamente crítica y hasta preocupante.

Hoy cantaremos con unción patriótica el Himno Nacional, se nos saltarán las lágrimas al ver flamear la tricolor. Queremos y amamos a Bolivia, enseñamos a nuestros hijos esta devoción y deseamos fervientemente lo mejor para ella. La Nación, como conjunto de seres unidos a lo largo del tiempo y el espacio, está en nuestras manos; de nosotros depende su futuro con las hipótesis de estancamiento, progreso o regresión. De nosotros depende...

NUESTRA DEUDA CON BOLIVAR
(Julio 1983)

Treinta y ocho días antes de su fallecimiento, el 9 de noviembre de 1830, el Libertador escribió una carta al General Juan José Flores la que —entre otras cosas— decía lo siguiente: "1., la América es ingobernable para nosotros; 2., el que sirve una revolución ara en el mar; 3., la única cosa

que se puede hacer en América es emigrar; 4., este país (o sea la Gran Colombia, actualmente Colombia, Ecuador y Venezuela) caerá infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada para después pasar a tiranuelos casi imperceptibles de todos colores y razas; 5., devorados por todos los crímenes y extinguidos por la ferocidad, los europeos no se dignarán conquistarnos; 6., si fuera posible que una parte del mundo volviera al caos primitivo, éste sería el último período de la América". "...La súbita reacción de la ideología exagerada va a llenarnos de cuantos males nos faltaban, o más bien los van a completar. Ud. verá que todo el mundo va a entregarse al torrente de la demagogia, y ¡desgraciados de los pueblos! y ¡desgraciados de los gobiernos! (*).

Estas amargas frases, dichas poco antes de su muerte en Santa Marta, el 17 de diciembre de 1830, deben hacernos reflexionar seriamente, al conmemorar hoy el bicentenario del genial caraqueño, Padre de cinco naciones. Al momento de escribir estas notas, no conocemos el texto de la Declaración de Presidentes de países Bolivarianos; creemos que, importante como sin duda será ese documento, brindará los usuales juicios de valor sobre principios generales propuestos para vigorizar los actuales esquemas integracionistas.

Bolívar fue tan visionario, que luego de liberar a medio continente, percibió también el trágico porvenir de nuestra América, hoy mal llamada "latina" por influencias anglo-francesas. En estos momentos de regocijo por su bicentenario, es nuestro deber comprender que aún estamos en deuda con el libertador. Todavía no hemos cumplido con lo que dispuso para nuestros países y lo que es más terrible, solamente hemos cumplido sus certeros pero negativos vaticinios finales.

Nuestra deuda con Bolívar es, pues, grande. No basta recordarlo como Libertador y creador de nuestras repúblicas.

Es imprescindible llevarle a la posteridad, adonde su espíritu se encuentra, una realidad diferente a la que tristemente pronosticó. Hasta el momento eso no se ha hecho y es tarea de todos, demostrarle con humildad, fraternidad, unión y trabajo que lo que dijo en sus últimos días fue un pesimismo pasajero y que América tendrá el futuro brillante que en épocas más optimistas el propio Bolívar ambicionó y luchó para conseguir. Esta es nuestra deuda histórica y debemos pagarla: no defraudar al Padre de América y brindar a nuestros hijos un continente unido y en progreso.

(*) Simón Bolívar, "Obras Completas", Tomo III, páginas 501, 502 (Editorial Lex, La Habana, Cuba, 1950).

UN SIMBOLO PARA EL SUR
(Julio 1983)

Aunque el diálogo Norte-Sur parece hasta ahora un diálogo de sordos y desde la reunión cumbre de Cancún (México) en 1981 no se ha puesto en práctica el proceso de negociaciones globales, el mundo en vías de desarrollo espera que en algún momento se pueda conversar sobre bases prácticas y realistas, bases que por cierto tienen que ir más allá del egoísmo de las naciones industrializadas y más allá también de la retórica de confrontación de algunos líderes tercermundistas. El planeta es uno solo, única es la solución de sus problemas y solamente mediante la búsqueda sincera de una convergencia de intereses, se podrá lograr un marco adecuado para las negociaciones entre el Norte industrializado y el Sur en vías de desarrollo.

En otra oportunidad, ya explicamos que el ser humano tiene cierta fascinación por los razonamientos simples, sobre todo cuando estos son de dual definición: bueno-malo, blan-

co-negro, rico-pobre, etc. Esta misma tendencia al simplismo se observa en las negociaciones Norte-Sur que no entraña una simple relación binaria sino numerosos y complejos componentes de una y otra parte. El norte alberga a las superpotencias (EE.UU. y URSS), a la Comunidad Económica Europea, a los países del bloque socialista de Europa Oriental: aunque geográficamente al sur, forman parte del "Norte" Australia y Nueva Zelandia; agreguemos Canadá, el Japón y otros grupos adicionales y vemos que la figura del mundo industrializado es intrincada. Pasemos al Sur. Aquí tenemos naciones gigantescas como Brasil, países de desarrollo intermedio como Argentina, el grupo de naciones más atrasadas de Africa y Asia, América Latina con todas sus facetas disímiles, etc. Vemos que también el término "Sur" encierra una compleja problemática.

Frente a este sintético panorama, no es difícil percibir que la tarea de lograr las negociaciones globales es realmente formidable y que hace falta mucha paciencia y gran sentido de estadistas para que ellas se inicien y luego, probablemente, pasará mucho tiempo hasta que se tenga algún resultado concreto. Consiguientemente, el imperativo de "un nuevo orden económico internacional" por ahora, lamentablemente, no pasa de ser una frase hecha.

Lo anteriormente expresado no significa de ninguna manera negar la validez de las urgentes demandas del mundo en desarrollo. Asimismo, debemos reconocer las relaciones de superioridad, inferioridad, dominación y dependencia, que rigen las relaciones políticas y económicas internacionales.

Teniendo en cuenta estas premisas y la necesaria solidaridad entre países en desarrollo, es válido también intentar una aproximación realista, quizá menos espectacular, pero seguramente más positiva en sus resultados. Es lo que esperan

los habitantes del Tercer Mundo de sus líderes: que les provean resultados y no más palabras.

Con referencia a las relaciones de dominación existentes en la política internacional, es interesante tomar nota que hasta el símbolo de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), refleja esta deplorable situación. Si el lector observa con atención el emblema de la ONU, percibirá con claridad que se trata de una proyección azimutal equidistante, con centro en el Polo Norte. Por tanto, sublima a todas las naciones del norte geográfico y minimiza al hemisferio sur. Una primera medida simbólica, pues, para las futuras negociaciones globales y próximos diálogos Norte-Sur, sería la creación de un emblema para nuestro hemisferio. Lo apropiado sería una proyección similar a la que utiliza la ONU, pero con centro en el Polo Sur. De esta manera, todas nuestras regiones tendrían mayor connotación y un símbolo de dominación (el de la ONU), se pondría frente a otro símbolo nuevo: el del Sur. El Consejo de Seguridad de la ONU, el derecho a veto y otras características del actual sistema de seguridad colectiva, solamente disfrazan con habilidad a la política del poder. Tengamos, pues, a mano, un nuevo emblema que sería el de las Naciones Unidas, pero con proyección inversa, para dejar sentado que los países del hemisferio Sur somos geográficamente más importantes que lo que el actual sistema internacional pretende. Dejamos en manos de las distinguidas autoridades y de un eximio cartógrafo la concreción de esta idea.

¿QUE PASO EN SIBERIA EL AÑO 1908?
(Junio 1983)

Ocurrió el 30 de junio de 1908 cerca del río Yenesei en la fría y alejada Siberia. Algo se acercaba desde el espacio

hacia una pequeña población aledaña. Y se acercaba a gran velocidad. La gigantesca cosa que explotó lo hizo con furia total. Algo que pesaba miles de toneladas había explotado con enorme intensidad, la que fue registrada en otras partes de la tierra. Lo extraño es que no había cráter, signo característico de un gran impacto.

Sólo en 1927 una expedición marchó al lugar. La Primera Guerra Mundial creó por sí misma tal holocausto, que temporalmente el caso de Siberia había sido olvidado. Los científicos llegaron a la conclusión de que un gran meteorito había estallado al momento de entrar en la tierra y a falta de un nombre mejor, se lo llamó el meteorito de Tunguska, por la región donde se produjo el hecho.

Un científico ruso de la época, el Dr. Alexander Kazentsev, fue miembro del equipo investigador siberiano y luego también formó parte del grupo soviético que fue a Hiroshima a estudiar los efectos de la bomba atómica lanzada allí en agosto de 1945. Una vez en esa desventurada ciudad algo le llamó la atención: la cima de los árboles parecía arrancada de cuajo, mientras el tallo permanecía y esto se daba justo en el centro de la explosión que vino desde el aire (recordemos que la Bomba "A" fue lanzada por un avión sobre la ciudad). El científico luego recordó que en el meteorito de Tunguska había visto el mismo fenómeno: en una sola área faltaban las crestas de los árboles, mientras en kilómetros a la redonda árboles enteros habían desaparecido.

Sin embargo, este peculiar hecho era típico solamente de armas nucleares, lo que dejaba la duda acerca de lo ocurrido en Siberia. Rápidamente se formó una nueva comisión investigadora.

Al hacerse el rastreo de partículas radiactivas, los contadores geiger registraron un alto índice. Asimismo, varios testigos que aún vivían, afirmaron que hubo una gran bola de fuego y luego se formó el clásico hongo nuclear. El informe del Dr. Kazentsev al gobierno soviético afirmaba que "...la explosión se produjo a un poco más de 1.800 metros del centro de destrucción. El daño es idéntico al que hubiera producido un arma atómica. La radiactividad y otros detalles, coinciden con una explosión nuclear". "...Sea que estemos de acuerdo o no, hay que admitir que una construcción artificial inmensa, de un peso de más de 50.000 toneladas, estaba a punto de aterrizar cuando sus reactores atómicos explotaron..." "...esto evidencia que fuimos visitados por seres inteligentes de origen espacial desconocido..." "...en la catástrofe del río Yenesei de 1908 perdimos un huésped del universo".

Frente a estas afirmaciones, que las hemos tomado de una obra que recopiló estos y otros hechos (x), veamos ahora qué nos dice más recientemente un despacho de la UPI. Según esta agencia noticiosa, el Dr. Ramachandran Ganapathy de la compañía J. T. Baker Chemical de New Jersey (EE. UU.), afirma que sus estudios indican que efectivamente lo que explotó fue un meteoro a punto de ingresar al planeta tierra y que era tan gigantesco que pesaba siete millones de toneladas y tenía por lo menos 150 metros de diámetro.

El científico examinó varias muestras encontradas en el lugar de la explosión y ha presentado sus conclusiones en la edición correspondiente al mes de junio 1983 de la revista "Science Magazine". "Los datos establecen que las esferas encontradas son extraterrestres", afirmó. El Dr. Ganapathy agregó que dichas esferas son ricas en iridium, material que los científicos consideran como prueba palpable de un origen

extraterrestre. También señaló que por la tremenda fuerza de la explosión, hubo una gran dispersión de las partículas de iridium, las que inclusive se han encontrado en las antípodas geográficas de Siberia: en el Polo Sur y en muchos otros lugares alejados.

Esta nueva y muy reciente teoría refuerza la primera impresión de 1927 en torno a la explosión en el aire de un meteorito y quizá sea la más auténtica. Otros creen que hasta ahora no se ha desentrañado el dilema de la explosión siberiana de 1908 y que todavía la ciencia no puede brindar una explicación definitiva y satisfactoria.

Por eso para muchos el interrogante de nuestro epígrafe permanece: ¿qué pasó en Siberia en junio de 1908?

(x) *"Stranger than Science", por Frank Edwards, Bantam Books Inc., U.S.A.*

RELACIONES INTERNACIONALES Y TERCER MILENIO
(Junio 1983)

El profesor estadounidense Irving Louis Horowitz de la Rutgers University, ha desarrollado en una conferencia sobre los desafíos futuros para el orden internacional algunos interesantes conceptos, sobre los cuales nos explayaremos en esta oportunidad (*).

Como lo hemos dicho varias veces, el tercer milenio está "ad portas". Basta que tengamos en cuenta que faltan solamente 15 años para el año 2.000, mientras ya pasaron 33 años desde la Revolución Nacional, para que percibamos cuán cerca está el nuevo siglo. Sin embargo, los bolivianos enmarañados en nuestras domésticas rencillas, poco interés demostramos por la prospectiva, por el estudio de los años que vendrán.

En algunas ocasiones hemos escrito sobre el tema y también lo han hecho otros estudiosos, pero debemos reconocer que en cantidad mínima. Menos aún, es el esfuerzo en torno a la necesidad de buscar algunas tendencias y perspectivas en el futuro orden mundial. Casi todos los trabajos publicados son de tipo histórico o descriptivos. Creemos que todos los que nos interesamos por el estudio de las relaciones internacionales, debemos esforzarnos para intentar comprender mejor las hipótesis que circulan en los grandes institutos mundiales acerca del tercer milenio.

La futurología no es desde ya, una ciencia exacta y muchas de las extrapolaciones no siempre resultan correctas. Recordemos el libro de Herman Khan, del Hudson Institute, "El año 2000", publicado en la década de los 60 que dedicó pocas páginas al problema energético. Todos sabemos lo que aconteció y viene aconteciendo en el mundo desde el embargo petrolero de 1973 y cuan erróneas fueron las predicciones de la década anterior. Tomando pues, "con pinzas" los estudios sobre prospectiva y el futuro, es saludable indagar acerca de lo que el planeta podrá brindarnos en el ya inminente siglo XXI.

Hay un viejo proverbio que dice que hasta un reloj parado da la hora correctamente dos veces al día. Esta es la forma en que Horowitz responde a la futurología: es decir, con un suficiente volumen cuantitativo de datos, algo al menos se cumplirá en el curso de los eventos por venir. Veamos ahora lo que dice el profesor norteamericano sobre las relaciones internacionales:

1.— En los estudios internacionales es de extrema importancia la distinción entre coordinadas empíricas del futuro y lo que es mejor o peor para ese futuro. En otras palabras, diferenciar entre lo que "es" y lo que "debe ser" es vital.

Hay que tener en cuenta que el sistema internacional actual es igualmente apto en salvar vidas que en eliminarlas. Efectivamente, el prodigioso desarrollo científico ha traído consigo la erradicación de epidemias y la fácil cura de gran tipo de enfermedades. Por otro lado, ese mismo progreso científico produjo la bomba atómica y toda la parafernalia de destrucción nuclear que atemoriza a la humanidad, sin contar las grandes guerras mundiales ya sufridas y la miríada de conflictos menores que hasta hoy persisten con gran número de víctimas. La polaridad vendría a ser el distintivo del presente y los sistemas sociales cambian mucho más lentamente que los sistemas tecnológicos, con lo cual y consecuentemente, el sistema internacional es bastante reacio al cambio. Así, es probable que el futuro sea, como resulta a menudo, un nexo con el presente con algunas modificaciones y como movimiento directo hacia el futuro.

2.— En los sistemas internacionales somos espectadores de un proceso de feudalización paralelo a otro proceso de socialización. Veamos las formas de la guerra moderna. Ellas son, crecientemente, guerras libradas por pequeñas potencias que representan poderes simbólicos de las grandes potencias. En Angola, Etiopía, El Salvador o en Vietnam, se han producido y se producen choques en términos de confrontaciones Este-Oeste, no muy diferentes de lo que ocurría en los antiguos conflictos feudales de la era pre-industrial. Es así como al mismo tiempo que fantásticos instrumentos de destrucción son inventados, se mantiene una pauta tradicional de conflictos localizados (y nativos muertos) en función de la "gran estrategia" de las superpotencias.

3.— Con respecto al sistema internacional como un todo, somos testigos del proceso de globalización en las negociaciones políticas, económicas, usos del espacio, etc., pero también

observamos un creciente proceso de individualización. La comunidad se ha globalizado por un lado, mientras el individuo ha quedado solo por el otro. El desafío a largo plazo. será la reconstrucción en cualquier sistema internacional emergente, de la red de intermediarios que provee el cemento sociopolítico necesario para la supervivencia humana. El período del que somos parte es un mundo de odio y amor. Necesitamos menos pasión y más compasión; es decir, una gama de emociones que entre el odio y el amor formen a la especie humana definitivamente como personas de virtudes cívicas. La contraparte social de esta búsqueda emocional —las organizaciones que permitan su viabilidad— es uno de los grandes desafíos para el siglo XXI.

4.— El siglo XX ha transcurrido en términos de un número limitado de actores: Estados Unidos. Gran Bretaña, Rusia (ahora Unión Soviética) y Europa Occidental. Ahora hay una serie de nuevos actores, nacionales y regionales, que esperan participar más activamente en los asuntos mundiales. Ellos son parte del sistema internacional y exigen una participación mayor. Naciones como China. Japón, Canadá, Australia, Nigeria y Brasil ya no pueden desdeñarse. La relación entre viejas potencias y potencias emergentes ya de por sí está alterando el marco tradicional de las relaciones internacionales. Es como si la tercera guerra mundial se hubiera desarrollado sin disparar un solo tiro; tal es el cambio sufrido en el mundo. La energía y no las materias primas, son ahora el principal recurso de los nuevos ricos del planeta.

Son los productores y ya no los consumidores los que —no siempre pero crecientemente— tienen el control. El infinito optimismo de un mundo dominado por pocas potencias, cede ahora frente a un ambiente más restringido para ellas. Hobbes, Malthus y Darwin, vuelven a lugares privilegiados

en la escala de pensamiento, reemplazando la mentalidad positiva de los Condorcet, Marx y Keynes. La búsqueda de valores tradicionales está en pugna con el capitalismo y el socialismo seculares. Vivir en un mundo donde el centro de gravedad se ha alterado en términos de poder, significará un esfuerzo para acostumbrarse a él. El sistema internacional al ser más amplio y diversificado será más difícil de manejar y controlar; he aquí otro desafío para los futurólogos.

5.— La contradicción principal resulta de la ruptura de las creencias tradicionales, de un sentimiento generalizado de que quizá ni el capitalismo ni el socialismo podrán resolver por sí los problemas del mundo. El sistema nacional y el interés nacional, son predominantes. En realidad, con la inmensa cantidad de estados nuevos que se han incorporado a las Naciones Unidas, podemos afirmar que lo que vemos hoy es una verdadera globalización del nacionalismo y no la internacionalización de una conducta colectiva.

6.- Se ha dicho que multiplicar naciones es como multiplicar riesgos; más naciones hay, mayor la probabilidad peligrosa de alteraciones en el sistema mundial. Esto puede o no ser cierto, pero lo que sí es indudable es que ningún sistema internacional puede dejar de tomar en cuenta la pasión por la nacionalidad y a través de ella, la búsqueda de identidad personal, étnica y cultural del individuo y de su conglomerado social. Esta ambivalencia entre un nacionalismo cada vez más fuerte y la necesidad de cohesión del sistema mundial, resulta ser también otro gran reto para el futuro de la humanidad.

7.— Finalmente, es probable que el futuro sea como el pasado y el presente. La esencial elección moral de la existencia quedará sin solución mientras la tecnología mediante la cual estas moralidades tienen vida está cambiando

dramáticamente en todas las esferas del transporte y las comunicaciones. La dificultad de la futurología, de la predicción, estriba en un sesgo excesivo hacia la tecnología cambiante sin considerar las normas y continuidades humanas que siguen siendo importantes. Que algunos consideren las profecías de Isaías, las plegarias de Mahoma, los diálogos de Platón, o las enseñanzas cristianas como guías para la vida, señala que a cierto nivel un sentido de orden y de sistemas, deriva de la inmortal naturaleza de la condición humana y no simplemente del cambio tecnológico. Entre estas preocupaciones inmortales está la búsqueda del futuro: qué nos ofrece la vida y qué nos pasará después de morir. La búsqueda de un sistema internacional se diferencia poco de la ciudad celestial de San Agustín. Después de todo, nos interesa menos lo que será el sistema internacional en el siglo XXI, que la certeza de que él seguirá existiendo para esa época. En este sentido, la cuestión del futuro para las relaciones internacionales es tan importante para la teología como para la tecnología. Quizá cuando tengamos una adecuada teología política, estaremos en mejores condiciones para tratar con la impresionante tecnología futurista. Hasta entonces, una mezcla de la fe animal de Santayana y del salto existencial de Camus, podría ser la mejor fórmula para mirar hacia adelante nuestro nuevo sistema internacional.

Hasta aquí nuestros comentarios y una glosa de los principales pensamientos del profesor Horowitz, que los consideramos relevantes y nos dan un amplio espectro sobre el futuro, sin necesidad de extrapolaciones matemáticas de dudosa eficacia.

(*) International Studies Notes, Volume 8, issue 1, University of Nebraska, EE. UU.

LECCIONES DE LA DEMOCRACIA BRITANICA
(Junio 1983)

La vieja democracia británica ha mostrado una vez más sus innegables ventajas. Desde la época de los Enciclopedistas, pasando por el Libertador Bolivar y llegando a nuestros días, el sistema parlamentario de Gran Bretaña ha sido permanentemente elogiado. Con suavidad, sin cambios bruscos, ha ido acomodándose a las circunstancias cambiantes del mundo y ahora en las postrimerías del siglo XX mantiene su vigor.

Uno de los aspectos sobresalientes del proceso electoral británico es que no permite la disgregación de la masa votante. El país se divide en 650 circunscripciones y en cada una de ellas se vota por un miembro del Parlamento (MP). Un voto de diferencia a favor, obliga a que automáticamente ese candidato se lleve la banca. Esto da lugar a ciertas curiosidades. Recordemos que en los muy recientes comicios británicos, la actual Primer Ministro Sra. Margaret Thacher, no obtuvo la mayoría sino solamente el 42% de los sufragios. El partido laborista obtuvo el 27%, la alianza liberal-social-demócrata el 26% y el saldo restante (5%) quedó en manos de partidos y agrupaciones regionalistas. Sin embargo, en la actual composición de la Cámara de los Comunes los conservadores tienen una mayoría absoluta muy grande, los laboristas una representación menor pero importante y la alianza tiene apenas poco más que una veintena de representantes. Aparentemente, estos resultados propios de la peculiaridad electoral comentada son injustos; sin embargo, arrastran consigo la sabiduría de los tiempos: es necesario un gobierno fuerte para que, justamente, gobierne. Asimismo, no es bueno diluir el poder político en el Parlamento entre multitud de eventuales partidos. El sistema tiende forzosamente al bipo-

larismo partidista con inclusión de agrupaciones menores y ello brinda estabilidad y coherencia a la acción parlamentaria, vital en Gran Bretaña ya que, por definición, el poder ejecutivo es parte integrante del legislativo y sus miembros salen del Parlamento.

Añejo y discutido permanentemente por su relativa injusticia, ya que en la práctica la expresión del electorado no siempre se refleja en la distribución de bancas, el sistema británico ha probado su eficacia y los últimos sondeos de opinión demuestran que la ciudadanía está conforme con las reglas del juego. No es para menos, ya que cientos de años de funcionamiento razonable prueban que el régimen electoral es, si no lo mejor, por lo menos relativamente bueno.

Al contrario del sistema británico, la permanente tendencia en Iberoamérica ha sido la de otorgar representación proporcional a todas las agrupaciones políticas. Con ello se ha pretendido "democratizar" al máximo la representación ciudadana y las distintas corrientes de opinión. En la práctica, esta loable intención ha traído consigo la disolución del poder y consiguientemente la inestabilidad permanente. Es casi imposible obtener una mayoría absoluta y ello siempre trae problemas, máxime en un contexto de extrema fragilidad, como el que se da para los procesos democráticos en nuestros países.

Una dosis de pragmatismo anglosajón quizá sea necesaria para cuando en el futuro se vuelvan a discutir los métodos electorales. Las lecciones de la democracia británica son demasiado importantes como para soslayarlas...

LA REALIDAD DE AMÉRICA "LATINA"
(Junio 1983)

Permanentemente escuchamos, leemos y escribimos, con invocaciones hacia la unidad latinoamericana: se habla de la "gran Patria latinoamericana", la "Nación latinoamericana". Estas y muchas otras exclamaciones por el estilo, de tono emotivo y en sentido práctico (la integración latinoamericana) nos han creado con el transcurso de los años, una verdadera euforia latinoamericanista, hasta el punto de haberse mencionado la posibilidad de una "Organización de Estados Latinoamericanos" (OELA), que reemplazaría a la vieja y tradicional Organización de Estados Americanos (OEA). La verdad es que nosotros no estamos de acuerdo con estas tendencias y nos permitiremos expresar nuestra modesta opinión sobre el particular.

En primer lugar, América es América, sin adjetivos particulares. Justamente, en este año que celebra el bicentenario del nacimiento del Libertador Bolívar, es adecuado recordar que en el siglo pasado, éramos todos americanos y así se expresaba el Libertador frecuentemente.

Desde los anglosajones del norte hasta los indomestizos del sur, éramos todos americanos. Con el tiempo se fue acentuando la diferencia entre las dos Américas y surgió el adjetivo "Latina" para diferenciar a nuestra América de los Estados Unidos, que pasaron a ser la América a secas sin calificación adicional. En un principio, el término era coherente con la heredad étnico - - cultural y permitía también considerar a Haití.

En los últimos años, con la miríada de nuevas naciones afro--angloparlantes del Caribe, la frase América Latina ha perdido ese contenido y mas bien encubre una realidad geo-

gráfica: todas las naciones al sur del Río Grande son automáticamente "latinoamericanas" y "americanos" son, solamente, los nativos de EE. UU. utilizándose el término "Norteamérica" cuando se incluye al Canadá.

Es un hecho real que, al ser el nombre oficial "Estados Unidos de América", es válido utilizar como gentilicio la palabra "americano", máxime porque el idioma inglés no creó otra denominación derivada de los Estados Unidos, como se ha dado el caso en castellano ("estadounidense").

Al mejor estilo publicitario de "Madison Avenue" nos han vendido tan bien la idea que ahora estamos felices de ser latinoamericanos, con franca aceptación de la sutil discriminación calificativa que ello involucra frente al americano a secas.

Todo esto no sería tan malo ni complicado si no fuera por los cambios habidos en la región. Repetimos que, en los últimos años, han surgido muchas naciones que, ahora, forman parte de Latinoamérica sin ser elementos que históricamente han pertenecido al subcontinente, aunque geográficamente hayan estado siempre donde están. Inclusive, en la Organización regional, en el seno de la OEA, la influencia de todas estas naciones del caribe es cada vez mayor y ya se tiene en la actualidad problemas con los porcentajes de votaciones por haberse diluído el número tradicional de naciones latinoamericanas.

Si en el marco regional vamos perdiendo terreno, más grave aún es el panorama en las relaciones internacionales. América Latina forma, juntamente con los países de Africa y Asia, el bloque de países en vías de desarrollo, cuya expresión económica se da a través del llamado Grupo de los 77 (G77). Con el fin de compatibilizar posiciones, el Grupo Latinoamericano debe llegar a un consenso con respecto a

determinadas cosas y si bien este consenso muchas veces se logra, dramáticamente se ha comprobado que en asuntos vitales para nuestra América tradicional, ello no es así, con lo cual se desvirtúa el sentido de unidad del Grupo Latinoamericano.

Durante la crisis de las Malvinas lo anteriormente expresado pudo constatarse fehacientemente. Jamás el Grupo Latinoamericano pudo llegar en las reuniones de Ginebra a posiciones unánimes debido a que los países caribeños, anglo-parlantes no compartían la posición argentina con la cual era solidaria toda nuestra América Latina "clásica".

Los países del Caribe —unidos a Gran Bretaña por innumerables lazos— eran reacios en su apoyo diplomático y lo propio sucedió en la misma OEA y en el G 77 de Nueva York.

Estas naciones nuevas a las que, ciertamente, les deseamos lo mejor en su devenir, poco tienen que ver con nosotros al margen de las aspiraciones compartidas para lograr mejores niveles de vida, establecer corrientes bi y multilaterales de cooperación etc. Mientras nos mantengamos en esos marcos, el Grupo Latinoamericano (que las incluye a todas) no tendrá problemas. Sin embargo, el antecedente de las Malvinas es penoso y nos lleva al razonamiento lógico de la probabilidad de conductas similares en alguna otra futura crisis que involucre a la América Latina tradicional.

Es hora, entonces, de repensar seriamente el término América Latina. El mismo —con todas sus connotaciones— pudo haber sido positivo y claro en un pasado reciente. Hoy, es solamente una referencia geográfica bastante arbitraria y que pone en la misma bolsa a todos los países de América con excepción obvia de Estados Unidos y Canadá. Si manejamos el término América Latina en está nueva y muy real

dimensión, perfecto. Entonces será necesario desmistificar la frase de la carga intelectual y emotiva que tradicionalmente tuvo y tomarla como la que actualmente es: una figura geográfica por una parte y una expresión política, por la otra, en el Grupo de los 77.

Dentro de ese marco global y teniendo en cuenta la casi inevitabilidad de los calificativos, tenemos que percibir que será casi imposible cambiar el término. Es como cuando a un niño le ponen un apodo que es popularizado en la escuela: se queda para toda la vida con él. Si ésto sucede con América Latina, veamos entonces la manera de crear mejores condiciones negociadoras y de presentación común para todos nuestros países. Ello podría darse con la aceptación institucional de la palabra IBEROAMERICANA cuya raíz histórico-cultural es clarísima y no admite duda alguna.

En el seno de la llamada "América Latina" será posible entonces para los países iberoamericanos trazar sus políticas en común y presentarse siempre solidarios cuando la necesidad así lo requiera. Si esa solidaridad se logra en el bloque "mayor" incluyendo a los latinoamericanos geográficos, en buena hora. Si así no fuera, nuestras naciones podrían siempre brindar una imagen unida y no las que lamentablemente se han dado en el Grupo Latinoamericano durante la crisis del Atlántico Sur.

Son los dirigentes de América los que tienen que percibir esta nueva situación que empaña nuestra presencia en la arena mundial. Para concluir reflexionemos: antes que nada, somos americanos, luego somos iberoamericanos, ya que si bien hay mestizaje y razas autóctonas, es la península ibérica quien nos dio mediante España y Portugal, la vinculación con Occidente y nuestra lengua común. Finalmente, no tendremos quizá más remedio que ser latinoamericanos, junta-

mente con Jamaica, Trinidad y Tobago. Antigua y Barbados y muchas otras naciones "latinas" de nuevo cuño.

¿SOMOS TIERRA DE CONTACTOS?
(Junio 1983)

Bolivia ha sostenido permanentemente como esencial enunciado diplomático que es "tierra de contactos y no de antagonismos". Asimismo, hemos expresado en múltiples ocasiones que somos un área de gravitaciones múltiples y que nuestra localización geográfica —que nos permite ser socios de todos los esquemas integracionistas— resulta ideal para concretar dicha vocación.

Genuino y altruista es nuestro enunciado y tenemos que reconocer que todas, absolutamente todas, las condiciones están dadas para su cumplimiento; salvo nuestro temporario enclaustramiento que esperamos sea resuelto algún día, sobre bases equitativas de comprensión y justicia. Sin embargo, también tenemos que reconocer que, por ahora, al margen de la geografía política que nos ha colocado en el centro de Sudamérica, poco —casi nada— hemos hecho para plasmar en realidad la sabia y viable idea de ser tierra de contactos. Veamos algunos detalles sobre el particular.

No contamos con un eficiente sistema de carreteras que nos contacte entre nosotros, mucho menos para establecer contactos externos y ser área de gravitación. Nuestras redes ferroviarias no están unidas y si bien hace poco tiempo se inauguraron las obras del tramo Aiquile-Santa Cruz, aún falta mucho para lograr la interconexión ferroviaria nacional y transcontinental. Un simple vuelo a Buenos Aires desde La Paz, se transforma en un tormento de cinco horas de duración, con cambios de nave, escalas técnicas y otros azarosos detalles.

Una llamada de larga distancia al exterior puede trastornarnos mente y paciencia durante toda una jornada, cuando los que hemos tenido la suerte de salir al extranjero sabemos que hoy en día el discado automático internacional es cosa de rutina y se lo puede realizar desde un hotel o domicilio particular sin acudir al operador, salvo casos específicos. Al respecto, lo que nos intriga es que si desde fuera de Bolivia podemos llamar directamente a nuestro país, cómo es que desde acá no podemos hacerlo, ¿Existe una antigua política de control de comunicaciones? ¿Hay algún inconveniente local que nos impide realizar el proceso inverso llamando desde Bolivia hacia afuera por telediscado?

La verdad es que podríamos extendernos en muchas otras consideraciones sobre el aislamiento de Bolivia que más allá de nuestra trágica amputación marítima obedece hoy por hoy a otros factores. Tiempo atrás, en las páginas de *Presencia*, publicamos dos artículos sobre este fenómeno y aludimos al síndrome del cerco que agobia a Bolivia más que su forzado enclaustramiento. Hay, pues, una evidente contradicción entre el sano enunciado diplomático de tierra de contactos y la realidad. Estamos como en una cueva sin contactos, las noticias internacionales son mínimas, los grandes acontecimientos mundiales resbalan sin que los asimilemos. No hay infraestructura de comunicaciones ni de transportes para contactarnos adecuadamente, mucho menos para hacer de puente en la diversa geografía del subcontinente. Finalmente, no logramos establecer contacto mental ni siquiera entre nosotros mismos, pues, encerrados en esta suerte de mediterraneidad psíquica que voluntariamente nos hemos construído, vivimos envueltos en permanentes rencillas y personalismos, sin buscar un —valga la palabra— punto de contacto entre los bolivianos que nos proyecte hacia el futuro unidos y con una

idea fuerza común. Quizá, al ser tierra de contactos mentales entre bolivianos, podamos el día de mañana aprovechar las ventajas objetivas que tenemos para ser también tierra de contactos físicos y económicos en Sudamérica. Mientras tanto, el síndrome del cerco nos mantedrá más y más aislados, huraños y desconfiados de todo lo que viene de afuera y sin cumplir el papel que Bolivia necesariamente debe tener en el proceso de integración americana.

PRODUCTIVIDAD Y NIVEL DE VIDA
(Junio 1983)

Suiza es un país que tradicionalmente tiene fama de ser "modelo" en orden, limpieza y seguridad. Asimismo, su nivel de vida es de lejos el más elevado de Europa y uno de los más grandes del mundo. Lo que no se recuerda mucho, es que hasta hace aproximadamente doscientos años, la actual Confederación Helvética era sumamente pobre y carecía de elementos que para la época eran imprescindibles en el campo de la higiene social e individual y en otros aspectos de la vida.

Al proponerse los suizos ser el país más limpio de Europa, lo lograron con creces, hasta el punto de que un turista se siente avergoñzado de tirar una colilla de cigarrillo en las calles; tal la pulcritud de las ciudades suizas. De la misma manera lograron muchas otras cosas, todas ellas positivas para sus ciudadanos. Esto no se logró con dádivas ni "ayudas" sino con el gran sentido comunitario de su pueblo, la estabilidad de sus instituciones políticas y el esfuerzo individual de los suizos para transformar a su país (45.000 kilómetros cuadrados, aproximadamente 25 veces más pequeño territorialmente que Bolivia) en un vergel de progreso y bienestar para los

seis millones de habitantes. Crisis hay por cierto y las habrá siempre, pero es un hecho que Suiza ha logrado lo más perfecto, dentro de lo imperfecto que es el ser humano y esto lo reconoce toda la comunidad internacional.

Una reciente publicación que ha llegado a nuestro alcance, nos informa que la Confederación Helvética tiene el producto nacional bruto por trabajador más grande del mundo: 30.980 dólares excediendo a los Estados Unidos y Alemania Federal en un 8% y 17% respectivamente, con lo cual se pone a la cabeza de todas las naciones industrializadas del planeta en este rubro.

En otras palabras, el indicador que hemos presentado, significa que Suiza tiene la productividad del trabajo más alta del mundo, ya que al monto señalado arriba generado por trabajador, hay que agregar que cada hora laboral implica la creación de 15, 17 dólares, otra cifra realmente asombrosa.

Finalmente, destaquemos que los trabajadores suizos tienen como promedio 44 horas laborables por semana más un mes de vacación pagada anual y aproximadamente 10 a 12 días de feriados oficiales. Como se puede apreciar, el período de descanso es considerable. Eso sí, las 44 horas de trabajo son de TRABAJO, así con mayúsculas y de ahí entonces la altísima productividad que permite a esta pequeña nación, fuertemente dependiente de sus exportaciones, sin materias primas y otros recursos naturales, ostentar un lugar destacado en la dura arena de la competencia económica internacional. Los productos suizos, desde armas y maquinarias de precisión hasta sus afamados chocolates y medicamentos, llegan a todo el mundo y son altamente apreciados.

La moraleja de lo sucintamente narrado es que el trabajo productivo es la fuente esencial de progreso y bienestar.

Si no hay productividad, poco futuro tenemos por delante. Es importante traer todo esto a colación, máxime frente a la verdadera oleada de paros, huelgas, "días" de algún sector, más festividades exageradas en su dimensión que traen consigo ebriedades y pérdidas millonarias por falta de producción. Si el país está en crisis, trabajemos duro, inclusive para estimular la ayuda externa ya que sabido es que nadie tiene buena voluntad para ayudar al ocioso. El promedio de Suiza está muy lejos, ciertamente. Podremos los bolivianos llegar a altos niveles algún día, pero con certeza jamás llegaremos si seguimos con nuestra mentalidad de jolgorio permanente.

EL FIN DE LAS DEMOCRACIAS SEGUN JEAN - FRANCOIS REVEL (Mayo 1983)

El conocido ensayista francés Jean-Francois Revel ha publicado recientemente un nuevo libro titulado "Cómo terminan las democracias" (Ed. Grasset, Paris) y el semanario "L'Express" ha realizado un lúcido comentario sobre la obra citada, cuya síntesis pondremos a disposición de nuestros lectores.

La tesis central de Revel es la terminación de la democracia —como la entendemos en Occidente— por la estocada exógena del comunismo soviético. Sin embargo, el autor asevera que previamente la democracia será herida gravemente por los propios partidarios de ella, quienes involuntariamente prepararán el camino para el golpe definitivo.

Revel afirma que cada sistema tiene su lógica y la de los soviéticos es territorial. Cita como ejemplo el caso del Japón; Estados Unidos, luego de cuatro años de guerra, no tomó una sola pulgada de territorio nipón. La URSS, luego

de pocos días de beligerancia, tomó las islas Kouriles y otros territorios que no ha devuelto hasta ahora. Estas prácticas podrían llegar a ser aceptables para una potencia si se establecieran en función de principios estratégicos vitales para la nación. Sabemos que ello no es así —continúa Revel— ya que para la Unión Soviética su aspiración es que el territorio nacional coincida con el planeta entero. Al respecto basta enumerar la expansión soviética de los últimos 60 años: Georgia, Mongolia Exterior, los países bálticos, más la "satelización" de la Europa Oriental. Muy al estilo de la vieja Rusia zarista, la URSS ha continuado su política expansionista, esta vez combinándola con la ocupación ideológica de vastas zonas en el mundo (Angola, Cuba, etc.).

Para Revel, la hora de la verdad sonará a fines de siglo. Los recientes acontecimientos de Polonia, con tímidas protestas europeas y lacrimógenas acusaciones estadounidenses mientras los primeros apresuran la construcción del gasoducto siberiano y los segundos siguen abasteciendo de trigo a los soviéticos, son reflejo palpable de la debilidad de las democracias occidentales para preservarse frente a la creciente hegemonía soviética. A medida que pasa el tiempo, la URSS se militariza más y más. No importa que las condiciones de sus hospitales sean lamentables, como señala Revel; podemos estar seguros, empero, de la tremenda eficacia de los cohetes y misiles rusos.

Revel expresa que partiendo de "cero" en 1916, la formación social que está bajo la sombrilla de la URSS representa hoy más de mil millones de personas. Progresión formidable y que demuestra la aceleración de la historia.

Luego el autor reseña una serie de avances y retrocesos que han marcado la reciente importancia soviética en el mundo, mientras Occidente permanece dividido, tal como anti-

guamente lo estaban los griegos al enfrentarse con Filipo de Macedonia (padre de Alejandro Magno). La división policéntrica -dice Revel- hace honor a las democracias, pues ellas no se conciben sin pluralismo interior y exterior. Esta "pluriestructura" —agrega— lleva a una declinación suicida. Lo que mejor tiene en sí la democracia —la oportunidad de disentir— es lo que en definitiva la pierde, asegura. La democracia tolera en su seno ideologías que pretenden destruirla y que, obviamente, no tolerarán a la democracia cuando adquieran primacía.

Frente a este "impasse", ¿qué hacer? Revel nos dice que ningún demócrata auténtico se transformará en fascista para "salvar" a la democracia de sus adversarios comunistas. Empero, es necesario defenderse, defender a la democracia y a sus valores históricos, reflexiona.

"La lucha por la paz" se ha convertido en la bandera demagógica de la Unión Soviética que, bajo tan simbólico lema, arrasa con naciones como Afganistán y confunde a la opinión pública de las democracias occidentales. En la fina dialéctica marxista, la lucha por la paz y la defensa de la democracia son solamente las fachadas del verdadero y último razonamiento, de la "tesis": el dominio mundial y el fin de las democracias.

Así como Demóstenes combatía el despotismo macedónico en la antigua Grecia, Revel ha decidido ser su homónimo contemporáneo, alertando ahora al Occidente acerca de lo que el comunismo internacional pretende.

Dejamos a juicio del lector la síntesis presentada.

ESTRATEGIA Y GEOGRAFIA
(Abril 1983)

Ni siquiera en las épocas que vivimos, con misiles nucleares y cohetes de largo alcance, la vieja geografía ha sido dejada de lado. Antes, el marco geográfico era relativamente estático mientras hoy, la moderna tecnología ha convertido a la geografía en algo dinámico, cambiante. Ahora le resulta posible al ser humano adaptar y modificar el suelo en que vive, según su conveniencia y posibilidades. No obstante estos innegables avances, la geografía sigue siendo muy importante y en esta oportunidad, intentaremos establecer algunas bases de relación con la estrategia.

Antiguamente, la estrategia era simplemente "el arte de los generales". Su etimología significa conducir ejércitos (por "stratos" y "Agein", ejército y conducción respectivamente). En griego, "Strategos" significaba también lo que hoy llamamos "General". Contemporáneamente, el concepto ha ampliado enormemente su campo y la palabra estrategia la tenemos incorporada en todos los órdenes de la vida, ya que es común referirse a la estrategia en los negocios, en la diplomacia y hasta en los asuntos personales. En este sentido y tomando en cuenta el vasto marco actual, podríamos decir que estrategia es el conjunto de pasos planteados que se dan para conseguir un objetivo, en función de las necesidades y recursos con que se cuenta. Es el cuadro global de acción que nos damos para alcanzar algo. La táctica, mientras, sería las secuencias menores, los "minipasos", que damos en función de nuestra meta, en coordinación con los fines estratégicos.

Si, por un lado, tenemos a la ciencia que estudia los fenómenos vinculados al suelo, al asentamiento territorial en todos sus matices: políticos, económicos, ambientales, etc., y,

por el otro, a nuestra definición de estrategia, veamos ahora cuáles son sus vinculaciones.

En el plano interno, resulta obvio que una estrategia de desarrollo regional deberá necesariamente tomar en cuenta al factor geográfico. Habrá que construir carreteras y efectuar previamente los estudios de suelo: puentes y otras obras de arte serán planificadas en relación directa entre la estrategia y la geografía; las industrias o polos de crecimiento a instalarse tendrán que ser coherentes con las condiciones geográficas para el desarrollo de las nuevas industrias, cultivos, etc.

En el plano internacional, las estrategias integracionistas entre países vecinos, ya sean a nivel bilateral o multilateral, tendrán también mucho que ver con la geografía. La estrategia diseñada al efecto, por un país, dos países o varias naciones, tendrá que conciliar criterios entre el plan, que es la estrategia en definitiva, y los aspectos geográficos, tratando de balancear ventajas y desventajas en función de los objetivos globales. Por ejemplo, para construir una represa internacional, habrá que examinar, aparte de los aspectos que hacen a la estrategia (financiamiento, ingeniería y otros), las relaciones geográficas mediante estudios de factibilidad adecuados; si se inunda una zona, con el dique a crear deberá estudiarse la manera de evitar perjuicios o hacerlos mínimos y así sucesivamente.

También en el análisis del poder nacional, en su rivalidad con otros poderes nacionales, o sea, cuando se trata de la confrontación y no de la cooperación, la relación entre estrategia y geografía es importante. Desde los estados más pobres hasta las superpotencias, se ven obligados a dimensionar su concepto estratégico contemplando la geografía, analizando los obstáculos que ésta plantea o la forma en que el progreso científico los anula.

Las ideas estratégicas han variado en función del énfasis que se ha dado a alguna de las particularidades geográficas. Son clásicas las distinciones entre poder terrestre, aéreo y marítimo,en la relación entre estrategia y geografía, cuando ésta se realiza a nivel militar.

John M. Collins, en su libro "La gran estrategia" (Círculo Militar, Buenos Aires-Argentina), señala que "tanto los hombres vestidos de civil como los uniformados encarnan hoy asuntos estratégicos a nivel nacional". A continuación expresa: "La estrategia nacional emplea reunidos todos los poderes de la Nación, tanto en la paz como en la guerra, para alcanzar los intereses y objetivos nacionales. Dentro de ese contexto, existe una gran estrategia política que comprende los grandes temas internacionales e internos; una estrategia económica, tanto interna como externa; una estrategia militar nacional y varias otras". La suma de todas, conformaría la "gran estrategia" que satisfaría la salvaguardia de la seguridad del estado y el cumplimiento de las metas trazadas.

En toda la programación de los importantes enunciados de Collins, subyace la geografía, ya sea en relación directa con la estrategia ("geoestrategia" o en términos de geopolítica: la vinculación entre el asentamiento geográfico y el poder político.

Tres voceros avanzados —Mahan, Mackinder y Seversky— adelantaron los conceptos estratégicos ligados a la geografía que hasta hoy y con las variantes que la tecnología ha impuesto siguen teniendo cierta vigencia.

Alfred T. Mahan centró su atención en los mares, que cubren tres cuartas partes del globo terráqueo y sostuvo que el dominio de los océanos era esencial para controlar la riqueza del mundo y dominar la tierra. Halford J. Mackinder, a principios del siglo XX y poco después de Mahan, enfatizó

la importancia estratégica de la masa terrestre en oposición a los mares. Son clásicas ya en el pensamiento geopolítico, las definiciones de Mackinder sobre la "isla mundial", el área pivote o "heartland" y sus conceptos sobre crecientes interiores y exteriores.

El advenimiento del poder aéreo —como nos dice Collins— insertó una tercera dimensión. Alexander P. de Seversky propuso la teoría de que la supremacía aérea integral es posible y necesaria. Su libro fue escrito antes de la existencia de los cohetes balísticos intercontinentales y proponía que "el destino manifiesto de los EE. UU. está en los cielos".

Contemporáneamente, se ha hecho necesario integrar estas dimensiones en un enfoque estratégico interrelacionado ya que la situación actual, impone amplia flexibilidad en los tres dominios. Asimismo, hay combinaciones novedosas como la de los satélites, que son aéreos, pero con conexión hacia servicios terrestres; los ya citados cohetes y misiles, ultramodernos y sofisticadísimos, que pueden ser lanzados por aire, mar y tierra. Agreguemos los submarinos nucleares, con capacidad devastadora de ataque y sorpresa desde el fondo del mar, hacia la superficie y el espacio aéreo y tenemos otra dimensión combinada de las tres tradicionales.

Lo que importa destacar es que mientras más avanza la tecnología, a medida que la concepción estratégica también se hace más compleja, la geografía sigue siendo el término básico de referencia. Las ecuaciones geográficas son cada día más novedosas, pues ya dijimos que hoy ella no es estática y que el hombre puede modificar sus condiciones, pero sin conocimiento adecuado del factor geográfico, el más brillante general, el ilustre diplomático, un gran economista o un eximio planificador, están perdidos. No hay estrategia sin geografía.

EL PROBLEMA DE LA HEMIPLEJIA
(Abril 1983)

Todos sabemos perfectamente que el sistema nervioso, a partir del cerebro, se divide en dos hemisferios: derecho e izquierdo. Sabemos también que cuando se daña uno de los dos hemisferios sobreviene la hemiplejía, es decir, la parálisis de uno de los dos costados del cuerpo. Si hay problemas en el hemisferio derecho, seremos incapaces de movernos en el costado izquierdo y si es este lado el paralizado, nuestra inmovilidad será del lado derecho. El sistema nervioso se entrecruza y de ahí esta relación inversa.

Es patético observar a un hombre hemipléjico y quiera Dios librarnos de semejante calamidad. Tan sólo hemos iniciado así nuestras notas para ilustrar mejor lo que pasaremos a explicar.

Esta dualidad de nuestros nervios, se da en prácticamente todos los aspectos de la vida humana. En el plano moral, hablamos de lo "bueno" y lo "malo". En la inmensa mayoría de las religiones, tenemos la figura de Dios y su contrario: Satán, príncipe de las tinieblas, lo maligno, etc.. Es común referirse a lo "blanco" y lo "negro", lo justo e injusto. El hombre está acostumbrado a pensar en relaciones binarias; tanto en el pensamiento clásico occidental como en la dialéctica hegeliana luego retomada por Marx, observamos esta permanente relación. A la acción, la reacción, a la suma, la resta, al frío, el calor y así en infinidad de conceptos, el ser humano ha pensado —y lo sigue haciendo— en términos binarios. La aseveración de Maquiavelo de que al promover un príncipe el poder de otro, disminuye el propio, es otro claro ejemplo de relaciones binarias, que matemáticamente en la moderna teoría de los juegos, tan utilizada en la estra-

tegia empresarial, diplomática y militar, se las denomina de "suma cero" o sea, hay una ganancia neta para uno y pérdida neta para otro, con lo cual la suma siempre es nula.

No es sorprendente que el hombre piense normalmente así. Es simple y cómodo, y deriva hasta de la manera en que nos enseñan a leer y escribir y nos socializan culturalmente, esta tendencia histórica a pensar en función de dicotomías. Contemporáneamente, expresiones como Este-Oeste, Norte-Sur, Comunismo-Capitalismo, Democracia-Dictadura, se inscriben en el contexto de lo mencionado: relaciones binarias normalmente antagónicas y de suma cero, para casi todas las interacciones sociales, culturales, políticas y religiosas.

Sin negar la "línea" que separa legítimamente los conceptos éticos tradicionales de nuestra vida y relación social, es evidente que hay que realizar un esfuerzo para pensar en términos más complejos. La vida —en todos sus órdenes— no es, estrictamente hablando, ni una suma cero ni una hemiplejía moral, política o económica. Es necesario buscar relaciones más sofisticadas, quizá menos aptas para cautivar multitudes pero mucho más adecuadas para estudiar la realidad heterogénea de nuestro mundo. Para citar un solo ejemplo, la actual relación Norte-Sur es una simplificación excesiva de las relaciones internacionales que, con toda su carga emotiva y su claridad geográfica, poco material nos proporciona para algo más que un mediocre discurso en foros diplomáticos.

Para que globalmente la frase "Norte-Sur" nos sea útil es necesario desagregarla, analizar sus componentes, ver qué países están en rápido proceso de industrialización frente a otros más atrasados, cuáles se inclinan más hacia una economía de mercado y cuáles son proclives a una economía co-

lectivista, etc. Por el lado del Norte, es necesario escudriñar y diseccionar también una vasta gama de interrelaciones.

Todos estos estudios —y muchos otros— podrían entonces darnos algunas alternativas válidas para las negociaciones globales, mucho más útiles que la retórica actual de encasillamiento cómodo en el dualismo Norte-Sur, prolongación en los organismos internacionales del binomio Desarrollo-Subdesarrollo, que tampoco es así de simple.

Ejercicio similar podríamos realizar con cualquier otro de los tradicionales dualismos que han caracterizado el pensamiento. La suma cero de Maquiavelo tiende hoy a intentar, por lo menos, convertirse en suma variable para que la vida política no tenga siempre ganadores y perdedores netos, sino que —en relaciones más complejas— exista la posibilidad de una suma variable, la probabilidad de que todos ganen un poco o pierdan un poco. El capitalismo y el comunismo presentan también puntos intermedios con aspectos positivos y negativos para uno y otro.

Así pues, lo importante es evitar las hemiplejías que, dolorosas e inevitables como son, cuando tocan al sistema nervioso, no es correcto sostenerlas en la vida nacional e internacional. Ortega y Gasset ya nos previno contra las Hemiplejías morales en su célebre obra "La rebelión de las masas". Hagamos todos nosotros un esfuerzo y superemos en Bolivia las actuales hemiplejías políticas e ideológicas que separan a los bolivianos cual muros infranqueables.

LOS OJOS ELECTRONICOS QUE NOS VEN
(Abril 1983)

Tenemos en nuestras manos un despacho del "New York Times Service" que nos introduce en un campo realmente

fascinante: la cada vez mayor agudeza visual de los satélites artificiales de reconocimiento y espionaje.

Cuando el Presidente norteamericano Ronald Reagan presentó en mensaje televisado su nueva estrategia de defensa el pasado 23 de marzo, mostró varias fotografías aéreas que aparentemente señalaban algunas instalaciones soviéticas en Centroamérica y expresó: "desearía poder mostrarles más, sin comprometer nuestras importantes fuentes de inteligencia y sus métodos". Estaba refiriéndose a la fantástica capacidad que tienen los actuales satélites "espías" para tomar fotos de lugares estratégicos con asombrosa precisión y que son la fuente básica de información de los servicios de inteligencia de los Estados Unidos. Las fotografías más nítidas, a las que hizo alusión el mandatario norteamericano, son aquellas que todavía son secretas ya que, al publicitarlas, podría darse pautas de la tecnología que las hace posibles.

Aunque parezca mentira, las cámaras instaladas en los satélites de reconocimiento —que orbitan a altitudes de aproximadamente 240 kilómetros— son capaces de obtener películas que revelan hasta el número de placas de un vehículo, las caras de la gente, las líneas pintadas de las playas de estacionamiento y otros detalles increíbles.

Esto quiere decir que desde el momento en que, por diversos motivos, a Estados Unidos le interese "examinar" de cerca cierto país o territorio, puede hacerlo con precisión asombrosa. Imaginemos por un instante que el satélite posa sus ojos en Bolivia: podría tener una clara visión de los Ministros entrando y saliendo de una reunión de Gabinete o de un grupo familiar que conduce su automóvil río abajo; un "presterío" en el altiplano sería visto directamente por el Presidente Reagan y a todo color, a través de un aparato

que nos fotografía desde la estratósfera y retransmite simultáneamente las imágenes a la tierra.

Esta maravilla tecnológica es posible mediante el sofisticado uso de instrumentos electrónicos insertos en lentes telescópicos sumamente complejos. Aunque el Departamento de Defensa de Estados Unidos rehusa emitir juicios sobre el programa de reconocimiento vía satélite, varios científicos norteamericanos han brindado valiosa información a la opinión pública. El Dr. Kosta Tsipis, especialista del Instituto de Tecnología de Massachusetts, es quien ha dado a conocer la nitidez con que se puede observar ciertas imágenes mediante el satélite KH-11. Este instrumento pesa más de diez toneladas y tiene una vida orbital de aproximadamente dos años. Los opera la agencia de inteligencia de los EE.UU. (CIA). Otro satélite de reconocimiento es el "Big Bird" (gran pájaro) que opera a bajas altitudes pero dura en órbita solamente seis meses y pertenece a la Fuerza Aérea.

Informaciones que circulan en Washington aluden a futuros y más sofisticados satélites que serían lanzados durante el presente año. Con los nuevos desarrollos en perspectiva, expresa el Dr. Tsipis, "en principio se podrá ver objetos sobre la superficie de la tierra de pocos centímetros en tamaño".

Así, pues, sin haber llegado todavía a 1984, año que utilizó Orwell para dar el título a su célebre novela, ya tenemos una suerte de "gran hermano" que nos vigila desde arriba. Nosotros, simples mortales de países atrasados, ahora, cuando elevemos nuestras plegarias y miremos al cielo, sentiremos la incómoda sensación de ojos electrónicos que nos ven, auscultan y vigilan, dioses modernos de la era tecnotrónica, que comparten el espacio con nuestro eterno Creador.

LA CIENCIA POLITICA Y LAS RELACIONES INTERNACIONALES
(Febrero 1983)

En un artículo que publicamos en *Presencia*, (1) señalamos la vinculación entre Relaciones Internacionales y Geopolítica. También expresábamos que las Relaciones Internacionales (RI) eran de complejidad creciente. En estas notas, daremos a nuestros lectores una breve visión de algunos aspectos que hacen a la vinculación entre Ciencia Política y RI..

En 1948, la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), promovió una reunión de estudiosos y elaboró una "lista-tipo" contemplando los temas que eran objeto de la Ciencia Política y que son los siguientes (2):

1º LA TEORIA POLITICA:

a) Teoría política; b) Historia de las ideas.

2º LAS INSTITUCIONES POLITICAS:

a) La Constitución; b) El Gobierno central; c) El Gobierno regional y local; d) La Administración Pública; e) Las funciones económicas y oficiales del Gobierno; f) Las instituciones políticas comparadas.

3º PARTIDOS, GRUPOS Y OPINION PUBLICA:

a) Los partidos políticos; b) Los grupos y las asociaciones; c) La participación del ciudadano en el gobierno y en la administración; d) La opinión pública.

4º LAS RELACIONES INTERNACIONALES

a) La Política Internacional; b) La Política y la Organización Internacional; c) El Derecho Internacional.

Era natural que esta lista tipo sea objeto de controversias. Aparentemente se mezclaban disciplinas distintas y por otro

lado, se perdía el carácter integrativo de la ciencia política. Sin embargo, con todo lo empírica y provisoria que es, la clasificación de la UNESCO sigue siendo utilizada en diversas investigaciones y como metodología didáctica para la enseñanza de las diferentes ramas de la ciencia política.

El simple hecho de introducir a las RI en la lista, nos da la pauta de la relación de éstas con la ciencia política. Asimismo, se observa que las RI engloban aspectos de la política y del derecho internacional, que aparecen como subtemas. Esto también puede ser objeto de controversias, sobre todo por parte de aquellos que subliman el derecho internacional como algo autónomo y que más bien condiciona a la vida entre naciones.

La verdad es que el derecho internacional, importante como es, no cubre en su totalidad los fenómenos de las RI y sólo refleja aspectos derivados de tratados, la costumbre y principios generales del derecho, comúnmente aceptados por la comunidad mundial, pero está sujeto a las decisiones y actos políticos de los actores de las RI. Es más, la política crea, modifica o extingue situaciones de derecho y, por consiguiente, siendo las RI parte de la ciencia política, ellas son más amplias que la norma legal internacional. Idealmente, en un mundo perfecto, sería óptimo que el derecho internacional regule la conducta de todos. En el muy imperfecto mundo que tenemos, ello es imposible y casi siempre la norma jurídica internacional marcha rezagada frente a la dinámica de las RI o —lo que es peor— no siempre es compulsiva, por la debilidad intrínseca del derecho internacional frente al interno, donde la posibilidad de sanción es casi inmediata, cosa que no siempre ocurre entre las naciones, pues, es muy difícil imponer castigos a un Estado soberano, aunque en algunos casos las sanciones han tenido relativo éxito y lo-

graron aislar, convertir en parias internacionales, a algunos países por actos de sus gobiernos (3). A esta limitación debemos agregar que la comunidad mundial tiene hoy en día muchos otros actores distintos a las naciones legalmente constituídas, a los que no siempre se les puede imponer los castigos prescritos por el derecho internacional.

Al estudiar la Ciencia Política los fenómenos inherentes al poder, la autoridad, el estado, sistemas de gobierno y administración más la participación individual y colectiva en dichos fenómenos, es casi natural que las RI sean, pues, parte de dicha rama del saber científico pues en todo su amplio espectro las RI —por definición— "relacionan" todos los aspectos entre las naciones y el resto de los actores de la comunidad mundial.

Las Relaciones Internacionales serían entonces "el análisis y el estudio sistemático de los actos internacionales, como medio para establecer constantes, tendencias, reglas generales y definir hipótesis para el conocimiento científico". Las cualidades esenciales de la ciencia: explicación, descripción y predicción, se conjugan en la anterior definición con todas las limitaciones que en las ciencias sociales en general, se tienen para cumplir con tales postulados (4).

Un conocido autor definió al estudio de las RI como "el arte de la supervivencia" (5). Es tal la vastedad de los temas que trata hoy esta materia que muchos todavía no se han percatado de su inmensidad e importancia. Partiendo del estudio tradicional de las relaciones entre Estados, tenemos que continuar con la creciente importancia de los organismos internacionales transnacionales. A ello debemos agregar la irrupción de hechos como el terrorismo mundial (de toda tendencia ideológica), movimientos de liberación reconocidos por algunos, apoyados por otros y repudiados por ciertos

países; los juegos olímpicos, el secuestro de aviones, epidemias, la creciente influencia del espionaje tecnológico, militar e industrial, más las grandes corrientes del intercambio mundial en los niveles humanos, financieros, comerciales, culturales, etc., nos dan una mínima pauta del dominio de las relaciones internacionales. cuando las definimos genéricamente y como el "todo", de las vinculaciones existentes en el mundo.

A veces se habla indistintamente de Política Internacional como de Relaciones Internacionales. Inclusive varios autores entremezclan permanentemente los conceptos (6). Nosotros —coincidiendo con la creciente tendencia a globalizar la naturaleza de las RI— creemos que ello no es así y que con todo lo importante que es la política internacional, ella es más limitada que las relaciones internacionales, tal como las hemos explicado en estas breves notas. En un próximo trabajo, señalaremos más bien la correlación entre política internacional y política exterior. Ahora simplemente expresaremos que política internacional es la rama de las RI que estudia los fenómenos que determinan los vínculos entre las naciones y otras entidades mundiales. La política exterior sería la estrategia o programa planeado de actividad que desarrollan los tomadores de decisiones de un Estado —u otro actor internacional— frente al resto del mundo.

Como ciencia múltiple, interdisciplinaria y altamente dinámica, las RI incluyen, pues, a fenómenos de enorme gravitación e importancia y sobre los cuales nos explayaremos en una próxima oportunidad.

Notas:

(1) "Geopolítica y Relaciones Internacionales, *Presencia*, 1º de enero de 1978 y revista "Estrategia" de Bs. As., Argentina, Nº 58.

(2) La lista de la UNESCO ha sido extraída del libro de Mario Justo López, "Introducción a los Estudios Políticos" (Ed. Kapelusz, Buenos Aires).
(3) "Los estados parias", *Presencia*, 12 de mayo de 1978.
(4) D.V. Edward, "International Political Analysis", Dryden Press, N. York.
(5) Karl Deutsch, "Relaciones Internacionales", Ed. Paidós, Buenos Aires.
(6) Mario Amadeo, "Política Internacional", Instituto Argentino de Cultura Hispánica, Buenos Aires.

POLITICA INTERNACIONAL Y POLITICA EXTERIOR
(Marzo 1983)

En un trabajo que publicamos recientemente en *Presencia*, establecimos las bases de correspondencia entre las Relaciones Internacionales (RI) y la Ciencia política. Vimos que siendo las RI parte de la ciencia política, eran además un todo que involucraba la inmensa cantidad de tipos de relaciones que existen en el mundo contemporáneo. Además, expresamos que si bien, en muchas ocasiones, política internacional y RI se han utilizado como términos intercambiables y sinónimos, ello en sí no era correcto ya que las RI abarcaban un espectro más amplio que la política internacional y vital como es ésta, su ámbito y dominio era menor.

Habíamos definido a la Política Internacional como la rama de las Relaciones Internacionales que estudia los fenómenes que determinan los vínculos entre las naciones y otras entidades mundiales.

Tenemos, pues, un campo específico de estudio: "Los vínculos entre las naciones y otras entidades mundiales". Dicho campo no es pequeño pues su espectro actual es suma-

mente amplio, pero ya nos permite un marco, un encuadramiento a partir del cual se puede intentar un análisis para luego establecer la relación con la política exterior.

¿Cuáles son los actores de la política internacional? Básicamente siguen siendo los Estados, aunque es necesario recalcar que hay actores muy importantes y no podemos desdeñar el papel de las organizaciones internacionales, gubernamentales y no gubernamentales, las corporaciones transnacionales, los movimientos de liberación y hasta el terrorismo. Estas serían las "otras entidades mundiales" sin agotar, por cierto, las categorías.

Aquí volveríamos a establecer distinciones importantes. Una cosa es la política internacional y otra la política exterior. Varios distinguidos internacionalistas utilizan indistintamente ambas denominaciones, pero creemos que es más correcto mantener la escala de lo general a lo particular y así como las RI son "más" que la política internacional, ésta es más vasta que la política exterior, que por lo general se refiere a una entidad mundial específica o a grupos de entidades, mientras que la política internacional es el "todo", en este campo de estudio.

Subyace en la política internacional un "elemento" de poder, es decir, la capacidad para imponer a otros nuestros propios deseos. Ello es así por ser parte inherente de la ciencia política, para la cual el poder es un "requisito", un elemento imprescindible.

La política internacional se maneja en un mundo conflictivo y, por tanto, en una ambivalencia entre la búsqueda de la paz como objetivo y la puja entre estados y organismos por lograr supremacía.

Ahora bien, ¿cuáles son los fenómenos que analiza la política internacional? Ellos son básicamente, las relaciones

entre estados nacionales en su múltiple gama: alianzas, intercambios de toda índole, amenazas y guerras, esquemas de cooperación en diversos campos, etc. Asimismo, establece y regula mediante acuerdos entre naciones, la organización y funcionamiento de los organismos internacionales y estudia también la vinculación entre éstos y cada país o bloque de países.

Es importante la relación existente entre la política internacional y el derecho internacional ya que el orden jurídico entre las naciones y otras entidades, pese a su fragilidad, sirve para mantener un mínimo de cohesión y para instaurar determinadas reglas del juego en la arena mundial, reglas que no siempre son del todo obedecidas, valga la necesaria aclaración.

El sistema de las Naciones Unidas, o sea, la propia organización mundial más todos sus órganos autónomos y subsidiarios, ha ido adquiriendo cada vez mayor relevancia en la política internacional. Los estados nacionales acreditan representantes permanentes con la finalidad de defender sus intereses nacionales y/o compatibilizarlos con determinadas líneas y conductas que se siguen en los foros multilaterales. A nivel regional, los organismos como la OEA y la Organización de Unidad Africana también han ganado importancia en los últimos años, aunque sometidos a innumerables problemas.

Larga sería la lista de fenómenos que hacen al estudio de la política internacional, pero creemos que este breve "pantallazo" es suficientemente ilustrativo, para dar el marco adecuado a la disciplina. En dicho marco, se establece toda suerte de vínculos y relaciones, los cuales obedecen a las líneas de política exterior, de cada una de las entidades mundiales.

Repetiremos una anterior definición que dimos de política exterior: es la estrategia o programa planeado de actividades que desarrollan los tomadores de decisiones de un Estado —u otro actor internacional— frente al resto del mundo.

En la política internacional, entonces, se entrecruzan, chocan, se concilian o confluyen, las políticas exteriores de los actores mundiales. Cuando, en líneas generales, ellas son compatibles, tenemos la paz, los convenios de todo tipo, alianzas y cooperación mutua. Cuando hay divergencias, tenemos zonas de tensión, fricciones, probablemente conflictos o fracaso en las negociaciones multilaterales o bilaterales.

La política exterior es, pues, el instrumento de un miembro de la comunidad internacional, para plantear sus objetivos, defender sus intereses, hacer sentir su poder nacional o su prestigio y, si es pequeño y débil, apoyarse en los más potentes o en el orden internacional para que se reconozcan sus derechos. Esto último, en un mundo donde el poder y el interés resultan ser de vital importancia, lamentablemente no siempre ocurre.

Al ser la política exterior el medio del cual se vale un estado para intervenir en la política internacional, es obvio que dicha política exterior deberá tener articulación, tendrá que responder a ciertas pautas de consenso interno y habrá de contar con los instrumentos adecuados que la hagan viable, con máximos resultados o mínimas pérdidas.

El instrumento esencial de la política exterior de un estado u organización, es la diplomacia, pues mediante ella se preserva la paz, se mantiene un nivel adecuado de relaciones con otras entidades y se ejecuta, en suma, el plan de política exterior.

En nuestro tercer trabajo sobre estos temas, resumiremos para nuestros pacientes lectores las vinculaciones entre política exterior y diplomacia y ampliaremos algunos conceptos que consideramos importantes para la inserción adecuada de nuestro país en la sociedad internacional.

POLITICA EXTERIOR Y DIPLOMACIA
(Abril 1983)

En dos trabajos anteriores, señalamos aspectos metodológicos y de uso común en las universidades y centros de estudios especializados, acerca de la correspondencia entre Ciencia Política, Relaciones Internacionales, Política Internacional y Política Exterior (1).

En estas notas, completaremos el breve análisis que hemos puesto a disposición de nuestros lectores de *Presencia*, con la finalidad de establecer las pautas que hacen a la relación entre política exterior y diplomacia. Habíamos expresado ya y lo repetimos ahora, que podría definirse a la política exterior como una estrategia o programa planeado de actividad, desarrollado por los creadores de decisiones de un estado frente a otros estados o entidades mundiales, con la finalidad de alcanzar metas específicas definidas en términos de los intereses nacionales.

En el amplio marco de la política internacional, los miembros de la comunidad internacional trazan y delinean sus políticas exteriores, siendo éstas a veces cooperativas y complementarias; en otras ocasiones las mismas pueden ser rivales y llegar hasta la confrontación misma. No siempre los intereses nacionales coinciden.

El plan de política exterior necesita como etapa previa a su puesta en práctica, la elaboración y precisión del interés

nacional. Asimismo, la respuesta a algunos interrogantes básicos que ayudan a ubicar la posición de un país frente al resto del mundo. Sobre el particular, tiempo atrás también publicamos en estas páginas algunos conceptos elementales.

En primer lugar, es necesario aclarar lo que se entiende por interés nacional, o sea, las necesidades percibidas y los deseos de un estado soberano en relación a otros estados soberanos que constituyen su ambiente externo (2). Históricamente la evolución del interés nacional ha llegado a constituirse en una relación compleja para la definición de una política exterior, por la sencilla razón de que, aparte de conceptos de gran vaguedad como prosperidad, prestigio, bienestar y otros, muchas variables que se presentan como parte del interés nacional, reflejan determinadas condiciones de privilegio, dominio o influencia dentro de un estado. Consiguientemente, así como es válido pensar en la vigencia de ciertos intereses nacionales, es forzoso también tomar con pinzas a algunos.

Por otro lado, es común reiterar que la política exterior es la proyección de la política interna. Este axioma, no siempre es verdadero ya que en muchas ocasiones, sobre todo en el caso de países débiles y con escaso grado de autonomía, hasta la propia política interna termina estando restringida —al menos parcialmente— por factores exógenos. Es decir, la influencia de aspectos externos a veces condiciona los fenómenos internos de ciertos estados. Su propia política exterior, muchas veces es fruto de estos condicionamientos forzados aunque por otro lado, es evidente que la misma reflejará, con mayor o menor certeza, pautas esenciales del quehacer interno.

Al elaborar un plan de política exterior, hay que preguntarse cuáles son los principales problemas internacionales

que confronta una nación. Luego, es necesario saber cuáles son los antecedentes históricos y los problemas vitales enfrentados en el pasado que han consolidado una posición en la doctrina y en la acción. El rastreo del pasado, siempre nos resulta valioso colaborador para comprender comportamientos actuales. En tercer lugar, es necesario averiguar cómo las fuerzas internas y grupos de interés, afectan la formulación de la política exterior y cómo se realiza este proceso de formulación. Finalmente, es importante preguntarse acerca de la manera en que una nación percibe su posición contemporánea en relación con otras naciones, regiones y organizaciones internacionales (8).

Respondidos satisfactoriamente estos interrogantes, esclarecido y decantado el interés nacional, entonces es válido, con la ayuda de estas valiosas herramientas, formular el plan de política exterior, el programa de acción de un estado en el marco dinámico, a veces cooperativo y mayoritariamente conflictivo, de la política internacional.

¿De qué forma, mediante qué instrumentos se desarrolla, se hace realidad, el plan de política exterior? La respuesta: a través de la diplomacia. Es pues la diplomacia, el brazo ejecutor de la política exterior de un estado u otra entidad mundial; comprende la mecánica y los medios, mientras la política exterior persigue fines y objetivos. La diplomacia es por lo tanto el elemento operativo crucial de la política exterior. Si falla, hasta el mejor y más coherente de los planes se viene al suelo. Si triunfa, hace realidad el programa de política exterior y muchas veces obtiene resultados que van más allá de las expectativas. Es por eso entonces que todos los países, entidades y organismos mundiales, se esmeran hoy en día en la preparación de sus cuadros diplomáticos tradi-

cionales ya que caso contrario, repetimos, si no hay eficiencia a nivel operacional, no hay éxito en la política exterior.

La palabra diplomacia viene de diploma, que en griego significa papel doblado. Es una de las profesiones más antiguas del mundo y numerosa literatura ha señalado que los ángeles fueron los primeros diplomáticos, por ser en la tradición religiosa los también primeros enviados y mensajeros. En varias ocasiones hemos escrito sobre algunas curiosidades y anécdotas históricas de la diplomacia y no volveremos a repetirlas ahora (4). Contemporáneamente, las relaciones diplomáticas se encuentran reglamentadas mediante la Convención homónima de Viena de 1961. Las funciones básicas de la diplomacia son: a) negociación; b) representación y c) información. El plan de política exterior no es fijo e inamovible y debe más bien ser adaptativo y flexible, según el curso de las circunstancias y en función de los insumos que provee el agente diplomático mediante las funciones descritas. Los órganos de la diplomacia y los responsables de la política exterior de un estado, son en primer lugar, el Jefe del Estado, luego el Ministro de Relaciones Exteriores y finalmente los agentes diplomáticos, que ejecutan las instrucciones y asesoran a sus gobiernos sobre el panorama internacional.

Los tipos de diplomacia van desde la llamada tradicional, bilateral o reservada, hasta la cada día más en auge diplomacia parlamentaria o multilateral de los organismos internacionales. Merece destacarse también la diplomacia pública o directa, que se da cuando los responsables de la política exterior emiten opiniones y presentan propuestas públicamente a través de los medios masivos de comunicación.

A la formación profesional inherente y adecuada de un agente diplomático, es necesario agregarle otros ingredientes,

tales como la idoneidad, el patriotismo, la integridad y el conocimiento de varios idiomas. El diplomático es uno de los pocos profesionales que realmente se hace a lo largo del camino, donde adquiere experiencia, mesura y otros valores esenciales para el éxito de su cometido. Es por eso que existe la carrera diplomática, donde se va realizando este aprendizaje con una suerte de guía para los nóveles diplomáticos a través del ejemplo de los más experimentados.

Sobre estas bases, hoy en día un Estado tiene que manejarse con los esquemas de poder de la política internacional en el ámbito global de las relaciones internacionales. El poder nacional de un país puede ser uno de los principales soportes, para una diplomacia eficaz. En sentido contrario, países débiles a veces obtienen presencia internacional y triunfos significativos en su plan de política exterior, mediante una hábil diplomacia. De ahí pues, la creciente importancia que las naciones en desarrollo le dan a la formación de sus profesionales diplomáticos, desligándolos además, de las azarozas viscisitudes de sus políticas internas. Esta es una tendencia universal y de enorme validez en los tiempos que corren ya que frente a un mundo cada vez más complejo la presencia internacional de un país se mide por la coherencia de su plan de política exterior la eficacia de su brazo ejecutor: la siempre vigente y muy antigua diplomacia.

Notas:

(1) "Ciencia Política y Relaciones Internacionales". "Política Internacional y Política Exterior" Presencia, 23 de febrero de 1983 y 16 de marzo de 1983.

(2) "La Definición del Interés Nacional", Presencia, 1º de agosto de 1979 y Revista "Geopolítica" de Buenos Aires, Nº 11, septiembre de 1980.

(3) "Interrogantes básicos en el análisis de la Política Exterior, Presencia, 22 de agosto de 1979.
(4) "Curiosidades históricas del campo diplomático", Presencia, 17 de agosto de 1978. "Las dos Caras de la Diplomacia". Ibid, 4 de octubre de 1978. "La Diplomacia en Crisis", Ibid, 23 de abril de 1980.

EL MILAGRO DE SINGAPUR COMO EJEMPLO
(Abril 1983)

Poco sabemos los bolivianos sobre esta próspera isla, con el segundo más alto nivel de vida en Asia, luego del Japón. En las breves líneas que siguen, daremos alguna información sobre este floreciente país.

En 1819 un súbdito británico, Thomas Stanford Raffles, empleado de la Compañía de las Indias Orientales, obtuvo de un sultán malayo la concesión de la isla de Singapur, una maraña de espesa vegetación y que comprende aproximadamente 600 kilómetros cuadrados. Las palabras de Raffles fueron proféticas: "nuestro objetivo no es la conquista de un territorio, es el comercio". Al segregarse de la Confederación Malaya en 1965, Singapur pasó a ser una isla-estado independiente y no ha cesado de prosperar, siendo en la actualidad seria rival de Hong Kong como mercado financiero y comercial en el Extremo Oriente.

Hoy en día Singapur es el segundo puerto del mundo, después de Rotterdam y doscientos bancos internacionales están representados en la isla. Los permisos de residencia se extienden contra la inversión de un millón de dólares singapurenses (aproximadamente 450.000 $us). El monto de sus exportaciones es de 20.000 millones de $us., el ingreso per cápita oscila en los 3.850 dólares estadounidenses, y sus re-

servas internacionales superan los siete mil millones de la misma moneda.

Después de la agitación comunista de los años 50, los singapurenses decidieron que no querían ser la Cuba del Oriente. Enclavado entre dos estados musulmanes (Malasia e Indonesia) Singapur no pretendió ser un segundo Israel y finalmente aunque las tres cuartas partes de los 2.500.000 ciudadanos de Singapur son de origen chino, tampoco aspiró —ni aspira— a ser una suerte de "tercera China" detrás de Taiwan y Pekín. El Primer Ministro, Lee Kuan Yew, en el poder desde 1959, solamente desea la creciente prosperidad de su país, deseo que parece estar en consonancia con los sentimientos mayoritarios de la población y que ha convertido a la pequeña isla en un emporio de estabilidad, bienestar y centro capital del comercio y las comunicaciones entre los mundos indoeuropeos y el Extremo Oriente.

¿Cuál es la verdadera riqueza de esta pequeña nación? Debemos forzosamente admitir que es la laboriosidad y sabiduría de su pueblo, pues prácticamente de la nada, la fortaleza y la visión de su gente ha hecho de Singapur lo que hoy día es. Vale la pena esta pincelada sobre un país tan alejado del nuestro, pero que podría servirnos de ejemplo. Los "milagros económicos" más publicitados, como en su momento fueron el alemán y el japonés tienen su base en pueblos de tradición milenaria y con fuerte sentido de organización. Singapur es una nación joven, fruto del colonialismo y con menos de 20 años de independencia y, sin embargo, vemos en este rápido vistazo, el nivel de desarrollo que ostenta en la actualidad, sin tener recursos naturales ni otros atributos que se suponen "esenciales" para el despegue económico. Reiteramos lo que hemos dicho en otras oportunidades: la unión y la definición de un proyecto de nación

viable, que fortifique esa unión y la dinamice en su accionar, es uno de los elementos primordiales para el progreso, más valioso a veces que la dotación de recursos naturales y humanos. La prosperidad creciente de esta pequeñita isla perdida en las inmensidades del Mar de la China y rodeada de vecinos poderosos que le rinden su tributo de admiración, debe hacernos reflexionar, pues los bolivianos sabemos de sobra que si nos proponemos progresar, podemos hacerlo pero también podemos languidecer en el centro de Sudamérica, si continúa la división sectaria que endémicamente ha corroído el potencial nacional durante nuestra vida como nación independiente.

NOTAS PARA UNA DOCTRINA DE DEFENSA NACIONAL (Marzo 1983)

En estas mismas páginas amigas de *El Diario*, publicamos el 17 de noviembre de 1974 un trabajo titulado "Desarrollo, Seguridad y Defensa Nacional". Muchos de los conceptos vertidos en aquella época ya no son válidos por el transcurso del tiempo. Empero, quedan algunos que todavía tienen relativa validez, sobre todo en estos momentos, cuando se ha divulgado que se estudiará una nueva doctrina militar a través de los organismos idóneos correspondientes.

Según nuestra modesta opinión, creemos que lo importante es tener una *Doctrina de Defensa Nacional*, que sería más amplia y totalizadora que las eventuales doctrinas sectoriales, aunque ellas sean de suyo altamente valiosas.

Doctrina: "Conjunto de las opiniones de una escuela literaria o filosófica o de los dogmas de una religión" (Pequeño Larousse Ilustrado). Otra definición más adecuada a nuestra aproximación es la de la Enciclopedia Mundial de

Relaciones Internacionales y Naciones Unidas (FCE - México) para la cual doctrina es "término filosófico que designa los principios de una ciencia, sabiduría o culto religioso; utilizado como sinónimo de programa de acción de un estado o de un grupo de estados en materias diversas llevadas al rango de filosóficas".

Vemos, pues, que doctrina es un término "fuerte". Es más que pensamiento, es más que ideas y refleja una determinada posición, firmeza en torno a algo y una decantación de ideas y pensamientos que en forma coherente, establecen una doctrina. Se habla de "posiciones doctrinarias", cuando éstas son sólidas y erradas o no, reflejan la profunda convicción de quien adhiere a ellas sean doctrinas religiosas, políticas o de cualquier naturaleza.

Si estamos de acuerdo entonces en que doctrina es el fundamento de una sólida postura en torno a algo, al hablar de ella adjetivándola (doctrina política, militar, filosófica, etc.) estamos brindando la síntesis de nuestra posición sobre lo que nos interesa y al abrazar una doctrina, somos también fervientes seguidores de sus principios y postulados.

En nuestro artículo de casi nueve años atrás expresábamos: "El concepto de defensa nacional es mucho más amplio que los de desarrollo y seguridad pues abarca a la totalidad de las fuerzas del país —económicas, sociales, políticas, militares y otras— tomadas como suma de recursos, como poder nacional e implica, claro, que la Nación tiene que 'defenderse' de algo o de alguien. Es decir, para que haya una defensa, debe existir una posibilidad de agresión, sea ésta militar o de otra naturaleza. Por otro lado, al ser 'nacional', se sobreentiende que la defensa no se basa en aspectos circunstanciados internos, como puede ser, por ejemplo, la 'defensa interior' de un régimen político contra sus opositores y otra gama de

situaciones referidas al ámbito de la República. Consecuentemente, el concepto de defensa nacional representa, sobre todo, el poder global del país en situaciones límites frente a convulsiones externas que amenazan de hecho o con cierto grado de certeza, la seguridad institucional, económica, territorial y social".

Ciertamente, en casos de catástrofe como las actuales inundaciones que asuelan importantes zonas de nuestro territorio, la defensa se constituye en defensa civil, como ha sucedido en estos días, para paliar los dramáticos resultados de las crecientes, colaborar con los damnificados, etc., y actúa en el plano interno coordinando los esfuerzos nacionales para superar una conmoción que afecta a la ciudadanía. Actúa también para prevenir los desastres y/o mitigar efectos cuando ellos son ajenos a la voluntad y capacidad humanas.

Continuando con la glosa de nuestro antiguo trabajo, decíamos en él que "contemporáneamente, las naciones se preparan de antemano para poder encarar hechos consumados o amenazas latentes a su seguridad, es por eso que hoy en día ningún estadista, ningún gobierno, puede desentenderse del sensible problema de la defensa nacional". Luego expresábamos que de la defensa nacional se pasaba a la continental y de allí a la mundial, de acuerdo y/o en conformidad con eventuales alianzas, simpatías o compromisos. El Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), es un claro ejemplo de compromisos a nivel de defensa continental.

También señalamos que "una doctrina de defensa nacional involucraría todos los aspectos geográficos, políticos, económicos, militares, sociales y culturales que hacen al poder nacional", subordinándose a esta doctrina, aspectos de suyo esenciales pero en sí de menor nivel, por la "totalización" que hacíamos del concepto de doctrina de defensa na-

cional. Por ejemplo, teorías y proposiciones sobre una geo-política nacional, debían insertarse en un cuerpo mucho más amplio referido al desarrollo nacional y éste tendría que tomar en cuenta la amplia definición de la defensa nacional, como cuerpo doctrinario global tendente a coadyuvar en todos los niveles y aspectos del desarrollo y la seguridad de Bolivia.

Por este camino, el de una doctrina de defensa nacional, es más fácil hacer transitar las doctrinas específicas y sectoriales para que así, puedan integrarse coherentemente en él todo y entonces la interacción será plena y sobre todo, altamente positiva para nuestro país. Finalmente, no olvidemos que ello evitaría también susceptibilidades y permitiría una gran participación de todos los elementos humanos e institucionales de la República, por tratarse de un vital asunto que concierne a todos los bolivianos, con y sin uniforme, sean cuales sean sus preferencias políticas.

LOS DIEZ MANDAMIENTOS DEL POLITICO
(Marzo 1983)

Revisando nuestros viejos papeles, hemos encontrado casualmente un cable de la agencia EFE, publicado en el vespertino "La Razón" de Buenos Aires, el 22 de febrero de 1980, el que nos relata que un padre dominico alemán, Walfgang Ockenfels, presentó en esos días ante la opinión pública de Bonn, capital de Alemania Federal, una suerte de decálogo ético para los políticos. El cable también nos dice que el padre Ockenfels trabaja en el Instituto de Ciencias Sociales del monasterio de Walberberg y ha sido autor de un libro titulado "Breviario para una campaña electoral".

Los diez mandamientos son:

1.— Prestarás más atención a tu conciencia que a los intereses de tu partido.

2.— No hablarás de grandes virtudes (políticas) si tú mismo no las practicas.

3.— Protege tu vida privada y la del prójimo contra todo tipo de ataques.

4.— Perdona a tu adversario los pecados políticos de su juventud y no lo presentes como simpatizante de movimientos antidemocráticos.

5.— No debes calumniar.

6.— No debes poner en peligro la solidaridad de los demócratas.

7.— Respeta la propiedad intelectual de tu adversario y no le niegues la capacidad de poder constituirse en alternativa.

8.— No levantes falso testimonio contra tus rivales.

9.— No estimularás la codicia con promesas electorales.

10.— No debes anteponer los intereses del partido al bien de la comunidad.

Creemos que estos "mandamientos" son interesantes. Sin el menor ánimo de influir en la conciencia y actuación de nuestros distinguidos políticos locales, los ponemos simplemente al alcance de ellos, por si no los conocían y los damos a conocer también a nuestros lectores.

ARISTOCRACIA, DEMOCRACIA Y KAKISTOCRACIA
(Febrero 1983)

Dos de los términos utilizados en el epígrafe, son ampliamente conocidos por los amigos lectores, aunque nos hemos de permitir reiterar sus definiciones originales y sus

actuales connotaciones. El tercero, ha sido acuñado por el filósofo argentino Jorge García Venturini y también nos explayaremos sobre su significado.

Etimológicamente y en el sentido que Aristóteles originalmente le dio, aristocracia significaba el gobierno de los mejores. Era una de las formas "justas" de gobierno y quizá la más adecuada. Su degeneración producía la oligarquía, el gobierno injusto de unos pocos.

Con el tiempo y a lo largo del desarrollo histórico de la Ciencia Política y de los sistemas de gobierno, el término aristocracia comenzó a tener otra connotación. Señalaba más bien cierto espíritu de fronda, selectividad en la posición social, alcurnias y linajes, etc. Obviamente pasar a hablar de un gobierno aristocrático, ya no significó el gobierno de los mejores sino lisa y llanamente, el gobierno de unos pocos privilegiados. Es más, ya ni siquiera se usó como forma de gobierno sino como expresión de ubicación de ciertas clases sociales.

El término democracia, originalmente en la concepción aristotélica, era la forma "injusta" de gobierno frente a la "Politeia", a la República. Etimológicamente significaba el gobierno de las masas, desordenado y consiguientemente, la degeneración del gobierno popular, de la República. También con el transcurso del tiempo, la palabra "democracia" fue adquiriendo un sentido más actual y se la integró con república en la forma "justa" de gobierno. Su degeneración, la forma injusta. fue la demagogia.

Con el fin de completar nuestra clasificación, mencionaremos la otra dicotomía tradicional: monarquía, forma justa, y tiranía, su contraparte negativa.

Retomando el término democracia, vemos, pues, que él pasó a significar el gobierno del pueblo, por el pueblo y

para el pueblo, según una feliz e histórica definición de Abraham Lincoln. Como tal, pasó a sacralizarse en la historia de Occidente, y desde luego, tenemos también hoy las variantes de las monarquías constitucionales, altamente democráticas en su expresión, donde el rey "reina, pero no gobierna" y permanece como símbolo del Estado y de la unidad nacional.

La democracia puede ser directa, cuando el pueblo es consultado permanentemente y en base a sus asambleas, se gobierna. Esta forma, por la creciente complejidad de los estados nacionales ya casi no se usa, con excepción de Suiza, donde todavía se realizan permanentes consultas populares sobre diversos asuntos de interés ciudadano. Normalmente, las sociedades modernas tienen una democracia representativa y votan para elegir a sus gobernantes. Las democracias representativas pueden ser presidencialistas y parlamentarias. La división de poderes (ejecutivo, legislativo y judicial) es uno de los principios esenciales de la democracia, a fin de ejercer un balance, un equilibrio, que evite los excesos.

Finalmente, recordemos que hoy es común adjetivar a la democracia. Existen la "democracia social", "democracias populares" y aún hay más, en función de la imaginación o de la necesidad de pretender compatibilizar el uso actual de la palabra democracia, con determinados fines o intenciones. (Tal el caso de las "democracias participativas" y el casi insólito de la "democracia autoritaria").

En realidad, si partimos de la base etimológica y del significado actual, casi todas estas adjetivaciones son pleonasmos, es decir, repeticiones innecesarias. Al ser democracia, gobierno del pueblo, agregarle "popular" realmente no tiene mucho sentido. Asimismo, si lo social es expresión de pueblo, cabe algo similar.

La democracia, más allá de sus formas, debe tener un hondo contenido, cuya expresión más profunda es la legitimidad, la creencia de que es buena y que debe ser respetada. Para ello, los representantes del pueblo, quienes gobiernan en su nombre, deben pues brindar el máximo de eficiencia y efectividad, ya que son los resultados, la serie histórica de ellos como sumatoria positiva, los que cimentan el sentido de legitimidad y de respeto, consolidando así las formalidades, sin lo cual ellas son sólo eso, meras formas huecas.

El consenso y disenso es esencial en una democracia, para que haya plena libertad de expresión y de ideas, pero repetimos, el factor eficiencia es fundamental.

La contraparte, la forma injusta, de la democracia es la demagogia; "ago" significa conducir, guiar (como en pedagogo, guía de niños), pero también implica arrastrar. Demagogo significa pues, el arrastre del pueblo, la mala conducción, halagar a las masas, llevarlas según caprichos y veleidades.

Para terminar, debemos referirnos al término acuñado por García Venturini: Kakistocracia. En griego "kakistoi" significa los peores y "kratos" gobierno; kakistocracia sería entonces el gobierno de los peores, el gobierno de los más malos. Esta novísima acepción del autor argentino es realmente interesante y vale la pena recordarla.

La tendencia general a nivelar hacia abajo, a buscar el mínimo común denominador, tendencia que lamentablemente observamos en reuniones internacionales y en aspectos de política interna en muchas regiones del orbe, podría llevarnos entonces a procurar, a conformarnos, con los peores. Al respecto señala García Venturini: "El significado real y profundo de kakistocracia sólo se capta en contraposición con aristocracia, que designaba el gobierno de los mejores". Agrega luego: "Cuando un grupo o un pueblo cede en su

afán de promover a los mejores, entra indefectiblemente en un tobogán y pasando por los mediocres, termina en los peores".

Para evitar esta deformación, es necesario entonces fortalecer a la democracia, como comúnmente se dice, pero tal fortalecimiento sólo será posible —y ya lo señalamos antes— mediante la eficiencia y la capacidad de los dirigentes. Caso contrario, no sería extraño que una sociedad termine siendo gobernada por una kakistocracia.

EL EFECTO PERVERSO DE LA OPEP
(Febrero 1983)

Días atrás, culminó en Ginebra una nueva reunión de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) y al decir de uno de sus principales y tradicionales animadores, el Ministro de Hidrocarburos de Arabia Saudita, Jeque Ahmed Saki Yamani, fue "un completo fracaso".

¿Por qué la OPEP, que parecía tan poderosa un par de años atrás, ya no ejerce su enorme influencia? ¿Ha perdido eficacia el otrora poderoso cártel ante el cual se inclinaban sumisas las naciones industrializadas y el mundo entero? Trataremos al respecto de realizar algunas reflexiones, previa definición de lo que es un "cártel".

El término deriva del alemán "Kartell" que, a su vez, proviene del Latín "Chartas" que significa contrato. La teoría económica ha definido al cártel como un convenio entre productores para fijar precios o cantidades y dividirse el mercado. En Alemania, donde se popularizó enormemente la palabra, en los años previos a la Segunda Guerra Mundial, se establecieron varios cárteles industriales, con el fin de evitar guerras de precios y para determinar las cuotas de parti-

cipación que diversas industrias tenían en el mercado nacional e internacional. Con el tiempo, se crearon organizaciones similares en otros países, las que no siempre eran explícitas ni transparentes, pero todas tenían básicamente el mismo objetivo: controlar la oferta del producto y ponerse de acuerdo entre productores para no hacerse la competencia, fijando cuotas, mercados y precios. Pese a las prácticas exitosas de los cárteles, ellos fueron combatidos de varias maneras, ya que iban en contra de los principios de la economía libre y distorsionaban la realidad del mercado, perjudicando a los compradores, es decir, a la demanda.

Teniendo en claro, entonces, lo que es un cártel, vemos que la OPEP cumplió con los principios esenciales de este peculiar tipo de arreglo entre productores. Sabido es, además, el gran impacto que ocasionó la OPEP con el tremendo aumento de los precios del petróleo y el embargo del año 1974. A partir de esa fecha el poderío de la OPEP creció y creció, mientras tambaleaban las economías industrializadas y los países en desarrollo que no producen hidrocarburos vieron frenado su proceso de crecimiento, ya que el monto de divisas que necesitaban para cubrir sus necesidades energéticas subió sideralmente, mucho más allá de la capacidad de estas economías para absorber los aumentos.

El precio del petróleo llegó a casi 40 dólares por barril y parecía que el futuro de la OPEP sería el de un creciente "leverage", con cada vez mayor influencia en los asuntos mundiales, de la organización y sus componentes. Sin embargo, a partir de 1980 se revirtió la tendencia y ahora los precios del crudo están en baja, en algunos casos a menos de 34 dólares el barril y la tendencia registra presiones hacia la disminución adicional del precio actual. ¿Qué ha pasado? La respuesta no es simple, ya que entraña un amplio conjunto

de consideraciones, pero básicamente podríamos intentar dar dos explicaciones. La primera refleja un efecto sustitución derivado del alto precio que tuvo el petróleo.

Todos los países del mundo comenzaron a racionalizar el consumo de hidrocarburos y frente a un precio tan alto, la tecnología comenzó a descubrir —y a usar— fuentes energéticas alternativas. El doble efecto, pues, del cuidadoso manejo del consumo y la utilización de otros mecanismos energéticos (hulla, radiación solar, plantas nucleares, hidroelectricidad) trajo consigo una sustancial disminución en la demanda de petróleo, creándose entonces la sobreoferta actual que, por simple ley de mercado, reduce el precio.

¿Por qué, frente a esta situación, la OPEP no restringe su producción para equilibrar la demanda con la oferta e inclusive volver a crear escasez en los mercados? Aquí viene nuestra segunda explicación, que justifica además el título de estas notas: el efecto perverso de la OPEP. En sociología, se denomina "efecto perverso" al resultado negativo de acciones que realizadas unilateralmente por los agentes sociales, pretendían ser positivas. Un embotellamiento de tránsito es el ejemplo típico: ninguno de los automovilistas deseaba crearlo, pero la acción conjunta de ellos provoca el fenómeno negativo, el efecto perverso. El lector interesado en profundizar un poco más puede consultar nuestro trabajo publicado en *Presencia* el día 8 de marzo de 1978 ("Efectos Perversos y Acción Social, en una síntesis").

Ninguno de los países productores de petróleo, miembros de la OPEP, puede darse el lujo en estos momentos de reducir su producción. Es más, el desarreglo creciente que se viene observando en el cártel, obedece a la dificultad de sujetarse disciplinariamente a políticas de ajuste de cuotas y precios, elementos definitorios de un cártel exitoso. Los inmensos

préstamos que cada uno de los países productores ha recibido para inversiones y desarrollo interno deben pagarse perentoriamente y para algunas naciones (caso México) ya han llegado a significar un verdadero colapso en sus economías. En otras palabras, la OPEP está prisionera de su propia trampa; ha generado un efecto perverso con la simultánea alza excesiva del petróleo y la financiación del desarrollo de sus economías. Si se reduce la producción, disminuyen los ingresos y no hay cómo pagar a la banca internacional; si se aumenta la producción, bajará el precio y serán necesarias mayores cantidades de crudo para amortizar cuotas de crédito a las instituciones financieras. Esta es la difícil situación actual de la OPEP y que tiene una gran moraleja: la economía mundial es interdependiente y cada fenómeno aparentemente aislado, tarde o temprano tiene su repercusión y contrapartida.

Obviamente, no se descarta que, por vía de la actual situación, se llegue una vez más al punto en que vuelva a haber escasez de petróleo y nuevas alzas de precios.

En la economía internacional, todo es dinámico y cambiante. La disciplina consumidora podría comenzar a relajarse con el riesgo de aumentar la demanda; la búsqueda de fuentes alternativas de energía quizás disminuya, frente a la abundancia y precios actuales. Finalmente, la prospección, exploración y desarrollo de nuevos pozos de petróleo, podría paralizarse temporalmente, debido a los fuertes gastos necesarios para ello, que no se justificarían en la etapa actual. Estos y otros factores adicionales podrían en algún momento, repetimos, revertir la tendencia. Mientras, en este año 1983, el mundo respira con alivio ante la abundancia y precios en baja de los hidrocarburos; la OPEP sufre las consecuencias de su involuntario efecto perverso y la realidad de un mundo

interdependiente. Los países productores de petróleo, no miembros de la OPEP, están pagando indirectamente las consecuencias de las acciones del cártel, al ver disminuidos sus ingresos y frenadas —por ahora al menos— sus legítimas expectativas de un desarrollo acelerado.

PUNTOS DE CONFLICTO EN SUDAMERICA
(Enero 1983)

A partir de la tragedia de las Malvinas, culminada en junio de 1982, se ha podido establecer que en nuestro subcontinente existe un conjunto de focos de tensión territorial que nos debe llamar seriamente la atención, por las imprevisibles consecuencias que podrían desatarse si, llegado el caso, hubiera conflicto.

El primer punto que tocaremos, ha sido ampliamente divulgado en la prensa nacional e internacional. Nuestros hermanos argentinos han luchado permanentemente en foros diplomáticos por la reivindicación de las Islas Malvinas del Atlántico Sur. Bolivia, ya en 1833, al poco tiempo de la ocupación británica, brindó su solidaridad y esa ha sido la conducta permanente de nuestra Nación. Los sangrientos sucesos de 1982, han acicateado aun más la legítima y patriótica aspiración argentina y todos los americanos deseamos fervientemente que pronto se haga justicia.

Este conflicto entre una nación hermana y una potencia extraamericana, es uno de los de mayor actualidad, pero existen otros que si bien no son tan publicitados, no por eso son menos importantes.

Necesariamente debemos tratar ahora, pues, la mutilación marítima nacional. Este ha sido, es y será un permanente foco de conflicto mientras Chile no satisfaga la legítima as-

piración boliviana de recuperar su salida soberana al Océano Pacífico. Como dijimos en otra oportunidad, mientras el pueblo boliviano permanezca encerrado entre sus montañas y selvas, seguirá abierta una herida punzante en esta América nuestra, tan necesitada de unión y comprensión.

Otro problema pendiente de solución en Sudamérica, es el del Canal de Beagle, actualmente en manos del Santo Padre, quien oficia de mediador. Recordemos que a fines de 1978 la tensión argentino-chilena llegó a tal extremo que un enviado de Juan Pablo II, el Cardenal Samoré, se vio obligado a realizar una suerte de diplomacia "kissingeriana", trasladándose periódicamente entre Santiago y Buenos Aires para calmar los ánimos. En la actualidad, las tensiones han disminuído notablemente, pero todavía no hay solución definitiva, ello sin contar las futuras derivaciones que podría tener el diferendo, al extenderse a problemas de soberanía marítima y hacia el continente Antártico (*).

En el año 1981 tuvimos que lamentar un breve enfrentamiento armado entre Ecuador y Perú, con trágico saldo de muertos y heridos. Cada nación sostiene con firmeza sus argumentos territoriales en el Amazonas y en cualquier momento podría incrementarse la tensión en la frontera entre los dos países. Cabe esperar que ambos pueblos —tan unidos histórica y fraternalmente a Bolivia— puedan solucionar de la forma más conveniente su actual controversia.

Otro punto de conflicto fronterizo, no tan agudo, pero que es de preocupación cotidiana para los países involucrados, es el de Maracaibo, entre Colombia y Venezuela y que en algunas oportunidades ha motivado agrias discusiones e intercambios. Por ahora, no se vislumbra una salida inmediata al problema del Maracaibo, pero dos naciones a las que

tanto es lo que las une, deben encontrar una vía armónica y mutuamente conveniente de solución.

De mayor agudeza en la actualidad, es la controversia territorial que enfrenta a Venezuela con Guyana, su vecino del sudeste y ex-colonia británica. La reivindicación venezolana cubre la totalidad del área entre la actual frontera y el río Esequibo, con una superficie de alrededor de 159.000 kilómetros cuadrados.

Eliminando el peculiar caso de las Malvinas, de típico resabio colonialista y la triste mutilación boliviana, los otros conflictos pendientes de solución tienen su origen en antiguas demarcaciones fronterizas, arbitrajes, acuerdos y convenios que, de alguna manera, nunca alcanzaron a satisfacer a ambas partes. Es un hecho real que estas controversias producen tensiones, que ellas liman las posibilidades concretas de una veraz integración y la creación de esquemas de cooperación política y económica.

Asimismo, el fantasma del armamentismo ronda alrededor de estos puntos tensos de nuestro subcontinente y se crean suspicacias, gastos innecesarios, más otros aspectos que poco favor le hacen a la unidad de nuestros pueblos.

Es importante tener en cuenta que Sudamérica —junto con sus otros hermanos del hemisferio— debe solucionar sus conflictos internacionales para enfrentar unida y solidaria los grandes desafíos de la cada vez más compleja y difícil comunidad mundial. Además, el siglo XXI, el casi mítico año 2.000, ya está a la vuelta de la esquina. Para entrar con ímpetu y viabilidad en el tercer milenio, tendremos que entrar también con ideas del siglo XXI. No podemos mirar al futuro y a sus incógnitas, con posiciones del siglo pasado, por definición poco útiles para los tiempos que vendrán. En este cambio de actitud, en esta modernización de las ideas.

que traerá consigo nuevas e inteligentes pautas de convergencia, puede estar la llave para la feliz y mutuamente satisfactoria solución de los actuales puntos de conflicto en Sudamérica que, cual molestos microorganismos en el cuerpo continental, conspiran contra su plena unidad y definitivo progreso.

(*) Estando este trabajo en prensa, el conflicto del Beagle se ha solucionado satisfactoriamente.

LA NACION QUE NOS HACE FALTA
(Enero 1983)

Todos los bolivianos nos pasamos el tiempo hablando de nuestras riquezas naturales, del "gran potencial nacional", etc. Sin embargo, los índices internacionales con su cruda realidad nos pintan como uno de los países más pobres del mundo en todos los niveles: educativos, sanitarios, económicos y culturales.

Quizá ha llegado el momento, entonces, de indagar, con seriedad, las frases hechas que tediosamente se repiten y veamos qué es lo que nos pasa, cómo podríamos lograr ser mejores, de qué manera podríamos tener la nación que nos hace falta como señalamos en el epígrafe.

Uno de los primeros y esenciales factores es el de la unidad. Nuestras antiguas monedas venían con la inscripción "La unión es la fuerza" y todavía la Condecoración del Cóndor de los Andes la lleva consigo. A fuerza de ser tan desunidos, era casi natural que la citada inscripción se perdiera y hoy sólo quede en el recuerdo de algunos ciudadanos o a la vista de los aficionados a la numismática. En efecto, la desunión de los bolivianos es asombrosa; no sólo somos "cambas", y "collas" sino a su vez hay subdivisiones y regio-

nalismos adicionales ("Chucutas", "quirquinchos", "chapacos", etc.). Esto al nivel más global, ya que siguiendo hacia abajo tenemos —entre muchas otras— divisiones entre civiles y militares, izquierdistas y derechistas, nacionalistas y socialistas y de allí tenemos además los grupos, subgrupos y sub-grupos, en todas estas manifestaciones del lamentable quehacer nacional.

No es extraño, entonces, que el país ande a los tumbos sino logramos ponernos de acuerdo en nada. Siempre se ha hablado de unidad y de "conciliación". Nadie las practica y seguimos tan sectarios como siempre, con las consecuencias de que cada día que pasa nuestro atraso relativo es mayor.

La unidad por sí no garantiza una rápida solución a nuestros problemas, pero desde luego significaría una fuerza, un verdadero motor psicológico de voluntades, que podría vencer muchas dificultades. Y sabemos que la unidad en la diversidad es posible, que no hace falta uniformar conciencias y personalidades ni razas, para lograr esa unión. Hay naciones con mayúscula, que son un conglomerado de razas, lenguas y costumbres diferentes y con altas dosis de pluralismo político. Podemos citar a la Confederación Helvética (Suiza), probablemente la "pequeña nación más grande del mundo" por su desarrollo integral y sin embargo, he allí un conglomerado de etnias y una gran cantidad de partidos políticos y libertades individuales, pero bajo la noción primigenia de la nación como el todo, como la última "Ratio" de las desigualdades y diferencias cantonales y regionales.

Si bien no podemos pretender tener una cuota de desarrollo social, económico y político como la de los suizos, es por lo menos válido, tener ese objetivo y percatarnos que si ellos lo han logrado, entonces también para nosotros es posible, ya que somos seres humanos todos y no hay nada que

haga un hombre —o conjunto de hombres— que otro no pueda realizar si así se lo propone.

Vemos pues, que los mitos sobre lo difícil que es "unir a los bolivianos" son sólo eso: supercherías y que la unión es posible, si nos proponemos tenerla.

Por otra parte, si bien es cierto que existe una compleja gama de factores exógenos que condicionan la vida nacional, tampoco es válido echar permanentemente la culpa de nuestras dolencias al "imperialismo", a la "subversión" y a otros elementos que entran en lo que podríamos llamar cierta tendencia a justificar defectos y situaciones sobre la base de teorías conspirativas externas y contra la nacionalidad. Es fácil echar las culpas a otro: en alguna medida, a veces ello puede darse. pero la culpa está casi siempre en uno mismo y en los de afuera. Sin descuidar, pues, las asechanzas externas, miremos más bien la forma sincera de corregir nuestros males endógenos.

En lo que hace a la riqueza de Bolivia propiamente dicha, es un hecho que tenemos todas las condiciones para el desarrollo económico mediante nuestros recursos naturales. Un país que prácticamente no depende de nadie para sus necesidades energéticas y que con un poco de imaginación y esfuerzo podría autoabastecerse en materia alimentaria, e incluso exportar sus excedentes, tiene la llave dorada para el acceso exitoso al siglo XXI.

Sin embargo, de nada sirve estar dotado de ingentes recursos, si no se los explota debidamente, si no se crea a través de ellos mecanismos de producción y de desarrollo.

Toda una historiografía ha echado las culpas de nuestros males —pese a las riquezas naturales— sobre la composición étnica nacional, sobre todo achacando a nuestro pobre campesino con epítetos de diversa e indignante naturaleza. A

nuestro modesto entender, ello es falso y fuera de lugar; más bien el campesino es víctima de las erráticas conductas de la "clase ilustrada".

Efectivamente, es la élite nacional, la supuesta clase dirigente, detentadora de un oligopolio de conocimiento, praxis política y poder económico y cultural, la que por no tener un proyecto nacional claro, por ser "disfuncional" sin un mínimo común denominador, por encima de las naturales discrepancias o diferencias, la que nos tiene como estamos. En esto, ninguno de los que pretendemos ser miembros de esta élite está libre de culpa y por tanto puede tirar la primera piedra. Todos los bolivianos a los que Dios y las circunstancias nos han dado alguna posibilidad de educarnos y formarnos, somos culpables de la trágica e histórica situación nacional. Vivimos en permanente discordia, tratamos de nivelar hacia bajo y no hacia arriba, restando estímulo a las actividades creativas y superiores; pequeñas rencillas y divisiones de grupos atentan contra un racional manejo de los múltiples asuntos de una nación en desarrollo. Largo sería explicar lo que todos sabemos: nuestra clase dirigente no tiene capacidad cohesiva, de amalgama, para encontrar por encima de sus distintas posiciones, una salida común para nuestro país.

Lo primero sería que la élite (o clase o vanguardia, como se prefiera llamarla) sea funcional y con un mínimo de unidad en sus propósitos globales. Sin ello, la enorme masa campesina seguirá su vida como ancestralmente lo ha hecho y lo que es peor, cada día más engañada y desilusionada. Más grave aun: la Nación que nos hace falta, la Nación que amamos, en la que queremos vivir y que queremos donar orgullosamente a nuestros hijos, seguirá viviendo en estado de coma, sin vivir plenamente, sin morir tampoco,

pero como todo comatoso, con una existencia que no es vida, con una muerte que no es fallecimiento. No queremos esto para Bolivia y como no podemos aceptar tamaña calamidad, busquemos entre todos entonces la veraz superación de nuestros males, ya no mediante alquimias múltiples, sino mediante un cambio de corazón, de mentalidad, espíritu crítico y con gran dinamismo emprendedor.

La clase dirigente tiene la palabra.

UNA VEZ MAS, EL CERCO
(Noviembre 1980)

Meses atrás, publicamos en *Presencia* un trabajo titulado "Rompiendo el Cerco", en el que nos permitimos hacer una serie de reflexiones en torno al muro psicológico que agobia a nuestro país mucho más si cabe, que el cerco geográfico, es de por sí formidable. Decíamos en esa oportunidad que para hacer realidad nuestro enunciado diplomático de "Bolivia, Tierra de Contactos", debíamos precisamente "contactarnos", tanto entre nosotros mismos, como en el resto del mundo y, también, expresábamos que, en la actualidad, estábamos muy lejos de la verdad del enunciado.

En efecto, si consideramos que un viaje por carretera en automóvil a lo largo de la red troncal, que une a las tres principales ciudades de la República, ya de por sí es un tormento (para automóvil y pasajeros), ni pensar en la odisea de hacer un periplo por el resto del país bajo condiciones normales. De no disponer de un 'jeep' o algún otro vehículo similar, la tarea es improba.

Si desde el exterior queremos comunicarnos con Bolivia, tan simple hecho se transforma en un verdadero drama, con horas de espera y protestas ante la operadora internacional.

¿La razón? Muy simple, Bolivia todavía no participa de los sistemas de telediscado internacional, aunque ha anunciado que lo hará en breve (*).

Cuando el satélite transmite espectáculos de entretenimientos o asuntos que conmueven por su nivel noticioso a la comunidad mundial, nosotros apenas podemos tener una reseña hablada en nuestra TV y, esporádicamente, algunas cintas grabadas que nos llegan con retraso.

El estado de aislamiento en el que vivimos es realmente asombroso y salvo aquellas personas que tienen las facilidades y los medios para viajar, estudiar en el extranjero y/o tener otras vivencias, el resto de los bolivianos vivimos "encuevados", en una suerte de Tibet americano con escasas vinculaciones internacionales.

Vivimos en la era del satélite y de la comunicación instantánea; en la época de las grandes carreteras, del transporte rápido y del avión a reacción. Sin embargo, en Bolivia apenas se nota esta verdadera revolución tecnológica del siglo XX, ya que nuestro cerco mental continúa.

Sabemos que esta preocupación por el "corralito" es compartida por los miembros de la "intelligentsia" nacional y es hora de que veamos cómo podemos tomar al toro por las astas.

Bolivia es un país al que, en términos geopolíticos, se lo definiría como de área centrada y —siempre en el marco teórico— tal forma facilitaría su interconexión interna y externa. Una suerte de gran cruz que divida al país en cuatro y luego sucesivas subcruces tipo líneas radiales, podrían ser el gran eje de las comunicaciones en Bolivia por carretera, pero, mediante verdaderas vías de tránsito veloz y no meras sendas o caminos mal hechos, que a los pocos años se deterioran. Sabemos que la geografía presentaría obstáculos muy

grandes, pero todos ellos son subsanables con el uso de la tecnología moderna.

Con la creación del Ministerio del Aire, será posible coordinar el potencial de tan importante rama del transporte, brindando eficiencia, comodidad y mayores rutas a todo el país para que, a través de una suerte de puente aéreo, la nación esté permanentemente unida hasta en sus confines más lejanos.

Hoy en día, es posible adquirir estaciones satélites terrenas hasta a nivel casero, si un aficionado desea ponerlas en su jardín, y el costo no es mayor de los cinco mil dólares para estas instalaciones hogareñas, las que podrían adaptarse con algunas variantes en los costos, para que sirvan a los sistemas de comunicación interna en infinidad de usos.

Las comunicaciones con el exterior deberían ser prácticamente instantáneas y mediante los métodos más modernos, para que nuestro país realmente pueda estar en contacto con el resto del mundo.

A nivel de entretenimiento interno, no por casualidad han proliferado los clubes de video. Es tan aburrida y monótona nuestra TV, brinda tan poco esparcimiento, que las personas pudientes alquilan películas para "pasar el tiempo" en sus hogares. El arbitrario toque de queda vigente en el país, que efectivamente une a la familia por el imperativo de la permanencia en las viviendas particulares, podría complementarse perfectamente con algunos programas que mantengan a la gente tranquila en la casa, sin tener que aguantar lacrimógenos teleteatros que en todas partes del mundo se pasan al medio día o primeras horas de la tarde, dejando el "prime time" para películas y series de gran aceptación. Además no todos tienen acceso a una "Betamax" y mal que

bien, la TV es el gran entretenimiento moderno —y gratuito— en todo el orbe.

Dejamos en manos de los buenos amigos de la TV Boliviana y de su Gerente, esta inquietud, que creemos es compartida por muchos bolivianos.

Este cerco que tenemos, brinda muchas facetas, las cuales se transparentan en determinados tipos de conductas y actitudes, que deben también superarse para que el país marche hacia el final del siglo XX, por lo menos a la velocidad del resto del mundo.

Nos damos cuenta de que un plan general de comunicaciones costaría una inmensa cantidad de dinero. Sin embargo, a mediano y largo plazo, las economías externas que se derivarían de una nación fluída, abierta, amplia y con facilidades para mirar, oír, transportarse y entrar y salir, serían inmensas. El principal problema de Bolivia es un problema de comunicación, tanto entre nosotros mismos, que muchas veces pese a ser tan pocos no logramos entendernos, ponernos de acuerdo en torno a una idea-fuerza y tirar hacia adelante con todo nuestro esfuerzo el carro de la República, como con los que nos rodean y con el mundo en general. El gran psicólogo social MacLuhan se ha referido al globo terráqueo como "pequeña aldea" por la facilidad con que todo puede saberse, ubicarse y trasladarse en la actualidad. Lamentablemente, en Bolivia estamos todavía lejos de tal cosa.

Inclusive económicamente, sabido es que los costos de transporte conspiran contra nuestras posibilidades en el comercio internacional, pese a ciertas ventajas comparativas para algunos productos. Todo ello, como es natural, frena nuestro desarrollo y obstaculiza los cambios necesarios para la modernización de Bolivia.

El cerco debe ser roto, primero por nosotros y nuestro esfuerzo. Paralelamente, iremos logrando el resto de nuestras metas, culminando en el ansiado retorno al mar. En estos momentos, un esfuerzo de imaginación y de creatividad nos debe hacer romper el cerco psicológico y geográfico, uniéndonos como corresponde, para ir logrando el conjunto de objetivos nacionales que los bolivianos aspiramos a alcanzar.

(*) Ahora es posible llamar desde afuera, pero todavía no podemos hacerlo en forma automática desde Bolivia.

GEOPOLITICA EN EL GOLFO PERSICO
(Octubre 1980)

Los recientes acontecimientos internacionales han vuelto a poner en el centro de la atención mundial al crucial y decisivo golfo pérsico. La guerra que libran Iraq e Irán, el problema de los rehenes estadounidenses y, sobre todo, el vital abastecimiento de petróleo al mundo occidental, obligan a un retorno a las "viejas" fuentes geopolíticas para explicar la actual coyuntura estratégica.

Si a lo expresado le agregamos la invasión soviética a Afganistán y su proximidad a las aguas cálidas anheladas históricamente por los Zares, comprensible resulta la inquietud europea por el avance ruso y el temor estadounidense por la posibilidad de perder el control del vital estrecho de Ormuz, que cierra el espacio entre la península arábiga e Irán y que resulta la ruta obligada para el transporte petrolero de Arabia Saudita y otros países del área.

El citado estrecho, en realidad, no es tan estrecho, ya que tiene aproximadamente 80 kilómetros de ancho, lo cual hace que aun ante la posibilidad del hundimiento de un supertanque, todavía quede expedita la ruta del petróleo. Lo deci-

sivo es la capacidad de control del mismo, sobre todo frente a las amenazas iraníes de bloquearlo si el conflicto con Iraq se propaga.

Los Estados Unidos han venido preparando sus unidades de desplazamiento rápido para contingencias extremas; se trata de la "Rapid Deploment Force" (RDF), que operaría ocupando las zonas estratégicas del golfo para asegurar el abastecimiento energético, evitar incursiones soviéticas y eliminar posibles conductas erráticas de los muy volátiles —en materia política— estados contiguos.

Es realmente asombroso el capricho de la naturaleza, que ha embotellado en una región, más de la mitad de las necesidades petroleras del mundo libre. Invitamos al amigo lector a que eche una ojeada a un mapa del territorio objeto de nuestro comentario, para que perciba con claridad la situación.

Por lo demás y al encontrarse el golfo en una zona de fricción entre las dos superpotencias, el análisis clásico de la geopolítica como relación entre el poder político y el asentamiento geográfico cobra inusitada vigencia. Mucho se ha escrito sobre la materia; algunos denostan a la geopolítica como "pseudo-ciencia", como doctrina que oculta tras sí las intenciones expansionistas y hegemónicas del Estado que las aplica. En las relaciones internacionales, como lo hemos expresado en las páginas amigas de *Presencia* en otras oportunidades, la geopolítica es un ingrediente esencial. No puede realizarse un estudio adecuado de los fenómenos mundiales, sin entrar a analizar problemas de geografía y problemas de poder político.

El golfo pérsico presenta varias aristas geoestratégicas y geopolíticas que las agencias noticiosas recogen a diario y entonces, he aquí que en la era de los misiles nucleares, nos

encontramos con que, para ciertas regiones del globo, hay que continuar con las añejas recetas de la geopolítica. Los países árabes están preocupados por la posibilidad de violentas erupciones políticas por la contradicción entre regímenes feudales y crecientes pautas de modernización vía los petrodólares. Europa tiembla ante la perspectiva de un desabastecimiento energético y Estados Unidos se ve obligado a realizar el papel de gendarme en la zona, para precautelar los intereses globales de la alianza occidental y los suyos propios, frente a la creciente ingerencia soviética. La URSS, por otro lado, tiene también su propio esquema de desgaste en la región y con marcada influencia en algunos países, como el propio Iraq y en el Yemen.

Las restricciones mutuas de ambas superpotencias no han sido óbice para que Estados Unidos envíe a Arabia Saudita los gigantescos "AWACS", aviones Boeing 707 con capacidad de rastreo por radar y que pueden "monitorear" la zona durante veinticuatro horas en turnos sucesivos. En el conflicto de intereses que se suscita en esta vital y difícil geografía, la superpotencia norteamericana tiene mucho más que perder frente a sus rivales soviéticos y de ahí, entonces, la creciente ansiedad en el mundo por el ya prolongado conflicto iraquí-iraní, el cual, por lo demás, también tiene raíces geopolíticas en su origen, derivadas de la vieja rivalidad entre ambos países, por reivindicaciones territoriales, aspiraciones de hegemonía en el golfo y por último, el reciente surgimiento de fuertes corrientes de fundamentalismo islámico.

La posibilidad de una extensión del conflicto en función de los grandes intereses que se juegan, es, pues, altamente peligrosa para el mundo en su totalidad y de ahí la enorme preocupación existente. Es realmente paradójico que en una

región que está consignada en la Biblia y en diversos estudios antropológicos como la cuna del ser humano, sea justamente donde ahora existe el peligro de la destrucción a escala universal.

Los principios geopolíticos no necesariamente son belicistas o expansionistas y también pueden servir para generar distensión, mediante una adecuada distribución del poder en función de la geografía. Todo el mundo espera ansioso que el actual conflicto localizado no se propague, que pronto se haga la paz entre beligerantes y que, además, las superpotencias manejen con cordura sus mutuas pretensiones a fin de evitar un estallido de proporciones inimaginables, por lo que significaría para el mundo industrializado y para los propios países de la periferia. Mientras la geopolítica sigue vigente en el pensamiento de todos los estrategas, esta es una lección que debemos tener presente.

DIEZ PRINCIPIOS GEOPOLITICOS
(Octubre 1980)

Recientemente, la revista "Geopolítica", editada en Buenos Aires, por el Instituto de Estudios Geopolíticos de Argentina, ha publicado en su número 18, un interesante artículo del historiador peruano Don Emilio Castañón Pasquel, titulado "Doctrina y Metodología Geopolítica". Para nosotros, el interés de dicho trabajo, al margen de su acucioso desarrollo, estriba en la transcripción de 10 principios geopolíticos basados en las ideas de Friedrich Ratzel (1884-1904), uno de los fundadores de la escuela geopolítica y que si bien ha sido sumamente criticado por su teoría de las fronteras vivas, y otros elementos de carácter organicista, es indudable que ha pasado a convertirse en un autor clásico y presenta tam-

bién en su pensamiento elementos teóricos de indudable interés para la geopolítica, entendida ésta, como ya lo hemos expresado en anteriores publicaciones de *Presencia,* como la relación entre el poder político y el asentamiento geográfico.

De acuerdo con el profesor Castañón, mediante la aplicación del análisis "geoinstitucional", se ha llegado a establecer una identificación básica de las formas cómo juega el espacio en la conformación del comportamiento político de los Estados; esto es, según como se estructuran especialmente éstos. Geopolíticamente tal proceso puede sintetizarse en diez "leyes" básicas:

"I) Todo espacio geográfico posee una "zona clave de dominio", área "polarizada" del territorio circundante, para el cual viene a ser su "núcleo de cohesión" —un polo de polos— y, así, el área desde la cual se puede armonizar mejor dicho espacio.

II) Todo "núcleo de cohesión" tiende a expandirse sobre su contorno o periferia, mediante la acción centrífuga de fuerzas individualizables y ponderables que se denominan "tensiones" y que pueden considerarse constituidas básicamente por factores de orden:

a) biológico o demográfico/alimenticio;
b) económico;
c) cultural y tecnológico;
d) psicológico o "reverencial" y
e) político o de control final.

III) Todo espacio circundante a un "núcleo de cohesión" está abierto a las tensiones de éste, según líneas alternativas de valor estratégico y aptas para el desarrollo de mecanismos de expansión y dominio sobre la periferia, según sea la "tecnología" disponible para el caso (Factor Geovial).

IV) La acción centrífuga de las "tensiones", apoyándose en lo geovial, tiende a desencadenar fuerzas similares de carácter centrípeto que pueden vitalizar —o no— la "zona nuclear" con lo que se intensifica —o no— la inicial capacidad expansiva y el poder centrífugo del sistema todo.

V) La acción constante de las tensiones determina que el espacio circundante a un área nuclear —con una hipotética tónica del 100% —se organice en relación a ésta en cuatro zonas exteriores básicas, expresivas de un poderío decreciente del núcleo hacia la periferia. Ellas son: la zona de "anexión" -tónica de un 80%—, inmediata al "núcleo", sobre cuyo contorno surge la zona de "protectorado" —tónica de un 60%—, a la que le sigue la de "influencia" —tónica de un 40%—, y finalmente, la de "interés" —tónica de un 20%—, más allá de la cual está "el resto", zona de tónica "cero" o zona de indiferencia o desinterés.

VII) Cada zona de dominio, que se organiza alrededor de un núcleo de cohesión, tiende a perder inexorablemente la calidad que posee, según alternativas que implican ya sea la expansión general del sistema o bien, contrariamente, su debilitamiento, estagnación o final regresión.

a) En el primer caso, bajo el predominio de las tensiones centrífugas, cada zona tiende a adquirir la calidad que posee la zona que la precede, vinculándola al núcleo. Se da, así, origen finalmente a una nueva "zona de interés" —dentro de lo que era zona cero—, con lo que se produce la ampliación del sistema todo.

b) En el segundo caso, la tendencia de las zonas es a la inversa; bajo el predominio de las tensiones centrípetas, cada zona tiende a adquirir la calidad de la inmediata de menor tónica, tendiendo así a convertirse el núcleo, finalmente, en

el "área de anexión" de algún sistema geopolítico más poderoso.

VIII) La expansión (VII, a) o regresión espacial (VII, b) de todo sistema organizado alrededor de un núcleo de cohesión, constituyen fenómenos de carácter previsible; y suelen cumplirse de pequeños a grandes espacios, en vinculación con la consolidación o deterioro de la capacidad para la organización "espontánea" del pueblo en términos de gobierno local.

IX) La línea visible de máxima expansión periférica de un país está constituída por su frontera política, pero ésta no puede considerarse como la única línea delimitatoria del espacio bajo compromiso. En realidad, media siempre detrás de aquella frontera o sobre ella misma —o ya sobrepasándola— un sistema de líneas fronterizas "ocultas", las que son tantas como grados o matices toma la expansión de las tensiones del núcleo de cohesión conformando las zonas geopolíticas de sus sistemas. En consecuencia, bien puede afirmarse, que, por lo menos, existen cinco fronteras geopolíticas básicas: la de la "zona nuclear"; la de la "zona de anexión"; la de la "zona de protectorado"; la de la "zona de influencia" y la de la "zona de interés". Según éstas, la frontera política sólo fija la línea de equilibrio temporal, que se da en un momento dado entre la expresión espacial de dos sistemas de eficiencia colectiva.

X) La natural expansión geopolítica de los Estados los conduce forzosamente a un enfrentamiento mutuo de naturaleza tal, que sólo puede "resolverse" según alguna de estas alternativas no necesariamente excluyentes:

a) Mediante un temporal equilibrio estratégico.

b) Mediante la complementación de actividades, bus-

cándose así la integración de ellas según mecanismos armonizadores de los sistemas contrapuestos, o bien,

c) Buscándose la forzada subordinación temporal o estable de un sistema a otro, ya directa o indirectamente.

Es de anotar que la solución "b" puede implicar situaciones formales de tipo "a" o "c", pero en términos básicamente distintos a los correspondientes a éstos por establecerse —según b— la coparticipación de un sistema de "tensiones" comunes, creadoras de igualdad de oportunidades para los pobladores".

Hasta aquí, pues, un conjunto de principios que hacen a la dinámica geopolítica de los Estados y que, como ingredientes en su conducta, son elementos realmente importantes. Ya dijimos en otra oportunidad que todo lo referente al dominio espacial —distinto de área geográfica— y a la forma en que las naciones lo regulan y controlan, es vital para el campo interno y para la proyección externa de un determinado país.

HACIA LA INTEGRACION DEL SISTEMA INTERNACIONAL
(Septiembre 1980)

El sistema internacional ha sufrido una importante evolución en los últimos tiempos. En el siglo XIX, luego del Congreso de Viena, se estableció el mecanismo de la balanza del poder que, de alguna manera, brindó un adecuado marco de estabilidad en el concierto europeo, prácticamente hasta la primera guerra mundial. En el ínterin, las potencias de Europa, más bien se dedicaron a aventuras colonialistas y a establecer conflictos localizados que no alteraban el statu quo de la región.

La guerra iniciada en 1914 rompió esta armonía, sobre la cual Kissinger hizo una exposición memorable en su obra "Un mundo restaurado". Luego de la matanza inusitada del conflicto bélico, surgió el programa del Presidente Wilson, que dio origen al "covenant" que creó la Sociedad de las Naciones, con sede en Ginebra y que, paradójicamente, no tuvo como miembro a los Estados Unidos, la gran potencia emergente de la época, debido a las controversias suscitadas en Norteamérica entre los poderes ejecutivo y legislativo.

Está fresca en la memoria del mundo, la fragilidad con que se manejó la Sociedad de las Naciones y su incapacidad relativa para evitar una serie de problemas que agobiaron al mundo en ese entonces. Su más grave fracaso, al fin, fue el estallido en 1939 de la segunda guerra mundial, que precipitó al mundo en un holocausto desconocido hasta el momento, por la ferocidad de la guerra total y el uso de nuevos y sofisticados equipos bélicos.

El planeta, con el trauma de semejante desastre, se empeñó a través de las potencias vencedoras, en crear un nuevo organismo mundial que responda a las necesidades de la post-guerra y que asegure —en la medida de lo posible— un sistema de paz permanente. De ahí surgieron entonces la Carta de San Francisco y la Organización de las Naciones Unidas, con sede en Nueva York. El sistema se denominó de "seguridad colectiva", para evitar así referencias explícitas a la política del poder. Esta última, inevitable al fin como realidad, se disimuló mediante la presencia permanente en el Consejo de Seguridad, de las grandes potencias con derecho a veto, mientras el resto del mundo tenía participación en dicho consejo, a través de rotación por países de una determinada zona geográfica.

El sistema de seguridad colectiva respondió a la necesidad de los pueblos para contar con una organización global que, de alguna manera, refleje las tendencias diversas de la comunidad internacional, pero también ostente un grado mínimo de consenso. En todo caso, el mundo en 1945 presentaba una imagen todavía unipolar, dada la inmensa superioridad de los Estados Unidos, imagen que se disiparía en poco tiempo para dar lugar al bipolarismo de los años cincuenta y sesenta, hasta los últimos tiempos, en los cuales percibimos un mundo cada vez más multipolar en lo político, con rigideces bipolares en lo militar, las que también tienden a tener una gradación que va desde el equilibrio del terror, hasta el despliegue de fuerzas convencionales para superar crisis localizadas.

Todo este panorama nos demuestra que el sistema internacional mantiene una delicada cohesión. La dialéctica cooperación-conflicto está latente y ello perjudica la verdadera integración a la que el mundo, por lo menos en los términos de un común denominador, debe aspirar para enfrentar los grandes desafíos que la humanidad tendrá ante sí en los próximos años.

Toda relación social tiene tres elementos básicos: los de amenaza, los de intercambio y los integrativos. La relación internacional ciertamente, no escapa a esta clasificación sociológica y pasaremos entonces a comentarla brevemente.

Los elementos de amenaza son obvios: el hacer o dejar de hacer frente a la posibilidad de sanciones o castigos probables. Los elementos de intercambio se producen bajo una suerte de "quid/pro quo" y sobre mutuas conveniencias y ventajas. Finalmente, los elementos integrativos surgen de la posibilidad de acrecentar el intercambio hasta que éste pro-

duzca un grado aceptable de unión de las partes en torno a objetivos de común interés.

Las alianzas, para citar un solo ejemplo, traen consigo elementos de las tres clasificaciones. Una coalición entre naciones puede tener aspectos integrativos, de intercambio y de amenaza (si no te unes a mí, la puedes pasar muy mal).

Para que el sistema internacional conduzca al mundo hacia un camino de paz y entendimiento, es evidente que hay que tratar de superar los elementos de amenaza, incrementando los de intercambio para que éstos, con el tiempo, se transformen en integradores. La tarea es difícil, prácticamente imposible dadas las enormes diferencias entre los valores ideológicos predominantes y las distancias en niveles de desarrollo y bienestar, pero no por ello hay que abandonar la premisa esencial de un mundo integrado como meta lejana. Ese mundo quizá no pueda tener un gobierno único, como algunos utopistas han sugerido, pero sí un denominador común para todos los países, que abarque más elementos que los muy contados que tiene ahora.

La paz estable tiene frente a sí el fantasma de la guerra recurrente. Son muy escasos los períodos de paz que ha tenido el planeta y la carrera tecnológica hace cada vez más mortíferas las posibilidades de conflictos. Si la segunda guerra mundial dio como trágico resultado cuarenta millones de víctimas, quién sabe cuántas habrían ahora, si se produjera una catástrofe nuclear.

De continuar la aceleración de los elementos de amenaza, poca esperanza queda. El sistema internacional, mediante una suerte de "tour de force" y en base a la aptitud y perspicacia de los líderes mundiales, tiene que procurar el acrecentamiento de los aspectos integrativos. Sólo así se superará

la desigualdad entre las naciones y podremos aspirar a un mundo de paz en el futuro.

LA PARADOJA DE POLONIA
(Septiembre 1980)

Los últimos acontecimientos en Polonia, que han tenido a la ciudad de Gdansk como epicentro, han sido objeto de inusitada atención en todo el globo. No entraremos en detalles sobre la inmensa cantidad de información propalada por las agencias noticiosas, información que ha estado al alcance diario del amigo lector. Lo que interesa destacar ahora es la tremenda contradicción de un sistema político, aspecto que servirá por mucho tiempo de tema de comentario entre diversos círculos de occidente y también entre el grupo de naciones socialistas que se encuentran en el área de influencia soviética.

¡Proletarios del mundo, uníos! decía Carlos Marx con vehemencia en 1848 al terminar su manifiesto comunista. Los proletarios polacos se han unido, sí, pero para reclamar contra el propio gobierno que dice representarlos y no para luchar contra las fuerzas capitalistas y "burguesas". En efecto, como todos sabemos, el cimiento político del comunismo tiene su origen en la asunción al poder de los obreros quienes, en base a las llamadas condiciones objetivas (contradicciones entre fuerzas productivas y relaciones de producción), derriban al sistema burgués e instauran la dictadura del proletariado. Se supone que los medios de producción pasarían a manos de los trabajadores y, de esa forma, se iría construyendo el socialismo hasta la desaparición de las contradicciones y la llegada de la sociedad sin clases.

La realidad se ha presentado en forma muy distinta. El gobierno no está en manos de los trabajadores, ya que una férrea dictadura de partido controla al mismo. Los medios de producción no pertenecen a los trabajadores sino, en la práctica, al Estado, quien los administra mediante una burocracia no siempre eficiente. Más allá de la retórica ideológica, en buenas cuentas, los obreros polacos han tenido que reclamar ante el "patrón" tradicional, cuya diferencia con los empresarios capitalistas, en este caso, es mínima. La paradoja se refleja, pues, en la rebeldía del proletariado polaco, frente a un gobierno que dice ser el gobierno de ellos y en el paro de labores ejercido en fábricas que, teóricamente, también pertenecen a los trabajadores. La brecha abierta es irreversible y no sería extraño que, en poco tiempo más, veamos una cadena de movimientos huelguísticos en el "paraíso de los trabajadores".

Frente a estos sucesos polacos de gran repercusión, en el mundo occidental tenemos permanentemente huelgas y en los países industrializados existen sindicatos muy poderosos, capaces a veces de paralizar actividades por lapsos lo suficientemente largos como para lograr la satisfacción de sus demandas. Los obreros capitalistas no se hacen ilusiones; saben que las fábricas pertenecen a otros, pero saben también que pueden luchar por sus derechos y aspirar a un mejor nivel de vida, en el contexto de la negociación y el diálogo. Mucho tiempo ha pasado desde las épocas de la explotación inmisericorde de la revolución industrial y hoy, el obrero moderno, cuenta con mecanismos de defensa y protección y con posibilidades concretas de mejorar su nivel de vida.

Tal cosa no sucede en los países comunistas, donde la ficción de la dictadura del proletariado, encomendada a una "vanguardia" política, transforma todas las actividades pro-

ductivas en algo que pasa a "ser" de los trabajadores y he aquí que los obreros no están conformes con algo que a ellos mismos les pertenece. La paradoja entonces, es muy clara: por un lado dictadura del proletariado; por el otro, un proletariado que se rebela en demanda de mejoras y lo hace contra sí mismo.

La solución en Polonia ha sido satisfactoria para los obreros de ese país quienes han logrado —entre otras cosas— la posibilidad de formar sindicatos libres, sin la tutela omnipresente del partido comunista. Sin embargo, la fisura está presente y por más que exista la armazón teórica para justificar el alzamiento obrero en un contexto socialista, será muy difícil explicar la contradicción entre principios ideológicos y realidad que. se ha presentado.

Al final, frente a los denuestos contra el sistema capitalista, en la práctica hemos visto una reacción similar en Polonia: los obreros contra el patrón "explotador", solamente que, en este caso, el sistema les dice que ellos son sus propios patrones. Los trabajadores del mundo capitalista saben que no son los dueños, saben que en ocasiones son verdaderamente explotados. Pero también saben que tienen mecanismos de defensa, que el capitalismo se ha humanizado y transformado merced a una extraordinaria flexibilidad que Marx no previó en sus tiempos y, finalmente, el trabajador occidental sabe que tiene acceso mediante la participación accionaria, esquemas de cogestión y otros, en la propiedad y conducción, aunque sea minoritariamente.

Sabedor de todo eso, conoce también su poder y lo aplica para obtener mejores niveles de vida. En este caso, por lo menos, las reglas del juego son claras mientras que en los países comunistas la ficción esconde una trágica realidad: la

sumisión del proletario, frente a los que dicen ser sus representantes.

NIXON Y LA TERCERA GUERRA MUNDIAL
(Agosto 1980)

Recientemente, la prestigiosa casa editorial Planeta ha publicado - casi simultáneamente con la edición norteamericana— el último libro del ex Presidente de los Estados Unidos, Richard Nixon, titulado "La verdadera Guerra". Como acertadamente señala el crítico literario argentino Martín Noel, muchos años de dura lucha política y casi otros tantos en la función pública, como legislador, vicepresidente y presidente, han permitido a Nixon llegar a un profundo conocimiento de los intrincados problemas que, en el plano de las relaciones internacionales, plantea el mundo actual.

La obra comentada se inscribe en el contexto ideológico del partido republicano, al cual Nixon pertenece. Es pues, un sentido "conservador progresista" y con reminiscencias del "power politics" del recientemente extinto Hans Morgenthau, el que tiñe los juicios vertidos en la obra. Más allá de la subjetividad, sin embargo, el trabajo del ex mandatario estadounidense refleja las pautas esenciales del interés nacional de su país y asimismo, las crisis, dudas e incertidumbres que en política internacional sufre en estos días la gran potencia del norte.

El libro comienza con un capítulo de sugestivo título: "No hay tiempo que perder". A continuación, una cita del general MacActhur también sumamente significativa y que se inicia con el siguiente pensamiento: "La historia de los fracasos en la guerra puede resumirse en dos palabras: demasiado tarde". Ello es así —según Nixon— por el avance sovié-

tico en el orbe frente al creciente retroceso norteamericano, algo que, por lo demás, está resultando casi dramático en cuanto a sus consecuencias para el mundo occidental en estos días que vivimos.

Nixon opina que la tercera guerra mundial (segundo capítulo de su obra) comenzó poco antes que la segunda terminara, cuando Stalin manifestó brutalmente que quien ocupa un territorio impone su propio sistema social. Los sucesivos logros de la Unión Soviética han ido cimentando —a favor de Rusia— esta tercera guerra mundial que es la primera verdaderamente global, ya que no hay un solo rincón de la tierra que escape a su influjo.

Su tercer capítulo comienza con una clarividente afirmación de Alexis de Tocqueville, quien, a mediados del siglo XIX, afirmó que en el futuro habrían dos grandes naciones que dominarían al mundo: Norteamérica y Rusia. El gran pensador francés escribió que "el angloamericano confía en sus personales intereses para alcanzar sus fines y da campo libre a los esfuerzos sin guía superior, y lo da al sentido común de sus ciudadanos. El ruso centra toda la autoridad de la sociedad en un solo brazo. El principal instrumento del primero es la libertad, del segundo la servidumbre. Estos puntos de partida son diferentes y los caminos no son los mismos, pero cada uno de ello parece haber sido destinado por la celestial voluntad a dirigir los destinos de medio globo". Resulta realmente asombroso que esto haya sido expresado en 1835, trece años antes del Manifiesto Comunista de Marx y a casi un siglo de la creación efectiva de la Unión Soviética, bajo la égida del leninismo y sobre la base imperial de la vieja Rusia.

En este sentido y tal como lo expresáramos en *Presencia* en otra oportunidad, cuando nos referimos al creciente des-

equilibrio táctico entre las superpotencias ante el retroceso norteamericano en materia de armas convencionales, así como Estados Unidos ha tenido su "destino manifiesto", también la moderna Unión Soviética es digna heredera de los Zares y de sus ambiciones expansionistas y hegemónicas. Iván el Terrible, Iván el Grande, Catalina de Rusia y los modernos jerarcas desde Lenín, pasando por Stalin hasta Brezhnev, han mantenido históricamente un propósito geopolítico muy claro: garantizar la seguridad y la supervivencia del Estado ruso mediante el sojuzgamiento de naciones vecinas y asegurarse su dominio internacional sentando bases para ejercer influencia en naciones lejanas.

Para demostrar que la tercera guerra mundial lleva ya cierto tiempo, Nixon despliega un mapa imaginario de naciones perdidas para occidente, entre las que sobresalen las de Europa Oriental, partes estratégicas de Africa, algunos verdaderos polvorines como Etiopía, Angola y Yémen del Sur. En el hemisferio occidental Cuba, por las propias declaraciones de sus líderes, se ha transformado en una nación de la órbita soviética. La lista es larga y el lector puede ampliarla si lo desea.

Realista como es la expansión soviética en el mundo, Nixon intenta también orientarse por esa vertiente pragmática, al retomar el sendero de la política del poder, desdeñando el idealismo de su sucesor, el presidente Carter.

Al respecto, resulta aún prematuro evaluar con plena objetividad el ciclo del actual mandatario estadounidense, ciclo que puede terminar en noviembre o bien continuar por otros cuatro años. Todo depende de los resultados electorales en Estados Unidos para la fecha señalada (1980).

Lo realmente evidente es que la Unión Soviética y Norteamérica son verdaderos Estados "Siderocráticos" con capa-

cidad hasta espacial en cuanto a expansión y penetración y, por consiguiente, sus postulados externos necesariamente deben contener fuertes dosis de la política del poder, aunque el idealismo —por ambos lados— no deja de jugar un papel a través de las respectivas ideologías y valores predominantes en los dos grandes sistemas políticos dominantes del globo.

Los rusos han comprendido mejor que los norteamericanos las crudas realidades del poder mundial y de ahí su avance o —si se quiere— el retroceso estadounidense.

Nixon en su importante obra, inquieta al mundo occidental y mucho valor tienen sus palabras, pues hasta los más acérrimos críticos del ex mandatario —caído en desgracia por el escándalo de Watergate— han reconocido su talento y experiencia en la conducción de los asuntos internacionales.

Nixon termina su obra con un capítulo al que llama "La espada y el espíritu" e inicia éste con una cita de Napoleón Bonaparte: "Hay solamente dos poderes en el mundo, la espada y el espíritu. A la larga, la espada será siempre vencida por el espíritu".

Con su típico pragmatismo, Nixon aclara que el espíritu puede prevalecer a la larga, si medimos ese "a la larga" en milenios, pero en el corto plazo de decenios, generaciones y hasta siglos, una y otra vez el espíritu ha sido apagado por la espada. En el corto plazo en el que vivimos —expresa— la espada es el escudo esencial del espíritu. Luego acota que el espíritu puede ser también un arma si se lo utiliza adecuadamente.

Tras expresar que los Estados Unidos representan esperanza, seguridad, libertad y paz mientras la Unión Soviética representa tiranía, agresión y guerra, termina con dos párrafos llenos de contenido, que citaremos textualmente.

"Es una lucha de titanes, cuyo igual el mundo no ha visto nunca. No podemos prevalecer mediante el expediente a corto plazo de declarar un súbito estado de emergencia y de crear la ilusión de que podemos deshacernos del desafío rápidamente y dejarlo atrás. El reto al que nos enfrentamos no se acabará en un año; en un decenio. Para hacerle frente hemos de prepararnos a mantener un nivel constante de voluntad y fortaleza. La victoria, en esta lucha, vendrá mediante la perseverancia, sin abandonar jamás, volviendo a empezar una y otra vez cuando las cosas se pongan difíciles. Vendrá mediante la clase de liderazgo que en una crisis tras otra eleva las aspiraciones del pueblo americano de lo mundano a lo trascendente, de lo inmediato a lo duradero.

Si decidimos vencer, si resolvemos no aceptar sustituto de la victoria, entonces la victoria es posible. Entonces, el espíritu afila la espada, la espada defiende al espíritu y la libertad triunfa".

Hasta aquí, pues, una breve reseña sobre un libro que ya es motivo de controversia en el hemisferio norte y que seguramente será leído con sumo interés por las élites latinoamericanas, dado el actual momento de cúmulo de expectativas en lo político y en lo internacional, que atraviesa nuestro continente.

EL BALANCE GLOBAL DE SEGURIDAD Y TERCER MUNDO
(Agosto 1980)

Poco tiempo atrás, el llamado "balance global de seguridad", era de fácil definición; se trataba en síntesis, de la relación "Este-Oeste" y del equilibrio del terror, vía la mutua capacidad de ambas superpotencias para destruirse en un

holocausto nuclear. Cada uno de los Estados siderocráticos (USA y URSS), tenía a su vez bajo su égida subsistencias dependientes de poder militar (NATO y Pacto de Varsovia) que les servían como sombrilla protectora y sobre los cuales ejercían influencias de todo tipo.

Las complejidades internas de las superpotencias y las fisuras dentro de sus propios bloques, han cambiado este panorama. En el mundo occidental, por ejemplo, ahora las naciones de la Comunidad Económica Europea prefieren hablar de "asociación" y no de "liderazgo", en sus relaciones con Estados Unidos y las fisuras han sido palpables a la hora de condenar a la Unión Soviética por la invasión de Afganistán. La reunión cumbre en Venecia, de todas las potencias que forman el mundo industrializado (en la práctica la Comisión Trilateral), no logró ponerse de acuerdo alrededor de las ideas del presidente norteamericano sobre la materia. Además, como es de conocimiento público, el boicot a las Olimpiadas de Moscú tuvo tan sólo un éxito relativo, pues si bien muchos países accedieron al pedido estadounidense, hubo otros —como Gran Bretaña— que asistieron a los juegos.

Por el lado soviético, también se ha notado en los últimos años un creciente desasosiego. Si bien no ha tenido la suficiente repercusión internacional por el férreo sistema totalitario del comunismo, ha sido imposible esconder la creciente independencia en asuntos exteriores de países como Rumania y Polonia, sin contar Yugoslavia, que hace ya tiempo se desembarazó de la órbita soviética para integrarse al seno de los no-alineados.

Planteadas así las cosas, cambia también el escenario estratégico pues a esta pluralización de ambos bloques, hay que sumar el creciente fermento en el Tercer Mundo y los

problemas que a diario surgen en esa parte del globo, donde muchas veces las superpotencias tienen intereses encontrados.

Si anteriormente el cuadro dantesco era el del "MAD" (mutual assured destruction) –palabra inglesa que, además significa "locura"– ahora se ha comenzado a hablar de la posibilidad de una guerra nuclear limitada. El concepto de disuasión seguirá siendo válido en un escenario tipo MAD, pero la tecnología ha creado recientemente nuevas armas –como la bomba neutrónica– que limitarían el holocausto. Por otra parte, como corolario de lo expresado y al margen de las posibilidades para el primer escenario se ha comenzado a pensar en lo impensable, como decía Hermann Khan, y se juzga que mediante una suerte de macabro acuerdo táctico, ambas superpotencias podrían limitar la guerra nuclear a instalaciones militares, sin la destrucción de sus grandes centros urbanos.

En función de lo expresado, Estados Unidos está modificando sus sistemas de defensa, con la dispersión de los cohetes móviles MX, que permanentemente son trasladados de un lugar a otro a fin de desorientar a los soviéticos.

A todo esto, ante la creciente erupción de áreas álgidas (Medio Oriente, Africa, etc.) y dada la limitación para el uso de armas atómicas en el Tercer Mundo, se está pensando también en la creación de brigadas especiales de rápido despliegue en términos convencionales. Son las ADU (army deployment units) que serían altamente móviles y con capacidad para dirigirse a cualquier parte del mundo en donde se encuentren amenazados los intereses esenciales de los Estados Unidos.

Este concepto vendría a compensar el creciente equipamiento soviético que ya ha producido un desequilibrio táctico a nivel de fuerzas no nucleares, desequilibrio que sigue

siendo motivo de honda preocupación para el mundo occidental.

El balance global de seguridad pasaría a tener tres niveles; a) el que podríamos llamar totalizador, el nivel MAD, donde la mutua destrucción asegura paradójicamente cierto nivel de seguridad también mutuo: b) el nivel de "limitación nuclear", lamentablemente cada vez mas tentador para la drástica solución de algunos problemas entre las grandes potencias y que si bien redundaría en daños cuantiosos, es mucho menor en sus efectos que el primero; c) finalmente tendríamos el despliegue por el mundo de unidades altamente seleccionadas, dispuestas a defender sus respectivas causas y que estarían orientadas básicamente hacia el Tercer Mundo y todas aquellas zonas de fricción que se disputan Estados Unidos y la URSS.

La tentación de la escalada será, de todas formas, demasiado grande. Imaginemos que mañana los soviéticos lanzan fuerzas convencionales sobre cierta zona cuya área de influencia no está muy bien definida. Al estar en esa zona gris (en la que no está Afganistán por ejemplo), los Estados Unidos podrían intervenir con sus ADU para neutralizar a los rusos. En función de los resultados y de la falta de mutuas restricciones, fácil es percibir que el paso al segundo nivel y de allí al primero, serían simples operaciones aritméticas de la escalada hacia el conflicto mayoritario.

De ahí entonces la importancia del diálogo entre los líderes de las superpotencias y de la búsqueda permanente de elementos cooperativos que neutralicen a los conflictivos, máxime por ser estos últimos inherentes a la propia naturaleza ideológica, política y económica de la rivalidad existente. Por otro lado, el Tercer Mundo que, sin quererlo, es parte importante del balance global de seguridad, debe hacer en-

tender a los dos países más poderosos del planeta que sus principales problemas son los del atraso y la pobreza y que en función de tan formidables obstáculos, para un mejor entendimiento en el mundo lo que hace falta es la superación de los mismos mediante medios idóneos y de consenso universal. No hay mejor seguridad para el hombre rico, que vivir en un barrio también rico; si estuviera en medio de una impresionante villa miseria, el millonaro viviría en ascuas pensando en robos, asaltos y resentimientos. En el mundo pasa lo mismo, es importante que todos tengamos acceso a las cosas y que al margen del sistema de estratificación internacional, propio de las enormes desigualdades de la sociedad mundial, este sea un planeta de oportunidades y expectativas favorables.

Ese sería el mejor balance global de seguridad, así como para el rico de nuestro ejemplo, sustanciales mejoras en el barrio dándole a sus vecinos mejores condiciones de vida, será infinitamente mejor como solución, que el vivir atrincherado detrás de sus muros protegiendo su patrimonio.

PROSPECTIVA Y NACION
(Agosto 1980)

El análisis prospectivo está tomando auge en el mundo. Desde la década de los 60, cuando Hermann Khan y su grupo del Hudson Institute dieron a luz el trabajo "el año 2.000", se comenzó a estudiar sistemáticamente el conocimiento del futuro, en base a extrapolaciones matemáticas sumamente complejas, utilizando estadísticas y "tendencias". Asimismo, se tomó en cuenta la aleatoriedad del factor innovación que, a través de descubrimientos y avances tecnológicos, brinda saltos inesperados en la vida de las naciones.

El problema de pensar y examinar el futuro es sumamente importante. No hay empresa o país en el mundo que no tenga por lo menos borrosamente, una imagen de lo que será - o podrá ser— en un plazo relativamente largo. Algunos —como se dice gráficamente— verán el futuro "negro". Otros lo verán con mayor optimismo o con cierta cautela; pero no hay nadie, inclusive a nivel personal, que manejándose con criterios racionales no ensaye esquemas prospectivos. Todos tenemos esperanzas y temores.

Queremos rescatar lo bueno y eliminar lo negativo.

Las naciones también se enfrentan con esta mezcla de incertidumbre y optimismo. Algunas por su potencial, saben que si utilizan adecuadamente sus recursos tendrán asegurado un lugar prominente en el futuro. Otras temen por su viabilidad; algunas, con cierta soberbia, creen que no hay por qué preocuparse. Las más, empero, han tomado con seriedad el estudio de la prospectiva e inclusive han creado institutos especializados de carácter interdisciplinario, donde se analiza la inmensa gama de posibilidades, ventajas, desventajas, aspectos internos y externos sobre la situación energética de recursos naturales renovables y no renovables y en fin, sobre todo lo que pueda interesar a un país para delinear algunas pautas mínimas que le permitan enfrentar el desafío del futuro.

Importantes documentos internacionales han alarmado al mundo en los últimos años acerca de sus posibilidades para ingresar al siglo XXI. Recordemos el informe del Club de Roma de 1972 titulado "Los límites del crecimiento" que, con perspectivas neo-malthusianas, pintaba un cuadro alarmante para el futuro de la humanidad. Algunos acontecimientos posteriores han dado la razón a este estudio en algunas áreas y lo han desvirtuado en otras. Recientemente, el

Presidente de los Estados Unidos recibió un informe titulado "The global 2000 Report to the President", fruto de tres años de investigaciones a cargo del Departamento de Estado y del Consejo Presidencial sobre Calidad Ambiental. El citado informe presenta un panorama lúgubre para el inicio de la próxima centuria pues predice que, por ejemplo, la población mundial será de más de seis mil millones de habitantes para el año 2000 y que la mayor parte de este crecimiento se dará en los países pobres y subdesarrollados con las consiguientes crisis que ello creará. La ciudad de México pasará a tener 31 millones de habitantes, para citar un solo caso. Estas tendencias podrían revertirse en parte por el siniestro fantasma de la miseria y el hambre, pero, de todas maneras son preocupantes.

El informe continúa con un verdadero catálogo de calamidades para las naciones atrasadas y problemas difíciles —pero solucionables— para los estados ricos del orbe.

Otro reciente estudio del norteamericano Alvin Toffler, pone énfasis en lo que él llama la "tercera ola", producida por el avance tecnológico y electrónico que está cambiando la faz del planeta. Las dos primeras olas históricas serían la de la agricultura y la de la industrialización. El autor señala que estando en el umbral de la tercera ola, nos encontramos todavía con importantes elementos de la segunda y con sociedades que todavía viven enmarcadas en la primera. Toffler es optimista, pues considera que todos estos cambios beneficiarán enormemente al hombre. En todo caso, su interpretación sobre los ciclos productivos es sumamente interesante y los próximos años nos dirán cómo se comporta esta "tercera ola" del desenvolvimiento humano y si se realiza la visión positiva del escritor.

Podríamos seguir citando otros ejemplos acerca de los estudios que se vienen realizando en todo el mundo sobre el futuro y las implicaciones que traerá consigo para la sociedad global. En todo caso, el amigo lector los conoce o ya ha leído reseñas sobre el particular en *Presencia* y en otras publicaciones. Lo importante, ahora, sentada la premisa de la importancia de la prospectiva, es preguntarnos si en nuestro país estamos pensando seriamente en el futuro. ¿Hay un instituto, privado o público, que se dedique a especular científicamente sobre las tendencias favorables y desfavorables que en todos los órdenes enfrentará la nación boliviana en el futuro?

Nos atrevemos a pensar que no y si se diera el caso, lo más probable es que sean esfuerzos aislados de algunos estudiosos. Lamentablemente en Bolivia casi siempre tenemos la vista, el pensamiento y la acción centrados en el corto plazo. Para utilizar frases de moda, diríamos que somos todos tácticos y no estrategas. Los gobiernos se preocupan por durar y mantenerse, más que por generar cambios estructurales en la sociedad nacional. Los políticos están atentos a la coyuntura favorable sin pensar en la viabilidad futura. Gran parte de los empresarios piensan en cuánto ganarán —o perderán— el próximo mes, sin analizar con seriedad el futuro y sus posibilidades favorables o negativas. Los planes de desarrollo son más bien carpetas de presentación ante organismos internacionales para obtener apremiantes financiamientos y no verdaderas guías prospectivas. Se desconoce el estado actual del mundo y sus complejidades y tampoco se analiza el papel que nuestro país podría representar en la cambiante arena internacional. Las propias doctrinas ideológicas las manejamos con dogmatismos realmente asombrosos, sin percatarnos que las realidades del futuro nos llevan hacia sincretis-

mos y pragmatismos político-ideológicos sumamente interesantes, como fruto de la adecuación a las necesidades de los años que vendrán.

Somos, pues, todos los bolivianos, muy inmediatistas en lo que hacemos y eso es necesario cambiarlo. Faltan tan sólo dos décadas para terminar el siglo y seguimos a los tumbos sin un proyecto nacional claro en lo político, en lo económico y en lo internacional. Nuestro país tiene todas las condiciones para enfrentar exitosamente el desafío del futuro, pero debemos prepararnos para ello y realizar todos los estudios y cambios que nos permitan ser para el año 2000 —fecha fijada como "tope" de un período de civilización—, una nación enteramente viable, en plena etapa de desarrollo integral y con ideas claras sobre lo que quiere y aspira. Este, creemos sinceramente, es el verdadero dilema de la nación y de su superación exitosa, saldrá la Bolivia del futuro que todos deseamos y para cuyo logro pondremos el máximo de nuestros esfuerzos.

LAS REGLAS DE JUEGO EN LAS RELACIONES INTERNACIONALES
(Agosto 1980)

Raymond Cohen, profesor de la Universidad Hebrea de Jerusalén, recientemente ha publicado en "The International Studies Quarterly" (Vol. 24 Nº 1), interesantes reflexiones sobre el tema que nos ocupa hoy y que es sumamente importante para el sistema internacional.

Así como la relación de un individuo con la sociedad está definida por una red de normas y valores, la relación de un Estado con otros actores en la arena mundial también está regida por un conjunto de permisos y restricciones, por

ciertas "reglas del juego". Son éstas las que entraremos a detallar y explicar a continuación.

Siempre ha sido tentador aplicar teorías normativas a las relaciones internacionales, sobre todo después del éxito que han tenido en el campo del análisis sociológico. Sin embargo, el mundo es mucho más complejo y resulta tremendamente difícil intentar aplicar normas y preceptos para todos los actores del sistema internacional. De ahí lo rudimentario que todavía es el Derecho Internacional Público, falencia reconocida por los propios especialistas en la materia.

Un primer punto a tener en cuenta radica en la falsa concepción de que las normas para que sean "internacionalmente válidas" deben ser universales. Aunque obviamente hay reglas reconocidas por todos los sujetos de la comunidad internacional, no es menos cierto que una mayor gama de normas se da a nivel regional y bilateral. Por ejemplo, conceptos universales como la soberanía y reconocimiento de los Estados, son normas globales y aceptadas internacionalmente, pero el plan de asignaciones metalmecánicas del Grupo Andino solamente es normativo para dicho acuerdo de integración y un convenio de intercambio comercial entre dos partes, será obligatorio para ellas y nadie más. El espectro de normas es inmensamente mayor, en el campo regional y bilateral que en el internacional global.

Para distinguir una norma de otras formulaciones, debemos tomar en cuenta: a) el no cumplimiento de una norma trae consigo la posibilidad de sanciones: b) el permanente cumplimiento de la norma está condicionado a la reciprocidad de la contraparte. Sin un sistema de normas, la vida comunitaria es imposible. Facilitando la cooperación, disminuyendo el conflicto cuando es así posible y limitando la destrucción si la violencia es inevitable, los Estados tratan de

vivir —y sobrevivir— en la dura arena de los intereses internacionales.

Cohen propone un sistema de clasificación de las normas internacionales que comienza con los tratados, o sea, normas, legalmente obligatorias y termina con las mutuas restricciones en conducta y proceder de las naciones, que sin estar escritas ni sancionadas, son producto de la convergencia de intereses y forman parte también de las reglas del juego.

Entre estos extremos tendríamos toda la gama de aspectos normativos, escritos y no escritos, que regulan la vida de los Estados.

El artículo 38 del Estatuto de la Corte Internacional de Justicia señala como fuentes del Derecho Internacional a los Tratados, la costumbre, la jurisprudencia y los principios generales del Derecho.

Los tratados internacionales son acuerdos escritos, sancionados en forma solemne después de un proceso formal de negociación y con carácter de fuerza legal. Sin dejar de reconocer que pueden ser buenos o malos, justos o injustos, es evidente que forman el grueso del instrumento con el que las naciones regulan sus relaciones. Sin embargo, la propia e indiscutida importancia de los Tratados, tiende a oscurecer el hecho de que no es la única forma existente para establecer un acuerdo entre Estados.

Aquí es donde debemos considerar una distinción fundamental entre normas jurídicas y relaciones internacionales. Las primeras son un cuerpo legal establecido y potencialmente sujeto a coacción, las segundas son esencialmente políticas siendo para ellas el derecho un elemento coadyuvante para su mejor funcionamiento, pero de ninguna manera agota el amplio campo del comportamiento internacional, el mero aspecto jurídico. Es más, la mayoría de las

acciones, dentro del sistema internacional, son políticas antes que jurídicas y es por ello que el Derecho no puede ser un chaleco de fuerza sino —cuando así correspondiere— una guía en la conducción de la política internacional. Lo ideal, claro, sería un mundo plenamente "codificado" para su funcionamiento; lamentablemente, la dinámica de los acontecimientos internacionales es tan amplia y cambiante, que la norma jurídica siempre se desfasa. Por otro lado, esta misma dinámica crea permanentemente elementos nuevos, que deben ser considerados y que muchas veces alteran hasta elementos consuetudinarios del derecho. De ahí, pues, la primacía de la política frente a la norma jurídica, en las relaciones internacionales.

Luego de los Tratados y todas sus derivaciones, sobre las que no nos extenderemos ahora, tendríamos aquellos entendimientos escritos, pero que no alcanzan a ser plenamente obligatorios, como es el caso de los acuerdos ya citados. Un entendimiento escrito se concluye sin forma legal, pero, sin embargo, posee un grado análogo de explicación y es el producto de negociaciones directas.

Los juristas internacionales han tenido enormes dificultades para aceptar que no todas las reglas que guían a los Estados en sus conductas tienen status legal. Algunos hablan de obligaciones políticas y no legales. En realidad, como expresamos anteriormente, la mayoría de los expertos en Derecho Internacional Público, no siempre separan las realidades políticas del sistema mundial, de las realidades del mismo.

La historia diplomática reciente provee un ejemplo formidable de un acuerdo sin fuerza legal obligatoria, pero de profundos efectos políticos y que en el transcurso de los últimos años ha demostrado su solidez. Se trata del Comunicado de Shanghai de febrero de 1972, mediante el cual

se reinició el diálogo —largamente interrumpido— entre China Continental y Estados Unidos, el que ha derivado últimamente en relaciones diplomáticas y mutuo reconocimiento entre ambas naciones y crecientes esquemas de cooperación económica y hasta militar.

Vemos, pues, cómo este entendimiento escrito, sirvió de base para la convergencia de las relaciones entre Washington y Pekín. Un tratado en ese momento hubiera sido inoportuno y precipitado. En cambio, un documento político probó ser tan útil y duradero —más— que muchos acuerdos solemnemente ratificados.

Otras reglas del juego en las relaciones internacionales serían los "Gentlemen's Agreement" (Acuerdo de Caballeros) que, sin tener tampoco fuerza legal y a veces ni siquiera asentarse en un papel, tienen resultados importantes. Muchas veces, esta forma de actuar se la utiliza a fin de no escribir algo que en su momento puede ser impopular, indiscreto o poco creíble y que podría perjudicar negociaciones futuras. Sin embargo, su peso puede ser muy importante. El hacer o dejar de hacer y manifestar esa actitud a la contraparte sin necesidad de ligarse por aspectos legales, puede llegar a ser muy importante para la concreción de un acuerdo duradero. En las últimas negociaciones egipcio-israelíes, vemos muchos ejemplos de este tipo de normas, como así también en la relación entre las superpotencias.

Para no extendernos más en este interesante tema, citaremos tan sólo a lo que ha dado por llamarse "Entendimiento tácito", que muchas veces se lo conoce por acciones indirectas, por terceras partes o por determinadas actitudes. La diplomacia contemporánea brinda también muchos ejemblos de esta particularidad.

Por último, tendríamos la autolimitación, en el final del espectro que comienza con los tratados. Sería aquello que no está escrito, que no se dice ni se insinúa, pero que se palpa en la propia conducta internacional de un Estado con respecto a ciertas áreas de interés frente a otro Estado.

Todos confiamos en que las reglas del juego en las relaciones internacionales, lleguen finalmente a ser Tratados, de fuerza legal y carácter solemne. Muchas de las normas llegan a ese nivel, otras se extinguen en escalas inferiores.

Todo este es lo que le da riqueza al sistema internacional y lo que permite a los países con criterio amplio, alcanzar negociaciones exitosas sin comprometer, a priori, aspectos legales que luego se transforman en escollos duros de sortear

TIPOS DE PERSONALIDAD Y POLITICA EXTERIOR (Julio 1980)

Un reciente estudio de Margaret Hermann, de la Ohío State University, pretende explicar la conducción de la política exterior usando las características personales de los líderes políticos. A continuación, pondremos a disposición del amigo lector una síntesis del citado trabajo, por considerar de sumo interés algunas de sus proposiciones.

El esquema conceptual parte de seis atributos de personalidad básicos: nacionalismo, necesidad de poder, creencia en la propia habilidad para controlar acontecimientos, necesidad de afiliación, complejidad conceptual y suspicacia. Pasaremos a explicar brevemente cada uno de estos atributos.

El nacionalismo sería, para Hermann, el lazo emocional del político con su Estado-Nación, la forma en que percibe

a su país como algo único y superior y el deseo por mantener y acrecentar su presencia en el mundo y su soberanía.

La necesidad de poder se la define como la preocupación del individuo por establecer, mantener o restaurar su impacto, control o influencia sobre otros actores.

La creencia en la propia habilidad para controlar acontecimientos es bastante obvia y se define por sí sola. La necesidad de afiliación tendría que ver con el deseo de un individuo por sostener relaciones amistosas con otras personas o entidades.

La complejidad conceptual es el grado de diferenciación que un individuo demuestra cuando observa o contempla su propio ambiente y la suspicacia es la inclinación que tendría el individuo a dudar de los motivos y acciones de otros.

Las características citadas representarían, globalmente, cuatro tipos de personalidad que se reflajarían en creencias, motivos, estilo de decisiones y estilos interpersonales.

Las creencias se refieren a los supuestos fundamentales acerca del mundo, que posee el líder político.

¿Cuáles serían los motivos del responsable de la política exterior? La necesidad de poder es uno de los más discutidos, pero hay otros, como ser la necesidad de aprobación.

Por estilo de decisiones se entienden los métodos preferidos para tomar decisiones. Los posibles componentes serían apertura a información nueva, preferencia por ciertos niveles de riesgo, complejidad en la estructuración de datos, habilidad para tolerar ambigüedades, etc.

El estilo interpersonal vendría a significar la forma en que un líder trata con otros de su estirpe. Dos características interpersonales son señaladas: paranoica (excesiva suspicacia) y maquiavelismo (inescrupulosidad, conducta manipuladora).

Ambas son mencionadas a menudo como "típicas" de muchos líderes políticos.

Estos cuatro tipos de características personales afectan el estilo y el contenido de la política exterior. Creencias y motivos, sugieren formas de interpretación del ambiente y en consecuencia, se le puede sugerir al gobierno que actúe en manera consistente con esas imágenes. En cierto modo, las creencias y principios de un político le proveen de una suerte de "mapa" para orientarse en su camino. El mapa cognoscitivo del líder, le sugiere los pasos apropiados para sus metas y a veces hasta la propia naturaleza de la meta.

De esta forma y a través de una serie de mediciones, es probable determinar cómo se conducirá la política exterior, agregando las condiciones de agresividad o pasividad del líder y su mayor o menor conocimiento de los problemas internacionales. Asimismo, habría que añadir la forma de trabajo como tipo de personalidad. Hay individuos que toman decisiones solos y en base a su propio juicio, otros lo hacen tras decantación de opiniones y sugerencias. Finalmente, están aquellos que meramente se dejan guiar por lo que la burocracia les pone sobre el escritorio, confiando en el buen juicio de ésta la que —por definición— es una suerte de "dato", que se acomoda al comportamiento del líder de turno.

La verdad es que el tipo de personalidad influye hasta en los trabajos más modestos. Sin embargo, siempre ha fascinado a los estudiosos la forma en que los grandes acontecimientos mundiales son transformados (para bien o para mal), por las características de los conductores de esta importante gama del Estado. Todos tenemos presente el impacto de la "era Kissinger", en los últimos años, para citar un solo ejemplo.

Inclusive cuando hay una "tradición" en materia internacional, la presencia de un líder con determinadas características puede significar tres cosas: a) continúa el rumbo consuetudinario de pauta internacional adecuándose a las coyunturas del momento. b) cambio drástico en la conducción impartiendo mayor agresividad y presencia de la nación en el mundo, c) languidecimiento burocrático, excesiva conciliación y falta de decisiones que convierten en anodina la presencia internacional de un país.

Guste o no, la personalidad es entonces un factor vital no sólo en la política exterior, sino en muchos otros aspectos de la conducción nacional. Una personalidad ebulliciente transforma a los colaboradores, impregnándolos con su magnetismo y dinamismo. Un líder abúlico contagiará de la misma manera a su entorno siendo lamentables los resultados.

Estas y muchas otras conclusiones pueden desprenderse de los estudios sobre tipos de personalidad. Una cosa sí es segura: ni la más moderna computadora, ni el más fantástico sistema de administración, ni la mejor burocracia del mundo, pueden llegar a funcionar en su nivel óptimo, sin la adecuación al líder, al Jefe, sea éste Canciller, Gerente, o Presidente. La personalidad sigue siendo todavía vital para el éxito o el fracaso, la continuidad o la inconsistencia.

MIMESIS Y POLITICA
(Julio 1980)

La imitación voluntaria ("mímesis") es un elemento esencial en la vida del hombre en sociedad. Desde el momento en que nacemos, como parte de nuestra adaptabilidad al medio ambiente y a las circunstancias, empezamos a imitar voluntariamente. Este proceso continúa con el transcurso del

tiempo: aprendemos a hablar imitando a nuestros padres, caminamos de acuerdo al modelo físico que observamos; muy tempranamente comenzamos a teñir nuestro aún precoz entendimiento, con los valores y símbolos que nos rodean. Todo este proceso de asimilación de pautas, estilos y comportamiento se denomina "socialización". Al decir de los antropólogos, el hombre se "socializa", se vuelve sociable, en función de las pautas culturales, políticas y de otra naturaleza, que ejercen sobre el individuo sutiles presiones por un lado, fuertes influencias por el otro y que generan en definitiva, la mímesis, la imitación voluntaria, con el fin de ser "normal" con respecto al patrón de determinada comunidad. En una tribu, los niños aprenderán a respetar mitos, costumbres y tabúes; en una sociedad organizada, en un Estado Nacional moderno, se respetarán los símbolos patrios, los valores ideológicos prevalecientes, normas de autoridad establecidas etc.

Paralelamente al respecto, se genera, pues, lo que hemos llamado mímesis, la capacidad de imitar voluntariamente. Siguiendo con el ejemplo de la tribu, los niños imitarán hasta en sus juegos a los guerreros, cazadores y otros paradigmas de comportamiento; puede ser que realicen hasta parodias de reuniones del Consejo de Ancianos o de quien sea que los mande u oriente. Siendo adultos, continuarán consciente e inconscientemente esta imitación, en la medida en que los líderes de la tribu en toda su gama, sean capaces de continuar generando pautas aceptables como ejemplos.

Todos sabemos que la política exige una maquinaria de coacción y un conjunto de hábitos de consentimiento. La probabilidad de imponer castigos y la obediencia voluntaria, forman una ecuación muy delicada en la vida política de los pueblos. Mientras mayor sea la aceptación, mayor será el grado de legitimidad de un régimen ya que, por definición,

la probabilidad de imponer sanciones será menor a medida que la gente obedezca y acate las pautas de comportamiento social y político de la comunidad. En este sentido, la mímesis, producto primario de la socialización y luego secundariamente, de la aceptación por el pueblo, de la conducta de sus gobernantes, es un elemento vital para la continuidad de las "normas establecidas".

Como muy bien explica Karl Deutsh, al calcular las aptitudes políticas de un gobierno, con frecuencia preguntamos: ¿Acepta la población mensajes y órdenes provenientes del gobierno? ¿Acata tales órdenes con escasa o ninguna supervisión y le prestan apoyo activo por encima y más allá de la mera anuencia?

A estos interrogantes, habría que añadir otra pregunta, formulada con frecuencia por los cientistas sociales: ¿Son los gobernantes aceptados por los gobernados como modelos o grupos de referencia? Esta cuestión ha sido aplicada a la decadencia de los imperios por el historiador Toynbee, quien se preguntaba si la población imitaba voluntariamente las pautas de comportamiento señaladas o sugeridas por sus mandantes. Toynbee considera que la falla en la imitación ocurre mucho antes que la falla en la obediencia y resulta predictiva de esta última.

Según Toynbee, las civilizaciones en expansión se caracterizan por tener minorías gobernantes capaces de "hechizar" a las masas de la población para que las imiten. Con el fracaso de esta imitación voluntaria o mímesis, la "minoría creativa" se convierte en algo dominante, el flautista de Hamelin se transforma en el sargento de órdenes y el hechizo es reemplazado por el temor reverencial y por el miedo. Para el historiador británico, este cambio representa un paso tem-

prano, pero importante, en la decadencia interna de las civilizaciones y los Estados.

La vinculación de la mímesis con la política resulta entonces obvia: vendría a ser, luego del proceso antropológico de socialización, un factor de "primer orden" para el consentimiento; en la medida en que haya una fuerte dosis de mímesis, se verá reforzada la obediencia volutaria y por tanto la estabilidad del sistema cuya base es la legitimidad. Debilitada la imitación voluntaria, se resquebraja el esquema del "orden establecido" y pueden surgir fisuras graves en la legitimidad del orden político que pasaría a ser cuestionado y puesto en jaque.

Los problemas de cohesión y desintegración, en la abundante literatura sobre el comportamiento de los sistemas políticos y sociales, tienen mucho que ver con este concepto simple, pero esencial, de la mímesis o imitación voluntaria. Las grandes rebeliones y cambios que, de tanto en tanto, se producen en determinados sectores de la sociedad o en las propias sociedades globales, están relacionados con esta capacidad (o incapacidad) de los Jefes y gobernantes para mantener su "imagen" y proyectarla como pauta aceptable de conducta susceptible de ser copiada por sus seguidores.

PARALELOS ENTRE 1914 Y 1980
(Julio 1980)

Casi todos los acontecimientos que sacuden al sistema internacional en nuestros días, tienen su punto de partida explicativo, en los fenómenos de los años 30 y 40, siendo la Segunda Guerra Mundial el obligado inicio de los análisis.

Poco se habla y menos se compara, la situación actual con la de 1914, cuando comenzó la Primera gran Guerra

Universal. Sin embargo, recientes estudios y diversos acontecimientos muestran un paralelismo acentuado entre la situación que vivimos hoy, en 1980, y la que el mundo ostentaba en las vísperas del primer incendio bélico del globo. Lógicamente, hay que tomar en cuenta el tiempo transcurrido desde 1914, hasta nuestros días, con todo lo que ello ha significado en la evolución de la humanidad y en el progreso tecnológico. *Mutatis mutandis,* es dable observar sugestivas semejanzas que las ponemos a disposición del amigo lector.

En 1914, teníamos en el mapa de Europa la Triple Entente y la Triple Alianza. La primera por Gran Bretaña, Francia y Rusia; la segunda por Alemania, Austria-Hungría e Italia. Como es sabido, en esa época el Imperio Británico era el centro máximo de poder, frente a una Alemania que avanzaba en su desarrollo, establecía sistemas coloniales, aumentaba el comercio y hacía crecer a su flota. Las susceptibilidades —y revanchismo— de la Francia derrotada en 1870 frente al avance de su vecino teutón, colaboraban a la natural desconfianza y temor que los británicos sentían hacia el imperio germano que pugnaba por alcanzar preeminencia en el mundo de ese entonces. Rusia, además, tradicionalmente, había mostrado temor por los avances alemanes hacia el Este.

Para que la Triple Entente fuera, sin embargo, verazmente efectiva como "contención", de las aspiraciones alemanas, era esencial que los británicos solucionaran sus problemas pendientes con la Rusia Zarista, básicamente en el arco que iba desde el Golfo Pérsico hasta la India.

En este sentido, el acuerdo anglo-ruso de 1907, fue un punto histórico de inflexión, ya que si bien se pensó que el arreglo limaría las asperezas sin crear mucha susceptibilidad en Berlín, sucedió exactamente lo contrario: Alemania pensó que estaba siendo cercada por una potencia marítima y otra

terrestre, a las que sumando la tradicional suspicacia con Francia y la mayor cantidad de recursos humanos y materiales, había que frenar de alguna manera, antes de que —según su propia interpretación— los germanos se vean "frenados" en su carrera hacia el poder mundial. El tronar de los cañones en Europa ya era un hecho.

Hoy en día, las nuevas relaciones de Estados Unidos con China Continental podrían ser interpretadas de manera similar por los soviéticos, quienes, en lugar de pensar que se trata de una contribución a la paz mundial, en un mundo que va multipolarizándose, quizá ven a este acercamiento como una maniobra de cerco, que intenta aprovechar las cada vez mayores discrepancias entre los dos grandes colosos del comunismo. Por otro lado, en 1914, Alemania desafiaba la supremacía naval inglesa; hoy, la Unión Soviética desafía a Estados Unidos en este campo, habiendo constituído en poco tiempo una formidable fuerza marítima que ha deteriorado el grado de presión que ejercía la séptima flota norteamericana. Asimismo, los soviéticos poseen en la actualidad superioridad a nivel táctico en términos de fuerzas armadas convencionales, tanto a nivel global, como en aquellos países de su periferia de seguridad.

Finalmente, aunque todavía los jerarcas del Politburó expresan sus deseos de mantener la "coexistencia pacífica", se las han arreglado para sembrar la duda entre las potencias europeas y el Japón, acerca de la capacidad norteamericana de utilizar la fuerza en circunstancias especiales, aspecto al que ha colaborado en sumo grado, la errática política exterior de los Estados Unidos en los últimos tiempos. El acrecentamiento de estos temores, bien que podría diluir a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), y las propias expectativas estadounidenses sobre la importancia

de la "Carta China", en el póker de la política internacional.

Por otro lado, hemos podido observar en los últimos años que las ambigüedades en la estructura de poder entre las grandes potencias, han generado cierta difusión del poder hacia los países medianos y pequeños. Vietnam, por ejemplo, puede enorgullecerse de haber llevado combates con dos de los "grandes" (EUA y China), sin haber sido derrotado. Israel desafía permanentemente a sus defensores norteamericanos, en cuestiones esenciales de política en la solución del problema del Medio Oriente; Irán, tras el fracaso del proyecto autocrático modernizador del Sha, se transforma en una verdadera incógnita de reacciones imprevisibles.

Si a ello le agregamos la crisis energética y el surgimiento de una posición "tercermundista" no-alineada, vemos que la dispersión multipolar actual —paradójicamente— puede llegar a ser más inestable que el rígido bipolarismo de la década de los 50 y 60.

Esta coyuntura, en la que encontramos elementos de rigidez y fragmentación, nos hace recordar los momentos previos a 1914, con el deseo expreso en todo caso, de que dada la actual situación mundial prime la cordura, pues la analogía termina en la historia, ya que la tecnología de 1980, puede llegar a ser infinitamente más destructiva que la de principios de siglo y sólo Dios sabe lo que le pasaría a esta tierra nuestra, si estalla un nuevo conflicto mundial.

El lector puede consultar para ampliar detalles a las siguientes publicaciones: "Orbis", vol. 23, number, 3, fall 1979 y "Foreign Affairs" winter, 1979/80.

ROMPIENDO EL CERCO
(Junio 1980)

De alguna manera, todos los bolivianos tenemos lo que podría denominarse el "síndrome del cerco". Como producto de nuestra trágica historia de mutilaciones territoriales y expansionismo de los vecinos a costa nuestra, tenemos una mentalidad sumamente sensible hacia todo lo que represente nuevas amenazas a la integridad territorial. Es muy conocida por la opinión pública —especialmente desde 1972 cuando tradujimos para *Presencia* el trabajo de Lewis Tambs" Factores geopolíticos en América Latina"— la teoría del anillo de hierro que cerró las posibilidades del "heartland" (núcleo vital) para erradicar influencia en el continente sudamericano, o sea, las posibilidades de Bolivia, ya que el núcleo vital no es otra cosa que nuestro país. Conocida también es, la aseveración de que por falta de conciencia territorial y de dominio efectivo del espacio nacional, hemos atravesado etapas cruciales durante la vida independiente nacional, recibiendo dentelladas de los vecinos mientras nos diluíamos tristemente en fratricidas contiendas intestinas.

Fue así, que al revés de lo que sucedió durante la época colonial, cuando Charcas era el nervio del imperio español y el poder irradiaba del centro a la periferia, luego la periferia por ineptitud de los conductores del nuevo centro independiente (Bolivia), pasó a irradiar influencia sobre él y nació entonces el llamado "cerco" a Bolivia. Hasta aquí, en este contexto, las ideas de Tambs sobre el particular. Sin embargo, mucho antes que el geopolítico norteamericano elaborara su interesante ensayo, Julio Méndez en el siglo pasado, había definido con claridad el papel de Bolivia, papel que luego se hizo popular con el "slogan" acuñado por Fernando Guachalla:

"Bolivia, tierra de contactos y no de antagonismos". Contemporáneamente, el destino histórico de la nación aún está por cumplirse, ya que frente a las posibilidades de ser efectivamente "pivot" continental uniendo Atlántico con Pacífico, Amazonas con el Plata y proyectándonos internacionalmente para volver a ejercer un importante papel como paso de gravitaciones múltiples, todavía tropezamos con el síndrome del cerco.

Cada vez que un país vecino hace una carretera, proyecta una nueva comunicación hacia nuestras fronteras o provoca asentamientos humanos e industriales en nuestra periferia, nos susceptibilizamos tremendamente, como producto de nuestra mentalidad de "encuevamiento" y temor por adicionales alteraciones en nuestra heredad territorial.

Comprensible como resulta por lo anteriormente explicado este fenómeno, el mismo no deja de ser contradictorio frente a las realidades que nos impone en el presente nuestra ubicación geográfica y en función de nuestros enunciados diplomáticos. Vivimos en un mundo de seguridad colectiva, el que de alguna manera y con las imperfecciones de un sistema internacional todavía incipiente en aspectos normativos, ya reconoce y asegura la integridad física y la soberanía de los Estados. Nuestros límites están perfectamente definidos y solamente tenemos pendientes problemas de demarcación. Lo que tenemos que hacer, en todo caso, para eliminar el siniestro, fantasma de las "fronteras vivas" es asegurar nuestra heredad con importantes asentamientos fronterizos y poblaciones con su propia capacidad productiva. Si "avivamos" nuestras fronteras, con ello aseguramos las mismas y nos proyectamos inclusive hacia afuera.

Pero si en función de la mentalidad del cerco nos quedamos encerrados entre nuestras montañas, valles y llanos.

con el eterno temor de los avances de la periferia, permaneceremos estancados y sin cumplir nuestro destino en el continente. Para hacer efectivo el anunciado de Tierra de contactos, debemos salir, romper el cerco, no atemorizarnos por las construcciones y asentamientos de los vecinos y más bien hacer lo propio y hasta en mayor escala, si posible.

La superación de esta contradicción entre un síndrome de aislamiento producto de la historia y un papel definido, pero no puesto en práctica, es sumamente importante para el futuro de Bolivia. En este sentido, es útil destacar que en la reciente reunión del Consejo Andino con el Canciller argentino, se manifestó el deseo de ese país por lograr una vinculación fluída con el Perú a través de Bolivia. La concreción de los proyectos carreteros y ferroviarios que unirán Buenos Aires—La Paz—Lima será de indudable importancia y puede ser el inicio de una nueva era en las relaciones internacionales de nuestro país.

En efecto, si suponemos que el síndrome del cerco puede superarse y asumimos integralmente la posición de área de unidad entre las diversas cuencas y regiones sudamericanas, podríamos llegar a disponer de una proyección inusitada y además, dado que Bolivia sería el nexo, bien podríamos negociar la posibilidad de que los países beneficiarios aporten su cuota de financiamiento inclusive para aquellos sistemas de comunicación que atraviesan nuestro territorio ya que, por definición, más que vías nacionales, serán vías intercontinentales. Esta misma orientación ha signado las reuniones que, a nivel político, ha celebrado el Consejo Andino con el Brasil

EL DESEQUILIBRIO TACTICO ENTRE LAS SUPERPOTENCIAS
(Junio 1980)

Las crisis recurrentes que afectan al arco geopolítico del Medio Oriente, en particular el caso de los rehenes norteamericanos en Irán y la reciente invasión soviética a Afganistán, han vuelto a poner de moda, entre los estudiosos de la estrategia internacional, el problema del equilibrio de fuerzas entre las superpotencias.

La celeridad con que la Unión Soviética ha colocado 10 divisiones en Kabul, al márgen de las ventajas obvias de la continuidad geográfica, no ha dejado de llamar la atención de los analistas. Recuérdese además, la eficacia del puente aéreo con Etiopía, en ocasión del conflicto de Ogaden con la vecina Somalía. En aquella ocasión, el despligue de fuerzas rusas —y de sus "ghurkas" cubanos— fue realmente notable por la precisión con que fue llevada a cabo y por la enorme cantidad de material que pudo trasladarse, con el resultado definitivo del retroceso de los rebeldes somalíes en el desierto de Ogaden y la preservación del *statu quo* en la zona.

También hace poco, provocó escozor en los más altos niveles políticos de los Estados Unidos, la presencia de una brigada de combate soviética, nada menos que en Cuba, a noventa millas del Estado de La Florida.

Estas y muchas otras actividades de los soviéticos, hán causado justificada alarma en Occidente, no sólo por las implicaciones políticas e ideológicas que traen consigo, sino también por representar una creciente ofensiva geopolítica de la Unión Soviética, avalada por un notorio desequilibrio a nivel de armas convencionales.

El Tratado sobre Limitación de Armas Estratégicas II (Salt II) ha sido aprobado por los gobiernos estadounidense y soviético, faltando en el primer caso, el acuerdo del Senado, acuerdo que el propio Presidente Carter solicitó sea "demorado" como parte del conjunto de represalias programadas para "castigar" la incursión de los rusos en Afganistán. El Salt II no es un Convenio de Desarme, como comúnmente se piensa; el propio nombre del Acuerdo lo define, ya que sólo "limita" el número de armas estratégicas, pretendiendo ofrecer un relativo equilibrio a ese nivel. En ese sentido, tras arduas negociaciones, se llegó al actual Tratado —aún pendiente— que, de alguna manera, satisface a ambas partes y refleja cierta paridad global, aunque con notorios desequilibrios en función de los diversos tipos de armamento. Por ejemplo, la Unión Soviética tiene mayor cantidad de ICBMS's (cohetes intercontinentales) pero Estados Unidos ha desarrollado el "Cruise", un arma estratégica realmente asombrosa, por la capacidad que tiene para alcanzar su objetivo casi con milimétrica precisión, volando a baja altura, lo que le permite eludir a los radares enemigos. En materia de "stock" nuclear, ambas superpotencias tienen niveles de destrucción mutua tan gigantescos, que la disparidad es desdeñable.

Así pues, al márgen de la ratificación pendiente del Salt II, hay consenso en torno al equilibrio bélico a nivel estratégico entre Estados Unidos y la URSS. El problema surge a nivel táctico, en términos de armas convencionales. Recientes publicaciones de reconocido prestigio mundial, informes de inteligencia del gobierno norteamericano y diversas personalidades vinculadas con la política exterior estadounidense, han recalcado la "desventaja" actual de EE.UU. frente a los rusos en este campo. El profesor Kissinger permanentemente censura la "nueva orientación geopolítica de la

URSS" y además, deplora la "creciente inferioridad" de las fuerzas armadas de la Unión.

No abrumaremos al amigo lector con cifras estadísticas fácilmente obtenidas en documentos públicos. Baste señalar que en aviones, blindados, flota de guerra y hombres, la superioridad soviética en la actualidad es abrumadora e inquietante. Todo este aparato táctico-convencional ha permitido a los rusos aventurarse en una serie de misiones en el mundo, especialmente en las áreas de fricción no definidas entre las dos superpotencias y con relativo éxito. Mientras tanto, Estados Unidos ha dado la sensación de estar en retroceso, cediendo terreno e iniciativas y hasta siendo objeto de lamentables fiascos militares, como la recientemente malhadada operación comando para liberar a los rehenes de Teherán. Toda esta situación, está creando creciente desasosiego entre las potencias medianas de la Europa Occidental y Japón, que encuentran a la actual sombrilla protectora de los Estados Unidos, sin las suficientes "garantías", ante la eventualidad de cualquier movimiento soviético en la región.

Este desequilibrio, en términos tácticos-convencionales, debe ser nivelado a la brevedad por Occidente, ya que la historia reciente demuestra la extremada habilidad de la Unión Soviética para aprovechar cuanta coyuntura favorable se le presenta, en función de su expansión geopolítica e ideológica. El propio Juan Pablo II ha reiterado su preocupación por "el avance del materialismo" en uno de los continentes más infiltrados últimamente por la lucha entre las superpotencias: el Africa. En este contexto, dado cierto equilibrio del "terror" en función de armas estratégicas y nucleares, la responsabilidad de Estados Unidos como principal fuerza occidental, estriba en nivelar a la máxima brevedad la disparidad táctica existente. Solamente la real posibilidad de

un fuerte despliegue bélico convencional de los Estados Unidos frente a nuevas irrupciones de la Unión Soviética en áreas de fricción, servirá de eficaz disuasivo. La coexistencia pacífica, simbolizada en el galicismo detente, está en crisis, sin que sea posible percibir el rumbo futuro de la misma y frente a la locura demencial de la utilización de fuerzas atómicas, paradójicamente está volviendo a ser importante el despliegue de armas convencionales y de ejércitos. Ello es así porque ante los peligros de la escalada nuclear, las guerras limitadas, invasiones, ocupaciones y luchas ideológicas, pasan a tener preeminencia en el juego de las superpotencias para preservar o aumentar sus zonas de influencia.

El Occidente cristiano está nuevamente en un punto álgido de su historia, frente al avance geopolítico de la Unión Soviética, que continúa la tradición del viejo designio expansionista de los Zares. El futuro y la eficaz acción de los líderes mundiales tienen la última palabra en la difícil búsqueda de la paz y en el reencuentro con la existencia pacífica, que permita además, a los países de la periferia, buscar su propio destino en función de sus realidades nacionales y de su ubicación en el contexto internacional.

LOS DOS PODERES
(Junio 1980)

En febrero de 1978, siempre en estas páginas amigas de PRESENCIA, publicamos un pequeño trabajo titulado "Acerca de los militares y la política", comentando a su vez, algunas reflexiones que, sobre el particular, había vertido nuestro amigo José Luis Roca. Señalábamos en ese entonces —coincidiendo con Roca— que ni la solución de una sociedad militarizada ni la de una sociedad civil "pura", eran viables en

el contexto político nacional. La misma cosa, en cierto modo, sucede en gran parte de América Latina, donde el péndulo de la organización del Estado gira permanentemente entre militarismo y civilismo, creando hondas divisiones en la clase dirigente y el sector militar de la sociedad.

Como consecuencia de lo expresado, periódicamente se producen cambios bruscos en la conducción política y nuestro país sigue a los tumbos con el falso dilema de la capa o la espada, sin encontrar un modelo político apto que lo proyecte hacia un año 2.000, que ya se nos viene encima. En realidad, las divisiones entre civiles y militares son sumamente odiosas y no deberían existir. Somos todos hijos de la misma patria y los militares son ciudadanos de uniforme con mandato expreso del pueblo para asegurar su soberanía e integridad territorial y cumplir funciones específicas. Como derivación de la fragilidad institucional de la República, al poseer el monopolio legítimo de la violencia, son evidentemente un gran factor de poder y hasta —en algunas circunstancias— mecanismo estabilizador de la nación por las características intrínsecas de la institución armada.

Así, pues, las críticas de los militares a los civiles y las de éstos a los militares, no tienen razón de ser. Estamos todos —como se dice vulgarmente— en "la misma cosa". No hay por qué crear artificialmente estos factores de divisionismo, que tanto daño hacen al país y que provocan gratuitas suspicacias en la élite nacional que, por su pequeñez y escasez de recursos humanos, tendría que ser funcional y no disfuncional, como sucede ahora.

El problema radica, a nuestro modesto entender, en la conciliación de los dos poderes. El sistema de coacción y el sistema de creencias, deben estar unidos en una sola persona, partido o institución, sobre la base de un proyecto común.

Si hay divorcio entre el poder militar y el poder civil, la estabilidad del sistema político no está garantizada. Tenemos muchos ejemplos a la vista, de regímenes militares que sin sustentación civil entraron rápidamente en colapso. De la misma manera, hemos visto muchos casos de gobiernos civiles que por carecer de apoyo militar han caído vertiginosamente. Por otro lado, también tenemos casos de estabilidad y he aquí que estos escasos períodos de la vida republicana en Bolivia, se han dado cuando los dos poderes marchaban juntos. ¿Qué hubiera sido de nuestro país si en sus albores no surgía el Mariscal Santa Cruz, que teniendo en sus manos los dos poderes, prácticamente, consolidó a la nación, asegurando así su presencia soberana en el continente? Es un interrogante difícil de responder y en todo caso, por suerte surgió el hombre histórico que con los dos poderes en la mano, dio diez años de estabilidad a la naciente república, asegurando su sobrevivencia pese a las futuras tragedias y mutilaciones que sufrimos.

Invitamos al amigo lector a que hojee las páginas de los libros de historia nacional. Allí podrá observarse que todos los períodos de estabilidad en Bolivia, han sido fruto de la concordancia entre el poder civil y el poder militar. Cuando alguno de los dos intentó marchar solo, provocó crisis, revueltas y situaciones críticas.

Si la unión de los dos poderes ha sido siempre tan importante, es conveniente entonces tratar de volver a buscar esa coincidencia de intereses en función de los objetivos nacionales. Nada bueno se logrará con golpes militares aislados; nada bueno surgirá de gobiernos civiles a la deriva. La solución está en la unión de los dos poderes sobre la base de un modelo nacional viable y que lleve a nuestro país a superar las trabas del atraso económico, social y político.

La clase dirigente tiene la obligación de reflexionar sobre los alcances de esta situación, para evitar un futuro incierto. Podría discutirse el modelo a adoptarse, pero siempre que el sistema de poder esté unificado. Sólo así podremos lograr un país moderno, estable, con instituciones sólidas y respeto mutuo entre todos los grupos y clases que componen la sociedad boliviana.

EL PODER DE ACUERDO A LA TEORIA POLITICA MODERNA
(Mayo 1980)

Todos nosotros tenemos una idea bastante aproximada de lo que es el poder y ella es válida, no solamente en la Ciencia Política, sino hasta en los aspectos más triviales de la vida cotidiana. En las líneas que siguen, centraremos nuestro enfoque en la visión del poder político que tienen los teóricos contemporáneos, reflejando, así, la importancia de uno de los fenómenos más persistentes de la sociedad.

En la Ciencia Política, el poder es sumamente importante. Es más, varias corrientes del pensamiento definen a la disciplina como "la ciencia del poder", aunque esto ha sido últimamente muy discutido, tanto por los estudiosos de la teoría del Estado —para quienes el estudio del gobierno y del Estado, "son" la Ciencia Política— como por los seguidores de otras escuelas, que no han querido limitar el alcance de la política a límites tan estrechos e institucionalizados. De todas maneras, hay consenso en torno al poder; se trata de un verdadero "requisito", una condición necesaria, para interpretar a la política.

Al poder se lo define de diversas maneras y eso es lo que iremos viendo a continuación. En todo caso, diremos que por poder, se entiende la capacidad para modificar la

conducta de otros, de acuerdo con nuestros propios deseos; en otras palabras: la posibilidad de imponer nuestra voluntad y de ejercer control. Con respecto a esto último (la capacidad de control), muchos teóricos arguyen, con razón, que más importante que el mero control, es la *orientación* del mismo, hacia los fines últimos de la sociedad. Es decir, el control (poder) sería un medio para hacer posibles los objetivos que se ha trazado la comunidad o bien, los propios detentadores del poder.

En cuanto a la política, se la define de innumerables maneras, pero en este contexto nosotros optaremos por la definición de David Easton, que ha sido aceptada mayoritariamente, hasta por los estudiosos del desarrollo político (Jaguaribe, entre ellos). Para Easton, la política estudia la manera en que se asignan autoritariamente objetos de valor en una sociedad. Hay aquí una ecuación implícita, que define el carácter dual de la política: a) asignación autoritaria; b) posibilidad de obediencia por parte de los miembros de una determinada comunidad. Subyace, además, el principio de la escasez, tan caro a los economistas. Esto es así, porque en la definición de Easton se aclara que, como es imposible que la gente se ponga permanentemente de acuerdo en torno a la asignación o distribución de cosas que son valoradas (y escasas), habrá "algo" o "alguien" que imponga autoritariamente esas asignaciones sobre la tribu, clan, estado nacional o comunidad de cualquier tipo que exista. La justicia o la injusticia de las decisiones de autoridad, creará condiciones de estabilidad o de crisis para el sistema, a través de la mayor o menor probabilidad de aceptación de las asignaciones autoritarias.

Karl Deustch define a la política como el "control más o menos incompleto de la conducta humana mediante há-

bitos de *obediencia voluntaria y coacción probable"*, con lo que explicita el carácter dual de la política al que hicimos referencia y que ya en su tiempo —como veremos luego— fue ampliamente explicado por el sociólogo alemán Max Weber.

Otro autor, K. Boulding considera, que el poder conjura muchas imágenes (de fuerza, de lucha, de dominio, etc.) y que es necesario referirse siempre al marco en que se quiere usar el término. Es por eso, que hemos definido a la política, ya que si hablamos de "poder" a secas, podemos estar queriendo decir muchas cosas.

En términos generales, Boulding define al poder como "cambio en el futuro estado del universo llevado a cabo por una decisión", o bien "la diferencia en el estado del universo entre hacer algo y no hacer nada". A continuación, aclara que los "cambios" pueden ser infinitesimales o tremendamente importantes. Depende de quién tome la decisión ya que, entre modificar el "estado del universo" llevando un ascensor de planta baja al décimo piso por la decisión de apretar un botón y hacer volar al planeta por la decisión, de una super potencia de apretar otro botón de reacción nuclear, hay grandes distancias.

Un concepto relacionado con el de la decisión es el de la *libertad,* palabra que también tiene muchos significados y dimensiones. Por ejemplo, una de las formas de la libertad, está dada por el espectro de opciones o agenda de decisiones. Si tenemos un solo futuro, no tenemos libertad para elegir. La libertad de elección implica siempre alternativas: mientras más alternativas, más libertad. En las sociedades desiguales, es palpable, en este caso, la diferencia entre el pobre y el rico, ya que el primero tiene muchas menos alternativas para viajar, satisfacer necesidades y en definitiva, hacer lo que le venga en gana, que el segundo.

Otra dimensión de la libertad sería la ausencia de restricciones impuestas por otros. Si somos conscientes de que existen varias alternativas, pero ellas nos son negadas por las *decisiones* de otros, nos sentiremos sin libertad, en el sentido de que somos dependientes —estamos limitados— por la imposición de terceros. Así, el poder de una persona puede (o no) limitar la libertad de otra, dependiendo de las circunstancias. Aquí puede darse el fenómeno de los *efectos perversos,* que en marzo de 1978, explicamos en PRESENCIA, ya que si todos al mismo tiempo son libres para hacer algo sin restricciones de ninguna naturaleza, podrían —con este exceso de libertad— terminar perjudicándose entre sí, con lo que se daría un efecto perverso, o sea, un resultado opuesto al deseado por la voluntad individual de los agentes sociales. El ejemplo típico es el del embotellamiento de tránsito, cuando a todos los poseedores de automotores se les ocurre salir al mismo tiempo y al mismo lugar; en lugar de beneficiarse por la ausencia de restricciones, terminan todos perjudicados. En este sentido, la vida social y política nos brinda innumerables ejemplos de efectos perversos, que los propios lectores pueden colegir, inclusive con datos de la realidad boliviana.

Pero sigamos con nuestro hilo conductor sobre las teorías del poder. ¿Qué es lo que hace estable a una sociedad en sus sistemas de asignación autoritaria de valores?, ¿Qué es lo que determina que el uso del poder sea efectivo? Parecería que, por el lado del interés, de la costumbre o del surgimiento de figuras "importantes", podríamos lograr esa estabilidad. Max Weber nos dice que ninguna de las condiciones anteriores sería útil para mantener la estabilidad del poder; él se refiere a la legitimidad como elemento imprescindible para lograr un sistema político estable. La noción

de aceptación, de que "es bueno obedecer", "lo que se nos impone es correcto", etc. es el acendrado concepto de legitimidad en los actos de gobierno y es lo que hace estable en el tiempo, a la comunidad política.

Para Weber, entonces, la *autoridad* sería el poder legitimado y define sus muy conocidos tipos "puros" de autoridad: tradicional, carismática, y racional legal, clasificaciones que han sido fértil campo para la investigación política hasta nuestros días.

La moderna teoría cibernética ha racionalizado también el concepto del poder y vale la pena aclarar que hasta estudiosos marxistas, como el rumano Silviu Brucan, han reconocido el importante aporte de esta corriente que, como vemos, no se agota en los "think tanks" de las universidades estadounidenses.

Como todos sabemos, la voluntad se relaciona con el poder: es más, sería ineficaz sin el poder. Cuando hablamos del poder de un individuo o de una organización, queremos decir que significa capacidad para imponer —como dice Deutsch— extrapolaciones o proyecciones de estructura interna sobre su ambiente. En forma más sencilla, poder sería igual a no tener que ceder y más bien obligar al ambiente o las otras personas, a que lo hagan. Poder, en el lenguaje cibernético, sería la prioridad de las salidas ("outputs"), sobre las entradas ("inputs"). Significaría además, la capacidad de hablar y no de escuchar, la capacidad, inclusive, de permitirse no aprender.

En este sentido restringido, el poder puede llegar a exacerbarse y ser víctima de su pasado, de su trayectoria anterior, tal como ocurre con la bala, que está ineludiblemente ligada al momento de apretar el gatillo, sin posibilidad alguna de cambio, salvo por colisión o impacto. Si el poder,

pues se hace insensible al presente y al cambio, devendría en algo despótico y sacralizado simplemente por su efectividad de coacción y de imposiciones, como algunos autores conservadores limitan al concepto, despojándolo de su valer dinámico en el sistema de transacciones sociales.

Lasswell y Kaplan, definen al poder como "Participación en la fórmula de decisiones" y la decisión sería "una política que implica sanciones severas". Los autores citados opinan que todo individuo tiene *valores base* (poder, riqueza, salud, etc.) y valores de *fines* que pretende obtener intercambiándolos por los primeros. Para ello, Lasswell diseñó una imaginativa "matriz configurativa" en la que se procede al canje de valores base por valores de fines, según las necesidades, propensiones o ambiciones. El enfoque es interesante porque no siempre todos nuestros valores base nos satisfacen. Hay ricos, por ejemplo, que quisieran tener prestigio y habrá intelectuales muy prestigiados que desearían tener dinero. De esta y muchas otras formas y combinaciones, se procedería a intercambiar valores apetecidos por unos u otros.

Otra distinción importante en estas disquisiciones en torno al poder, sería aquella que diferencia las formas y símbolos, de la sustancia. Efectivamente, el poder tiene un valor simbólico y formal, tiene su ropaje y su exteriorización. El bastón de mando, los galones de oficial superior, el espléndido automóvil u otros objetos lo suficientemente conspicuos y representativos, son capaces de darnos la medida formal del poder político, económico o de otra naturaleza. Sin embargo, lo realmente importante del poder es la sustancia, o sea, lo que hemos expresado anteriormente: la capacidad para controlar a otros según nuestra voluntad y la *orientación* que demos a ese control para el logro de determinados objetivos.

Sin la sustancia, el poder no sirve para nada y resulta realmente asombroso percibir empíricamente como muchos "poderosos", jamás alcanzan a aprehender con claridad la sustancia del poder y se diluyen lastimosamente en torno a los formulismos y símbolos del mismo. Los ejemplos abundan y son obligado tema de comentario, cada vez que una persona —o grupo político— detenta situaciones y luego se aleja de ellas, a veces extrañando más las formalidades del cargo, que lo que supo hacer con él y el poder consiguiente que le brindaba.

Interesantes como son todas estas especulaciones sobre el poder, ninguna de ellas —como afirma Deutsch— mide el costo del poder para quien lo posee. ¿Qué debe ceder un Senador para lograr la aprobación de su proyecto de Ley? Existe lo que los economistas llaman el "costo de oportunidad" es decir, lo que nos cuesta dejar de hacer algo para hacer otra cosa. Aquí encaja el concepto de "brecha de influencia", que se establece entre la influencia política que ejerce realmente un individuo y la que podría ejercer si dedicara todo su tiempo y recursos disponibles a este único propósito. Cabe aquí el ejemplo de Dahl, sobre el chofer y el millonario. El primero, en su sindicato, partido político y otros órganos, ejerce una influencia mucho mayor que la de su indiferente patrón adinerado. Para el chofer la brecha es prácticamente inexistente, para el hombre rico es inmensa, pues si aplicara sus recursos a la política, quizá se transforme en un hombre muy poderoso, disminuyendo su brecha de influencia.

Finalmente, una comparación entre el poder en la política, con el dinero en la economía, es sumamente importante y ha tomado auge en los últimos tiempos. Como todos sabemos, el dinero es el medio general de cambio en todas las

sociedades medianamente sofisticadas en su sistema económico, que ya no permite el primitivo trueque. Asimismo, el dinero sirve como reserva de valor, genera pautas de consumo y es el activo líquido por excelencia.

Según algunos autores, es posible considerar al poder como una suerte de divisa, como dinero, como medio de intercambio entre los sistemas políticos y los demás sistemas de la sociedad global. También podría cuantificarse el poder aunque no con exactitud, pero podrían confeccionarse planillas de votantes, partidarios, armamentos, etc. y de los mecanismos de apoyo y su intensidad, para intentar tener una gruesa medida del poder, sin la precisión, claro, con que los bancos centrales establecen la oferta monetaria.

Así como el gasto de dinero sin inversiones adecuadas, puede transformar al más grande de los millonarios en un pobretón, aquel político que olvida que su poder es una especie de moneda y realiza ingentes "gastos políticos" sin reinversiones y ahorros de la misma naturaleza, tiene sus días contados. Muchos casos son reveladores y más de un líder, por olvidar esta analogía entre el poder y el dinero, se ha quedado sin poder, después de haber hecho uso imprudente de él.

El concepto del poder y de sanciones probables, nos lleva a ver —según Deutsch— que el prestigio es al poder, lo que el crédito es al dinero efectivo y la fuerza física sería al poder, lo que el oro es al papel moneda como respaldo. Estas semejanzas son interesantes y las vemos en la vida real. Los bancos prestan con frecuencia más dinero del que tienen depositado, basados en la confianza de que no todos los ahorristas aparecerán al mismo tiempo en la ventanilla. Los gobiernos diversifican su actividad en muchos campos, confiando en que mayoritariamente habrá obediencia voluntaria.

Si hubiera una corrida hacia el banco en busca de dinero por parte de los depositantes, éste quebraría. Si todos desobedecieran los actos del gobierno, se caería irremediablemente. Es por eso que el oro y la fuerza son eficaces como controles de deterioros. Si los ahorristas ven llegar camiones de oro al banco, presumirán que es solvente y probablemente ceda el pánico, salvando a la institución financiera del colapso. Si todos los ciudadanos, desobedecen, es posible que la presencia de tanques, soldados y policías, restablezca el orden aunque, por supuesto, también puede darse el caso contrario y ya entraríamos en una revuelta contra el gobierno, por pérdida de su dinero político (el poder).

Existen muchas otras corrientes del pensamiento político que han analizado el fenómeno del poder. En este trabajo, solamente hemos pretendido hacer un sumario recuento de las más relevantes, para que el amigo lector tenga una aproximación teórica, a uno de los elementos más discutidos –y menos conocidos en su realidad– de la vida en sociedad.

NUEVOS ACTORES EN EL SISTEMA INTERNACIONAL
(Mayo 1980)

Ha sido tradicional centralizar todos los enfoques en materia de relaciones internacionales, alrededor de los estados, como sujetos básicos del sistema. En los últimos años, el auge de las organizaciones internacionales ha obligado a incluir un capítulo sobre estas entidades en los libros de texto y estudios especializados, pero con ello no se ha cubierto la vasta gama de actores nuevos en la arena mundial.

El profesor Juan Carlos Puig, en su libro "Derecho de la Comunidad Internacional" (Depalma, Buenos Aires) to-

ma la clasificación del sociólogo Joan Galtung para describir a tres actores básicos: "IGOS, INGOS y BINGOS". Estas siglas son producto de los nombres en inglés que son, respectivamente: "Internacional Guvernamental Organizations" (IGOS) o sea los estados nacionales; luego tendríamos las "International non Guvernamental Organizations", o sea aquellas organizaciones internacionales que no son estados nacionales y finalmente, tendríamos las "Bussiness International Non Guvermental Organizations", las organizaciones de negocios o empresas transnacionales.

Este conjunto de entidades que operan y actúan en el campo internacional, serían —según Puig— los sujetos del Derecho de la Comunidad Internacional, el que, por definición, sería más amplio que el Derecho Internacional Público, que pasaría a formar parte del anterior.

Al margen de la importancia que reviste la anterior clasificación, tenemos que tomar en consideración, hoy en día, a otros no menos importantes actores de la comunidad internacional. La Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), por ejemplo, es un grupo que actúa por sí y en función de intereses previamente acordados y cuyo muy activo papel en las relaciones internacionales, no puede desdeñarse. Sin embargo, ¿dónde ubicaríamos a la OPEP en la clasificación de Puig? No podríamos decir que se trata de un IGO, pues si bien está formada por estados, actúa en forma muy distinta a la de los países miembros considerados individualmente. Tampoco alcanza a ser un INGO, pues refleja la voluntad de los miembros componentes que, como dijimos anteriormente, son naciones independientes. Finalmente, no podríamos decir que se trata de un BINGO, ya que si bien tiene intereses comerciales, no son ellos su única finalidad.

La OPEP es un Cártel, palabra que deriva del latín "Chartas" (contrato) y de su derivación germana "Kartell". La teoría económica define al cártel como "concertación o acuerdo entre empresas para evitar hacerse la competencia y copar mercados discriminando precios o cantidades". La OPEP evidentemente cumple con los requisitos económicos de los cárteles, ya que sus actividades en los últimos años —salvo ligeras discrepancias— han estado permanentemente coordinadas para los fines de la entidad, que no son otros que los de ejercer una presión continua sobre los países consumidores de petróleo y fijar pautas de precios y distribución. El éxito de la OPEP es innegable y ya se está hablando de la posibilidad de crear otras organizaciones similares, para los países productores de materias primas. Esto nos llevaría a una suerte de "cartelización" de la economía internacional, cuyas derivaciones serían insospechadas, ya que alteraría drásticamente el de por sí precario orden económico, pero así están las cosas en estos momentos de crisis mundial.

Otras organizaciones que no podemos dejar de tomar en cuenta como nuevos actores de las relaciones internacionales, son las de carácter terrorista. Mal que nos pese, el terrorismo ha echado raíces en la comunidad de naciones y tanto a nivel de "Ejércitos y Frentes de Liberación" como en el simple hecho esporádico de los atentados y movimientos subversivos, el terrorismo ha sacado una dudosa carta de ciudadanía internacional, que no puede dejar de ser considerada en los foros mundiales. Por otra parte, es necesario recalcar que el terrorismo no es un mal "intrínsecamente perverso". En muchos casos obedece al legítimo deseo de reivindicaciones, a la frustración derivada de expectativas y/o promesas no cumplidas, situaciones de fuerte desigualdad, colonialismos, etc. En otras ocasiones, son meros grupos violentos que pretenden

socavar las legítimas instituciones sin importarles los medios ni las consecuencias. En todo caso, es censurable la violencia con que se manifiestan estos movimientos, provocando muchas veces, daños tremendos a personas inocentes y generando a nivel de opinión pública, por tanto, reacciones completamente contrarias a las originalmente procuradas.

Una definición imparcial, no peyorativa, de las organizaciones terroristas, diría de ellas que son actores que no son estados y que emplean técnicas no convencionales y también ortodoxas de violencia, para alcanzar determinados objetivos políticos. Como instrumento político, lamentablemente, el terror ha sido utilizado históricamente por opresores y oprimidos. Por lo general, denominamos "combatientes por la liberación" o "patriotas" a nuestros amigos y "terroristas" o "subversivos" a nuestros enemigos, aunque ambos se basen en las mismas violentas tácticas. Así de relativos son los términos.

El deplorable auge del terrorismo de diversas tendencias ha sacudido a la comunidad internacional. El lector tiene ante sí permanentes noticias sobre secuestro de aviones, tomas de embajadas, explosivos detonados por doquier y muchas manifestaciones más de violencia "no institucionalizada". Asimismo, todos tenemos presente algunas siglas y nombres de organizaciones terroristas, aunque muchas veces no alcancemos a comprender sus verdaderos objetivos políticos.

Así pues, es necesario inscribir a estas organizaciones como nuevos actores en el sistema internacional y en todo caso, habrá que ver cómo reacciona la comunidad mundial y su sistema normativo, frente a la realidad de estos nuevos agentes.

En resumen: más allá de los estados y organismos internacionales, tenemos entidades de presión y control económico,

tipo OPEP, que ejercen influencia decisiva en los acontecimientos mundiales. No podemos desdeñar el creciente y controvertido papel de las corporaciones multinacionales y además tenemos al terrorismo. Habría que agregar, sin agotar aún el análisis, a los diversos grupos étnicos o minorías "oprimidas" que no siempre optan por crear un instrumento subversivo, pero que, sin embargo, ejercen presiones sobre los estados y las organizaciones regionales. Casos como el Kurdistán, las etnias sometidas en la Unión Soviética, los negros y "chicanos" en EE. UU. y otros grupos también considerables, están apareciendo en la arena internacional, a veces hasta con fuertes apoyos de algunos estados. Todavía resuena en Canadá el grito de De Gaulle: ¡Viva Quebec libre! que tanto escozor causó en su momento.

Frente a la creciente aparición de nuevos actores en el sistema internacional, habrá que ir pensando seriamente en la posibilidad de regular, controlar y hasta dar participación a algunos de estos grupos, que racional o irracionalmente, desean también tener una voz en los foros organizados de la comunidad mundial.

LA DIPLOMACIA EN CRISIS
(Abril 1980)

Con el título que encabeza estas líneas, recientemente, el semanario estadounidense "TIME", publicó un interesante comentario de fondo, referido a la grave situación por la que atraviesa, en la actualidad, el ejercicio de una de las profesiones más antiguas en la historia social del hombre.

Se dice que los Angeles de Dios fueron los primeros diplomáticos, por su calidad de "heraldos", de "mensajeros" de la palabra del Señor. La necesidad de convivir entre los

antiguos hombres primitivos, motivó el envío de comunicaciones a través de determinadas personas, que debían ser respetadas, para que retornen a su tribu con la respuesta. Esta necesidad primaria de recibir y transmitir mensajes, dió origen a la inmunidad diplomática y a la inviolabilidad de las misiones y agentes. Hubiera sido muy difícil lograr el intercambio de comunicaciones, desde aquellas referentes a los límites de caza hasta las declaraciones de hostilidades, sin el respeto a la integridad física de los enviados, integridad que, obviamente, era recíproca y de mutua conveniencia.

Hay muchas pruebas de toscas prácticas diplomáticas en los registros de la antigua China, de India y de Egipto. Se trataba en esas épocas de actividades muy rudimentarias, básicamente la simple transferencia de mensajes y advertencias, donaciones y/o tributos. Estas actividades fueron considerablemente ampliadas en Grecia y Roma, ya que los enviados pasaron también a convertirse en negociadores, aunque todavía no se estableció ningún sistema de misión permanente. En la edad media y con el advenimieto del feudalismo, el empleo de los enviados declinó drásticamente, pero a partir de la edad moderna y el surgimiento de las Ciudades-Estado, la actividad diplomática se amplió considerablemente.

En esa época, todavía era confuso el orden de precedencia, lo que dio origen a innumerables reyertas y a la drástica aparición, en primer lugar, de los países con embajadas más fuertes y poderosas, que desplazaban, hasta con violencia, a las débiles y de menores recursos. Recién el Congreso de Viena (1815), señaló a la fecha de presentación de credenciales del enviado, como norma de precedencia, con lo que terminaron las disputas. Poco tiempo después, en Aix-La-Chapelle (1818), se intentó aún más formalizar los procedimientos diplomáticos y sus funciones. En La Habana, en 1928, se

realizó una importante reunión sobre la materia y finalmente, la Convención de Viena de 1961, pasó a regular las normas de conducta de la comunidad civilizada en lo que hace el campo diplomático.

Por el añejo sistema de reciprocidad y además por la mutua conveniencia ya mencionada, en mayor o menor medida, todos los países han acatado lo dispuesto en la Convención de Viena y luego ha sido común en la práctica internacional, el establecimiento de acuerdos regionales y/o bilaterales, tendientes a restringir o ampliar la letra y el espíritu de lo establecido en Austria, pero sin vulnerar jamás los principios universalmente reconocidos en términos generales

No vamos a extendernos en estas cortas líneas, en todo lo referente a la diplomacia como ejercicio de la soberanía estatal y presencia de un país en la arena mundial en función de su interés nacional. El campo es muy vasto y, en todo caso, en otra ocasión podremos explayarnos sobre temas específicos. El sintético cuadro histórico precedente, nos ubica, en todo caso, en el contexto que queremos analizar.

Tres son las funciones clave de un diplomático: a) Representación, b) Información y c) Negociación. La primera de ellas, especialmente a nivel de Jefe de Misión, es la de representar adecuadamente al Jefe de Estado y Nación de origen. Se supone que el Embajador (quien es acreditado directamente ante el Presidente o Monarca del Estado receptor), es la "imágen viva" del país y gobierno que lo ha enviado y en esa calidad, recibirá los honores correspondientes a tan alta distinción.

Toda Representación Diplomática, por medio de las vías legales posibles, tiene la obligación de informar periódicamente a su Cancillería, acerca de la multiplicidad de asuntos que ocurren en el lugar en donde se encuentra la

misión. No siempre se ha dado el caso, empero, de la información recolectada por medios idóneos y a través de la perspicacia y capacidad del enviado. De ahí entonces las denuncias sobre "espionaje" y "acciones ilícitas" que, de tanto en tanto, sacuden al mundillo diplomático y originan expulsiones de agentes y hasta de embajadores. En América Latina, últimamente, el caso "más sonado" sucedió en el Perú, país del cual fue expulsado nada menos que el Embajador chileno, Francisco Bulnes, por haber detectado el gobierno peruano su participación directa en el soborno de algunos ciudadanos nativos, con fines de obtener datos militares.

La *negociación* es otro aspecto permanente del trabajo diplomático. Prácticamente no hay país en el mundo que, al mantener relaciones con otro, no tenga asuntos pendientes que resolver. Desde los más complicados y delicados, hasta los de mero trámite rutinario, los asuntos nacionales requieren un permanente proceso de negociación, dentro del marco de instrucciones que las embajadas reciben directamente de sus Ministerios de Relaciones Exteriores, órgano del Poder Ejecutivo que por mandato del Jefe de Estado (quien tradicionalmente es el responsable directo de los asuntos internacionales), es el encargado de supervisar, instrumentar y definir los postulados, la conducta y el accionar de la política exterior. En este sentido, los diplomáticos son los instrumentos con los que cuenta una nación para lograr la viabilidad de sus objetivos permanentes.

Por eso es común el dicho de que las embajadas son la "primera trinchera" del interés nacional y ello es así, porque cual una suerte de red exógena al estado y presente en casi todo el mundo, las misiones diplomáticas al representar, informar y negociar son la entrada básica de todos los insumos de política exterior, el lugar donde se advierte la flaqueza y

mediocridad o la fuerza y la grandeza de una nación en su contacto con los otros sujetos de la comunidad internacional.

En la actualidad acontecimientos de dominio público y hasta el propio progreso tecnológico, han puesto a la diplomacia tradicional en un punto dramático de inflexión. Desde las comunicaciones vía satélite, hasta la simplificación de las llamadas internacionales y el auge de la diplomacia en la "cumbre", con las facilidades de los modernos medios de transporte, han simplificado en extremo el envío de instrucciones y mensajes (y el cambio consiguiente en los mismos según las circunstancias). El contacto directo entre cancilleres y presidentes es cosa de todos los días. El margen de autonomía de las embajadas, antiguamente tan amplio, se ha reducido, pues, en grado sumo con estos avances.

Sin embargo, en nuestra modesta opinión, más bien se robustece el papel efectivo de la diplomacia como "ciencia-arte", encargada de velar por los asuntos exteriores, ya que mientras más posibilidades de diálogo, contacto y comunicación exista entre los líderes mundiales, mayores serán también las posibilidades de lograr entendimientos, evitar azarosos trámites dilatorios y en suma, mayor la probabilidad de lograr la paz, objetivo esencial de la diplomacia en su faz filosófica.

Frente a este panorama promisorio de las relaciones internacionales por la ampliación de los múltiples sistemas de comunicación, ha surgido el ominoso problema del terrorismo y la permanente violación de misiones y agentes diplomáticos. La historia no es nueva, ya que siempre los diplomáticos han estado expuestos a múltiples peligros y larga es la lista de enviados muertos en el cumplimiento del deber y más larga aún, la de aquellos que tras situaciones tensas y angustiosas, han podido felizmente salvar la vida. Es importante tener en

cuenta estos peligros, ya que el grueso de la opinión pública, por lo general distorsiona "ad nauseam" el carácter representativo de los enviados y la frivolidad que aparentemente significa tal función, que es una entre las otras que cumple el diplomático. Además, algunos privilegios e inmunidades imprescindibles para el decoro de la nación que se representa y necesarios para el desenvolvimiento normal del agente son también exagerados, brindando entonces la imágen falaz del diplomático cómodo, tomando tragos y paseando en ostentosos automóviles.

Sin embargo, el dramático secuestro de la Embajada Dominicana en Bogotá, nos demuestra palpablemente que hasta la tan cacareada —y envidiada por muchos— representación social del diplomático, presenta insospechados peligros.

Nuestro compatriota Reynaldo del Carpio, Jefe de la Misión boliviana en Bogotá, se encuentra como rehén de un grupo guerrillero junto con otros diplomáticos, a raíz justamente de su participación en calidad de representante de Bolivia, en una recepción recordatoria de la Independencia Dominicana y, hasta el momento de escribir estas líneas, su futuro es incierto y bien vale la pena que nuestra opinión pública, tan sensibilizada por otras cuestiones de política interna, tome cabal conciencia del sacrificio de Del Carpio y de la dramática imágen de una parte de Bolivia, sujeta al capricho de un grupo de extremistas que optaron por violar una embajada diplomática para forzar determinado tipo de pretensiones.

Lamentablemente, por la creciente influencia de los factores económicos en la política mundial, básicamente por la crisis energética, la comunidad internacional no reaccionó con todo el vigor necesario en la crisis de Irán. De acuerdo a una triste modalidad —que en su momento dió con los

secuestros aéreos— los malos ejemplos cunden y tras la violencia en Guatemala y otros dramas menores, asistimos ahora al espectáculo de Bogotá, donde varios embajadores y diplomáticos permanecen como rehenes.

El caso de nuestro compatriota amerita mayor atención. Quizá no se le dió mucha importancia por tratarse de un "Encargado de Negocios" y no de un Embajador. Lamentablemente, la traducción al castellano de la frase francesa "Chargé d' affaires", no ha sido del todo feliz y de ahí las confusiones. Por encargado de negocios, se entiende, en la jerga diplomática, al jefe interino de una misión diplomática, el que se encuentra a cargo de los "negocios" es decir, de los asuntos de la República, en ausencia del titular efectivo designado por el Jefe de Estado, es decir, el Embajador.

En muchas ocasiones, los gobiernos no nombran —o retiran— a sus embajadores y entonces el funcionario que le sigue en precedencia, queda como Encargado de Negocios *ad interim*, velando por los asuntos nacionales y trabajando inclusive más que el embajador, ya que tiene que cumplir un doble papel: el propio y el del titular ausente. Es más, casi siempre los problemas entre países, se tornan críticos con el retiro de los embajadores y los que se quedan con los problemas son los encargados de negocios, que tienen que verse en las figurillas para preservar los intereses permanentes de la nación que representan. El caso de Irán es típico: se retiró al Embajador, quien seguramente pasea tranquilo por el State Departament; el pobre encargado de negocios está preso. Actualmente, en La Habana, es un encargado de negocios el que debe sortear el delicado momento que atraviesa el Perú con más de diez mil cubanos hacinados en su Embajada, pretendiendo fugar de Cuba.

Quien estas líneas escribe, ha sido también Jefe de Misión, como Encargado de Negocios, en situaciones peculiares que no vale la pena recordar ahora por tocarnos directamente y que las dejamos en manos de la memoria del lector. Sin embargo, hasta en niveles relativamente cultos, se comete la tremenda torpeza de confundir al encargado de negocios con el agregado comercial, o con la persona que está a cargo de los negocios económicos y de otra índole de la misión. Craso error, derivado de una no muy afortunada traducción del francés: el Encargado de Negocios es el Jefe de la Misión Diplomática y el Representante de la República, en aquellas legaciones que no tienen todavía la categoría de embajada o en éstas, cuando no hay embajador.

Pese a las circunstancias tan especiales que rodean a las misiones cuando no hay embajador, el encargado de negocios absorbe los problemas y luego queda, sino en el anonimato, en el reconocimiento y conocimiento de muy pocos.

Nos hemos permitido hacer estas explicaciones, para que se entienda la importancia internacional que reviste el caso del Ministro del Carpio. No se trata de un agente diplomático cualquiera; es el *representante de Bolivia,* quien tiene su vida en peligro y con ello, un pedazo de Bolivia misma. Nuestra Cancillería mantiene sus contactos para superar tan ingrata situación y hasta envió al Embajador nuestro en el Perú, para que constate personalmente la salud y estado general del diplomático boliviano. Lo interesante ahora sería que las fuerzas políticas y sociales de la República, hagan sentir también su solidaridad hacia el compatriota detenido y su fuerte reclamo por este atentado a las ancestrales inmunidades de las embajadas, que pone en peligro a los cimientos de la diplomacia y, en este caso específico, la propia vida

de nuestro representante que hoy, por hoy es un girón cautivo de la Patria.

La diplomacia está en crisis, porque en crisis está el sistema mundial de valores. Toda crisis, empero, tiene un punto a partir del cual comienza algo nuevo, que puede ser peor o mejor que el anterior. Esperamos en todo caso, que la profesión diplomática salga fortalecida de su actual instancia y que la comunidad mundial sea capaz de instrumentar factores jurídicos y políticos, que impidan lo que hoy lamentamos en Bogotá, por lo que significa globalmente para todos y cada uno de los países que tienen rehenes allí, como muy especialmente por Reynaldo del Carpio, un pedazo de Bolivia que merece nuestra particular atención y que es fiel reflejo de los peligros de la diplomacia en el mundo convulsionado que nos cobija.

CUATRO DIMENSIONES DE LA ESTRATEGIA (Diciembre 1979)

Según la definición de los diccionarios, *estrategia* significa el arte de dirigir las operaciones militares. La palabra —de origen griego— viene de *strates* (ejército) y *agein* (conducir); también significa general o jefe (*strategos*).

Clausewitz dice que el arte militar consiste en la táctica y la estrategia; la primera estudia particularmente la forma de combate y la segunda la finalidad de los combates y sus relaciones con el objetivo de la guerra. En este sentido, von Bulow afirma que el estratega es el arquitecto y el táctico es el albañil.

La restringida e histórica definición de estrategia ha pasado a ser mucho más amplia en el lenguaje contemporáneo, ya que su uso se ha difundido tanto, que ahora la multiplicidad de sig-

nificados debe resolverse mediante la adjetivación, siendo esto necesario incluso dentro del campo militar. Es así como aparecieron expresiones tales como estrategia general, estrategia terrestre, naval y aérea. En el campo más amplio de la vida civil, hoy es común el uso de la palabra estrategia, añadiéndole el correspondiente adjetivo y así podemos referirnos a la estrategia política, económica, etc., entendiendo entonces al término, más como al conjunto de conocimientos que hacen posible el logro de un objetivo, mediante planificación previa, que como una rama del conocimiento castrense.

No es la primera vez que la ciencia militar hace un aporte significativo a las ciencias sociales en particular y podrían citarse otros ejemplos; pero, por ahora, nos ceñiremos a la estrategia, no sólo porque ella simboliza el concepto mismo de conducción y coordinación global, sino por las implicaciones que su permanente uso trae consigo, hasta en la mera existencia cotidiana.

La mayoría de los estudios sobre estrategia, consiste de ejemplos sobre el uso que se hizo de ella, desde Alejandro el Magno hasta nuestros días. Las experiencias de las últimas décadas y la propia difusión del término, han transformado este tipo de estudios en algo que si bien resalta de interés desde el punto de vista histórico, carece de valor actual para reflejar el uso del concepto. Ya en Europa se habló, tiempo atrás, de la "gran estrategia", resumiendo en ella, todos los aspectos financieros, demográficos, sociales y políticos de la guerra, que fueron tan importantes al pasar a ser los Estados en su totalidad y no los ejércitos aislados, los que emprendían el esfuerzo bélico. El mismo concepto de "Nación en armas", traía consigo la noción de una estrategia global, que agrupaba a todo el aparato estatal puesto a disposición

del objetivo político: ganar la guerra o evitar las pretensiones del enemigo.

Como acertadamente señala el profesor Michael Howard (Foreign Affairs. Vol. 57, Nº 5), la definición de Clausewitz sobre la estrategia fue deliberadamente simplista y de ahí que no se preocupara mayormente de problemas que para él eran irrelevantes. Hizo, sin embargo, una distinción sustancial entre *mantenimiento* de una fuerza armada y el *uso de ésta*, lo que dio origen a dos dimensiones de la estrategia en la guerra: la *logística* y la *operacional*. Clausewitz pensaba que el elemento logístico estaba subordinado al operacional, pensamiento que, por otra parte, era común a todos los generales en todas las épocas. Howard opina que hasta la era napoleónica, inclusive, el elemento operacional fue el decisivo y de ahí, entonces, que todos los estudios históricos hayan hecho hincapié en esta dimensión de la estrategia no considerando mayormente la dimensión logística, sin cuya apreciación, al final, no puede ganarse ninguna batalla, ni en el campo militar ni en ninguna otra aplicación del conocimiento estratégico. ¿O acaso un partido político puede ganar una elección solamente a través de la capacidad de sus dirigentes en el plano operativo? Es probable que hoy en día, paralelamente, sea tanto o más importante, la preparación de un aparato logístico que lo ayude a salir airoso de la contienda electoral. Vemos, pues, que los ejemplos no necesariamente se limitan al marco castrense. Sin una adecuada capacidad para generar recursos o para movilizar óptimamente los existentes, no hay liderazgo que valga y hasta puede darse el caso de que un conductor eficiente, al enfrentarse con un conductor menos dotado, pero con mejor planificación logística, termine su campaña con una derrota, la que podrá ser decisiva o no, según el curso de los acontecimientos.

Sobre el particular, Howard señala lúcidamente que en la guerra civil estadounidense, los mejores generales estaban del lado secesionista, pero esta dimensión operacional, resultó avasallada por el mejor manejo de la otra dimensión (logística), por parte de los ejércitos del Norte.

Con el tiempo, pues, lo más importante pasó a ser la capacidad de contar con la mayor cantidad de tropas perfectamente equipadas en el teatro de operaciones y mantenerlas allí. Esta experiencia, afirma Howard, se transformó en la doctrina estratégica de los EE.UU.

Una tercera dimensión de la estrategia, sobre la cual también Clausewitz en su momento se ocupó, pasó a tener fundamental importancia. Nos referimos a la dimensión social de la estrategia, es decir, la aptitud y la capacidad de entrega del pueblo para hacer realidad la fuerza logística. De ahí el comentario de Clausewitz acerca de la guerra como una "admirable trinidad", compuesta de su objetivo político, su instrumento operacional y las pasiones populares, las fuerzas sociales de un pueblo, expresadas en el dramático escenario de la guerra.

Esta tercera dimensión debe medirse con dos índices: a) intensidad y b) cantidad. La combinación ideal sería la suma de los dos, pero como esto no siempre se da, es importante en su momento ver, en todo caso, la posibilidad de intensificar el apoyo social hacia un esfuerzo estratégico. En la guerra, especialmente, no siempre la cantidad ha sido el elemento más importante y la historia está llena de ejemplos de pequeños ejércitos, con gran espíritu combativo, derrotando a numerosos contingentes sin moral y pasión, pese a estar bien dotados de recursos y de niveles operativos aceptables. Claro está que, por otro lado, una irresistible mayoría, pese a su falta de intensidad, puede ser decisiva por más

esfuerzo que realice la otra parte. Sobre esto también la historia recoge muchos ejemplos. Siendo todos los factores iguales, los números mandan, reza un axioma militar.

En la vida política contemporánea, una analogía podría ser la de la llamada "mayoría silenciosa" y es así cómo discretos números de activistas dotados de un gran sentido social de participación, pueden provocar más de una sorpresa en las luchas políticas, por desconocer sus mayoritarios contrincantes la tercera dimensión de la estrategia. En una estrategia para el desarrollo nacional, de poco servirían también la capacidad operativa y la búsqueda de recursos, si no se logra movilizar al pueblo en torno a la importancia de los objetivos y no se toma conciencia popular acerca de la necesidad de esforzarse hoy, para tener una sociedad mejor mañana.

Una cuarta dimensión estratégica debe incorporarse al pensamiento sobre la materia: la *tecnológica*. Sin ir muy lejos, recordemos que por ejemplo nuestras guerras de la independencia en América, fueron entabladas en paridad técnica con los ejércitos españoles; las armas eran prácticamente las mismas, una vez organizados los ejércitos patriotas en forma regular. Hoy en día, un pueblo atrasado en lucha contra un ejército colonial —salvo la posibilidad de recibir dotaciones de armamento moderno mediante potencias amigas— se verá en tremenda desventaja en esta dimensión estratégica, ya que el desarrollo de la tecnología bélica ha sido realmente exponencial y su alto costo dejó obligadamente en el camino, a todos aquellos países incapaces de financiar semejantes esfuerzos. Quizá nuestro hipotético ejemplo pueda salvar la situación optimizando las otras dimensiones, como sucedió en la guerra de Vietnam o debido a ciertas restricciones para la potencia colonial, que le impiden ejercer la

totalidad de su capacidad bélico-tecnológica, lo que también, como es sabido, sucedió en el sudeste asiático ya que dadas las reglas del juego —como afirma el propio Kissinger en sus Memorias— Estados Unidos no pudo lograr una victoria militar pese a la enorme diferencia de recursos con el Viet-Cong. Le falló a EE.UU. en este caso, la dimensión social, ya que la guerra abrió profundas brechas en su sociedad, las que todavía están latentes por el drama interno que provocó el conflicto.

Así, pues, las cuatro dimensiones de la estrategia: *operacional, logística, social y tecnológica,* han tenido su tiempo histórico y las cuatro en conjunto, configuran globalmente el pensamiento estratégico contemporáneo. Ultimamente, tras el auge de los estudios acerca de la "guerra catalítica", "la escalada nuclear" y otros temas por el estilo, con claro énfasis en la cuarta dimensión, se ha vuelto a retomar el hilo de la dimensión social en la estrategia militar.

Es evidente que no pueden descuidarse el comportamiento ni las reacciones de los pueblos, por más que las grandes potencias hablen en el lenguaje abstracto de los MIRV's, los ICBM y los acuerdos sobre armas atómicas. Al final, es la sociedad la que recibe los beneficios de la paz o el flagelo de la guerra.

Todo lo hasta aquí someramente expresado, puede trasladarse a las estrategias que se llevan a cabo en diversas áreas del pensamiento y de la acción. Se verá entonces, que las cuatro dimensiones tienen decisiva importancia en la planificación de los objetivos y en el logro de las metas buscadas.

LA NO-ALINEACION EN LA POLITICA MUNDIAL
(Diciembre 1979)

El reciente ingreso de Bolivia al conjunto de países, que bajo el genérico nombre de "no-alineados" configura un importante bloque en la política mundial, nos mueve a algunas reflexiones, destacando las ventajas y limitaciones de la no-alineación.

Según J. W. Burton y otros tratadistas, la modificación en las condiciones estratégicas y políticas de la era nuclear ha impuesto importantes retricciones al uso y al ejercicio de la fuerza; los Estados se han visto obligados a dejar de confiar en las alianzas y en las normas de seguridad colectiva y a seguir su propia política independiente. Estas tendencias se fortalecerían con la evolución hacia un nacionalismo moderno, asociado con el crecimiento del Estado. La sociedad internacional, pues, sería aquella en la que se manifiesta una creciente independencia de cada una de sus unidades, cooperando cada cual en organismos regionales y funcionales, dentro de una organización internacional sin poder de coacción.

Por otro lado, tendríamos que, junto a la disminución del papel de la fuerza y del poder, se percibe un aumento en el papel del proceso de toma de decisiones, que implica un interés mayor dentro de cada Estado, por las reacciones de otros Estados y por su política, por los procesos de cambio, por los cambios de objetivos y por la adaptación interna al cambio. La no-alineación, vista desde esta perspectiva, sería una respuesta adecuada a las condiciones de la era nuclear y demostraría las tendencias actuales hacia una sociedad mundial de Estados independientes que no se apoya en relaciones de poder, por más que se perciba su indiscutible in-

fluencia. En consecuencia, bajo la presión de circunstancias nucleares y políticas, está surgiendo un sistema no dependiente del poder, que comprende a Estados soberanos, cada cual pretendiendo seguir formar políticas que les eviten verse involucrados en los asuntos de los demás y que la base teórica de este sistema es la no discriminación en las relaciones, tanto políticas como económicas.

Debemos tener presente que el objetivo fundamental de las relaciones internacionales (RI), es la conservación de la paz. La misma dialéctica de conflicto, típica de las RI. busca algunos aspectos integrativos en base al intercambio y a la cooperación, tratando de disminuir los elementos de amenaza que atentan contra la paz. Esta obsesión por evitar las guerras no ha sido felizmente acompañada por el éxito; han existido 244 guerras importantes desde 1550 y 15 de ellas con la participación de por lo menos alguna de las potencias de la época. De ahí entonces que la política del poder sigue teniendo adeptos. Todavía hoy, la política exterior de los Estados se basa en el uso final de la fuerza y en el empleo de la amenaza como elementos de disuasión ("deterrence").

Dentro de este marco, el interés se centra ahora en las nuevas naciones surgidas por colapso del colonialismo y en particular, en la política de independencia y no-alineación que han perseguido. En este contexto, la no-alineación surge como una alternativa nueva, frente a los defectos de la balanza del poder, la seguridad colectiva y el gobierno mundial. que en su conjunto han formado la teoría del "continuum" de la política del poder, de acuerdo a distintas configuraciones históricamente dadas. Frente a esta situación, es un hecho innegable que inclusive la creación de una "única comunidad mundial" sería un fracaso ya que el derecho internacional es aún muy débil para poder lograr líneas de consenso

universalmente aceptadas. Por otra parte, el derecho internacional es un aspecto normativo y de carácter voluntarista, de aquellas cosas sobre las que los Estados se han puesto de acuerdo para generar normas válidas y moralmente obligatorias, pero con el derecho internacional, ni comienza ni termina el análisis de las RI; éstas abarcan un campo mucho más complejo y superior que la norma jurídica, que simplemente da un ordenamiento actual, o pretende crear algunas pautas futuras.

Frente a los intentos fallidos de asegurar jurídicamente una suerte de "Estado federal mundial", nos encontramos con la realidad de un conjunto cada vez más numeroso de Estados nacionales, con atributos de soberanía formal y con deseos de proclamar su independencia. Este es el mundo político que subyace hoy, por debajo del bipolarismo militar de las superpotencias.

Sin ánimo de entrar en esquemas rígidos y geométricos, que poco nos dicen del dinamismo de las formas internacionales, pensamos que vale la pena recapitular algunos conceptos sobre los sistemas de poder en el mundo. Para algunos persiste el bipolarismo citado con sus respectivas esferas de influencia y luego vendría un espectro multipolar condicionado que agruparía en distintos subpolos, a la Comunidad Económica Europea (CEE), al Japón, al Tercer Mundo y a China, pese a la insistencia de ésta en considerarse parte integrante del tercer grupo. Para otros, ahora tenemos un triángulo político-militar, cuyos vértices son EE.UU., la URSS y China; asimismo, un triángulo político-económico, con EE.UU., Japón y la CEE. Una manifestación práctica del segundo, sería la llamada "Trilateral Comisión", que se encuentra en plena actividad y de la que son fervientes adep-

tos el Presidente Carter, su Asesor Brzezinski y otros miembros de la actual administración norteamericana.

Además es válido hablar de los llamados "mundos". Nosotros, en PRESENCIA, puntualizamos tiempo atrás que más allá de los "Tradicionales" (primer, segundo y tercer mundo), habían surgido el "cuarto mundo" (países con petrodólares), el "quinto mundo" (países pobres, sin dólares ni nada) y finalmente el "sexto mundo" de los estados parias, rechazados de la comunidad mundial por distorsión de valores. (Caso Sud Africa con el apartheid y otros).

La teoría de la no-alineación se inscribe, pues, en este contexto tumultuoso y desordenado de un mundo (al fin y al cabo único) cambiante y pleno de diversidades. Un mundo en el que podemos, observar innumerables asimetrías en la política internacional, asimetrías que en algunos casos revisten el carácter de "dependencias"; en otros casos, de positiva cooperación internacional.

En el siglo XVII, Grocio postuló dos principios básicos: a) la realidad política y legal del estado soberano tenía que ser aceptada como hecho permanente; b) todos los estados soberanos, por el hecho de serlo, deben ser considerados iguales tanto legal como diplomáticamente. La política de no-alineación —como señala J. W. Burton— es compatible con estos principios, ya que un sistema de no-alineación presupone la aceptación del statu quo, así como la coexistencia de diferentes formas de gobierno y de organización económica, variados poderes militares, etc., todo dentro del marco de respeto a la soberanía nacional y a la no intervención.

Hoy en día, ninguna teoría de las RI puede ser válida sin alguna explicación y desarrollo de la no-alineación, como nueva alternativa para las naciones en vías de desarrollo. Sin embargo, es importante reconocer también sus limitacio-

nes, especialmente en el contexto latinoamericano. De alguna manera, aunque sea como "villa miseria de occidente", es un hecho que blancos, mestizos e indios que habitamos nuestro continente, somos herederos de las pautas culturales, idiomáticas, religiosas, etc., de Europa. Si bien han sobrevivido culturas precolombinas, ellas aparecen dentro de nuestros países en una suerte de dualismo, más que como afirmación vigorosa de una personalidad propia, personalidad que más bien está dada por la influencia de los factores "occidentalizantes", al menos en nuestros contactos con el resto del mundo. No ha sucedido esto en algunas naciones de Africa y Asia, las que una vez desafiliadas del tutelaje colonial, se han esforzado en proyectar sus valores culturales hacia afuera. El rasgo más característico de esta tesitura es el colorido de las vestimentas típicas en las reuniones internacionales.

En nuestro caso, por lo menos hasta el momento, no ha aparecido ningún canciller con su vestimenta de charro, de gaucho o de indígena. Ello refleja la profunda inserción de los valores formales de occidente, en nuestra "presentación" hacia el exterior, en nuestra propia conducta global y en nuestra realidad, al fin, como parte integrante de la cultura europea.

La no-alineación significa comúnmente lo que la palabra señala: que no hay compromiso con ningún bloque económico o político en el sistema internacional. Es distinta a la neutralidad porque la no-alineación reclama el derecho a no ser neutral, a participar activamente en el concierto mundial. Otros afirman que la no-alineación es un oportunismo, un intento de obtener lo mejor de ambos mundos ideológicos. Algunos manifiestan que la no-alineación es una política de interés nacional, ya que ésta es una característica de todos los modos de política exterior. Con cierto cinismo, no faltan

aquellos que mencionan "la alineación de los no alineados", como expresión de una posición en sí contradictoria.

El no-alineamiento es un fenómeno nuevo, producto de la época que vivimos, de intenso nacionalismo y de multiplicidad de Estados. Es la respuesta de la realidad a las pautas prefijadas para el gobierno de la inalcanzable y utópica comunidad mundial; es también la respuesta a la división del mundo en áreas de influencia y control. Cuando un país se alinea, es porque no tiene otro camino en las circunstancias existentes sino pertenecer a una alianza. Una política de poder conduce forzosamente a este tipo de alineación. El no-alineamiento, sería lo ideal en un mundo "perfecto", de estados soberanos en los que no hubiese conflictos de poder o amenazas a la independencia que originasen acuerdos y alianzas particulares de defensa.

En el caso de los países latinoamericanos, la no-alineación ha sido la manifestación palpable de la búsqueda de horizontes más amplios para nuestras naciones; asimismo, la expresión de su soberanía en materia de política exterior. Persiste sin embargo, una situación limitante en los plenos alcances de la no-alineación latinoamericana, pero que no nos debe preocupar mucho. Efectivamente, como miembros del sistema interamericano, nos debemos a él y estamos contractualmente ligados por múltiples pactos entre todos los países de América y con respecto a los Estados Unidos. En este sentido, nuestro subcontinente refleja una conocida situación de unipolarismo flexible.

Sin embargo, aún considerando esta realidad —la que pareciera anular una efectiva política no-alineada— los casos observables en América Latina son mucho menos restrictivos que los de otros países, cuyos líderes empero, aparecen como los grandes profetas y "gurúes" de la no-alineación. El caso

cubano nos exime de mayores comentarios ya que su íntima vinculación con la Unión Soviética, no obsta para que Castro ambicione ser futuro líder del movimiento, pretendiendo suplantar al ya octogenario Mariscal Tito. Los vaivenes de Egipto entre la URSS y EE.UU., son otro típico ejemplo de las aparentes "contradicciones" entre la adherencia al movimiento no-alineado y las restricciones que a nivel nacional imponen la realidad y el interés particular de cada Estado, en la formación de su política exterior.

Finalmente, hay que tener en cuenta que el movimiento de los no-alineados no forma un todo coherente. Hay una gama muy amplia de conductas y posiciones diferenciadas en el seno de este bloque, las que se han manifestado con claridad en los discursos de los jefes de misión en la última reunión de La Habana. Allí hemos visto posiciones ultramontanas, socialismos, dictaduras, democracias, países vasallos y toda la policromía político-ideológica imaginable. La declaración final ha sido una suerte de "conciliación" de las distintas posturas, buscando las líneas globales de consenso entre los no-alineados.

Para algunos países y líderes del Tercer Mundo, el foro de los no-alineados representa la oportunidad de fustigar a todos los "ismos" existentes; para otros Estados, el movimiento les brinda la posibilidad de contar con una base estratégica y un instrumento táctico para acrecentar la capacidad de negociación propia, además de contar con la adhesión del grupo en la presentación de reivindicaciones, en la prédica contra el proteccionismo, en la búsqueda de un nuevo orden internacional, etc.

Así, pues, las contradicciones y demagogias observables entre los no-alineados, hay que considerarlas como "normales" por la propia estructura de la organización sin "asus-

tarse" y sin pensar que todo miembro nuevo tiene la obligación de "equiparar" su retórica con los socios antiguos. Como de costumbre, habrá una línea de interés general que englobe a todos y cada estado, por otra parte, presentará su interés nacional.

En lo que a Bolivia respecta, nuestro "slogan" diplomático de "Tierra de contactos" para que sea universalmente válido, también tiene que ubicarse en términos mundiales, sin que tenga que restringirse al perímetro geopolítico circundante. En este sentido, al ampliar nuestra esfera de contactos, ampliamos mercados, ganamos nuevos amigos, participamos más ampliamente en las grandes líneas maestras de la política internacional y a la par que sabremos defender nuestras materias primas, lograr acuerdos positivos y generar factores múltiples para enriquecer nuestra diplomacia, también tendremos un foro más (con un inmenso número de naciones), que apoyará nuestra causa marítima.

Bienvenida sea, pues, nuestra adhesión al movimiento de los no-alineados.

BIBLIOGRAFIA UTILIZADA Y CONSULTADA: J.W. Burton, *International Relations: a General Theory*, Cambridge University Press, Londres 1967.

P. M. Morgan, *Deterrence: a conceptual analysis*, Sage Publications 1977, B. Hills, USA.

"Enciclopedia Mundial de Relaciones Internacionales y Naciones Unidas", Fondo de Cultura Económica, México, 1976.

C.W. Otero: "El no-alineamiento en los principios y su concreción", en *La Nación* de Buenos Aires, 17 de septiembre de 1979.

INTERROGANTES BASICOS EN EL ANALISIS DE LA POLITICA EXTERIOR

(Septiembre 1979)

Es común la referencia al hecho de que la política exterior es un fiel reflejo de la política interna. Morgenthau llegó a expresar que había que decir "política" a secas, ya que ambas se consustanciaban en un solo objetivo: el interés nacional y la afirmación del poder del Estado. Otros autores por el contrario, han expresado en reiteradas oportunidades que mas bien los hechos externos condicionan la política internacional y muchas veces, hasta la propia política interna, especialmente en el caso de los países sujetos a distintas calificaciones de "dependencias".

Es evidente que los acontecimientos que se suceden dentro de una nación, repercuten necesariamente en su diplomacia y en su manera de enfocar las cuestiones internacionales. Además, es cierto que las influencias externas no pueden desdeñarse ni siquiera en lo que respecta a las grandes potencias, ya que, por citar un solo ejemplo, creemos que nadie puede negar la influencia de los acontecimientos en el Medio Oriente sobre la conducta del Departamento de Estado norteamericano, aspecto que se refleja cotidianamente en la crónica internacional de los medios de comunicación.

Este aparente dilema entre las influencias internas y las externas, a nivel académico resulta irrelevante, pues si algo nos enseña la ciencia política de las relaciones internacionales, es que el análisis debe ser lo suficientemente amplio, como para abarcar toda la gama posible de manifestaciones que una nación tiene frente al mundo y recibe de éste, sin ceñirnos necesariamente a posturas principistas que no siem-

pre son el fiel reflejo de la realidad, mucho menos de la política exterior de un estado determinado.

Al iniciar nuestro análisis de política exterior es válido plantearse algunos interrogantes previos, los que convenientemente absueltos, permitirán un mejor juicio sobre la conducción de esta área del estado. Hay cuatro preguntas básicas, que todo examen del comportamiento internacional de los países debe responder para comprender con claridad las pautas determinantes. Ellas son: a) ¿Cuáles son los principales problemas internacionales que enfrenta una nación? b) ¿Cuáles son los antecedentes históricos y los problemas vitales enfrentados en el pasado que han consolidado una posición en la doctrina y en la acción? c) ¿Cómo las fuerzas internas, incluyendo aquellas de los grupos de interés, afectan la formulación de la política exterior y cómo se realiza este proceso de formulación en el país bajo estudio? d) ¿Cómo percibe la nación su posición contemporánea, en relación con otras naciones, regiones y organizaciones internacionales?

Las respuestas a estos interrogantes, más otros ingredientes que hacen a la instrumentación de los fines internacionales del Estado, pueden dar mayor precisión en la comprensión del contexto —interno y externo— que engloba al país objeto de nuestro estudio.

Con respecto al primer interrogante, puede trazarse una línea de consenso entre los diversos sectores de una comunidad nacional, para definir con amplitud sus principales problemas en el campo mundial. El segundo interrogante es crucial, ya que el rastreo de los hechos pretéritos, explica muchas veces la conducta actual de las naciones, sea por doctrina asentada o por conducción de sus políticas. Las reticencias de México para embarcarse en un Mercado Común Energético Norteamericano con su gigantesco vecino y el Canadá, no

podrían llegar a entenderse en plenitud, sin estudiar el pasado mexicano y la trágica historia de sus relaciones con Estados Unidos. La misma revolución cubana, presenta en su actual conducta internacional, no solamente factores ideológicos como determinantes, ya que ciertas actitudes de Cuba no podrían tampoco comprenderse, sin el análisis del pasado cubano, de la Enmienda Platt y de otros hechos que fueron decantando posiciones internacionales propias y singulares de la nación del Caribe. Así sucesivamente, podríamos seguir extrayendo otros ejemplos que nos demostrarían la forma en que el pasado condiciona parcialmente las posiciones nacionales en materia de política exterior.

En lo que respecta a la tercera pregunta, su adecuada respuesta es vital, ya que la manera en que intervengan los factores nacionales en la formulación de la política exterior. dará las prioridades para la presentación de diversos hechos que interesan al país en la arena internacional.

Un gobierno militar quizá dará énfasis a aspectos de seguridad y de carácter geopolítico; un gobierno civil tratará de estrechar vínculos en torno a posturas internacionales solidarias con la filosofía democrática. Los grupos de interés en toda su amplia gama, influenciarán en la presentación de problemas sectoriales que si bien pueden ser de interés nacional, les conviene primariamente que el país los tome como propios y los defienda en los eventos diplomáticos.

En fin, pueden presentarse muchas situaciones que el lector podrá deducir por sí mismo, en torno a la relación entre fuerzas internas y formulación de la política exterior. A ello hay que agregar el proceso de esta formulación, que tiene también facetas llamativas, ya que implica la puesta en práctica de los medios idóneos que una nación posee para

su vinculación con el mundo (su diplomacia), en función de las posturas a las que se ha llegado.

La cuarta pregunta hace al "sentir" nacional, en su comparación con otras entidades en el mundo y es muy importante comprender cómo un país percibe y asimila su propia situación y problemática vis-à-vis su entorno inmediato, el regional y el cada vez más abundante conjunto de organismos internacionales.

Una adecuada comprensión de esos interrogantes y sus respuestas, resultaría muy valiosa para el análisis de la política exterior en términos de estructura. A nivel coyuntural, debe considerarse la aleatoriedad de las relaciones internacionales, cuyo intenso dinamismo puede dar lugar a la presentación de insospechados problemas que necesitarán resolverse sobre la marcha. Aún en este caso, empero, es importante haber realizado el análisis previo. Por otro lado, no podemos desdeñar otros aspectos que hacen a la conducta internacional de los Estados, entre los que podemos citar las propias características personales de los líderes nacionales en este rubro. Es un hecho que, para bien o para mal, toda persona que tiene sobre sí la responsabilidad de la conducción de los asuntos exteriores, imprime su propio sello a las posiciones nacionales, por muy sólidas y decantadas que éstas sean. Un Barón de Río Branco o un Kissinger, no pasan en vano por sus cancillerías, marcan toda una época y no se los puede considerar como "simples ejecutores" de una doctrina en materia de política internacional. El elemento personal es, pues, muy importante en la clarificación del análisis.

Finalmente, no hay que olvidar al factor geográfico que, si bien estaba implícito en el contexto de las cuatro preguntas básicas, conviene tenerlo muy en cuenta, pues, como he-

mos expresado en otras oportunidades, la geopolítica, el estudio de la relación entre poder político y asentamiento geográfico, es un ingrediente esencial en las relaciones internacionales. El propio Kissinger que ya hemos mencionado, sostuvo hace poco en el Congreso de los Estados Unidos, que el reciente acuerdo sobre limitación de armas estratégicas (SALT II), antes de ser ratificado debía tomar en cuenta la "gravitación geopolítica" de la Unión Soviética en zonas álgidas de Africa y Asia. Mayor razón entonces, para dejar de lado fetichismos absurdos denostando o ensalzando a la geopolítica y pasar a considerarla como parte integral de un análisis de la política exterior, análisis imprescindible en el tiempo que vivimos, para la mantención de una presencia activa en el concierto mundial y para el logro del interés nacional.

Bibliografía consultada

Maurice East y otros, *Why Nations Act*. Sage publications. B. Hills, USA. K. Deutsch: *Análisis de las Relaciones Internacionales*. Paidós Buenos Aires. H. E. Davis: *Latin American Foreign Policies*. J. Hopkins U. Press USA. "America and the world", edición especial de *Foreign Affairs*.

LA DEFINICION DEL INTERES NACIONAL
(Agosto 1979)

En un trabajo anterior que publicamos en PRESENCIA, bajo el título "Política Exterior e Interés Nacional" (5 de agosto de 1978), habíamos expresado algunas ideas en torno a la relación entre la puesta en práctica de la proyección externa del Estado (Política Exterior), con el interés nacional siendo éste permanente y estable en el tiempo, sea quien

sea el gobierno de turno o el modelo ideológico que establezca las pautas internacionales.

Ahora intentaremos profundizar un poco más en el difuso y poco claro concepto del interés nacional (IN) ya que, como dijimos en otra oportunidad, su definición como "estable y permanente", puede estar predeterminada por los intereses de clases, grupos de presión o fracciones dominantes en la formulación de la política exterior, que disfrazan demandas sectoriales bajo la capa mágica de los "intereses permanentes de la Nación". Por otra parte, aun suponiendo consenso en la definición del interés nacional, puede ser que ella sea restringida o poco clara, en lo que concierne a las perspectivas de una nación soberana en el contexto mundial.

Para Mario Amadeo, "el interés nacional es una fórmula genérica, de contenido variable y de interpretación controvertible. Para algunos, el interés nacional puede significar ser más ricos; para otros ser más poderosos; para los de más allá, ser más respetados y así sucesivamente. La expresión "interés nacional" no permite, por tanto, avanzar mucho en el conocimiento del problema". A continuación, el tratadista argentino considera que el IN no es una meta, sino un supuesto esencial de la política exterior y que "la apelación de la formula del IN como objetivo central de la política exterior surge de una interpretación errónea de su significado" (1).

Los diccionarios definen el "interés" como "lo que a uno le conviene", "valor que en sí tiene una cosa". Por Nación se entiende a una sociedad natural de hombres con conciencia y destino común, que, integrada a través de un aparato legal-coercitivo, se transforma en un Estado nacional, soberano e independiente reconocido como tal —al menos en sus aspectos formales— por la comunidad mundial. El inte-

rés nacional sería, entonces, lo que le conviene a la nación en su totalidad o el valor que tiene para la comunidad en su conjunto, la obtención de algo que ha de beneficiar a todos o satisfará un objetivo prioritario del Estado, inserto en el concepto global del IN.

Para J. Plano y R. Olton, el IN es el "objetivo fundamental y factor determinante final que sirve de guía a los creadores de decisiones de un estado para trazar la política exterior". Continúan expresando que, "típicamente el IN de un Estado es un concepto sumamente generalizado de aquellos elementos que constituyen sus necesidades más importantes. Entre ellos, se incluyen la propia conservación, la independencia, la integridad territorial, la seguridad militar y el bienestar económico. (2)

Así, pues, sería más correcto hablar en plural de intereses nacionales, aunque el IN, como veremos más adelante vendría a ser una suerte de "matriz" de dichos intereses esenciales para un estado soberano. En todo caso, el problema principal de la creación de una política exterior y también el de la diplomacia, consiste en transformar el interés relativamente vago y general de una nación, en objetivos y medios concretos y precisos (3).

La evolución del concepto del IN se esbozó a través de varias etapas. El interés "dinástico" de los antiguos monarcas, fue sucedido por la *raison d'état*, la que se entremezcló con la ambigua idea del "honor nacional". Luego, ante la creciente influencia de los aspectos económicos en el desarrollo de los estados, el concepto entró en un cono de sombra, hasta el famoso trabajo de Hans Morguenthau, numen de la escuela "realista" en política internacional, cuyos seguidores postulan que la adquisición y el uso del poder, es el interés primario de todo estado moderno y consecuentemente, el IN

se define en términos de una ecuación de poder y "egoísmo" por preponderancia frente a cualquier otro componente del IN del Estado (4).

Tras la controversia entre las escuelas "idealista" y "práctica" acerca del interés nacional, poco se hizo por definir con claridad el concepto y éste sigue siendo utilizado por los artífices de la política exterior indiscriminadamente.

Sin embargo, es evidente que las naciones tienen intereses. Resulta claro, además, que aunque algunos de los intereses parciales que configuran al IN pueden ser fruto de determinadas influencias en la conducción de la política exterior, no es menos cierto que todo Estado soberano, sea cual sea su sistema político y su régimen de gobierno, tiene algunos intereses básicos que no entran en la discusión, que gozan de unánime apoyo. Puede variar la utilización de los instrumentos y la aplicación de los medios (con variados éxitos o fracasos), para la consecución de esos intereses, pero ellos intrínsecamente no están en juego. Tanto a los Zares como al Politburó soviético actual, estamos seguros que les importaba y les importa, la expansión territorial rusa y el "protectorado" tradicional que han ejercido sobre las pequeñas naciones de habla eslava. A los Estados Unidos, por otra parte, siempre le ha interesado mantener su preponderancia en el hemisferio occidental. ("América para los americanos" decía Monroe, pero con referencia a sus paisanos y no a los "otros americanos", es decir, el resto del continente). Ambas naciones con el transcurso del tiempo y una de ellas a raíz de una gigantesca revolución, han cambiado por cierto el énfasis y los medios, quizá hasta repudiando algunos intereses residuos de otras políticas, pero se han cuidado de mantener los esenciales a los que agregan hoy en día sus respectivos valores e ideologías. En un estudio histórico del

comportamiento de cualquier otro Estado nacional, observaríamos un fenómeno similar en la persistencia de algunos postulados de su conducta internacional, con las lógicas variantes que presentaría frente a las pautas de las actuales superpotencias, ya que es probable que más bien esté "condicionado" en torno a algunos valores, que pugnando por su supremacía o promoción.

Con respecto a Bolivia, tres categorías muy amplias hacen a su problemática internacional: a) comercio exterior; b) asistencia externa para el desarrollo y c) seguridad e integridad (5). Cada una de estas grandes categorías abarca por cierto, una compleja gama de factores y ellas actúan interrelacionadas entre sí, con mayor o menor preponderancia, según sea el caso y de acuerdo a la política exterior trazada para determinada coyuntura de política interna. No habrá ningún gobierno, por otro lado, que en el contexto nacional no postule grandes objetivos como el "bienestar", el "crecimiento económico", la "redistribución equitativa del ingreso" y otros objetivos generales que hacen a cada plataforma del pensamiento político y que en lo interno ha dado por llamarse genéricamente el "interés público" por contrapartida al IN usado en política exterior.

Nuestra salida al mar, por ejemplo, forma parte del IN, desde el momento en que es objetivo histórico y permanente que, al no alcanzarse, atenta contra nuestro comercio exterior soberano, por definición actualmente dependiente de tarifas, huelgas y manipuleos exógenos a la voluntad nacional. La asistencia externa para el desarrollo se ve trabada también, ya que los costos de transportes, derivados de nuestra mediterraneidad, encarecen las llamadas tasas de retorno de los proyectos de inversión. Finalmente, es obvio que la seguridad y la integridad nacionales no estarán completa-

mente salvaguardadas, mientras no se solucione el drama del enclaustramiento marítimo. Hasta aquí lo objetivo y "real" sobre el problema, sin entrar a considerar ese "algo" indefinible que hace al "ser nacional", aspecto psicológico sumamente importante que ha convertido a la sensación de claustrofobia de los bolivianos en el centro de nuestras preocupaciones internacionales.

Si estamos de acuerdo, entonces, en que las naciones tienen intereses que en lo externo se proyectan como IN y en el interno como interés público, podemos ahora apelar al concepto de IN dado por D. Nuechterlein quien lo define como, "las necesidades percibidas y los deseos de un estado soberano en relación a otros estados soberanos que constituyen su ambiente externo" (6). La percepción implicaría que el interés es fruto de un proceso político a través del cual los conductores de un país llegan a una decisión acerca de la importancia para el estado de un determinado evento externo, considerando los intereses globales de la nación.

Al interés nacional se lo podría descomponer en cuatro intereses básicos: de defensa, económicos, los vinculados con el orden mundial y los de carácter ideológico. El primero tiene que ver con todos los aspectos relacionados con la seguridad del estado, amenazas a la integridad territorial y protección de los nacionales frente a agresiones externas. El segundo realza los factores que hacen al desarrollo y bienestar económico de una nación. El tercero se conecta con los grandes lineamientos de un orden mundial relativamente favorable en lo político y en lo económico, para el normal desenvolvimiento del estado. El cuarto tiene relación con la protección o promoción de los valores fundamentales que comparten los dirigentes y habitantes de un estado y que

consideran que son valores buenos y legítimos, inclusive a nivel universal.

El orden, por cierto, no refleja prioridades de uno en detrimento de otro, aunque es evidente que si un país no puede defender su heredad territorial, ninguno de los otros tres intereses tendría sentido. En segundo lugar, estos intereses no son mutuamente excluyentes y más bien pueden darse bajo numerosas combinaciones.

A su vez, es importante añadir que los intereses básicos, cuya suma es el interés nacional, presentan distintas escalas de intensidad, que son: a) de *supervivencia,* cuando la propia existencia de la nación se encuentra en peligro (probablemente sólo un interés de defensa llegue a este extremo); b) *vitales* que pueden involucrar cuestiones de defensa, más aspectos económicos de ordenamiento internacional e ideológicos; c) *importantes,* en cuyo contexto se inscribe la mayoría de los problemas internacionales sujetos a negociación diplomática y que requieren de una pronta solución para no pasar a convertirse en vitales; d) *periféricos,* serían aquellos problemas que no alcanzan a afectar directamente al estado, pero que requieren siempre rápida atención.

Con estos datos, es posible construir una matriz del interés nacional (MIN):

M.I.N. (7) (*)

Intereses básicos	*Intensidad del interés*			
	Sobrevivencia	*vitales*	*importantes*	*periféricos*
1. Defensa Nacional	......	..X..	....	......
2. Bienestar económico	......	..X..	....	......
3. Orden mundial favorable	......	......	.X.	......
4. Promoción de valores	......	......	....	..X.

(*) Las marcas corresponden al ejemplo de la salida al mar de Bolivia.

Esta matriz del interés nacional (MIN), no solamente reviste un interesante carácter académico, ya que también puede ser utilizada en el análisis de la política exterior. Por ejemplo, nuestra salida al mar afectaría a la defensa nacional en lo vital y no como factor de sobrevivencia, ya que la nación ha podido seguir su vida independiente pese a esa tremenda mutilación. Según el interés del bienestar económico, podríamos expresar que también es vital para el futuro desarrollo boliviano, el superar la actual situación de enclaustramiento. Para un orden mundial favorable, en el contexto latinoamericano, es evidentemente importante, y finalmente, en lo que hace a la promoción de valores, habría que señalar que al margen del triunfo de la justicia internacional, desde el punto de vista de la ideología, resulta periférica la cuestión.

Los tres grandes problemas sustantivos que tiene Bolivia en el campo internacional también pueden inscribirse en la matriz del interés nacional. El comercio exterior y la asistencia externa serían de intensidad vital, estando incluídos en los intereses básicos dos y tres. La seguridad e integridad tendría intensidad de sobrevivencia, ubicada en el interés básico uno. Además, cualquier estudio parcial de lo que cada uno de estos tres grandes problemas incluye dentro de sí, puede a su vez realizarse utilizando el método de la matriz del interés nacional.

La MIN permite, pues, una inmediata percepción de cualquier problemática internacional y hasta la posibilidad de comparar en base a la misma matriz, las diferentes posiciones de los países o áreas sujetos a un trámite diplomático o a un potencial conflicto de intereses.

Estos avances contemporáneos realizados sobre la vieja idea del interés nacional, son muy importantes y conviene tenerlos presentes a la hora de la formulación de decisiones

en la crítica conducción de la política exterior, tan importante para el futuro de nuestra República.

NOTAS

(1) Mario Amadeo. *Política Internacional.* Buenos Aires.
(2) J. Plano y R. Olton, "Diccionario de Relaciones Internacionales", (Limusa - Wiley, México).
(3) F.A. Sondeman, "The Concept of National Interest" (*Orbis,* Volumen 21 Number, One spring 1977).
(4) *Op. cit.*
(5) Nuestro trabajo: "Geopolítica y relaciones internacionales" (PRESENCIA, 1º de enero de 1978) y J. Holland, "Bolivia" en Latin American Foreign Policies (J. Hopkins University Press, USA).
(6) D.E. Nuechterlein, "The Concept of National Interest: a Time for New Aproaches" (*Orbis,* Volumen 23, number one, Spring 1979).
(7) *Op. cit.*

SEMANTICA POLITICA
(Abril 1979)

En estos momentos de apertura electoral y ante la natural relevancia que adquiere el lenguaje político, vale la pena recapitular acerca de términos comúnmente usados y que sin embargo, no alcanzan a tener un significado claro, siendo más bien ambiguos y hasta anfibológicos.

La semántica, como disciplina encargada del estudio del significado, es una rama importante del conocimiento científico ya que a través de ella, se clarifica el lenguaje y el contenido del "mensaje" que las palabras arrastran consigo, que no siempre es claro y preciso. No debemos olvidar que el lenguaje es, en definitiva, un conjunto de símbolos sobre los

cuales nos hemos puesto de acuerdo para que cada uno de ellos signifique o represente algo. Y esto es cierto hasta en aquellos símbolos que no son palabras; el clásico ejemplo de la luz roja como señal de "peligro" es suficientemente ilustrativo. Por convención, derivada de la costumbre o de alguna suerte de acuerdo común, se decidió que dicha tonalidad cromática tenía ese significado en determinadas circunstancias y hoy así se lo reconoce universalmente.

El término "mesa" por citar un burdo ejemplo, es suficientemente claro para nosotros y si bien podemos enredarnos en discusiones acerca de la definición precisa de "mesa", todos sabemos qué es y para qué sirve. El uso de la palabra ha clarificado el concepto y en todo caso, para mayor precisión, se adjetivará el término para decir "mesa de tocador", "mesa de comedor", etc., pero todos, repetimos, sabemos bastante bien qué es una mesa, aunque no la podamos definir conceptualmente con precisión.

Los estudiosos del lenguaje han realizado innumerables teorizaciones en torno a su uso y utilidad práctica tanto en la vida cotidiana, como en el conocimiento científico. Desde luego, no pretendemos adentrarnos en las profundidades filosóficas del estudio del lenguaje sino aclarar cómo el uso de los términos clarifica el concepto o bien lo torna aun más confuso, pero en una confusión que, paradójicamente, termina siendo "clara" y "asequible". Por ejemplo en estos días ha estado muy de moda referirse al Shah de Persia o Irán, debido a los tumultos provocados en ese país como resultante del derrumbe de su régimen autocrático. Pocas personas, sin embargo, se han detenido a reflexionar acerca del término "Shah". Algunos pensarán que así se llama al Rey de Irán; otros pensarán que es un denominativo característico de los emperadores de ese otrora milenario Imperio, ahora conver-

tido en flamante República. La verdad es que "Shah" significa "Rey" en idioma castellano y personalmente no sabemos porque, de mucho tiempo atrás, los medios de comunicación se han referido al "Shah de Irán" y no al "Rey" de Irán, que sería para todos algo mucho más claro y preciso. Es como si en lugar de referirnos a la "Reina de Inglaterra", digamos, hasta convertir la palabra en común para el uso cotidiano, "la Queen de Inglaterra", por ser "queen" el equivalente de reina en nuestro idioma.

Podemos encontrar otros ejemplos. También ha estado de moda referirse en estos días a "Alá" y a la religión islámica. En realidad "Alá" quiere decir "Dios" en la traducción del árabe al castellano y cuando se dice "Alá es grande" se está repitiendo algo que muchos cristianos también pregonan y no una suerte de fanatismo musulmán "infiel" o algo por el estilo. Daría la sensación, incluso, que hay hasta una suerte de "perversidad ideológica" de los medios mundiales de comunicación, al insertar en los respectivos lenguajes de los países, algunos términos sin su traducción común por significado equivalente del lenguaje al idioma respectivo. ¿Qué connotaciones antipáticas podría tener si al referirnos a la Iglesia anglicana dijéramos "God" es divino? Seguramente se pensaría que se trata de "otra cosa" y, sin embargo, "god" es Dios en idioma inglés, pero en este caso, no se hace lo que sí es corriente con la palabra en árabe.

El Kayser alemán fue otro de los típicos ejemplos. De alguna manera era más llamativa la palabra germana, que su traducción al idioma respectivo y así se la utilizaba permanentemente.

Podríamos citar muchos otros ejemplos de la distorsión del significado de las palabras en el lenguaje de la política internacional, reflejada en los medios masivos de comunica-

ción. En todo caso, ahora pasaremos a analizar la terminología política que a fuer de abundante, peca también por su ambigüedad y por los distintos significados que se le da a las palabras, según como se las utilice o se las quiera interpretar.

En nuestro país, el año 1977 estuvo de moda el llamado proceso de "constitucionalización", lo cual como advertimos en estas mismas páginas, era francamente incorrecto, ya que mal puede hablarse de "constitucionalización en un país que ya está jurídicamente organizado y que por definición tiene que tener —escrita o no escrita— una Consitución, una suerte de Ley fundamental. Ahora, que sea buena o mala, que no satisfaga las aspiraciones del pueblo, etc., es asunto aparte: lo importante es que ninguna agrupación humana que se organiza jurídicamente puede estar "desconstitucionalizada", aunque si puede suceder que sus leyes no sean las mejores ni las más apropiadas.

El término correcto que debería haberse usado era el de "retorno a la vida constitucional" "regreso a la presencia de los poderes establecidos por la Constitución" o algo por el estilo, ya que "constitucionalizar" será apto en todo caso, al crear una República y no como mecanismo para retornar a su práctica jurídica establecida y temporalmente abolida, por razones derivadas de un gobierno *de facto*.

El profesor Jorge García Venturini, ha publicado recientemente su último libro, al que tituló "Politeia" (Ed. Troquel, Buenos Aires), y en su parte introductiva, menciona justamente una serie de confusiones habituales en el idioma político cotidiano; de ahí entonces el esfuerzo que realiza en los primeros capítulos para clarificar el uso de palabras políticas, aunque claro está —valga la aclaración— el autor da las precisiones que él considera adecuadas, no siendo siempre

éstas las que otros politicólogos consideraron ni como aptas ni como mejores. En todo caso, y teniendo presente esta tesitura, glosaremos ahora algunos conceptos del libro citado.

García Venturini considera que es necesario distinguir *comunidad y sociedad*. La primera es definida por él como una agrupación humana que posee una fuerte dosis de sentimientos y hábitos comunes a todos sus miembros, productos de una herencia también común. La sociedad, sería una agrupación humana que resulta de la decisión inteligente y voluntaria de sus miembros, movidos para realizar una tarea común. Siguiendo a Tonnies, la comunidad sería voluntad de esencia y la sociedad voluntad de elección. Luego cita a Maritain: "La comunidad es un producto del instinto y de la herencia en circunstancias dadas y armazones históricos determinados; la sociedad es una resultante de la razón y de la fuerza moral".

Con respecto a otro término fundamental —*la nación*— nuestro autor tiene dos acepciones. La primera y más clásica, designa a una comunidad humana —no una sociedad— relativamente numerosa que presenta con cierta nitidez rasgos comunes como raza, religión, hábitos, recuerdos y perspectiva común de futuro.

En cuanto a la etimología —del latín nasci— sería "el lugar o medio donde se nace", pero esta definición —prosigue— es ambigua y ambiguo ha sido su uso. Asevera entonces que, en la primera acepción, la nación sería una comunidad y, por tanto, amorfa y acéfala. No sería válido hablar de "autoridad nacional", aunque ésta se ha transformado en una expresión frecuente en nuestros días.

En su segunda acepción, nación designaría al conjunto de individuos reunidos bajo una ley común y un mismo gobierno, resultando así, sinónimo de país. De esta forma, podemos

decir "nación francesa", "nación rusa" o "nación boliviana" según sea el caso.

Advierte empero, que esto se ha popularizado recién a partir de la Revolución Francesa y que el uso ha terminado por legitimar las dos acepciones, pero conviene —asevera— saber qué quiere decirse en cada caso, para evitar la promiscuidad semántica.

El autor se pregunta luego cual sería la designación adecuada de entidades que llamamos España, Bolivia, Argentina y para las que cada vez resulta más común la utilización del término "nación" en su segunda acepción.

Dos vocablos se disputarían tal realidad: *sociedad política* y *Estado*. Esto daría la pauta de que nación y estado son sinónimos: cosa que no ocurre así, pero que en la práctica sí sucede; basta citar a la Organización de las Naciones Unidas y a la Organización de Estados Americanos, para ver cómo se produce el intercambio generando aun más confusión en la frágil estructura lingüística de la teoría política.

El autor considera luego que el nombre y la definición de *sociedad política,* como asociación de hombres que viven en un determinado territorio, sometidos a leyes y a un gobierno común, sería la más adecuada, aunque tampoco salva algunos inconvenientes pues puede prestarse a numerosas confusiones en su uso cotidiano. Quizá, agrega, decir *sociedad política autónoma* sea más preciso, pero su practicidad sería muy relativa. Viene entonces la comparación con la expresión griega *polis* cuya traducción correcta es "ciudad" en el sentido de "sociedad política" y no la imprecisa "ciudad-Estado" con que lo hacemos habitualmente. También menciona el uso antiguo de política (república) y que luego los romanos usaron *civitas, respública e imperium,* hasta el medioevo cuando comenzó a utilizarse *regnum*. *Desde* el siglo

XVIII estos términos no fueron idóneos y comenzaron a circular "país", "nación", "estado", "sociedad política", "cuerpo político".

Con respecto al *Estado*, esta expresión ha generado innumerables discusiones ya que se la ha definido de muchas maneras, al calor del pensamiento de cada teórico de la política. En su acepción contemporánea, puede representar a la sociedad política (estado-sociedad), como al poder público (estado poder). Compartimos la opinión de nuestro autor al considerar al segundo significado como el más claro.

Sin embargo, las deficiencias semánticas en torno a la palabra *Estado* se han prestado y se prestan para muchos usos erróneos del término. Sin ir muy lejos, la síntesis totalitaria de Mussolini: "todo dentro del Estado, nada fuera del Estado, nada contra el Estado", permitiría que la expresión abarque la globalidad de la sociedad política, del poder y del "conductor" o "duce".

Concluye expresando que la confusión semántica es siempre arsenal terminológico al servicio de la demagogia y la tiranía y que es necesario optar -al referirse al Estado- por una acepción clara, precisa y definida unívocamente. Al respecto, es útil recordar que en el lenguaje del Derecho siempre se habla de "Estado" como la "nación jurídicamente organizada" y formada por sus componentes: territorio, población y poder. Esta es una definición, que si bien tiene carácter didáctico, puede ser altamente discutible, al menos en el contexto de la moderna Ciencia Política.

Con respecto a *gobierno*, García Venturini considera que la expresión puede ser usada con dos significados diferentes. En un primer y abstracto sentido, es equivalente a Estado, en su acepción de *estado-poder*. Así por ejemplo, cuando se dice: "crédito otorgado al gobierno", "los ferrocarriles son del

gobierno". Allí en lugar de gobierno podíamos decir Estado.

En un segundo y concreto sentido, gobierno haría referencia a la persona o determinadas personas que ejercen en un momento dado los poderes del Estado. Así, cuando se habla de "la caída del gobierno", "el gobierno se trasladó a la nueva capital", etc., no hay equivalencia con Estado.

De todos maneras, prosigue, gobierno implica los tres poderes tradicionales (ejecutivo, legislativo y judicial). Sin embargo el hábito legitimó el uso de "gobierno" para designar al poder ejecutivo solamente, con lo que entramos en una nueva complicación, ya que si decimos "jefe de gobierno" para designar al primer ministro en un régimen parlamentarista y ello podría ser medianamente aceptable, resulta —añade nuestro autor— un soberano "disparate" llamar al Presidente de la República "Jefe del Estado", pues si *Estado* son los tres poderes de la sociedad política misma, mal podría ser "Jefe de Estado" el presidente ya que sus facultades constitucionales son las de titular del poder ejecutivo y jefe de la administración.

Consiguientemente —aclara— el título de Jefe de Estado sólo correspondería a quien detente la dirección de todo el aparato estatal en sus tres ramas de gobierno: sería adecuado para un monarca absoluto o un dictador, pero jamás para el Presidente de un república con división de poderes.

Vemos, pues, cuán importante es la semántica política y cómo resulta imprescindible clarificar y precisar conceptos en tan importante campo de la conducta humana. Cabe esperar entonces que, en nuestro calendario de retorno a la vida democrática, seamos capaces de utilizar un vocabulario que no se preste a confusiones y que esté definido de acuerdo a pautas que sean perfectamente compatibles con lo que el pueblo espera de sus dirigentes. Un retorno a la vida insti-

tucional será más adecuado, si no transformamos a la fraseología política en una torre de Babel.

¿ASTROLOGIA O GEOPOLITICA?
(Marzo 1979)

Hemos sido espectadores, a través de distintos medios de comunicación en los últimos tiempos, de la tremenda conmoción que ha sufrido el milenario imperio persa —hoy Irán— a punto de convertirse en flamante república islámica.

No nos cabe bajo ninguna circunstancia explayarnos sobre el tema, que ha sido tocado hasta la saciedad por agencias internacionales de noticias y otros comentarios especializados. Lo que sí conviene destacar, en todo caso, son algunos detalles con respecto a la crisis iraní y a lo que ello significa, desde el punto de vista de la dinámica de la política internacional. ¿Por qué Irán ha copado los titulares de prensa? ¿Por qué así lo quisieron las agencias noticiosas? ¿Por qué así lo deseaba Estados Unidos de Norteamérica? ¿Por qué es un país sumamente atractivo para el resto del mundo? Nos atrevemos a pensar que por ninguna de esas circunstancias. Irán, de alguna manera, ha sido noticia en el mundo por su importancia estratégica como productor de petróleo y abastecedor del mismo para países industrializados de Europa Occidental, para Japón y Estados Unidos como también y quizás, esencialmente, por la ubicación geográfica que tiene.

No podemos olvidarnos que Irán durante muchos años ha sido el custodio del Golfo Pérsico; ha controlado el estrecho de Hormuz y que, a su vez, Irán ha significado la última barrera que en esa zona del mundo, separa a la Unión Soviética de mares cálidos, que han sido el dolor de cabeza y la aspiración rusa, desde la época de los zares hasta

la era en que vivimos, con lo cual resulta que, de alguna manera, la geopolítica vuelve a tener inusitada vigencia tanto en esta área como en otras áreas cruciales del mundo. Es importante recalcar esto, puesto que muchas veces se confunde la geopolítica con determinadas doctrinas exhumadas del panteón de la historia política y se refiere a ella como si fuera una suerte de astrología. En realidad, si vamos a hablar de astrología, también puede ser astrológica la economía, la sociología y la propia teoría política, según los absurdos a los que nosotros querramos llegar, pero sin embargo, también pueden ser —lo son— ciencias basadas en postulados coherentes cuando se asientan en premisas de relativa validez universal.

Es un hecho real, como lo hemos reiterado en muchas oportunidades, que a la geopolítica podemos definirla como a la relación entre el poder político y el asentamiento geográfico. Desde el momento, entonces, en que la geografía está ligada a una noción de poder; es decir, a la capacidad de imponer nuestra voluntad, vemos entonces cuán vital resulta aún en la época de los misiles, los cohetes intercontinentales y las ojivas nucleares, la geopolítica como ingrediente esencial en las relaciones internacionales, como elemento capaz de precisar los alcances, los medios y hasta los fines de una política internacional.

Si de alguna manera el Irán se ha convertido en un tremendo problema para Occidente y en una expectativa para Rusia repetimos, ello no es debido al problema político interno del Irán, que con ligeras variantes y dejando de lado el dramatismo que impone la actual mística en torno al Islam, podría haberse dado en otros países. Inclusive hasta el nivel de bajas en Irán, no ha sido mucho mayor del que podría esperarse en cualquier otro tipo de revuelta; lo que

realmente ha motivado la expectativa mundial en torno al Irán, es su ubicación geográfica. Vemos, pues, cómo la geografía sigue teniendo un papel preponderante en los pueblos y cuando a la geografía se la mezcla con el poder político, tenemos entonces un cóctel explosivo que algunos llamarán astrología, otros llamarán geopolítica y no faltarán algunos más, que busquen otras sinonimias. De todas formas es imprescindible recapitular sobre todo esto, porque sin una conciencia geográfica, sin un sentimiento adecuado en torno a lo que significa la posición de una nación en el mundo en torno a áreas conflictivas en las que las grandes potencias se encuentran involucradas, la geopolítica no tendría validez, sobre todo cuando tratamos de inculcar un nuevo conocimiento geopolítico, el conocimiento geopolítico basado en la dinámica de la política internacional contemporánea, el conocimiento geopolítico no dogmático, conocimiento geopolítico que poco tiene que ver con doctrinas expansionistas ni con pensamientos del pasado, como muy poco también tienen que ver la sociología contemporánea o la teoría política de hoy, con postulados pasados de moda y que ahora son, por decir lo menos, simples capítulos de la historia de las ideas.

Es este el tópico que nos ha motivado hoy, reflexionar acerca de cómo todavía en esta era de prodigioso desarrollo técnico, la geografía, la teoría de localización, sigue teniendo un papel preponderante.

Solamente el tiempo y la forma en que el ayatollah Khomeini logre estructurar un sistema de consenso en Irán, nos dirán cuáles serán los parámetros políticos de este país. Por ahora, nos quedamos con esta interrogante. ¿Es válida la geopolítica? Nosotros creemos que sí; dejamos en todo caso al lector, la posibilidad de que él juzgue por sí mismo.

UN NUEVO ENFOQUE SOBRE LOS SISTEMAS DE GOBIERNO

(Enero de 1979)

El profesor alemán Theo Stammen, en su interesante manual "Sistemas Políticos Actuales" (Ed. Guadarrama, Barcelona), nos ofrece una visión didáctica que —como expresa él mismo en su introducción— quiere "poner al alcance de un mayor círculo de lectores conocimientos científicamente ya asegurados sobre la naturaleza y estructura de los modernos sistemas de gobierno".

Stammen, considera que la actualidad está signada por la unitaria e interdependiente conexión político-internacional. que la bipolaridad resulta un rasgo fundamental en el mundo y. además. considera que el momento político-social ejerce una decisiva influencia en el campo de la política internacional de nuestros días. En base a estos tres conceptos, nos ofrece una interesante visión del mundo en su conjunto, que le sirve de punto de partida para su posterior ingreso a lo que él llama nuevo "círculo de problemas", donde define a los tres sistemas de gobierno conocidos ampliamente por el lector: a) el grupo de las llamadas democracias occidentales; b) los sistemas comunistas y c) un grupo que se distingue mucho más por la identidad general que le sirve de base y por los problemas a solucionar que de ahí se les plantean. que por la igualdad o uniformidad de sus estructuras políticas. Este grupo es el de los llamados "países en desarrollo".

El autor considera simplista esta distinción y recurre a ella sólo con fines expositivos, ya que la sola heterogeneidad de las formas de gobierno de las naciones del último grupo, tornaría mucho más compleja esta triple clasificación.

Preguntarse por el sistema de gobierno de un Estado no significa otra cosa que preguntar por el *modo y manera* cómo ese Estado es gobernado. Aquí cabe recordar que la palabra "gobierno" deriva del latín "gubernare" (dirigir, pilotar) y ésta del griego "Kiberuan" que a su vez dio origen a la palabra "cibernética", denotativa de los procesos de orientación, control y gobierno, propuesta por el francés Ampére y retomada luego por el matemático norteamericano Wiener.

De ahí entonces que la figura de "La Nave del Estado" ha estado siempre presente en la literatura política. Quien gobierna, los que gobiernan, dirigen y controlan al Estado, comunidad, tribu o grupo social sobre el que ejercen poder.

Volviendo a Stammen, nuestro autor considera que hay tres preguntas esenciales que nos pueden ayudar a comprender las características decisivas de un sistema de gobierno. ¿Cuáles son las instituciones supremas y decisivas en un sistema de gobierno y cuál es su relación entre sí? Esta primera pregunta se orienta hacia las instituciones políticas e interroga además por la amplitud del poder, por la distribución de ese poder y por las posibilidades de mutuo control de los gobernantes.

¿Cómo son ocupados en un sistema de gobierno los puestos de mando existentes en las Instituciones Políticas? Esta segunda pregunta apunta a la singularidad de la construcción del proceso de formación de la voluntad política en un sistema de gobierno, afirma Stammen. Está conectada además —agrega— a la tercera y última pregunta: ¿De qué manera y hasta qué punto la sociedad de un Estado está integrada en cada caso en el proceso político de un sistema de gobierno?

Estas tres preguntas pueden plantearse a cada sistema en particular, pero primeramente habría que observar, según

Stammen, los *modelos imaginables*, entre los que habría dos alternativas, esto es, respuestas excluyentes y opuestas.

Con respecto a la primera pregunta, nuestro autor expresa que si bien el número de instituciones políticas en los sistemas de gobierno puede ser cualquiera, fundamentalmente sólo hay dos posibilidades de solucionar el problema central de la repartición del poder. Siguiendo a Karl Lowenstein, asegura que el poder es *monista o pluralista* y que la distinción entre el ejercicio compartido del poder político y el control compartido del mismo, y el ejercicio concentrado del poder sin control, crea el marco conceptual de la fundamental dicotomía de los sistemas políticos en *constitucionalismos* y *autocracias*.

Para la segunda pregunta, habría de nuevo dos respuestas alternativas. El proceso de formación de la voluntad política es pluralista o monista. En el primer caso, habría libre participación; en el otro caso, ésta estaría reducida a un grupo privilegiado y manipulada por los sectores dominantes.

La tercera pregunta, ligada a la segunda, como se expresó anteriormente, tiene también sus alternativas, siempre en el contexto de los modelos imaginables. Afirma Stammen que una sociedad ordenada políticamente, no es ninguna aglomeración suelta de hombres que poco y nada tienen que ver entre sí; hay que tener en cuenta que más allá de los fenómenos normales de cooperación, esos hombres forman una comunidad que tiene por base orígenes, concepciones, juicios de valor comunes, etc. Sin esa base de concordancia y consenso, una sociedad tendría sus días contados. Consecuentemente, es válido pensar en dos formas de integración política: la *total*, en la cual Estado y Sociedad son idénticos y que en último término deviene en totalitarismo ya que sólo puede ser sostenida por la fuerza, y la integración política *parcial*, además

de la cual hay numerosas y voluntarias maneras de integración social con valor propio.

Resultarían, pues, dos posibles tipos extremos de sistemas de gobierno:

1.– EL SISTEMA CONSTITUCIONAL

a) División de Poderes, estructura pluralista del poder.

b) Formación abierta y pluralista de la voluntad política.

c) Integración política parcial.

2.– EL SISTEMA AUTOCRATICO

a) Concentración de poderes, estructura monista del poder.

b) Formación monopolizada de la voluntad política.

c) Integración política total.

Estos modelos pasarían a tener un valor orientador para posteriores análisis y como posibilidades extremas para la realización de sistemas políticos, consignan un marco teórico adecuado para ulteriores reflexiones, concluye el profesor Stammen, antes de ingresar al estudio de los sistemas de gobierno de las democracias occidentales.

II

Evidentemente, lo que nos propone Stammen no es nada novedoso. Lo interesante es, en todo caso, su forma tan didáctica de clasificación, sobre la cual, empero, también hay que ser cuidadoso pues según el nivel de lenguaje, algunos conceptos pueden tener un significado distinto. Tal es el caso, por ejemplo, de "sistema", que si lo utilizamos de acuerdo a otra categoría de análisis, puede pasar a tener connotaciones bastante diferentes a las de Stammen.

Sin entrar en pormenores acerca de estas importantes, pero para nuestro contexto marginales acotaciones, sigamos con la glosa del trabajo.

Al referirse a los sistemas de gobierno de las democracias occidentales, Stammen hace un recuento detallado del sistema parlamentario de gobierno, explicando luego cómo funciona éste en Gran Bretaña y en los Estados de la Commonwealth. Continúa luego con los países escandinavos, Bélgica, Holanda, para extenderse luego en la forma de gobierno de su país natal —Alemania Federal— y proseguir con Austria, Italia y Japón, agotando, de esta forma, la amplia gama de matices que ofrece el sistema parlamentario.

Prosigue analizando el sistema presidencialista de gobierno, cuyo paradigma resulta estar en los Estados Unidos de Norteamérica, y luego en una sección se refiere a "las imitaciones del sistema presidencialista de gobierno en los países hispanoamericanos", parte sobre la cual nos extenderemos ahora.

Stammen considera que, así como el sistema inglés se propagó como ejemplo en otras latitudes, también el sistema norteamericano tuvo sus seguidores. Señala así que, a diferencia del británico, el americano no fue imitado ni con tanta frecuencia ni con tanto éxito. Afirma que en Europa no se lo adoptó y que el principal impedimento para ello radicaba en la excesiva concentración de poder, para las condiciones europeas, que reunía el sistema presidencialista.

Sin embargo, a continuación cita algunas influencias parciales del sistema americano sobre las instituciones políticas europeas, pero haciendo hincapié en que no hubo "copia" ni "asimilación" del modelo.

En cambio, asegura que los países hispanoamericanos adoptaron *globalmente* el sistema estadounidense de gobierno. Claro que, añade Stammen, el sistema presidencialista ha adquirido en Hispanoamérica un carácter completamente diferente y que en ninguna parte ha fundado una democracia

estable. Prosigue afirmando que "el ejemplo de la adopción del sistema presidencialista de gobierno por los Estados hispanoamericanos, pone especialmente en evidencia lo poco que una adopción —exteriormente exacta— de instituciones políticas, garantiza el funcionamiento de semejante sistema de acuerdo con el espíritu".

Tras una rápida visión de la problemática de nuestros países (necesaria para el prisma europeo, pero redundante para nosotros), Stammen prosigue manifestando que tras la balcanización de lo que pudo ser la gran nación hispanoamericana, lo decisivo siguió siendo hasta nuestros días que el pueblo, acostumbrado a la manera absolutista de gobernar de los españoles, no era capaz tampoco bajo el nuevo régimen de hacer valer y prevalecer sus derechos arraigados en la Constitución, casi siempre copia "fiel de la estadounidense".

No obstante los diversos trastornos políticos, Stammen considera que, pese a las innumerables "reformas constitucionales", las Cartas Magnas de los países hispanoamericanos han seguido siendo básicamente las mismas, con la natural evolución y agregados que trajo el tiempo. El modelo básico fue siempre el presidencialista, distinguido hasta por la elección separada del Parlamento y del Presidente. En todos los sistemas del continente —afirma— llama la atención la situación especialmente "fuerte" del Ejecutivo y que justamente este motivo que invalidaba la adopción del modelo para las naciones de Europa Occidental, fue el que lo hizo terriblemente atractivo para América Latina. La herencia del precedente régimen hispano, monárquico y absolutista, influyó determinantemente. El Presidente pasó a ser una suerte de "Virrey Constitucional", de Virrey por elección; así, pues, también un Monarca suplente.

Frente al Presidente está el Congreso con una o dos Cámaras, según el caso, y también, siempre de acuerdo al modelo norteamericano, existe un Tribunal Supremo de Justicia. Insiste Stammen en que más allá de estas semejanzas formales, las diferencias con Estados Unidos son enormes. Es característica la tremenda supremacía del Presidente en América Latina, la que hace aparecer al Presidente norteamericano —fuerte de por sí para el patrón europeo— como un "títere" del Congreso en la comparación.

Esta primacía presidencial, que mayoritariamente deriva en la conversión del Presidente en Dictador, viene dada por relaciones de hecho y costumbre y además en términos jurídicos, ya que legalmente el Parlamento está subordinado al Presidente. Al respecto, ver el Art. 96 de la Constitución Nacional de 1967.

Naturalmente —continúa Stammen - esto significa que el equilibrio de los poderes políticos, decisivo para el éxito de un sistema presidencialista, no existe. En América Latina, el Presidente está casi siempre en situación de dominar al Parlamento con su influencia y mediante presión, hacerlo dócil a sus deseos. A todo esto, agrega, tal posibilidad le viene dada al Presidente especialmente por la singularidad de los partidos políticos hipanoamericanos, a los que hay que compararlos con la clientela que pende y depende de las personas y familias dirigentes. El partido del Presidente, prosigue Stammen, es, en cada caso, el bando personal del Presidente que espera de su apoyo un provecho personal para sí.

El profesor alemán afirma que en política interior, los Ejércitos latinoamericanos son mucho más importantes que las fuerzas políticas que cita. Textualmente dice: "Los Ejércitos de los Estados hipanoamericanos, que jamás han tenido apenas que hacer la guerra, pero no obstante existen, son un

factor de la política interna de especialísima condición. El Presidente de un Estado tiene que asegurarse sobre todo el apoyo del Ejército. En estos países, se llevan a cabo revoluciones, derrocamientos, pronunciamientos, generalmente con la participación activa del Ejército ó por este Ejército solo, o bien parte de él. El es la verdadera autoridad en estos Estados". Sobre el particular, conviene que recordemos lo expresado en PRESENCIA cuando al referirnos a los militares y a la política, en febrero de 1978, sostuvimos la necesidad de que los dos poderes estén coordinados —o concentrados— para evitar así la inestabilidad inherente a un antagonismo entre el sistema de creencias y el sistema de coacciones.

Stammen afirma luego que, a pesar de la copia exacta de las instituciones políticas del sistema presidencialista, en América Latina apenas puede hablarse de alguna democracia que funcione. Los motivos de esta falla, siempre de acuerdo con el criterio del autor, se encuentran en la estructura tradicional de la sociedad, en la forma de la economía —en parte todavía feudal— y en el bajo nivel cultural general. Finaliza señalando que, "un sistema democrático como el de los Estados Unidos va ligado a determinados supuestos de tipo social, cultural y económico y sin éstos no puede subsistir".

El libro continúa con el análisis de otros sistemas de gobierno y con el estudio del orden político en los países del Tercer Mundo. En todo caso, en una próxima oportunidad, seguiremos con nuestra glosa y lo que vale la pena recalcar ahora, al margen de los juicios que el amigo lector haya acumulado hasta aquí, es que una vez más, nos encontramos en Bolivia en una situación ante la cual hay que plantearse la pregunta fundamental del desarrollo político.

Mucho se ha hablado en Bolivia de desarrollo social, económico y otros "desarrollos". Poco y nada de desarrollo político, como proceso que lleve a la sociedad a sus fines últimos, al llamado "bien común". Cuando se intentó hacer desarrollo político, se lo hizo sin concordancia, sin consultas entre todos los sectores de la sociedad, por taumaturgos de gabinete, improvisadamente y sin asidero en la realidad nacional. Fue ese sentimiento el que allá por el 22 de septiembre de 1977 y siempre en las páginas de este diario, nos impelió a intentar definir términos que se manejaban con poca claridad, como Institucionalización, Constitucionalización y el propio desarrollo político.

La nueva apertura electoral boliviana trae consigo sentimientos entremezclados de duda y de esperanza. Duda, porque no sabemos si Bolivia con sus precarias instituciones será capaz de sobrellevar el peso de mayores alquimias políticas; esperanza, porque todos aspiramos a una Bolivia pluralista, estable y democrática, sea cual sea la cosmovisión, la ideología de unos y otros.

Los próximos meses nos dirán si somos capaces de enfrentar nuestro futuro por las vías armónicas del consenso o seguiremos el brutal camino de violencia que ha signado a la historia política nacional.

PLAN DE PESQUISA GEOPOLITICA, SEGUN GOLBERY DO COUTO E SILVA
(Noviembre 1978)

Continuando con nuestra glosa de partes pertinentes del libro del Gral. Golbery do Couto e Silva "Geopolítica del Brasil", recientemente publicado en castellano (El Cid Editor, México, 1978), hoy nos referiremos al Apéndice 2 de la

obra citada, titulado "Esbozo de un plan de pesquisa geopolítica".

Según Golbery, la pesquisa básica tendrá en vista: a) la definición de una doctrina geopolítica brasileña; b) el establecimiento de una metodología a adoptar en el estudio de los problemas geopolíticos; c) la formulación de un concepto Geopolítico Nacional.

Será posible establecer, así, las bases doctrinarias, el método general y el cuadro de conjunto de acción geopolítica, resultando una catalogación, por orden de prioridad, de los principales problemas que deberán merecer la atención del análisis geopolítico.

Por cierto que el militar brasileño permanentemente se refiere a una doctrina brasileña, lo cual es natural por ser ese su país de origen y porque toda geopolítica que no está centrada en el interés nacional, carece de sentido, salvo que uno admita situaciones de privilegio por encima de la del propio Estado, aspecto inconcebible para el análisis real y patriótico, de los fenómenos políticos y el asentamiento geográfico.

En función de lo expresado conviene tener presente que cuando glosamos los términos y decimos "nacional", Couto e Silva se refiere al Brasil, aunque ello no es óbice para que nosotros eventualmente —y si se encontrara que es aplicable a nuestra realidad el plan de pesquisa que propone— no podamos en algún trabajo empírico basado en metodología, encararlo con sentido boliviano.

Tras conceptuar a la geopolítica como la política hecha como resultado de las condiciones geográficas (siguiendo la definición de Backheuser), Couto e Silva expresa que la geopolítica sirve de fundamento y propone directrices de acción a la política y a continuación agrega que la geopolí-

tica se subordina a la Política y aplica, al servicio de ésta, los conocimientos de la Ciencia Geográfica.

Seguidamente manifiesta que como el Estado-Nación es el organismo político soberano en la actual etapa de evolución del mundo, la Geopolítica Nacional se transforma en un núcleo doctrinario fundamental. Acota luego que sólo es válida la geopolítica que sea nítidamente propia y atenta a las aspiraciones y realidades nacionales, juicio muy similar al propuesto por nosotros en nuestro trabajo sobre "Geopolítica y Relaciones Internacionales", publicado en PRESENCIA el 1º de enero de 1978.

Toda geopolítica nacional —prosigue— tiene como objetivos el bienestar colectivo del pueblo y la seguridad de la nación, señalando que el desarrollo económico es un factor primordial para el bienestar y la seguridad. Pensamos que podría haberse agregado como objetivo, la inserción efectiva de la nación en el sistema de relaciones internacionales, aspecto que quizá Golbery lo considera "dado", para la realidad brasileña.

Asimila luego la estrategia a la política de seguridad nacional y a la geoestrategia, como la parte de la geopolítica que fundamenta a la estrategia. Prosigue expresando que si se consideran los cuatro campos fundamentales de la política: el político propiamente dicho, el psico-social, el económico y el militar, también la Geopolítica y la Geoestrategia admiten idéntica repartición de su dominio total.

Se trataría en otras palabras, del análisis interdependiente de los factores del Poder Nacional.

Señala luego que, como el Estado-Nación se inserta en conjuntos más amplios, la geopolítica nacional puede integrarse en una geopolítica global o regional (aliada, continental, etc.). He aquí la inserción entonces en el sistema in-

ternacional a la que hicimos alusión anteriormente aunque -como señala Golbery - el grado de independencia resulta del grado efectivo de soberanía del Estado, lo que implica entonces, una mayor o una menor capacidad para controlar las propias decisiones en un contexto más amplio que el perímetro geográfico propio.

Las características fundamentales de una geopolítica nacional resultan de las aspiraciones e intereses de la nación y de las realidades geopolíticas internas y externas. Su identificación exige por lo tanto, un primer análisis geopolítico de la coyuntura, asevera Couto e Silva.

Seguidamente, afirma que la geopolítica nacional debe caracterizarse como una geopolítica de integración y valoración espaciales, de expansionismo hacia el interior y de proyección pacífica hacia el exterior, de contención a lo largo de líneas fronterizas y de participación en la defensa de la civilización occidental. Luego continúa expresando que también debe haber una geopolítica de colaboración continental, de colaboración con el mundo subdesarrollado y una geopolítica de seguridad ante la dinámica propia de los grandes centros externos de poder.

El general brasileño prosigue con el listado de los conceptos geopolíticos básicos como espacio (extensión y forma). posición, circulación y otros. Asimismo, con lo que denomina "Leyes y Principios" de la geografía política, de la ciencia política, de la sociología y los particulares principios geopolíticos, como ser: integración, concentración de esfuerzos, economía de medios y adaptación entre medios y fines. A los principios geoestratégicos los define como de seguridad, sorpresa, ofensiva y otros.

Dentro de su plan de pesquisa geopolítica, Couto e Silva señala para lo expresado en el párrafo anterior, "tareas". La

tarea 1 sería la elaboración de un glosario y la 2ª, la catalogación en orden prioritario, de los principios enunciados.

Manifiesta seguidamente que hay que confeccionar un índice bibliográfico crítico con respecto a las contribuciones a la geopolítica nacional y a la evolución del pensamiento geopolítico en el mundo, que serían las tareas 3 y 4.

Entre los puntos a considerar para la investigación considera a los factores geopolíticos de base: espacio, posición, fisiografía de la población, de la circulación y de la capacidad de producción más la compartimentación política (fronteras). Entre los factores relativos a los diversos campos, vuelve a insistir sobre la necesidad de analizar con detenimiento las especificidades de cada uno de los componentes del poder nacional (factores políticos, económicos, psicosociales y militares) y la interrelación permanente entre ellos.

El Gral. Couto e Silva llega luego a la formulación de una "Metodología de la formulación de un concepto geopolítico nacional", para lo cual habría que definir los Objetivos Nacionales Permanentes (ONP), que serían la combinación bienestar-seguridad de las aspiraciones, valores e intereses nacionales. En base a ello, se haría una evaluación geopolítica de la coyuntura, la que tendría que analizar los factores del potencial nacional y los obstáculos pasivos a la consecución de los ONP, estudiándose la naturaleza, el grado, la incidencia, las causas y las repercusiones o consecuencias, junto con el esfuerzo necesario para superarlos.

La evaluación geopolítica llevaría a una síntesis, que establecería las premisas básicas: valor del potencial, presiones dominantes, obstáculos principales y áreas geopolíticas.

Completada así la segunda parte de la metodología propuesta, considera que hay que fijar los Objetivos Nacionales Actuales (ONA), utilizando como mecanismo la adaptación

entre fines y medios y que, en cuarto lugar, es necesario establecer las políticas de consecución que serían las líneas de acción geopolítica o Idea General de Maniobra, tendientes al bienestar y a la seguridad.

Finalmente, Golbery do Couto e Silva propone los siguientes pasos para un *Concepto Geopolítico Nacional*: a) ONP, que es necesario definir por pesquisa y encuesta (tarea 5); b) ONA (geopolíticos), a definir mediante pesquisa (tarea 6); c) Areas geopolíticas, a delimitar (tarea 7); d) Políticas de consecución (Idea general de la maniobra geopolítica), a definir (tarea 8) y e) Desdoblamiento de la línea de acción (por campos y sectores), a analizar (tarea 9).

Como hemos podido apreciar, el apéndice que glosamos no es otra cosa que una metodología para la investigación y el análisis de la geopolítica de un país ya que, *mutatis mutandis*, es perfectamente legítimo utilizar el plan propuesto para estudiar la realidad de cualquier Estado. Claro está que la utilización del método de Golbery implicaría automáticamente la adopción (implícita y explícita) de los juicios de valor que tiñen a su trabajo, lo cual no siempre es lo más deseable ni lo más aceptable para otros investigadores y mucho menos para otros países, ya que, como señalamos anteriormente, no puede tener validez un enfoque geopolítico que no obedezca a las realidades del Estado objeto de estudio. Si quisiéramos complicar más el problema tendríamos que preguntarnos inclusive quién determina las prioridades que hacen a la "realidad". Por ejemplo, depende de cómo se controla al Estado, para que pueda alterarse sustancialmente la política de consecución aun en el supuesto de que haya consenso para los objetivos nacionales permanentes. A su vez, éstos también podrían llegar a verse debilitados si los conductores políticos de turno deciden reasignar prioridades.

En fin, no hay que olvidar que la geopolítica es un ingrediente y que esencial como es, es también solamente eso. Consiguientemente, todo plan de pesquisa geopolítica que no tenga en cuenta la propia limitación de su campo si no está condenado al fracaso, por lo menos podemos intuir que será muy débil. Lo importante es, en primer lugar, su compatibilidad con los poderes que dominan al Estado y con la realidad nacional; en segundo lugar, su capacidad para colaborar a la Política Nacional en lo interno y en lo externo. Sin estas premisas "in mente", una pesquisa geopolítica no pasaría de ser un simple ejercicio académico.

De ahí entonces, la importancia de la divulgación de los trabajos de Couto e Silva pues —juicios propios al margen— es evidente que ellos han sido y son muy coherentes con las grandes líneas maestras que ha seguido el Brasil para el desarrollo de su inmenso potencial y creciente influencia en las relaciones internacionales.

LAS DOS CARAS DE LA DIPLOMACIA
(Octubre 1978)

La diplomacia, como el antiguo Dios JANO, que dio origen etimológico a "enero", primer mes del año (por tener una cara hacia el año pasado y otra para el porvenir), tiene también dos facetas que no siempre se distinguen con claridad. Una de las caras de la diplomacia es bastante conocida y es ella la que llega al gran público y la que cautiva la imaginación. Es la cara de la frivolidad, de la mera representación, es la parte formal que, aunque muy importante por cierto, no es exactamente la más apropiada para definir un arte-ciencia tan complejo y multidisciplinario como lo es la práctica diplomática.

La otra fase, menos conocida —y mucho menos atractiva— es en realidad el meollo de la profesión: es el trabajo permanente en la búsqueda de contactos, vínculos e informaciones útiles para el gobierno que el diplomático representa. Es la parte oscura, que no sobresale, la que le da sustancia y perdurabilidad al acto de la diplomacia, como relación imprescindible desde los albores de la humanidad, para la búsqueda de fórmulas compatibles con la convivencia organizada y para la defensa de los intereses nacionales.

Es común que los Embajadores neófitos, nombrados al calor de una amistad, un "alejamiento" u otra circunstancia no profesional, den máxima prioridad a la banalidad de las formas y no a la sustancia en su vida diplomática. Se enfrascan en interminables cuestiones de índole protocolar, dándole al ceremonial una importancia exagerada y desproporcionada, ya que el protocolo, al fin y al cabo, valederas como lo son sus premisas, es un simple ordenamiento de jerarquías, modos y procedimientos que por sí, no son de ninguna manera la diplomacia misma.

Son también los neófitos los que se deslumbran con los tratamientos de "Excelencia" y con las loas hipócritas de los salones sociales. Son los que cualquier formalidad la convierten en una razón de "fondo" y pierden lamentablemente el tiempo en minucias que podrían despacharse en contados segundos. Son aquellos enamorados de la publicidad permanente y que imaginan su trayectoria en tierras extrañas, casi como si estuvieran realizando una campaña política en la propia. Son aquellos que, en fin, descuidan por su exagerada visión de la primera cara de la diplomacia, los aspectos cruciales de la segunda.

Veamos ahora a aquellos diplomáticos retraídos con aire ausente, que no mantienen relaciones públicas de ninguna

naturaleza; que descuidan su apariencia y que se refieren desdeñosamente a todo tipo de actividad social como "sin importancia" o "frívola". Se pasan el día en sus cancillerías, estudiando y analizando "ad nauseam" documentos, no aceptan invitaciones ni asisten a recepciones diversas; ponen un celo desmedido en el trabajo interno de la Embajada, horarios de llegada y salida de los subalternos. Son aquellos que piensan que la función diplomática comienza y termina con la gran dosis de trabajo interno y manteniendo informado a su gobierno hasta de las minucias más irrelevantes. Son aquellos que en fin, pretenden ser los "intelectuales" de la carrera y que se solazan al saber que nadie los conoce hacia afuera, pero su gobierno está permanentemente "informado".

Entre ambos extremos, debe ubicarse el diplomático ideal. Resulta absurdo que un enviado se dedique solamente a la actividad social y resulta lamentable por otro lado, que se refugie en su oficina sin vincularse con nadie, dedicado al estudio, la meditación y la redacción de informes. El equilibrio no necesariamente estará en el medio, sino en función del ambiente donde toque actuar. Habrá representaciones que ya sea por el escaso trabajo o por la excelencia de las relaciones bilaterales con el país de origen, necesiten poco y nada de trabajo de oficina y más bien mucho de esplendor y relaciones hacia afuera. Si así es el caso, entonces la balanza estará inclinada hacia el lado de la representatividad formal.

Por el contrario, hay otras misiones donde, ante la intensidad de una negociación vital para los intereses del país o bien debido a los innumerables problemas que se presentan a diario en las relaciones bilaterales, el mayor tiempo del Embajador y sus colaboradores, transcurra en el sesudo análisis de documentos, en la redacción de cables y reportes a la Cancillería.

En otros casos, la dicta será equilibrada y el enviado deberá distribuir su tiempo entre las importantes funciones de representación y vinculación con personas e instituciones y el tiempo de reflexión en su cancillería para remitir informes permanentes al Ministerio de Relaciones Exteriores.

Difícilmente habrá una gestión exitosa para el enviado que no tenga presentes las dos caras de la diplomacia y que no sea capaz en función del medio ambiente dónde desarrollará sus actividades de percatarse acerca de cuál de ellas es la que tendrá prioridad en su desempeño. Claro está que para ello, lo conveniente es contar con profesionales capacitados y experimentados, pues no se puede arriesgar la representatividad y en algunos casos hasta la propia seguridad del Estado, en función del aprendizaje del neófito, en función de la improvisación para el cargo de alguien que puede ser muy capaz para otras cosas, pero no está dotado del "background" que requiere la práctica diplomática.

CONCEPTO ESTRATEGICO NACIONAL SEGUN GOLBERY DO COUTO E SILVA
(Septiembre 1978)

De la rica y controvertida veta que nos brinda el libro del Gral. Golbery do Couto e Silva "Geopolítica del Brasil" (El Cid. Editor, México 1978), recientemente llegado a nuestras manos en su flamante versión castellana, glosaremos el concepto del epígrafe por considerarlo de interés como tema de discusión y análisis entre los lectores interesados en la problemática.

Conocida es la diferenciación que hace Golbery de las diferentes escuelas geopolíticas; la del paisaje político o francesa, la de la ecología política de Renner y White y la or-

ganicista o *geopolitik* de Kjellen y Haushofer. Asimismo, es muy claro al señalar que las orientaciones hacia el espacio tienen su fundamento de aplicación en el campo interno y las realizadas en función de la posición, se canalizan en el campo externo, en las relaciones internacionales.

Sobre estos temas, nos explayaremos en nueva oportunidad, cuando realicemos otras glosas de los trabajos de De Couto e Silva. En todo caso, lo aseverado nos ubica en el pensamiento del autor que, como bien sabemos, ha ejercido —y ejerce— gran influencia en el pensamiento geopolítico latinoamericano. Por ahora, trataremos de sintetizar lo que el militar brasileño llama "ensayo metodológico para la formulación de un Concepto Estratétigo Nacional".

El Concepto Estratégico Nacional (CEN), es la directriz fundamental que, en un determinado período, debe orientar toda la estrategia de la Nación, a fin de lograr la consecución o la salvaguardia de los objetivos nacionales. Tal la definición de Golbery.

A continuación, expresa que el CEN es la directriz fundamental de la Política de Seguridad Nacional, tanto en la paz como en la guerra.

Siempre siguiendo la línea de pensamiento del general carioca, vemos que su formulación se fundamenta en los Objetivos Nacionales Permanentes (ONP) y en una evaluación estratégica de la coyuntura nacional e internacional.

Define a los ONP como la traducción de los intereses y aspiraciones del grupo nacional, considerando su propia supervivencia como grupo, es decir, asegurando las tres condiciones básicas de *autodeterminación, integración y prosperidad*. Señala luego que la elaboración de los ONP resulta "naturalmente" del proceso histórico, plasmando una conciencia nacional.

Expresa que la permanencia de los ONP es relativa, pues tales objetivos admiten variaciones dentro de largos períodos de tiempo, según el grado de madurez política logrado por la comunidad nacional en su evolución histórica. En este sentido, el pensamiento de Couto e Silva engresa la línea tradicional de ideas al respecto, al señalar que muchos objetivos son reconocidos como inmutables (integridad territorial, soberanía etc.), mientras otros son característicos de ciertas fases evolutivas de mayor o menor conveniencia para el Estado.

Luego de definir suscintamente los Objetivos Nacionales Permanentes, Couto e Silva inicia la que denomina "la evaluación estratégica de la coyuntura", siendo tal evaluación el estudio objetivo de los factores geográficos, psicosociales, económicos, políticos y militares que forman la coyuntura nacional e internacional, con la finalidad de formular juicios de valor sobre la realidad estratégica del momento. Nótese que subyace aquí el concepto de Poder Nacional, definido implícitamente a través de sus factores componentes.

Al hacer el análisis de la coyuntura, el Gral. Couto e Silva recomienda que se analicen por separado los factores psicosociales, económicos, políticos y militares, tomando en cuenta la propia naturaleza de cada uno, el punto de vista especial según el cual son apreciados y evaluados y, finalmente, las interrelaciones existentes entre ellos. Asimismo, enfatiza que cada categoría de factores deberá ser considerada necesariamente respecto de su condicionamiento espacial (geográfico) y temporal (histórico) y que en el análisis de los factores de coyuntura se tendrá en cuenta la posibilidad de clasificarlos a la luz de los objetivos nacionales permanentes (ONP), para tener explicitados los factores negativos y positivos de la coyuntura, los que se traducirán en premisas bá-

sicas que son juicios de valor sintéticos sobre la realidad estratégica del momento y sobre el sentido y ritmo de su evolución espacio-temporal.

Será importante —continúa Golbery— definir en las citadas premisas, el valor del potencial nacional movilizable para la consecución o salvaguardia de los ONP y las presiones dominantes externas e internas, actuales o potenciales, contrarias a la dinámica de los ONP.

Seguidamente, el Gral. Couto e Silva define a los Objetivos Nacionales Actuales (ONA), como *objetivos de naturaleza nítidamente estratégica,* que resultan de la reacción de la coyuntura, tal como fue sintetizada en las premisas básicas (presiones contrarias dominantes y valor del potencial nacional), sobre los propios Objetivos Nacionales Permanentes.

Los ONA representarían, así, la cristalización de los intereses nacionales en un momento dado. Evolucionan con los acontecimientos y con las fuerzas mutables que actúan en los campos nacional e internacional. En este sentido, el concepto del militar brasileño es similar al utilizado por nosotros, cuando en un anterior trabajo sobre "Política exterior e Interés Nacional", también publicado en PRESENCIA, definimos a los Objetivos de Coyuntura, que serían en la presente glosa, idénticos a los ONA de Couto e Silva, según el los define.

El principio que debe regular la definición de los ONA es el de la adaptación de los fines a los medios, proclama Golbery. Explica luego que, a veces, es necesario escalonar en el tiempo la realización de los ONP adoptándose, provisionalmente, objetivos actuales más modestos. En tal caso —prosigue— se impone en la formulación de esos ONA, incluir como objetivo esencial, la elevación o fortalecimiento del Poder Nacional, lo que más tarde, en una circunstancia

favorable, permitirá ampliar los ONA de manera que cubran extensamente los ONP en extensión y profundidad. Como consecuencia, con respecto a los ONP, el principio fundamental es el de la adaptación de los medios a los fines objetivados.

Tales principios se manifiestan en función de la evolución histórica de una sociedad y sobre los períodos en los cuales transcurre de una política externa pasiva y estática, a una agresiva y dinámica y correspondientes a la acumulación de potencial o a su aplicación en el campo de las relaciones internacionales. Los ONA pueden, por esta razón, presentar un carácter positivo, de acciones proyectadas hacia el exterior o un carácter negativo, defensivo, de simples reacciones a presiones externas insoportables. El cita el caso de Inglaterra frente a la agresividad nazi; nosotros podríamos citar innumerables ejemplos para Bolivia, de esta conducta pasiva, que tantos perjuicios nos ha ocasionado.

Es importante observar —agrega— que ante el condicionamiento impuesto por las premisas básicas a los ONA, los acontecimientos podrán desmentir en parte sustancial las previsiones hechas, imponiendo por eso la revisión de los ONA o, si no fuera ese el caso, fracasará la política de consecución en ellos fundamentada. Tales errores de apreciación —manifiesta— consisten generalmente en una superestimación del Poder Nacional o en la subestimación de las presiones contrarias.

El Gral. Couto e Silva prosigue su razonamiento definiendo la Política de Consecución, como la manera por la cual se tratará de realizar o lograr los Objetivos Nacionales Actuales, encuadrada en el condicionamiento de tiempo y espacio que resumen los interrogantes ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Dónde? Es, en realidad, afirma, la idea de la maniobra que será lle-

vada a cabo en el campo de la Estrategia Nacional y será a través de la Política de Consecución que se establecerá la base del comportamiento gubernamental tendiente a alcanzar los objetivos predeterminados.

Debiendo ser más flexible que los propios ONA, la Política de Consecución puede encarar más de una modalidad de acción y exige un adecuado reajuste en la evolución real de la coyuntura nacional e internacional.

Couto e Silva, retomando el Concepto Estratégico Nacional (CEN) expresa que éste incluye una definición de los ONA y la correspondiente Política de Consecución y que constituye, por eso, el fundamento de toda la planificación estratégica nacional. Afirma que la revisión del CEN se impone siempre que haya necesidad de reajustes en la política trazada y en los ONA.

Finalmente, el general brasileño define a las Areas Estratégicas (AE): "Zonas geopolíticas de mayor sensibilidad dónde se aplicará la Política de Consecución de los Objetivos Nacionales Actuales sea como reacción a presiones dominantes (actitud defensiva) o bien actuando en espacios de roce o preventivamente contra el origen de presiones externas (actitud ofensiva).

Respecto del territorio nacional en estudio, señala que las Areas Estratégicas pueden ser internas, externas o pueden englobar segmentos nacionales juntamente con espacios extranjeros. Expresa también que la definición de AE y su clasificación por orden de importancia, resulta del propio CEN considerando el valor espacial y la significación de las AE para el potencial nacional y el potencial adverso y resulta de las presiones incidentes, según naturaleza, valor y proximidad en el tiempo y en el espacio. Agrega que el estudio de AE incluye encuestas, evaluaciones y estimaciones estratégicas.

Finalmente, Couto e Silva define a las Disposiciones Gubernamentales como directrices nacionales de planificación resultantes del CEN y destinadas a los órganos gubernamentales de planificación para la elaboración de los Planes Estratégicos de su competencia; planes políticos, económicos, militares, etc. Señala además, que las citadas disposiciones deben asegurar la coordinación y el engranaje perfectos entre esos diversos planes, de lo cual resultará la indispensable coherencia de la Estrategia Nacional.

Hasta aquí, el ensayo metodológico propuesto por el Gral. Golbery do Couto e Silva como Apéndice Nº 1, en su obra citada.

Nos hemos permitido hacer su síntesis con la finalidad de ofrecer al amigo lector un aspecto relevante del pensamiento del geopolítico brasileño que, como hemos podido observar, tiene incidencias muy claras y directas, no tan sólo en la mera relación entre fenómenos políticos y geografía (campo específico de la geopolítica) sino también en cuestiones que hacen al propio planteamiento de la Estrategia Nacional, sus directrices, objetivos y accionar.

Criticado, como evidentemente puede serlo el ensayo de Golbery, es no obstante útil para interpretar su pensamiento y la concreción del mismo en su propio país; también ofrece luces sobre términos y planteamientos relativamente esotéricos y que permanecen casi siempre a la sombra de unos pocos, siendo que, por su importancia, más bien deberían tener máxima divulgación para fines de análisis, explicación y crítica. A esto último obedece la síntesis ofrecida y otras que haremos en el futuro, con miras a divulgar el pensamiento de Couto e Silva, tan crucial e importante para los bolivianos, que nos encontramos englobados geográficamente dentro de lo que él mismo llamó "área de soldadura continental".

CARTOGRAFIA Y PROYECCION NACIONAL
(Agosto 1978)

En anteriores oportunidades, hemos abogado por la elaboración de nuevos mapas de la República que realcen el papel de Bolivia como tierra de contactos. El lector que nos sigue, recordará que criticamos a la proyección Mercator, por minimizar al hemisferio sur y que también propusimos para Bolivia un mapa centrado en nuestro país.

Hablando con peritos en la materia, sabemos que tal mapa es posible y que su confección no es del todo difícil. Hoy volvemos a insistir sobre este tema pues lo consideramos de suma importancia para la elaboración de políticas internas de desarrollo espacial y, sobre todo, como elemento de proyección nacional hacia el exterior.

Imaginemos por un momento un mapa del mundo (planisferio), con centro en Cochabamba. Inmediatamente tendríamos la sensación de que el planeta "gira" en torno a Bolivia; que nuestro país está ubicado en el punto a partir del cual se expande la masa terráquea. Veríamos a América y al resto de los continentes con una óptica distinta a la de la cartografía tradicional. Algunas regiones aparecerían más pequeñas y menos relevantes que como mentalmente las teníamos registradas. Percibiríamos un sin número de sensaciones, derivadas de la presentación del mapa propuesto.

Como ya explicamos oportunamente, los mapas no son ni buenos ni malos; todo depende de lo que quiera representarse con ellos o de la finalidad buscada. Consiguientemente, cualquier tipo de cartografía será conveniente, si conveniente es el interés que la motiva y no hay razón alguna que justifique la "fijación mental"; en un determinado método para la elaboración de mapas.

Hemos tenido a nuestro alcance un mapamundi con proyección cenital equidistante y centro en Buenos Aires, realizado por un instituto militar argentino y como hace rato que venimos insistiendo en la necesidad de un mapa de la República de Bolivia con proyección centrada en nuestro país, nos llamó poderosamente la atención, ya que, legos como somos en la fase técnica de la cartografía, ella nos interesa sobremanera por lo que representa para Bolivia en lo interno y externo. El citado mapa argentino sirve también de logotipo en las ediciones normales de la revista "Estrategia" y creo es un buen ejemplo para tratar de hacer lo propio en nuestro país.

De poco nos servirá hablar permanentemente del "rol histórico de Bolivia", mencionar que somos el "área de soldadura en el continente", etc., si no tenemos frente a nuestros ojos la visualización de la proyección nacional deseada. Por las averiguaciones efectuadas, tal tarea no es muy complicada. Dejamos, pues, la inquietud, en manos de los organismos especializados de nuestro país y ojalá, pronto podamos ver concretada una nueva cartografía boliviana que represente adecuadamente nuestro papel de punto vital, corazón de la América del Sur.

CURIOSIDADES HISTORICAS DEL CAMPO DIPLOMATICO

(Agosto 1978)

La diplomacia, palabra de origen griego (por "diploma", que significa papel doblado) más allá de su importancia actual como instrumento ejecutor de la política exterior del Estado y base sustancial de los contactos paralelos entre las naciones del orbe, presenta algunas curiosidades históricas que, sin

agotarlas, reseñaremos brevemente, pues ellas nos ilustran sobre algunos aspectos de una de las profesiones más importantes del universo, ya que sin el auxilio permanente de la diplomacia, difícilmente tendríamos un sistema internacional, tal como lo concebimos hoy en día y muchas más guerras de las que inevitablemente se produjeron, podrían haber sido una trágica realidad.

Seguramente desde los albores de la humanidad, entre las pugnas salvajes de los hombres primitivos, se necesitó algún mecanismo de negociación, enlace o contacto que hiciera posible el diálogo y la transacción. Cómo repartir una presa cazada entre dos tribus rivales, pero unidas para determinado objetivo; cómo conciliar el uso del agua u otros recursos vitales más otras circunstancias propias, fueron el marco esencial de intercambio y conciliación existente en la edad de piedra.

Resultó natural, entonces, que esas primitivas asociaciones humanas nombraran "enviados" para negociar asuntos de interés común con otras tribus. Pero dada la peculiar conducta de esa época, lo más probable era que los enviados fueran muertos antes, durante o después de su cometido, lo que precipitaba acciones recíprocas, redundaba en la falta absoluta de acuerdo y consiguientemente en batallas campales entre cavernícolas, con resultados finales tristes y dolorosos, tanto para ganadores como derrotados.

Con el tiempo, entonces, se fue haciendo carne la idea de que era necesario "preservar" la vida de los enviados, para que pudieran transmitir la respuesta del grupo rival a sus mandantes. De esa rudimentaria concepción, a la idea contemporánea sacralizada por convenciones, de las inmunidades diplomáticas, hubo todavía un largo camino por recorrer, pero es evidente que el origen de la actual situación de

"privilegio" que ostenta un agente nombrado y acreditado por un país para ejercer funciones en otro como su representante, está en aquella necesidad que tuvo el hombre primitivo de asegurarse de que el enviado tenga las "garantías" necesarias para cumplir su cometido y retornar a su localidad de origen sin mayores inconvenientes.

Una vez firmemente establecida la "inmunidad" de los agentes diplomáticos, surgió el problema de los "regalos y atenciones de la Corte extranjera". En efecto, si un Embajador retornaba a su región nativa sin presentes obsequiados por el Rey extranjero ante quien estuvo acreditado, lo más probable era que su soberano montase en cólera, pensando que no había "sabido" granjearse las simpatías necesarias para el éxito de su misión. En el sentido contrario, retornar con las arcas atestadas de obsequios, lo menos que podía despertar era la firme sospecha de que se había "entregado" a los intereses de la otra potencia descuidando los propios, ya que de otra manera, no podía "explicarse" el por qué de tanta magnificencia por parte del Rey foráneo.

Ya sea por uno u otro motivo, no faltaron cabezas rodadas de pobres Embajadores y, con el transcurso del tiempo, también debió buscarse para esta paradójica situación, un punto de equilibrio. El fue el siguiente: en principio ningún Embajador podía recibir regalos sin previo consentimiento de su soberano y para que el país extranjero que recibió al enviado demostrara su "agrado" por la gestión realizada, se institucionalizaron las *condecoraciones* que en la antigüedad eran joyas que, de acuerdo a su valor, se entregaban proporcionalmente a la categoría del enviado y al "agrado" producido por su trabajo.

Entre el permiso previo para recibir la joya y la entrega de ésta cuando así lo disponía, el país receptor, se llegó a

la usanza contemporánea, regimentada por "órdenes" categorías, etc., de entregar una condecoración al agente diplomático saliente, quien a su vez deberá solicitar de su Cancillería, el permiso correspondiente para aceptarla y lucirla.

Otro aspecto curioso de la historia diplomática es el de la precedencia. Antiguamente, los Embajadores de los países más fuertes y ricos, eran siempre los primeros y entre ellos, cada vez que había algún pomposo acto oficial, las luchas por la preminencia en las ubicaciones eran realmente encarnizadas. Es muy conocida al respecto, la riña generalizada que hubo entre el Embajador español y el francés por la ubicación de sus respectivas carrozas en una ceremonia de la Corte Inglesa. En esa oportunidad, tras una sangrienta escaramuza entre los dos bandos, el representante hispano logró la "victoria" y adelantó triunfante su carroza frente a la del enviado de París.

A todo esto los pequeños estados eran permanentemente vilipendiados en su precedencia y dada su intrínseca escasez de recursos, sus enviados estaban sujetos a abusos de toda naturaleza por parte de aquellos países poderosos.

Poco a poco, fue primando un criterio de precedencia que evitó tan escabrosas situaciones, cual fue el de dar preminencia en la lista diplomática, por fecha de llegada a la Corte extranjera y presentación de credenciales. Esto fue oficializado tras larga práctica consuetudinaria, durante el Congreso de Viena en 1815 y, a partir de allí, quedó como principio esencial de la precedencia entre Embajadores, salvo los acuerdos de los países católicos que conceden siempre el "Decanato" sea cual fuere su orden de precedencia, al Nuncio Apostólico, es decir, al Embajador del Papa.

Estas y muchas otras peculiaridades de la vida diplomática, que en otra oportunidad reseñaremos para el amigo

lector, no son simples frivolidades ni accesorios elementos de coyuntura en la convivencia internacional. Están en la raíz misma del respeto por la soberanía e igualdad de los Estados y se fundamentan históricamente en la necesidad de contar con una comunidad organizada de naciones y con claras reglas de mutua observancia que hagan posibles las funciones esenciales de un agente diplomático: representación y negociación.

POLITICA EXTERIOR E INTERES NACIONAL

(Agosto 1978)

El mundo contemporáneo es muy distinto de la sociedad internacional del pasado: hoy en día no hay acontecimiento que por lejano o ajeno que parezca, no nos afecte directa o indirectamente. Existe, por supuesto, una gradación de prelaciones en torno a los problemas internacionales, según la ubicación geográfica, esfera de influencia o, en definitiva, intereses de un determinado país. Así, por ejemplo, un ataque relámpago de los países árabes contra Israel, no suscitaría en Bolivia tanta tensión como en un proceso similar entre países limítrofes, que podría hasta afectarnos directamente. Sin embargo, es evidente que una crisis en el Medio Oriente no es proporcional a la distancia en la magnitud de su importancia. Puede haber una amplia gama de factores en el hipotético conflicto que incidan a corto plazo sobre nuestro país. Podría darse el caso de una importante asistencia técnica israelí, que quedaría suspendida mientras dure el conflicto. Podría suceder también que la imaginaria contienda que sirve de base para nuestras proposiciones, altere favorable o desfavorablemente el precio de nuestros hidrocarburos, y así,

sucesivamente, puede irse elucubrando toda la gama que mencionamos anteriormente.

Ni hablar de lo que podría afectarnos un conflicto, una tensión o cualquier circunstancia internacional, en nuestro perímetro inmediato.

Todo lo reseñado hasta aquí, más otras premisas que no por dejar de citarse son menos importantes, nos llevan a la conclusión de que la política exterior de un Estado-Nación moderno, está en función directa de su interés nacional.

Cabe, entonces, que intentemos definir qué entendemos por una cosa y otra. La política exterior es comúnmente definida como la capacidad de un Estado para fijar objetivos concretos en torno a su accionar en la esfera de las relaciones internacionales. Tales objetivos están, por lo general, encuadrados dentro de la filosofía política de un determinado gobierno, sin desdeñar, claro, las presiones e influencias exógenas al sentido autónomo de la política exterior, que debilitan o refuerzan a ésta. En definitiva, la política exterior es la puesta en práctica de la proyección externa del Estado.

El interés nacional es permanente y en términos de objetivos nacionales y secuencias históricas. Es decir, hay un interés —mejor dicho, intereses— que son muy caros para el Estado en su vinculación con el resto del mundo y que son estables en el tiempo, sea quien sea el gobierno de turno o el modelo ideológico que establezca las pautas de la política exterior. Por cierto que, en función de lo que expresamos arriba, los intereses nacionales son mutantes en el tiempo, en la medida en que se los va satisfaciendo o en la medida en que la dinámica interna y externa va disminuyendo su importancia o va generando nuevos intereses. Sin embargo, en un cierto período de la vida de un Estado, adquieren singular fortaleza y constancia, manteniendo su perdurabilidad o,

al contrario, se diluyen en función de hechos que rebasan las prioridades que algunos intereses tuvieron en su momento.

Ahora bien, de acuerdo a la gradación establecida, el interés nacional se manifestará en objetivos, pudiendo ser éstos permanentes, históricos, mediatos e inmediatos o de coyuntura. Entre los primeros, podríamos citar el principio de la integridad territorial o soberanía nacional; prácticamente no habría un solo gobierno que discrepe con tan esencial interés. Los históricos son aquellos que, en determinada fase de la vida de las naciones, han adquirido importancia en función de acontecimientos pretéritos y por venir. La salida al mar de Bolivia es un objetivo histórico, el que también está fuera de discusión en el plano de las ideologías, a lo sumo podrá variar el enfoque negociador, las alternativas que se presenten para culminar con ese anhelo del pueblo. Entre los objetivos mediatos, podríamos citar —siempre en la esfera de la política exterior— la necesidad de contar con amplios sistemas de comunicaciones que vinculen a Bolivia con el mundo, la posibilidad de acceder con nuestros productos a los grandes mercados internacionales y la asistencia para el desarrollo sea técnica, financiera o de otra índole. Los objetivos inmediatos que fija el interés nacional, son aquellos del momento actual y por su propia naturaleza, son cambiantes y sujetos a innumerables críticas.

A este nivel, una de las críticas más comunes es aquella que ataca la raíz misma de la definición del interés nacional. Según afirma, el "interés nacional", muchas veces, está predeterminado por los intereses de clases, estratos, grupos o fracciones dominantes en la esfera de la política exterior y en consecuencia, pretenden —al defender lo propio— dis-

frazar ese interés sectorial bajo el "sacrosanto manto" de los intereses permanentes de la Nación.

Hay algo de cierto y algo también de inevitable en esa crítica. Es evidente que en el accionar de la coyuntura internacional, se entrelazan muchos intereses, los cuales no siempre son los verdaderos de la nación, como una totalidad, pero se tiende a presentarlos ante la opinión pública como si ése fuera el caso. Este es un problema muy serio, que preocupa enormemente a los internacionalistas contemporáneos y, para solucionarlo, se ha optado por fórmulas eclécticas, en las que se intenta conciliar el interés nacional con la política exterior, ya que ésta es la que, en definitiva, hace tangible la preservación o la concreción de los intereses del Estado. De todas maneras, es palpable la íntima relación entre el interés definido abstractamente y en función de los objetivos más claros y concretos— y la forma en que ese interés se preserva o se obtiene, que es la política exterior. En consecuencia, en la medida de lo posible, debe hacerse un esfuerzo por mantener lo permanente en la política exterior de todas las naciones, para que así no surja conflicto de sectores en torno a la definición del interés nacional y aunque es probable que haya discrepancia de opiniones sobre la conducción de las relaciones exteriores, es siempre necesario que un país tenga muy en claro su interés nacional, su *desideratum* y su *ethos*, para con el resto de las naciones.

No hay política exterior eficaz sin esta clara distinción y en los tiempos que corren, ella se ha convertido en requisito *sine qua non* para una feliz ubicación del Estado en el concierto internacional.

GEOPOLITICA EN LA ERA NUCLEAR
(Julio 1978)

Contra lo que muchos afirman, la geopolítica sigue su curso contemporáneo, ofreciéndonos vivos ejemplos de su capacidad de permanencia. Se pensó en una época —como ya le dijimos en otras oportunidades— que la geopolítica no tenía razón de ser y que debía desterrársela de los análisis de política exterior. Por otra parte, los panegiristas a ultranza de la disciplina, la perjudicaban más aún, al convertirla en *factotum de* los acontecimientos internacionales, con un fanatismo determinista donde lo geográfico condicionaba, prácticamente en su totalidad, al fenómeno de las relaciones interestatales. Tal como señalamos en trabajos anteriores, la geopolítica es un ingrediente de la vida internacional y, a través de ella, se manifiesta la vocación pacifista, la voluntad de poder y hasta el interés nacional de los Estados.

Basta echar un repaso a la actualidad cotidiana que nos transmite el cable de las agencias noticiosas, para ver la forma en que la geopolítica sigue jugando su rol en las relaciones internacionales. Los acontecimientos en Africa, por ejemplo, con la irrupción de estos modernos "ghurkas" que son los cubanos, está creando serias preocupaciones a los Estados Unidos y al resto de las potencias occidentales, especialmente en "áreas sensibles" como el Cuerno de Africa, Angola y Zaire. A ello debemos agregarle los recientes hechos de sangre en los dos Yémenes, países árabes que controlan el paso de Bar-El-Mandeb y, con ello, el vital acceso al mar Rojo de los buques tanques petroleros que aprovisionan a Europa occidental. Al quedar Yemen del Sur bajo el control de una élite militar pro soviética, la preocupación GEOPOLITICA por las derivaciones de este hecho, se ha convertido en razo-

namiento de primer orden en las Cancillerías de Washington, París, Londres y otros centros del poder mundial.

En la órbita socialista, las pugnas entre Camboya y Vietnam por un lado, y entre este último y China Continental, por el otro reflejan también las prioridades de la geografía en el trato entre las naciones, ya que en este caso, paradójicamente, no hay "solidaridad socialista" sino intereses nacionales que cada parte desea defender, expandir o preservar. No vale la pena referirse al conflicto chino-soviético, de larga data y ya "institucionalizado" como ruptura permanente entre los dos gigantes del bloque oriental.

A nivel de las grandes potencias, que son las que en verdad motivan la mayoría de estos enfrentamientos, es dable observar también variantes geopolíticas dentro del bipolarismo militar que las enfrenta (y a su vez las contiene), mediante el llamado "equilibrio del terror". Cada una de las potencias mayores ha creado, mediante alianza y pactos defensivos, sombrillas protectoras y esferas de influencia. No son otra cosa el Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y el Pacto de Varsovia, más otra miriada de subsistemas dependientes del poder militar y económico de los Estados Unidos y la Unión Soviética.

A su vez, la Unión Soviética, con gran habilidad ha alimentado los sentimientos nacionalistas de los países africanos, creando en esa zona, que se pensó era un coto privado de las antiguas potencias coloniales, serios factores de distorsión que amenazan con convertir al continente negro en la principal fuente de conflictos internacionales. Si a ello le agregamos la ya casi "tradicional" crisis del Medio Oriente, con sus trágicas secuelas: territorios árabes ocupados, terrorismo, síndrome de inseguridad israelí, guerra civil en el Líbano y diáspora de los palestinos que también buscan un lugar bajo el sol en este

mundo, vemos, pues, que las crisis planetarias en función de acontecimientos geográficos, están a la orden del día.

Si de Asia, Europa y África, pasamos a América, también observaremos que hay problemas pendientes en nuestro continente, cuya motivación esencial es la geografía. No vale la pena citarlos porque son todos ellos muy conocidos por el público lector.

El mundo vive, pues, un estado permanente de tensión, en esta era de bombas neutrónicas, cohetes intercontinentales y ojivas nucleares. Habiendo alterado la tecnología moderna, en forma tan drástica el escenario mundial ¿por qué, entonces, en conflictos localizados y en la estrategia de las grandes potencias los factores geográficos, relativamente estáticos, siguen teniendo tanta importancia? Ello es así porque la relación del poder político internacional con el asentamiento geográfico, sigue siendo un elemento importante de contactos y fricciones entre las naciones del mundo.

Si lo someramente expresado hasta aquí no es geopolítica, habrá entonces que inventarse un nombre para definir hechos predominantes en las relaciones internacionales del último cuarto del Siglo XX.

HISTORIA Y RELACIONES INTERNACIONALES (Mayo 1978)

Es común considerar a los factores históricos como un "dato", sin preocuparse mucho más allá de extraer conclusiones en torno a hechos contemporáneos o bien, deducir desde el punto de vista del pasado, lo actual y lo futuro. En este sentido, teorizar acerca de las relaciones internacionales, con las espaldas en el pasado, no tiene mucha utilidad, ya que la historia nos brinda un tesoro de experiencia e ideas. La

historia diplomática convencional tomó nota de la primera, pero no de la segunda parte del tesoro y al proceder así, dejando las ideas de lado, pecó de negligencia pues el sistema de ideas del pasado, de ninguna manera es irrelevante y más bien puede servir para construir nuevas teorías o bien para imaginativas síntesis de lo añejo y lo nuevo.

Sin pretender de ninguna manera examinar exhaustivamente esta interesante problemática, basta con apreciar la cosmología en materia de relaciones internacionales que se tuvo en la Grecia antigua, cuna de la civilización occidental. Como es sabido, el pensamiento político griego se centró en torno a la ciudad-estado y a las relaciones entre estas ciudades-estados. Para Platón (427-347 A.C.), el principio de la igualdad entre los ciudadanos de los estados representaba una garantía de estabilidad social. Aristóteles (385-322 A.C.) por otra parte mientras que como buen discípulo compartía muchas ideas de Platón, en especial su optimismo acerca de la función positiva de la educación, no podía visualizar a la igualdad completa como una posibilidad práctica y proponía más bien, aplicar el principio igualitario solamente a una élite. Platón era, pues, en términos fisolóficos, un idealista, mientras Aristóteles era un realista.

Las relaciones inter-estatales entre las ciudades griegas, estaban regladas por tratados y costumbre, sin intervención de doctrinas. El sistema internacional de dichas ciudades-estado comenzó a declinar agudamente durante el siglo IV A.C. y, eventualmente, cayó bajo la dominación primero de Macedonia y luego de la República Romana. Sólo en este nivel declinante, los griegos se esforzaron en construir la base de una filosofía cosmológica, capaz de proporcionar explicaciones trascendentes a los meros confines de las ciudades-estado.

La característica saliente de esta filosofía era que su validez fue independiente de cualquier principio que se hubiera desarrollado en el curso de la política práctica. No hubo cabida para el Derecho positivo. Por el contrario, estas cosmologías tomaban el lugar del Derecho. El centro de ese pensamiento fue el estoicismo, entendido como principio unificador, destinado a restaurar un poco de coherencia en el mundo helénico que se derrumbaba, para que el individuo pueda enfrentar directamente al universo, sin la intervención de la ciudad-estado.

La teoría estoica, postulando un tipo perfectamente puro de sociedad original mantuvo que la corrupción subsiguiente había pervertido, sin invalidarlos, los dos principios naturales que sostenían a la sociedad, universalidad e igualdad. Ante el colapso de Grecia, estos principios presentaban la única base de un posible renacimiento.

Para los estoicos, el mundo era una unidad y un objeto del cual se extraía un conjunto de normas. Para Zenón, las condiciones de la armonía mundial se descubrían a través de sistemáticas investigaciones en torno a la naturaleza del universo. Para Chrysippus, ya en los años 200 A.C., había distinciones sustanciales entre "Estado Mundial" y "Ley Mundial", siendo el primero de carácter "técnico" y la segunda de tipo ético. La Ley Mundial era metapositiva y función del poder de la "Divina Providencia", idéntica a la Justicia Natural y ésta última es la que sentó las bases del idealismo a través del tiempo. Su preocupación esencial era con los valores, enfrentados a los hechos empíricos. El mismo dilema, entre la norma y lo empírico, ha corrido a lo largo de la historia de las relaciones internacionales.

Para los estoicos, todas las distinciones sociales dentro del universo debían reducirse al mínimo. La armonía entre

los estados era el ideal estoico y él podía conseguirse, si todos los estados se unían en un sistema de valores universales basados en principios de igualdad. Para cada ser humano, en consecuencia, había dos normas de observación, aquellas de la ciudad-estado —productos del hombre— y las de la ciudad mundial productos de la justicia natural.

Luego, con el advenimiento del poder de Roma, el *jus naturale* como los romanos llamaron al sistema de pensamiento de los estoicos, vino a suavizar al propio y primitivo *jus civile* (la ley de la ciudad de Roma y sus alrededores), a medida que la República y luego el Imperio, se fueron expandiendo por el mundo conocido en ese entonces. A través del Derecho Natural, el rústico jus civile se transformó en el cosmopolita *jus gentium,* la ley común a toda la población imperial y fundamento histórico del Derecho Internacional contemporáneo.

A partir de esa época, se desarrolló luego el estoicismo cristiano, magistralmente estudiado por San Agustín y los Padres de la Iglesia. Tras ello, el ingreso en la edad media feudal, las Cruzadas, el surgimiento del Islam y la transformación posterior de Europa, hicieron más y más compleja la elemental y simple cosmología de los estoicos. Empero, los dos principios, universalidad e igualdad, han permanecido como complementos ideales y a su vez, como trágico dilema de las relaciones internacionales. ¿Cómo conjugamos la libertad del individuo con la noción de un universo pre-ordenado? ¿Quién o quiénes sientan las bases del universalismo? Antiguamente, eran la nación, la religión o el imperio dominante.

Hoy, ante los esbozos de una comunidad mundial, primeramente delineada a través de la Sociedad de Naciones y actualmente en la Organización de Naciones Unidas (ONU), vemos cómo el Hombre ha continuado buscando la compa-

tibilidad entre esos dos principios tan antiguos como la historia escrita de la humanidad occidental. Así, pues, las aparentes ideas "novedosas" acerca de la igualdad de los pueblos, los derechos humanos, la soberanía de los estados, etc., no son necesariamente fruto del siglo XX y de sus ideas renovadoras. Se trata, en síntesis, del retorno —con las naturales complejidades de hoy— a la búsqueda de los valores permanentes en la filosofía de las relaciones internacionales. De ahí, entonces, la necesidad de tener a la historia presente, ya que desde un "orden mundial ideal" hasta una simple —o compleja— negociación bilateral entre dos naciones, deben ubicarse siempre en un contexto histórico que hará más comprensibles las ideas, aspiraciones y objetivos de todos o cada uno de los Estados que conforman la comunidad internacional y de los seres humanos que ella cobija.

LOS ESTADOS PARIAS
(Mayo 1978)

A esta altura de las relaciones internacionales, la conocida tricotomía utilizada para clasificar a las naciones del globo es bastante conocida; se habla de un Primer Mundo, compuesto por Estados altamente industrializados de economía de mercado, un Segundo Mundo donde se ubica a la gama de países que responden al modelo socialista y un Tercer Mundo, compuesto por los pueblos en vías de desarrollo.

Ultimamente, se ha hecho una formulación ligeramente más compleja, en especial a partir del embargo petrolero de 1973 y del alza desorbitada de los hidrocarburos, mediante las maniobras del cártel de la Organización de Productores y Exportadores de Petróleo (OPEP). Tras los acontecimientos del período señalado y que hicieron tambalear a las econo-

mías de gran número de naciones, generando una recesión aguda, la misma que abrió las puertas a lo que ha dado por llamarse el Nuevo Orden Económico Internacional, de la concepción monolítica del Tercer Mundo, se desprendieron dos "mundos" más: el Cuarto Mundo, formado por los países productores de petróleo, consiguientemente poderosos en recursos financieros, aunque débiles en sus procesos de industrialización, desarrollo y distribución del ingreso y un "Quinto Mundo", residual, compuesto por las naciones más pobres del planeta, sumidas en la estagnación, el atraso y tremendamente perjudicadas por el alza de la energía al carecer de ella y necesitarla imperiosamente.

Mediante tipologías anteriores, ya se había dividido al mundo en países del "centro" y de la "periferia" o más simplemente, el dualismo desarrollo-subdesarrollo. Ahora es también común referirse al diálogo Norte-Sur, implicando con ello, las conversaciones para instaurar un justo ordenamiento mundial, que se lleva a cabo entre las naciones industrializadas (Norte) y el hemisferio subdesarrollado (Sur).

Volviendo a la categoría ordinal de los mundos, es conveniente pensar en la posibilidad de un "Sexto Mundo" ubicado en una posición *sui géneris* con respecto a las otras configuraciones grupales mencionadas.

Este sexto mundo se caracterizaría por un grave aislamiento diplomático y político, derivado de determinadas medidas que los países que lo forman han tomado, concitando así la "antipatía" y el "repudio" mundial, lo que los coloca en una situación sumamente difícil, más allá de que se proceda con justicia o injusticia, en el tratamiento internacional que se les confiere.

Hoy en día, este Sexto Mundo de "Estados Parias", podría estar compuesto por Sudáfrica, Chile, China Nacionalista, Is-

rael, Corea del Sur y Rhodesia, como elementos más inmediatamente discernibles.

En efecto, todos y cada uno de estos países, por diversas razones que no entraremos a analizar ahora, se encuentran en una situación sumamente complicada —y hasta angustiosa— en cuanto foro internacional hay; su vinculación diplomática disminuye constantemente y aunque algunos de ellos pueden contar con simpatías altamente estabilizadoras por parte de alguna potencia (caso Israel), ello no quita la posición incómoda de Estado Paria, con el consiguiente síndrome de aislamiento, inseguridad y traumatismo nacional frente a lo que seguramente cada parte llama la "incomprensión" del mundo, con respecto a sus problemas.

En resumen, un Estado Paria es aquella pequeña potencia con un ténue y marginal control sobre su propio destino, cuyo dilema de seguridad no puede resolverse mediante la neutralidad o el no-alineamiento y tampoco cuenta con un apoyo estable de países importantes.

Históricamente es posible rastrear algunos casos de Estados Parias. El Imperio Otomano era considerado como tal por Europa. Francia en los prolegómenos del Congreso de Viena en 1815 luego de la derrota de Napoleón, participó de similar condición, la que sin embargo, fue prestamente dejada de lado por las potencias vencedoras, al darse cuenta de que al considerar a Francia como "Paria", alteraban dramáticamente el equilibrio de poder en Europa.

En épocas más recientes, la España en los primeros años de post-guerra, el Portugal de Salazar y anteriormente la Alemania de Weimar y la joven República Socialista Soviética, pasaron también por la categoría de Parias en el concierto internacional.

En el actual esquema bimultipolar, es decir de bipolarismo militar y multipolarismo político, cuando la tradicional balanza de poder está siendo superada por el sistema de seguridad colectiva, el comportamiento, ubicación y estado crítico que presentan los países-parias del sexto mundo, crean graves complicaciones en la escena internacional, ya que cualquier vacilación o "apoyo" de alguna de las grandes potencias hacia una nación paria, crea tensiones desproporcionadas en Asambleas y Organismos Internacionales. El caso israelí es lo suficientemente dramático como para ilustrar la problemática; dicho pueblo cuenta con el respaldo casi incondicional de los Estados Unidos y, sin embargo, ello no salva al Estado judío de votos adversos en la ONU y de permanentes amenazas contra su seguridad, las que refuerzan el aislamiento y el temor subjetivo que ostenta Israel por estar rodeado de países hostiles, lo que a su vez, endurece aun más la política internacional de Jerusalén, dificultando en consecuencia, la posibilidad de un arreglo político con sus vecinos árabes y ello acarrea una creciente tensión en el mundo, que termina su ciclo en la propia estructura interna del poder político estadounidense y en el confronto ideológico de éste, con el poder soviético. Como se ve, la secuencia es compleja y potencialmente explosiva, *Mutatis mutandis,* algo similar ocurriría con respecto a algún otro de los "parias" del sexto mundo, si mediara apoyo explícito de alguna gran potencia. De ahí la situación dramática que atraviesan estos países, sumergidos en un verdadero limbo.

Lo paradójico del Estado Paria, es que demora mucho tiempo en lograr factores de absorción para retornar a la "normalidad" dentro de su ubicación mundial. Daría la sensación de que el reconocimiento de las situaciones de aislamiento, repudio o desconocimiento, refuerza aún más la rigi-

dez política que ha llevado a un Estado a esa situación, en lugar de flexibilizar conductas para lograr aceptabilidad y subir uno o más peldaños hacia los otros "mundos" desde el sexto.

Así, pues, si bien hay un solo mundo físico, vemos que la complejidad contemporánea —y por qué no decirlo, el ingenio de los estudiosos de la materia— ha creado una escala de "mundos", en la que las naciones se acomodan cuando aglutinan determinadas especificidades. La idea de los Estados Parias, desarrollada exhaustivamente en ORBIS (A journal of World Affairs, Vol 21, Nº 3, Fall 1977), abre una nueva veta para la permanentemente cambiante y siempre dinámica vida internacional.

GEOGRAFIA, MAPAS Y POLITICA MUNDIAL
(Abril 1978)

Estadistas de gran experiencia, periódicamente se han referido a la importancia de los hechos geográficos. Richard von Kuhlmann, diplomático alemán, observó que "la posición geográfica y el desarrollo histórico son factores tan determinantes de la política exterior que, al margen de los cambios de gobierno, la política externa de un país tiene una tendencia natural a retornar una y otra vez a los mismos y fundamentales alineamientos". Considérese el pensamiento, más fuerte aún, del francés Jules Cambon: "La posición geográfica de una nación es el principal factor condicionante de su política exterior, la principal razón por la cual debe tener una política exterior".

Todo esto no debe llevarnos al más crudo determinismo. La tierra es la escena, pero el hombre selecciona la obra. Siempre hay elección entre alternativas, pero en la búsqueda

de un destino nacional, los hombres que guían a sus pueblos, tienen que tomar en cuenta las propiedades físicas de la escena mundial.

Esta escena es siempre dinámica. Los cambios tecnológicos y científicos cooperan o perjudican, alterando las condiciones físicas naturales del planeta. Así, la escena mundial, eternamente presente y siempre variable, debe tomarse muy en cuenta en las estrategias internas y externas de toda comunidad nacional.

Los mapas son una forma de representación de la escena internacional. Hoy hay mapas para todos los gustos y adecuados a todas las disciplinas. Ninguno de ellos puede ser una réplica exacta del planeta, pese a las tremendas mejoras introducidas por la fotometría vía satélite. Mientras mayor sea el área, mayor será la distorsión. Toda proyección y tipo de mapa tiene usos específicos: El uso indiscriminado de "cualquier mapa" ha sido una fuente común de errores y falsos conceptos acerca de las relaciones entre naciones.

Los mapas son útiles pero traicioneros. Utilizados con discriminación y con conocimiento de sus limitaciones, pueden iluminar casi cualquier problema de política internacional. Sin ellos, el estadista estaría tan indefenso como el navegante sin compás y brújula. El mapa debe ajustarse a su cometido o bien, quien lo usa, debe estar consciente de su limitación.

En otra ocasión ya hicimos referencia a la necesidad de descartar la proyección Mercator, tan popular y tan poco útil, especialmente para los países del hemisferio sur. La proyección citada, está centrada en Europa, debido a que este continente, hasta principios del siglo XX, dominaba al mundo. De ahí vienen justamente las denominaciones de Hemisferio Occidental (América), Cercano, Medio y Lejano

Oriente, pues, de acuerdo con la proyección Mercator con centro en Europa, ellas eran perfectamente lógicas.

Contemporáneamente y con el paulatino desplazamiento de Europa como "centro" del mundo, vale la pena preguntarse acerca de la veracidad de la proyección cilíndrica con paralelos horizontales, tan familiar en todas las oficinas, ministerios y organismos nacionales e internacionales. Mientras Europa detentaba el poder mundial, el mapa Mercator era ampliamente satisfactorio. Hoy, con la emergencia de nuevas superpotencias, potencias y potencias emergentes ha surgido la necesidad de elaborar nuevos mapas que reflejan la actual distribución del poder mundial. Por ejemplo, una proyección cilíndrica, con centro en los Estados Unidos, daría una visión más clara de la posición de ese país con respecto a Europa y el Lejano Oriente.

Algunos geógrafos consideran que la proyección azimutal (nor y sud polar), daría una imagen estratégica más apropiada para las necesidades contemporáneas en materia política y militar. Otros especialistas se inclinan por las proyecciones cónicas, estereográficas u ortográficas siempre de acuerdo a las necesidades y a los usos que se les quiera dar a los mapas.

El problema esencial de la cartografía es el representar en dos dimensiones, lo tridimensional. De ahí entonces, que mientras, más grande sea la imagen a representar, mayor será la distorsión. El problema básico de los cartógrafos ha sido siempre el control de la distorsión, de tal manera que una de las cuatro propiedades: distancia, dirección, forma y área, se muestre correctamente a expensas de las otras o bien, ajustando mediante un "balance", un equilibrio no matemáticamente exacto entre ellas.

De esta forma, cada proyección tiene sus ventajas y desventajas, según sea su utilidad o motivo para confeccionarla. La criticada carta tipo Mercator, por ejemplo, es muy exacta para el uso del compás en la navegación, mientras distorsiona tremendamente distancias y áreas.

¿Cuál es el mejor mapa?. No hay tal cosa. El "mejor" mapa es el más adecuado para un propósito definido. En todo caso, la búsqueda del "compromiso" ha llevado a soluciones relativamente ingeniosas. Una de ellas fue la decisión acerca de qué parte del globo terráqueo era de menor interés y seleccionar así la proyección deseada. El centro de lo remoto pasó así a ser el polo sur y su periferia, es decir, el hemisferio austral que nos cobija.

Esto, aunque no nos guste a los que habitamos en el sur, es perfectamente válido, en un análisis frío de la política mundial y sus grandes centros de poder.

Dentro de la multiplicidad de opciones que nos brinda la cartografía, lo realmente importante es evitar el uso continuo de un sólo mapa, pues la mente tiende a ser esclava de las formas, ó, consiguientemente, los líderes y estrategas de un determinado país, pueden comenzar a pensar que ciertas ubicaciones geográficas son "buenas" o "malas", condicionados por lo que, al fin y al cabo, es una simple aproximación a lo que ellos "ven" como real y tangible.

Entre muchos ejercicios aconsejables es conveniente, de vez en cuando, "dar vuelta" los mapas o dirigirlos subjetivamente hacia la dirección de los objetivos nacionales. La primera práctica es recomendable, al margen de la profunda convicción de los cartógrafos, de que el norte debe estar siempre "arriba". Eso no es correcto, el globo terráqueo no tiene un techo y un suelo; se lo puede observar y analizar de cualquier manera.

Los que usan mapas, en definitiva, deben guardarse de la "cartohipnosis", teniendo en mente todas las limitaciones señaladas. Inclusive el término "hemisferio" es confuso, pues hay tantos hemisferios como los usos de una política exterior precisen confeccionar y tampoco es adecuado aferrarse rígidamente a preconceptos estáticos, que sólo sirven para condicionar nuestras mentes en torno a un estado de situación que no siempre es el más conveniente para los intereses nacionales y continentales. En realidad, hasta el uso exagerado del término "Hemisferio Occidental", es nomás la necesidad de Estados Unidos de autodenominarse a sí mismo "América y definir —mediante otro nombre— su vinculación con el resto del continente".

En lo que a Bolivia se refiere, ya que somos tierra de contactos, reiteramos nuestro deseo de ver en algún momento un mapa de Sudamérica centrado en Bolivia, mediante el cual seguramente se podrá apreciar el rol estratégico que nuestro país debe jugar en el continente, como núcleo vital y área de soldadura entre hoyas hidrográficas, cordilleras y mares.

(*) La fuente básica de este trabajo es el libro "Foudations of National Power", editado por H. y M. Sprout, Van Nostrant Political Series, Nueva York, USA.

REFLEXIONES SOBRE EL ACUERDO PREVIO ENTRE CHILE Y EL PERU
(Abril 1978)

Frente a las expectativas que en su momento se crearon en torno a la respuesta peruana al gobierno de Chile y por las implicancias que trae para nuestro país en lo que hace a su anhelo de reivindicación marítima, juzgamos conveniente

hacer algunas modestas reflexiones sobre los alcances del malhadado Protocolo Complementario al Tratado de 1929, firmado entre Chile y Perú.

El citado documento dice a la letra en el artículo primero: "Los gobiernos de Chile y el Perú no podrán, sin previo acuerdo entre ellos, ceder a una tercera potencia la totalidad o parte de los territorios que en conformidad al Tratado de esta misma fecha, quedan bajo sus respectivas soberanías, ni podrán, sin ese requisito, construir al través de ellos, nuevas líneas férreas internacionales".

Ha sido regla común para los chilenos, interpretar el texto como un simple consentimiento. Es más, en la nota 691 del 19 de diciembre de 1975, respuesta de Chile a la Ayuda Memoria boliviana del 26 de agosto del mismo año, en el numeral 4 inciso "n" se expresa que "la validez de este arreglo estará condicionada al acuerdo previo del Perú de conformidad con el artículo 1º del Protocolo Complementario al referido Tratado", siendo este obviamente, el de 1929. Obsérvese que la nota en cuestión se refiere al acuerdo DEL Perú y no al acuerdo CON el Perú, que sería la lógica derivación de la condición bilateral del "previo acuerdo entre ellos", como reza textualmente el Protocolo Complementario.

La respuesta chilena a Bolivia deja todo librado al consentimiento del Perú, lo cual no es del todo así, como ha podido descubrir nuestra opinión pública, a raíz de los documentos peruanos que en un principio derivaron en conversaciones entre Comisiones de Chile y Perú, y, finalmente en el planteamiento peruano de noviembre de 1976, que Chile "declinó considerar".

Nos cuesta admitir la posición chilena al rechazar el planteamiento peruano. Según el artículo 12 del Tratado de 1929, "para el caso, en que los gobiernos de Chile y Perú no

estuvieren de acuerdo en la interpretación que den a cada una de las diferentes disposiciones de este Tratado, y que, a pesar de su buena voluntad, no pudieran ponerse de acuerdo, decidirá el Presidente de los Estados Unidos de América la controversia".

Ninguna de las partes ha invocado todavía esta eventual mediación, pero es posible que se lo haga en un futuro, pues es evidente que hay una controversia de interpretaciones en torno al "acuerdo previo".

Para los chilenos, se trata de "parecer" y/o "asentimiento" "u otras sinonimias del término acuerdo", extraídas de los diccionarios e invocando la buena fe "en la interpretación de los Pactos Internacionales, de acuerdo a la Convención de Viena sobre el Derecho de los Tratados de 1969. Por lo menos así se manifestó el decano santiaguino "EL MERCURIO", en sus comentarios a raíz de la presentación peruana.

Ha habido interpretaciones menos superficiales. En la revista chilena MENSAJE (Nº 357 Año 1977) Rodrigo Díaz Albónico, en su trabajo, "las negociaciones chileno-bolivianas un enfoque jurídico", plantea el punto de vista generalmente aceptado por los juristas de Chile, que discrepa, con el punto de vista nuestro. Llega a la conclusión de que se está en presencia de una obligación mixta, de comportamiento y de resultado, con respecto a lo dispuesto por el Protocolo Complementario. Llega también a la conclusión de que el Perú, "debe responder de manera afirmativa o negativa, y sin lugar a dudas en forma global". Luego expresa que "al Perú solo le compete consentir o rechazar la cesión que Chile ofrece a Bolivia". Demás está expresar que nuestras argumentaciones no coinciden con las del profesor Albónico, pues si bien el artículo 1º se refiere a los territorios "bajo sus respectivas soberanías" y ello implica la plena competencia de cada par-

te, esta competencia deja justamente de tener exclusividad. si hay intención de cesión a un tercero, en función del "acuerdo previo entre ellos". Finalmente, no estamos tampoco conformes con la reiteración de Albónico sobre el acuerdo DEL Perú, pues ya vimos que es CON el Perú o viceversa, si fuera Perú el cesionante de parte de la zona que quedó bajo su jurisdicción como resultado del Tratado de 1929.

Ambos países tienen lo que se denomina "derecho absoluto", con verdadera calidad de veto y consiguientemente, susceptible de aceptación eventual sujeta a condicionamientos que imponga el poseedor —en este caso los dos Estados partes del derecho absoluto frente al peticionante. Decimos los dos porque debemos tener presente que si Perú quisiera ceder parte de Tacna, también debería recurrir al previo acuerdo con Chile. Es pues la cláusula condición sinalagmática.

Veamos qué nos dice un renombrado especialista con respecto a la controversia semántica sobre los alcances del término "acuerdo", en la práctica Internacional.

El profesor Charles Rousseau, en su conocido trabajo, "Derecho Internacional Público" (Ed. Ariel, Barcelona), expresa qué "cualquiera que sea su denominación el Tratado Internacional se nos aparece como un acuerdo entre sujetos del derecho de gentes destinado a producir determinados efectos jurídicos". Luego de una serie de consideraciones agrega "la terminología utilizada para designar los tratados internacionales stricto sensu, no puede ser más variada ni presentar menos fijeza. Los términos generalmente usados son los de tratado, convenio, pacto carta, estatuto, acto, declaración, protocolo, arreglo ACUERDO, modos vivendi, etc. Ninguna razón justifica la denominación de estos diversos instrumentos convencionales y es fácil comprobar que todos

aquellos términos pueden ser igual e indistintamente utilizados para realizar un negocio jurídico determinado".

Continúa el Profesor Rosseau. "A pesar de su diversidad formal, estos diversos instrumentos jurídicos son equivalentes desde el punto de vista material, pues todos ellos tienen la misma fuerza de obligar".

Así pues, vemos que "acuerdo" es sinónimo de Tratado y como tal, está sujeto al procedimiento lógico de conclusión de los mismos, NEGOCIACION, firma ratificación canje y registro. La Convención de Viena de 1969 —ya citada— expresa en el artículo 2º párrafo 1º, inciso a) que, se entiende por Tratado un acuerdo internacional celebrado por escrito entre Estados y regido por el derecho internacional, ya conste en un instrumento único o en dos o más instrumentos conexos y cualquiera que sea su denominación particular".

Todo lo expresado hasta aquí, demuestra la "buena fe" —invocada por voceros chilenos— en la interpretación del término acuerdo, el que debe insertarse en un contexto jurídico y no en el léxico común de los diccionarios y otras interpretaciones parroquiales.

Si entendemos a la NEGOCIACION, como un proceso de ajuste entre las partes, donde cada una va expresando sus posiciones hasta llegar a un punto convergente de entendimiento, entonces resulta a la luz de las verdades jurídicas transcriptas muy razonable el planteamiento peruano pues —como lo expresó Torre Tagle en varias oportunidades era el paso inicial para llegar al "acuerdo previo".

Es más, las propuestas peruanas desde el particular interés de esa nación podrían haber sido más exageradas o contundentes, la mecánica de la negociación les permitía arrancar con cualquier tipo de propuesta, dentro de ciertos límites lógicos, claro está.

Por otra parte, si bien la respuesta peruana no satisfacía plenamente nuestra aspiración de contar con una salida al mar soberana, unida al territorio nacional por una faja territorial igualmente soberana, el problema se circunscribía al trapezoide de soberanía compartida, pues el Perú —detalle muy importante —aceptaba la transferencia de soberanía a Bolivia, de casi todo el corredor propuesto hasta la carretera Panamericana. Los aspectos derivados de la complejidad de un condominio tripartito —vis-a-vis el deseo boliviano de plena soberanía— podrían haber sido objeto de conversaciones tendientes a lograr una fórmula satisfactoria para los intereses nacionales, preservando las servidumbres establecidas en 1929 a favor del Perú, las que eran el verdadero quid del trapezoide.

Esto y mucho más hubiera sido posible en el marco de las negociaciones producto del diálogo, si Chile no se hubiera negado a él, al declinar la simple consideración del planteamiento, susceptibilizado su gobierno, por caducas concepciones del nacionalismo y por temores de ciertos sectores castrenses ante lo que veían como "escalada" peruana, al sur de la línea de la concordia.

Chile tenía la obligación de negociar con el Perú y conseguir el acuerdo previo. No puede interpretarse de otra manera la triangulación manifestada en el tratamiento de las negociaciones marítimas donde Chile y Bolivia por una parte y Chile y Perú por la otra, formaban la figura geométrica con la Moneda como vértice. Además, la negociación, el diálogo de Chile con el Perú, hubiera sido la manifestación concreta de que los herederos de Portales estaban realmente imbuídos de buena voluntad para solucionar el enclaustramiento boliviano.

Es así entonces cómo la reacción de Chile —y la peculiar interpretación que hacen sus juristas del alcance de la cláusula restrictiva de 1929— no pudo haber sido más desoladora para los intereses bolivianos, pues al declinar considerar el planteamiento peruano, por definición también se declinaba considerar la fase negociadora para el "acuerdo previo" y todo el proceso de retorno al mar de Bolivia, trabajosamente llevado a cabo durante casi dos años, pasaba a quedar en suspenso.

El mensaje del Presidente Bánzer enmarcado en el contexto de la diplomacia pública pretendió conciliar las posiciones chilenas y peruanas, brindando una interesante e imaginativa alternativa al solicitar que Chile retire su condición de canje territorial y el Perú abandone su tesis de soberanía compartida, como medio para buscar un nuevo entendimiento.

Da la sensación de que estamos llegando al final del camino. O se logra en el presente tiempo histórico una solución satisfactoria para las legítimas aspiraciones de nuestro país, o Bolivia deberá continuar su desarrollo por la difícil senda del enclaustramieto geográfico hasta que haya más comprensión y solidaridad.

Tradicionalmente, la política chilena fue la de no "admitir" que se discuta en lo más mínimo su soberanía sobre Arica, soberanía que por lo demás, está seriamente limitada tanto por la cláusula objeto de estas notas, como por las propias servidumbres establecidas.

La plena competencia territorial, implica también la posibilidad de DISPONER con plena autonomía. Chile no puede hacerlo, Perú tampoco en la región Arica-Tacna. Asimismo, salvando la servidumbre de la doble nacionalidad para hijos de chilenos o peruanos en ambas zonas hasta los 21 años que es común a los dos países, las otras son a favor

del Perú y es sabido que las servidumbres internacionales, implican la cesión expresa de un derecho soberano. Chile está, pues, seriamente afectado en lo que hace a las condiciones absolutas de soberanía sobre Arica.

De no mediar con objetividad y sin pasiones este razonamiento en las élites gobernantes del Mapocho, más la posibilidad de discutir sobre los alcances del mismo con su vecino y contraparte —Perú , no vemos como podría solucionar Chile la mediterraneidad boliviana, pues en varias oportunidades La Moneda ha expresado que jamás admitirá un enclave boliviano o corredor, que signifique una solución de continuidad en su propio territorio.

Si los bolivianos llegamos a la conclusión forzoza —hasta por diversos motivos de orden práctico— de que nuestra salida debe ser por Arica, ya es hora de abandonar la "triangulación" que a nada nos lleva y llamar de una buena vez a una consulta entre las partes para que en reuniones trilaterales, lleguemos o no lleguemos a soluciones que contemplen los intereses de las partes involucradas.

Resulta difícil pensar en el éxito de una gestión aislada con Chile y otra similar con el Perú, a menos que hubiera habido el acuerdo previo chileno-peruano, que como hemos observado, no fue posible.

Chile no acepta la tripartita porque no acepta que se discuta en lo más mínimo su "soberanía" sobre Arica. Perú está dispuesto a dialogar, porque así lo ha manifestado su Canciller y Bolivia ha intentado conciliar posiciones, con el Mensaje del Gral. Bánzer del 24 de diciembre de 1976.

La Moneda —como hemos venido señalando— al primer inconveniente en la marcha de las conversaciones —cual fue el planteamiento peruano— desechó hasta su consideración, dejando en consecuencia a Bolivia librada a su suerte. Ahora

tampoco responde a la nueva propuesta boliviana, fruto por lo demás, de las circunstancias que explicamos y que generaron el "impase" actual.

¿Queremos o no queremos mar los bolivianos? Si la respuesta es afirmativa, hablemos entonces —como decía un viejo político latinoamericano— con "el perro y el dueño del perro", es decir con Chile y Perú (o Perú y Chile).

De las eventuales conversaciones tripartitas, podrá salir la solución final a nuestro encierro geográfico y si ello no ocurre, se podrá aquilatar hasta qué punto en nuestra verborrágica y tropical Latinoamérica, la justicia y solidaridad son mera retórica contemporánea.

Chile debe demostrar ante el mundo su REAL y sincera disposición para allanar la salida al mar de Bolivia; Perú tiene también su cuota de responsabilidad. Los bolivianos debemos unirnos más que nunca, abandonando ficticias rencillas, y egoismos mezquinos, para mostrar ante los otros dos países partes y al resto del mundo, nuestra verdadera vocación americanista y la patriótica cohesión que motiva en la ciudadanía la máxima aspiración nacional.

Santiago de Chile, abril de 1977.

POST SCRIPTUM

El trabajo que el amigo lector ha seguido hasta aquí fue preparado como documento de trabajo interno y presentado en abril de 1977, al entonces Embajador en Chile, Adalberto Violand. Posteriormente fue puesto en conocimiento de una alta autoridad de nuestra Cancillería. En su momento, se me expresó que la estrategia boliviana tendía justamente a lograr lo que el suscrito manifestaba en su trabajo, es decir conversaciones tripartitas con Chile y Perú.

Prueba de ello, fue el viaje del Canciller Adriázola a las ciudades de Lima y Santiago en junio de 1977 y luego, la

reunión cumbre de los Presidentes Bánzer, Pinochet y Morales, en Washington, seguida posteriormente por la reunión de los tres Cancilleres en Nueva York, momento a partir del cual, comenzó a agotarse el proceso negociador para el retorno boliviano al mar, pese a las ingentes tratativas realizadas en los últimos meses, debido a las intransigencias foráneas de público conocimiento que hicieron imposibles las conversaciones tripartitas.

El camino hacia el mar, es un camino arduo y azaroso, que requiere, por tanto, gran dosis de sensatez, cierto pragmatismo que no desdeñe nuestros objetivos históricos y una alta cuota de unidad. Como acertadamente alguien expresó hace poco, no hay fórmulas mágicas, sino trabajo coordinado, si es que queremos retornar al mar.

La Paz, Abril 1978.

"EFECTOS PERVERSOS Y ORDEN SOCIAL", EN UNA SINTESIS (Marzo 1978)

El sociólogo francés Raymond Boudon, ha publicado un interesante libro con el título del epígrafe (Prensa Universitaria, París). El semanario L'Express, a raíz de la difusión de la obra de Boudon, le ha hecho recientemente una entrevista, que ha sido traducida al castellano en la edición dominical de "La Opinión" de Buenos Aires, del 29 de enero próximo pasado.

Los efectos perversos se pueden definir —de acuerdo con el autor— de la siguiente manera: "Es un efecto real, observable, que no resulta de las intenciones de los agentes que lo provocan. Tomemos un ejemplo muy simple, el embotellamiento. Si la circulación está bloqueada en la Plaza de la

Concordia, no es porque los automovilistas que allí se encuentren han elegido deliberadamente molestarse los unos a los otros. Simplemente buscan, todos, al mismo momento, emprender un mismo itinerario. En la base de la noción de efecto perverso, existe la ausencia de intención, un resultado independiente de la voluntad de los actores".

Así, el efecto perverso no se refiere a malignidad alguna por parte de los agentes, sino a la malignidad conjunta, que crean todos, al actuar sin intención de crearla. Esta "malignidad", aunque significa disturbios, no siempre es negativa para el cuerpo social. Pueden darse efectos perversos positivos. Entre ellos, el autor cita cómo el auge de la combatividad sindical puede llevar a un mejoramiento de las condiciones de vida, de la productividad de las empresas y, en definitiva, a una mejoría del sistema de producción capitalista. Como ejemplo contrario a esta tesis, Boudon cita el CAPITAL de Marx, como un análisis de efectos perversos negativos, por la idea del capitalismo que se destruye a sí mismo al serruchar la rama sobre la cual estaba sentado.

Al preguntársele a Boudon sobre la omnipresencia de los efectos perversos en la vida social y por qué, en consecuencia, han sido hasta ahora tan poco analizados, el sociólogo responde:

Dichos fenómenos son conocidos desde hace tiempo y yo no he inventado nada. Los filósofos del siglo XVIII ya eran perfectamente conscientes de su existencia. Es la "mano invisible" de Adam Smith. Al buscar su propia ganancia, el individuo trabaja necesariamente para acrecentar en todo lo posible la renta global de la sociedad. Es guiado por una mano "mano invisible" para llenar un fin que de ningún modo entra en sus intenciones."

Luego continúa, citando el "Fausto" de Goethe, cuando Mefistófeles declara "yo soy una parte de esa fuerza que siempre quiere el mal y que siempre hace el bien". Seguidamente expresa Boudon que "en toda la filosofía política, en la teoría económica hasta mediados del siglo XIX, se encuentra esta noción de efectos perversos. *El Capital* de Marx, es íntegramente un análisis de efectos perversos".

A continuación, critica a los sociólogos por haber orientado su teorización sobre bases deterministas y señala, "Los sociólogos tuvieron la tendencia a pensar el mundo social como los físicos piensan el mundo natural. En Física, no hay efectos perversos. Estos suponen una intención, una voluntad que se encuentra desviada de sus fines. Los átomos no tienen intenciones". Por otra parte, agrega que "los orígenes de la sociología explican quizá que ella esté obsesionada por lo que yo llamo el "sociologismo" que se representa al individuo social como íntegramente determinado por su medio, por su entorno, por las estructuras de la sociedad. Punto esencial de divergencia, dado que no hay efectos perversos en nuestra sociedad, sin autonomía de los sujetos sociales". Según Boudon, entonces, sin minimizar la importancia de las diversas coacciones —aprendizaje, conocimientos específicos, costumbres adquiridas etc., el hombre no está determinado. Hay un conjunto de matices que le dan autonomía. Esos matices son justamente, el *margen de libertad* que nos han dejado a los individuos.

Como conclusión de la controversia de las imágenes sociológicas clásicas sobre el ordenamiento social y el papel del individuo en él, Boudon expresa que ha llegado el tiempo de superar esta oposición bastante absurda entre la imagen de un hombre racional, dueño de su destino —el que también nos propone la economía— y el hombre de la sociología, ser

pasivo, peloteado por los elementos. La imagen real del hombre —dice— se sitúa entre estas dos visiones: coacciones y posibilidades de autonomía.

— II —

Si la tendencia es entonces hacia una nueva sociología de la libertad, se le pregunta a Raymond Boudon, cómo se relacionaría ella con la multiplicación de efectos perversos. Responde: "Una más grande libertad del cuerpo social puede aumentar los efectos perversos, es innegable. Una simple suma de las decisiones individuales puede producir un efecto perverso a escala colectiva. El fin del capitalismo, tal como Marx lo analiza, resulta de una acumulación de actos libres. Pero la restricción de ciertas libertades, por la planificación, la burocratización, igualmente puede engendrar efectos perversos".

Luego expresa que la intervención autoritaria del gobierno provoca el resultado inverso de lo que se había buscado (caso de los racionamientos y mercados negros subsiguientes). Añade que los efectos perversos son tanto más complejos, cuando mayor es la interdependencia de los agentes sociales.

Al ser la característica básica de las sociedades modernas el extraordinario aumento de la interdependencia, Boudon manifiesta que el progreso de las técnicas podría hacernos creer que vivimos en sociedades cada vez más programadas, cada vez mejor organizadas. Es un señuelo, aclara, pues las técnicas no han progresado al mismo ritmo que la complejidad y la interdependencia. Por el contrario, vivimos en sociedades que engendran y multiplican efectos perversos de todo tipo.

Así, injusticias, desigualdades, conflictos, no son necesariamente el reflejo de fenómenos de dominación. Son más bien, a menudo, el producto de esta interdependencia entre

los agentes sociales. Resultan de la imposibilidad de encontrar una organización óptima de esta interdependencia.

El autor objeto de nuestra síntesis, cita, para reforzar su pensamiento, algunas paradojas ya enunciadas por la sociología clásica, como la Ley de Tocqueville, sobre la creciente sensibilidad para las desigualdades, a medida que ellas disminuyen. En otras palabras, los individuos pueden estar más descontentos del sistema social, cuando más les ofrece éste posibilidades de promoción y de éxito importante.

Cita también a la relación inversa, según Durkheim, entre felicidad individual y cantidad de bienes, emparentada con la teoría de la utilidad marginal y de las necesidades decrecientes, del pensamiento económico clásico de Gossens, Pareto y otros.

Con respecto a la forma en que la sociedad contemporánea enfoca estos efectos perversos, Boudon señala que no se acepta que el efecto perverso sea el resultado normal, necesario o difícilmente eliminable, de un cierto tipo de acción colectiva, o de la acción colectiva en su conjunto. Se pone el efecto perverso en la cuenta de las "fuerzas ocultas", de una voluntad malhechora, maquiavélica.

Un resultado que no es deseado por nadie da la sensación de haber sido querido en una intención precisa, cuando en realidad proviene de la suma de decisiones individuales. Existe toda una teoría —afirma Boudon— donde se explica lo que no es, en gran parte, sino efectos perversos, mediante la fórmula de la conspiración.

Cita al respecto fenómenos como la polución y la deshumanización de las ciudades, que los sociológos atribuyen como responsables a instituciones o grupos particulares, sin ver que ellos no derivan de la finalidad de las instituciones

ni de la voluntad de grupos particulares. Son, el efecto perverso de una suma de conductas no intencionadas.

A continuación, se le pregunta a Boudon si de todo este análisis no surge una nueva concepción, una nueva definición del poder, a lo que el autor responde: "creo que hay que exorcizar este mito del poder según el cual no sé qué clase dominante tendría entre sus manos el destino y el funcionamiento de las sociedades. Esas simplificaciones de la imagen del poder no son en absoluto realistas. El poder, es evidente, no está uniformemente repartido, pero existe un poco en todos lados y a menudo allí donde uno no espera encontrarlo".

Es —entre otros— el análisis del sociólogo alemán Michels, cuando define la ley de bronce de la oligarquía. Michels comprueba que un grupo que tenga intereses comunes constituye tarde o temprano una organización encargada de defenderlos: partido político, sindicato o una asociación cualquiera. Si esta organización toma decisiones contrarias a los intereses de las masas que está obligada a representar, ellas van a desprenderse para crear eventualmente otra organización. Desde el momento en que el poder se instala, tiende a convertirse en oligarquía.

Por este hecho, suscita la protesta y tiende a ser impugnado por aquellos sobre los que se apoya. Hay, desde entonces, multiplicación de poderes oligárquicos que entran en competencia los unos con los otros. La distribución del poder es, por lo tanto, un fenómeno extraordinariamente complejo, moviente, flotante. El poder tiende a perseverar en su ser, pero haciendo esto, tiende a segregar constantemente anticuerpos.

Ante la dificultad de las modernas democracias liberales para lidiar con esta difusión del poder, Boudon acuña el término "Pleistocracia", el mejor de los poderes. Aclara que las democracias se caracterizan por una cierta difusión del poder y dichos poderes parecen neutralizarse para provocar una especie de bloqueo. Pero el poder no se encuentra, como hay la tendencia a creer, entre algunas manos. El análisis de los efectos perversos hace descubrir, por el contrario, un juego social, político, económico, complejo, hecho de limitaciones recíprocas y de contradicciones internas. Cuanto más una sociedad es compleja, más hay multiplicación e interpretación de efectos perversos. De ahí, entonces, la impresión de crisis permanente en que se encuentra la sociedad moderna. De allí también, la sensación de que el ciudadano está alienado por fuerzas que lo superan. De ahí a la tentación de análisis simplistas que imaginan la intervención de fuerzas ocultas en el juego social, hay un simple paso.

Seguidamente, Boudon rechaza el mito de la manipulación del hombre por la publicidad, expresando "pretender que ella determina los comportamientos es absolutamente desmentido por los hechos". No obstante, indica que la publicidad ejerce una influencia nada desdeñable y que es un terreno "magnífico", para el estudio de los efectos perversos.

A continuación, habla de los efectos perversos en función de la conducta solidaria en la sociedad o del aislamiento. Cita el clásico ejemplo de los cazadores primitivos aunados para conseguir entre todos una presa mayor. Cita también el caso del país que quiere beneficiarse imponiendo cuotas de importación, para terminar con un efecto perverso no deseado, al conseguir tan sólo la represalia del resto del

mundo, contra sus políticas, obteniendo un resultado neto negativo.

Daría la sensación —se le pregunta a Boudon en la entrevista - de que si toda acción engendra un efecto no querido, mejor sería no actuar. A ello replica: "es una tentación evidentemente. Pero de todos modos existen muchos ejemplos de efectos perversos que han sido atenuados por medidas de buen juicio. Para no tomar sino las más simples, los semáforos tricolores hicieron más fácil y posible la circulación. Los procedimientos de arbitraje, de concertación, representan un papel positivo, como por regla general, lo que está fundado sobre una cierta moral, sobre principios de confianza y lealtad". Sin educación, por ejemplo, sería imposible subir a un medio de transporte sin ser empujado o pisoteado.

Llegados a este punto, los entrevistadores de "L'Express" hacen a Boudon una pregunta cláve, acerca de que, si los actores sociales obtienen resultados opuestos a su finalidad consciente y si por otra parte, los efectos sociales indeseables no resultan necesariamente de la acción de un grupo dominante, el poder no estaría en ninguna parte. Ante ello, se plantea el interrogante sobre cuál puede ser entonces el proceso de cambio, a lo que Boudon responde:

"Los estados de desequilibrio social, de tensión social y, en consecuencia, el cambio social pueden resultar no sólo de los conflictos entre intereses contradictorios, sino también de los efectos perversos engendrados por las estructuras de interdependencia. Por eso, el primer deber es tomar conciencia de la complejidad de dichos fenómenos. Muy a menudo se quiere demasiado, todo y su contrario. Y se promete demasiado. Es necesario darse todos los medios de analizar, de intentar prever el menor mal posible de todos los efectos que puede engendrar una decisión".

La acción política, concluye, sólo puede ser hoy de tipo pragmático, ese pragmatismo que se apoya en sólidas bases teóricas. Dicha acción política sólo se puede dar objetivos políticos limitados, quizá, pero mejor estudiados en sus consecuencias múltiples. Agrega: "creo en una filosofía política pragmática que se cuide de dos tentaciones: el libertarismo y el totalitarismo. Que también se cuide de mantener ilusiones, de fabular sobre los resultados positivos de cambios brutales".

Al finalizar la entrevista, manifiesta Boudon que "sería ingenuo creer que todo movimiento de la historia está orientado hacia un fin necesariamente mejor. No existe un sentido único de la historia que conduce inevitablemente en la buena dirección". Asimismo, señala que si "bien es siempre difícil hacer profecías"; la incertidumbre del futuro sólo es uno de los nombres de la libertad.

Hasta aquí, la síntesis de la entrevista sostenida por Raymond Boudon con el semanario francés, en la que se explica lo sustancial de la posición filosófica y sociológica del autor.

— IV —

Si el lector nos ha seguido hasta acá, se preguntará por qué nos hemos tomado el trabajo de resumir la citada entrevista. En primer lugar y obviamente, con el fin de divulgar a través de este medio de prensa de nuestro país un pensamiento social realmente novedoso, un enfoque que si bien está en la raíz misma del pensamiento occidental, hasta el momento no se lo había considerado como categoría separada, como herramienta de análisis. En segundo lugar, porque sobre la metodología propuesta por Boudon, podría detectarse en nuestro país un conjunto de efectos perversos específicos, aparte de aquellos relativamente comunes y que son los que se utilizan como ejemplos.

Podría pensarse, quizá, que los procesos de gobiernos militares, queriendo liquidar para siempre los males de la "politiquería", produzcan justamente efectos contrarios y no deseados. A la inversa, podría pensarse que determinados procesos de apertura política, por la interacción no intencional de los agentes, provocarían justamente la generación de fenómenos que no son de ninguna manera los más apetecidos y ni siquiera objetivos de la misma apertura. Para ciertos grupos partidarios, podría darse el caso de que la insistencia suicida en determinados planteamientos, conduzca a la anulación de hasta los objetivos intermedios más modestos que se procuran. Legislaciones de "avanzada" en materia laboral pueden terminar perjudicando a los trabajadores, cuando la intención fue su beneficio.

En fin, el actual estado de nuestro país, con elecciones a la vista, plataformas partidarias, esquemas ideológicos, alianzas y coaliciones en ciernes, se presta a un interesante recuento de eventuales efectos perversos a engendrarse, o de un listado de los ya producidos. Como esta síntesis no ha sido muy "sintética", dejamos en todo caso al amigo lector, la inquietud, para que él mismo desarrolle la problemática en el contexto nacional.

ACERCA DE LOS MILITARES Y LA POLITICA
(Febrero 1978)

El reciente artículo de José Luis Roca, "Los Militares y la Política", publicado en "PRESENCIA Literaria" el último 5 de febrero, nos ha impresionado favorablemente y en función de ello, nos permitiremos algunos comentarios.

En el actual proceso de apertura política, es uno de los primeros trabajos que tiende a enfocar racionalmente, la di-

fícil —pero necesaria— convergencia entre civiles y militares.

Estoy plenamente de acuerdo con Roca, en que las dos posiciones: civilista a ultranza e "institucionalista" de sectores militares, son exageradas y carecen de asidero real en la vida política de Bolivia. Asimismo, comparto su criterio sobre la necesidad de crear canales permanentes de participación militar, sin que tengamos que enfrentarnos con el fantasma de una sociedad militarizada.

Hemos sido testigos de 14 años de gobiernos militares. Desde noviembre de 1964 hasta el presente, con diversas ideologías y "modelos", la nación boliviana ha sido regida por elementos provenientes de las Fuerzas Armadas.

No entraremos a considerar las modalidades imperantes en cada uno de los regímenes castrenses. Vale la pena recapitular, empero, sobre la estabilidad de los últimos años, como factor de "despegue inicial" hacia lo que esperamos sea un ensayo político definitivo, para encauzar a Bolivia a través de un patrón de vida civilizado, pluralista y democrático.

Más allá de la amplia gama de matices que se puede percibir en todo gobierno militar —desde las pautas ideológicas hasta los mecanismos de participación de los civiles en la toma de decisiones— lo que importa realmente es la capacidad de control. En el Brasil, por ejemplo, una muy inteligente tecnocracia civil ha tenido en sus manos dos sectores claves del modelo político brasileño: economía y relaciones exteriores. Hay una oposición "institucionalizada" al sistema y muchos otros canales de participación civil. Sin embargo, el Acta Institucional número 5 y el poder discrecional del Presidente para designar a su uniformado sucesor, más el control específico en áreas sensibles que se reserva el sector castrense del Brasil, hacen que obviamente, ese modelo sea

netamente militar, aun acompañado de una "Intelligentzia" que colabora en las tareas de gobierno. Así, pues, no se puede decir que "hay más civiles que militares trabajando en el sector público" y que por ende, un "régimen militar no es tan militar, por ser minoritaria la participación de ese sector". Basta con la capacidad de control, para que el gobierno se tipifique con claridad.

A la inversa, en un régimen de predominio civil, la capacidad de control está en manos del partido político o coalición gobernante, subordinándose las políticas sectoriales (incluyendo a las FF.AA.), a la "gran política" del gobierno. Puede ser que haya ministros militares, Embajadores militares o por último militares designados en cualquier área de conducción, pero no por ello podríamos decir que el gobierno es militar. Es más, puede ser inclusive el Primer Mandatario de origen militar y todavía el sistema de gobierno sigue siendo civil, máxime cuando se respeta el juego formal de la democracia (equilibrio de poderes, etc). Sin ir muy lejos, no olvidemos que el Presidente Carter es marino retirado y algunos de sus altos colaboradores son también militares.

Lo que finalmente se necesita —sea cual sea el sistema de tomar decisiones— es la aglutinación de los dos poderes. Si hay divorcio entre el poder militar y el poder civil, la estabilidad de un gobierno tiene sus días contados. Habría una alta tasa de volatilidad en torno a una dualidad de poderes.

Las Fuerzas Armadas tienen el monopolio legítimo de la violencia en todo Estado Nacional organizado. Por otra parte, los partidos políticos son los intermediarios básicos de la sociedad en lo que hace a las aspiraciones y métodos para llegar a los altos fines de la Nación. La conjunción armónica del sistema de coacciones y del sistema de creencias,

es más estable que el divorcio de los dos poderes. La *legitimidad* histórica de un sistema político, tiene su fundamento en el equilibrio entre sanciones y obediencia voluntaria.

Así como se puede hacer distingos entre civiles y militares, no se los puede calificar como si ambos fueran segmentos de la sociedad separados por posiciones irreconciliables.

También tenemos que reconocer que el país nuestro es fruto de lo bueno y de lo malo que han hecho ambos grupos sociales a lo largo de la historia. Esta relación no se agota con "clisés" acerca de "civiles que arruinaron al Estado", "civiles enaltecidos" y "militares golpistas, oportunistas o patriotas". Todos, hemos hecho de Bolivia lo que Bolivia es hoy. Todos sin excepción tenemos la obligación de construir una nación mejor para nuestros hijos.

Por otra parte, los militares no son una unidad monolítica. Sufren, por su permanente contacto con la sociedad en que viven, de las mismas contradicciones, angustias, aspiraciones de la civilidad. Nuestro ejército no es una casta pretoriana divorciada del pueblo y de sus élites; más bien forma parte integral de la bolivianidad y es consecuencia y resultado de ella.

Por todo ello, es importante que los dos poderes se conjuguen en una sola persona, con capacidad carismática y de liderazgo. No importa si esa persona, —que por definición arrastraría consigo a toda una masa humana identificada con sus postulados— sea civil o militar. Se pueden rescatar, en nuestro pasado, raros ejemplos de conjunción de los dos poderes, épocas que por lo demás coinciden curiosamente con los escasos períodos de estabilidad política que logró Bolivia. Cuando un gobernante aglutina, en sí, creencias y coacciones, tiene su orden asegurado. Cuando los dos poderes entran

en disputas o no coinciden, la sociedad, repetimos cae en el riesgo de períodos de zozobra, en los que uno de los poderes tratarían de anular o absorber al otro.

De ahí, entonces, la perentoria necesidad —como agudamente señala Roca— de ir buscando fórmulas novedosas de conjunción, de unidad civil-militar. Unidos ambos poderes en mente se convierta en algo tangible. Si así no fuere, un simple vistazo a nuestros manuales de historia nos demuestra que volveríamos a situaciones inciertas y facciosas.

GEOPOLITICA Y RELACIONES INTERNACIONALES (Febrero 1978)

Es un hecho real y evidente, que la geopolítica está resurgiendo con renovado ímpetu en los últimos tiempos. Esta vez, no como GEOPOLITIK, es decir, la doctrina del expansionismo germano de la escuela de Haushofer y otros, sino simplemente —pero esencialmente— como "la relación del poder político internacional con el asentamiento geográfico" (1). Si bien es perfectamente válido hablar de una geopolítica *interior*, impulsada por determinado Estado para reforzar sus fronteras, establecer sistemas fluídos y permanentes de comunicación y control, poblar espacios vacíos, generar determinados tipos de polarizaciones, etc., dejaremos para otra oportunidad tan interesante tema, ciñéndonos por ahora, en la extensión de este modesto trabajo, a la vinculación esencial entre geografía, política y relaciones internacionales, sin dejar de tener en cuenta, empero, que toda la doctrina *interna* de dominio y desarrollo espacial, tiene que estar necesariamente en correlación con las ventajas, dificultades y políticas, que determinado Estado encuentre y aplique en su vinculación *externa* (2).

Las relaciones internacionales son de complejidad creciente. Hasta no hace mucho, el "internacionalista" era aquel profesional medianamente versado en Derecho Internacional Público y práctica diplomática. Hoy en día, con lo importantes que son los atributos mencionados, ellos por sí no son condición suficiente para definir al estudioso de la política internacional.

No sólo la proliferación de Estados nuevos sino la problemática del comercio exterior, el auge de las corporaciones transnacionales, más el desmesurado desarrollo de la tecnología de las comunicaciones, organismos internacionales de todo tipo, sin contar con el enfrentamiento "Este-Oeste" y la relación "Norte-Sur", con sus respectivas secuelas: conflictos ideológicos y dilema del subdesarrollo, hacen que —sin agotar de ninguna manera el repertorio— la lista de problemas internacionales sea realmente impresionante y, consiguientemente, abrumadoramente dificultosa para asimilarla en su totalidad.

De ahí entonces, la necesidad de buscar algunos paradigmas que, sin perder de vista la complejidad señalada, permitan enfoques globales básicos, comprensibles y susceptibles de análisis. En la actualidad, esa es la principal labor de los que se dedican al estudio de la disciplina de las relaciones internacionales (RI) (3).

Al margen de la creciente sofisticación en el análisis de las RI, básicamente ellas siguen siendo todavía una rama de la ciencia política, auxiliada —en sus aspectos normativos— por el Derecho Internacional y en sus variantes comerciales y financieras, por la ciencia económica. Pero el "meollo" de lo internacional, es político y ello no puede ser de otra manera, desde el momento en que las RI son relaciones entre Estados, como elementos básicos de la co-

munidad internacional. Siendo la Ciencia Política, la rama del saber científico encargada de estudiar los aspectos inherentes al poder, al Estado, al gobierno y a los sistemas de dominación, si consideramos un mundo en permanente dialéctica de cooperación y conflicto, que es la expresión palpable de la tierra en que vivimos, entonces la correspondencia entre política y relaciones internacionales es bastante obvia. Es más, recuérdese, que muchas veces se emplean los términos "política exterior" o "política internacional", como sinónimos de RI.

- II —

Hay muchos enfoques sobre las RI, todos ellos dignos de estudio e interés. En este contexto, nos ceñiremos a uno de esos enfoques, quizá el más criticado de todos: el de la política del poder. Si queremos establecer una relación válida y comprensible entre RI y geopolítica, no hay más remedio que acudir al poder, ya que él es el fenómeno más tangible del sistema internacional. Guste o no, la política internacional, tiene —hasta en el mejor de los casos— un elemento de poder, de sometimiento a una voluntad, sea implícito o explícito.

El poder no se refiere solamente a la capacidad de control de la voluntad o a los aspectos que hacen a la seguridad e intereses nacionales. También es relevante para el poder, la capacidad que emana de él para preservar y proteger los valores fundamentales de una sociedad.

Así, pues, si la geopolítica entraña la relación del poder político internacional con el ambiente físico (geográfico), es probable derivar de ella, tendencias e inclusive pautas, en las relaciones de poder. Estas, pese a su dinamismo intrínseco, dejan percibir también ciertas constantes, determinados "es-

tilos nacionales" en la conducción de la política exterior, más allá de implementaciones adecuadas o no.

Lo importante: pensar en las RI geopolíticamente. Si dejamos de lado las cruciales nociones del espacio y el medio geográfico en las decisiones de política exterior, realmente estamos perdiendo la perspectiva más elemental. A todo esto, hay que tener en cuenta la diferencia entre el concepto geopolítico de espacio, como distinto del geográfico: extensión o superficie.

Bolivia figura entre los países sudamericanos más extensos, con 1.098.000 kilómetros cuadrados. Su superficie equivale a la suma de las superficies de España, Portugal, Italia y Grecia, con una población total superior a los 100 millones de personas y un Producto Interno Bruto (PIB), inmensamente superior al de nuestro país, escasamente poblado por sólo 5 millones de habitantes. No se puede afirmar, consecuentemente, que el espacio de Bolivia valoriza mucho su potencial y se deduce de ello, que si bien la extensión territorial es la base de las consideraciones espaciales, no es lo mismo superficie amplia que *espacio* amplio el que sí involucra una relación de poder (4).

Retomando el concepto de la geopolítica, vemos que ella siempre aparece —aunque no se la mencione como un ingrediente esencial en la política exterior. Comenzando con los actos de las grandes potencias y terminando con las aspiraciones de los países pequeños, no hay prácticamente ninguna medida de política, que no tenga su condimento geopolítico. Desde la construcción de una carretera hasta la erección de un puesto fronterizo o la proclamación en foros internacionales de los grandes objetivos nacionales, más cualquier otra decisión que involucre vinculaciones geográficas internas o

externas con elementos de poder, llevan consigo la noción geopolítica.

Ahora bien, en una oportunidad tiempo atrás, explicamos la necesidad de contar con una geopolítica nacional, con una doctrina del espacio geográfico y de nuestra posición frente al mundo, que fuera auténticamente propia, auténticamente boliviana (5). No se trata de resucitar fósiles ni teorías obsoletas; repetimos que la geopolítica contemporánea, *la geopolítica de la era nuclear,* no tiene nada que ver con la GEOPOLITIK germana del pasado, doctrina apologética del expansionismo territorial. La Unión Soviética tiene su concepción geopolítica; lo mismo Estados Unidos y así sucesivamente, todas las naciones que se han preocupado por definir sus aspiraciones elementales tanto en términos de poder, como de mero modus vivendi.

Si bien Bolivia está en condiciones de definir sus metas básicas, todavía no alcanza a vislumbrarse una doctrina geopolítica nacional, que englobe la concepción del espacio y su control, con las vinculaciones externas, pese a ser estas últimas tan importantes para Bolivia por su ubicación geográfica. Tres objetivos esenciales han determinado, históricamente, las RI de Bolivia: a) seguridad e integridad territorial; b) mercados internacionales de exportación y favorables arreglos comerciales; c) la asistencia para el desarrollo. Cada uno de ellos puede a su vez subdividirse en varias áreas. Por ejemplo, el problema de los transportes y consiguientemente el de la vertebración nacional y hacia el exterior, estaría ligado a la permanente búsqueda de mercados aptos para nuestros productos exportables actuales y potenciales (6).

Asimismo, el problema histórico de la mediterraneidad boliviana ha incidido en el pasado —y en la actualidad— con respecto a nuestro comercio exterior. Desde una huelga

ferroviaria, hasta cualquier otro tipo de decisión exógena a nuestro país, perjudica ostensiblemente el abastecimiento de insumos y la salida de nuestros productos básicos. Téngase en cuenta que Bolivia recién a fines del siglo pasado tuvo una vinculación ferroviaria con el océano Pacífico y hasta el momento, no cuenta con una carretera pavimentada hacia los puertos que sirven al comercio exterior boliviano.

— III —

Una primera aproximación a los estudios de una geopolítica nacional, sería la adecuada comprensión de la ubicación de Bolivia en el continente americano y en el mundo. Para ello, quizá podría pensarse en que algún organismo especializado, elabore mapas de Bolivia, con una proyección centrada en nuestro país. La verdad es que la actual proyección Mercator, nos perjudica muchísimo, no sólo a los bolivianos sino a todo el hemisferio sur. Basta ver cualquier planisferio, para observar que Groenlandia aparece tan o más grande que el Brasil; nuestro país del tamaño de la península Ibérica; la Argentina de extensión similar a Escandinavia. Se pierde pues, una relación comparativa adecuada de los espacios geográficos.

Una proyección centrada en Bolivia, por supuesto también estaría sesgada, esta vez en relación a nuestro país, pero tendría el mérito de inculcar a los bolivianos, que en definitiva para todos nosotros, el centro vital de nuestras preocupaciones es la Nación que nos cobija y como tal, hay que estudiar al resto del mundo en función de ella, como seguramente en todos los institutos de geografía política y militar se hace lo mismo para cada país, por la primacía de los propios intereses. Lo expresado hasta aquí nos demuestra que con los mapas, se puede mentir y confundir tanto como con las estadísticas. Todo depende de cómo se hagan y qué base de

proyección o de cálculo tengan respectivamente. Así, pues, no siempre un mapa es la mejor manera de interpretar las realidades geográficas y políticas, salvo que se lo use a sabiendas de sus limitaciones y defectos, o bien en función de determinados fines.

En base a esta nueva cartografía propuesta, podría entonces analizarse con detenimiento la ejecución de los planes de desarrollo basados en espacios-programas, para las políticas internas. En lo internacional, sería un elemento valiosísimo para la determinación de los objetivos nacionales.

— IV —

Cada cultura política es el producto de experiencias históricas y esa experiencia refleja una combinación de condiciones geográficas nacionales. Sin ser deterministas, hay que reconocer que, de alguna manera, el medio geográfico moldea al hombre y determina su carácter, creando también en consecuencia, determinados "estilos" en la conducción política y militar. Ese medio geográfico —interno y circundante o externo al Estado— ha sido en gran parte asimilado a través de la moderna tecnología de las comunicaciones, que transformó al globo terráqueo en lo que McLuhan llamó la "pequeña aldea". Persiste empero el elemento psicológico de pensar que únicamente la tierra es el medio de conexión Así, sin caer en la exageración de Haushofer que decía "el espacio rige la historia de la humanidad", es evidente que es necesario su control y dominio.

En conclusión, entonces, lo fundamental es reconocer al ingrediente geopolítico como elemento tácito y permanente en las relaciones internacionales. Asimismo, reconocer que ninguna vinculación externa será exitosa, en sentido histórico, si no está imbuida de una doctrina nacional de ubicación en el mundo y en el perímetro inmediato de intereses. Bolivia,

según Lewis Tambs, está rodeada por un anillo de hierro como derivación trágica de la miopía de nuestros antiguos dirigentes, quienes perdieron la gran posibilidad de irradiar poder desde el centro hacia la periferia del continente y no a la inversa, como finalmente sucedió (7). A todo esto, el problema marítimo significó, para Bolivia, la pérdida de caudales migratorios que podrían haber modificado la estructura social coadyuvando en las tareas de modernización y desarrollo, tal como sucedió en otros países de América Latina. Por otro lado, recordemos —no sin alarma— que el encierro de un pueblo en una situación central representa la declinación de su sentimiento nacional, como les sucedió antiguamente a los polacos y que a la inversa, resulta mucho más prometedor cuando un pueblo consigue producir una brecha en el cinturón que lo rodea, o cuando consigue manifestar alguna fuerza expansiva (8).

El concepto expresado arriba, hay que interpretarlo contemporáneamente como el *Desideratum* de una Bolivia unida, en progreso y que mediante una ágil política interna de vinculación, aunada a una diplomacia —ya existente— de contactos, permita en un contexto de paz y armonía, abrir la inmensa y rica geografía de Bolivia a nivel regional y universal. Ello será posible, en la medida en que se mantenga una pauta política determinada y teniendo siempre en cuenta a esa "mala" palabra: la geopolítica, como al condimento necesario —la "sal"— de las relaciones internacionales.

Notas:

1.— Saúl B. Cohen, Geography and Politics in a divided World (Londres, 1964).

2.— André Hillion, Los grandes espacios económicos (Pleamar, Buenos Aires, 1975).

3.— Entre otras obras, se pueden consultar a J. W. Burton

Teoría general de las Relaciones Internacionales (UNAM, México, 1973); K. W. Deutsch, Análisis de las Relaciones Internacionales (Paidós Buenos Aires, 1971) y D. V. Edwards, Análisis de la política Internacional (Paidós Buenos Aires, 1976).

4.— Ver, J. Atencio, Qué es la Geopolítica (Pleamar, Buenos Aires, 1965).

5.— Nuestro trabajo "Hacia una Geopolítica Nacional" EL DIARIO, de La Paz, 20 de mayo de 1974.

6.— Ver el trabajo de J. E. Holland, "Bolivia", en Latin American Foreign Policies (Davis, Wilson y otros, J. Hopkins, U. Press, USA, 1975).

7.— L. Tambs, "Geopolitical factors in Latin America". Una traducción nuestra fue publicada en PRESENCIA de La Paz, 26 de marzo de 1972.

8.— F. Ratzel, Ubicación y espacio (Pleamar, Buenos Aires, 1976).

INSTITUCIONALIZACION O DESARROLLO POLITICO
(Septiembre 1977)

A raíz de la decisión del gobierno de las Fuerzas Armadas de entregar el poder en 1980 a la civilidad, se está abriendo un debate de ideas en nuestro país sumamente interesante y sobre el cual nos permitiremos hacer algunas reflexiones.

No podríamos hilvanar este trabajo, sin previas definiciones de algunos conceptos, los que por lo general, si bien son muy comunes en el lenguaje coloquial, no aparecen lo suficientemente claros.

¿Qué es "institución"? ¿Qué se entiende, consecuentemente, por "Institucionalización"? Institución es lo estable en el tiempo, lo que permanece. Así, "institucionalización"

sería la búsqueda de la pauta estable, permanente, en el manejo de la comunidad política. Es un concepto sumamente profundo e importante. Cuando decimos que "hay que defender las instituciones", nos estamos refiriendo a la defensa de los valores perennes que hacen a la vida social en base a un determinado orden, a un sistema de valores aceptado por consenso mayoritario. A su vez, cuando hablamos de "reinstitucionalizar la nación", estamos implicando con ello el retorno a un orden preferido que por diversas circunstancias fue abandonado y que añorado o deseado por la comunidad, se desea reimplantar. Tras cambios bruscos, sin consenso, se busca el retorno al anterior sistema, al statu quo.

Por otro lado ¿qué es Constitución? Según el autor inglés K. C. Wheare, "la palabra Constitución se emplea por lo menos en dos sentidos en cualquier discusión sobre materia política. Designa, en primer lugar, todo el sistema de gobierno de un país, el conjunto de normas que establecen y regulan o gobiernan, el Estado". El autor citado luego hace interesantes disquisiciones sobre las diferentes constituciones. Al margen de toda la teorización sobre constituciones escritas, no escritas, rígidas, flexibles, unitarias, federales, etc., vemos, pues, que en países donde existe un cuerpo legal compendiado explícitamente —"escrito"— la Constitución es la Ley de Leyes, la Ley fundamental, de la cual se deriva todo el aparato legal de la República. Entonces, Constitucionalización, sería el proceso mediante el cual se le da a una Nación un conjunto de normas —las "reglas del juego"— para que se gobierne. Desde el momento en que un país existe como tal y con un ordenamiento jurídico adecuado, está necesariamente constitucionalizado, es decir, no cabe pensar en que haya un Estado nacional que necesite constitucionalizarse, porque si ese fuera el caso, entonces se trataría de un Estado naciente

por independencia, secesión u otra causa. En este sentido, todos los países que integran la comunidad civilizada, están constitucionalizados, ello es requisito imprescindible para que un Estado sea reconocido como tal. Recuérdese, de paso, la preocupación del Libertador Bolívar en 1825 por dotar a la brevedad posible de una norma fundamental a nuestra flamante República. Ahora bien, que la Constitución se ajuste a la realidad o que sea artificiosa y directamente impuesta por un grupo dominante sin mediar la voluntad popular, es "harina de otro costal", pero es un axioma político el que toda nación jurídicamente organizada está "constitucionalizada".

En cambio, es válido —especialmente en períodos posteriores a bruscas alteraciones nacionales— hablar de "la necesidad de reformar la Constitución", de "modificar las reglas del juego establecidas mediante la ley fundamental", etc. Ello puede ocurrir porque circunstancias internas o externas, aunadas con el mayoritario deseo de la población, así lo aconsejan. Podría darse el caso de que se quiera modificar la organización política del Estado de unitaria a federal o bien, cambios menores en la parte dogmática u orgánica de la Constitución o finalmente, enmiendas que adecúen la norma básica a las nuevas realidades del mundo contemporáneo y así se podría seguir citando ejemplos.

— II —

Hechas estas definiciones elementales, pasaremos al tema básico de este trabajo.

A nuestro modesto entender, mucho se ha abusado —y se abusa— en Bolivia, de la fraseología emocional. Pocos son los problemas nacionales o internacionales, enfocados con la frialdad del cirujano. Muy por el contrario, la mayoría de las veces, puntos de vista partidarios, ideológicos o el simple patrioterismo emotivo, empañan subjetivamente la

opinión y los escritos. Ahora cuando, de acuerdo a las expresiones del señor Presidente de la República, "las proposiciones del Gobierno de las Fuerzas Armadas serán opciones que la comunidad tendrá que evaluarlas en relación con otras alternativas que, seguramente serán planteadas por los ciudadanos individualmente o mediante las organizaciones a que pertenezcan", creemos que es necesaria —más que nunca— la claridad conceptual, para que el diálogo, las ideas, la discusión franca, sean plenamente transparentes y en función del futuro de nuestra querida Bolivia.

Históricamente el país se ha caracterizado por el exceso de "constitucionalización". Si la memoria no nos falla, se han promulgado por lo menos 16 leyes fundamentales desde la creación de la República. O sea que como promedio, cada constitución ha durado exactamente 9 y medio años. Hemos pasado desde la Constitución vitalicia bolivariana y el calco de cuerpos legales extraídos del liberalismo europeo, hasta el llamado constitucionalismo social, a partir de la Asamblea Constituyente de 1938 y sucesivas.

Por otro lado, mal podemos también hablar de "instituciones" —pautas estables— en Bolivia, cuando si la nación sufre de algo es justamente de la falta de institucionalidad. Hemos sido objeto de alquimias políticas de toda naturaleza y un simple repaso de nuestra historia nos muestra un pasado turbulento de asonadas, cuartelazos y dictaduras, con pequeños lapsos de orden, estabilidad y progreso. Así pues, la "institución" boliviana —si cabe el término, es el desorden y si ahora, tras todos estos años de calma político-histórica logro del gobierno de las Fuerzas Armadas—, se vuelve a hablar de "institucionalizar" al país, basta mirar hacia atrás para darnos cuenta que el imperativo de la hora, es brindarle a la

nación un cuerpo legal coherente con el momento que vivimos, consistente con la naturaleza peculiar de la nación y sobre todo, que sea el basamento sobre el cual podemos edificar de una buena vez, la definitiva institucionalización de la República.

Por todo ello, en Bolivia quizá debamos pensar más en términos de desarrollo político, que de constituciones imperfectas e irreales del pasado, o del retorno a instituciones que nunca fueron tales.

— III —

El desarrollo político es un proceso, proceso que opera dentro de una determinada comunidad, para alcanzar los plenos objetivos que sus miembros se imponen. Muchos autores asimilan el desarrollo político a las clásicas etapas del crecimiento económico. Los sociólogos prefieren hablar de "modernización".

Algunos expresan que las sociedades en cambio necesitan un "orden legítimo", lo que nos aproxima a la idea de desarrollo político que pretendemos plantear. Hay otras escuelas que consideran que el desarrollo político —la democracia— es subproducto del desarrollo económico y se encuentra facilitado —o trabado— por diversos factores estructurales. Sin embargo, diversos ejemplos nos demuestran que naciones de extrema pobreza, han alcanzado un desarrollo político considerable, como la India, para citar un caso. A su vez, por motivos que no viene al caso analizar, países de un considerable grado de desarrollo económico, no han alcanzado todavía un proceso avanzado de desarrollo político, con instituciones sólidas y pautas de autoridad legítima, tal cual ocurre en la República Argentina, gran nación americana que atraviesa una tremenda crisis institucional desde 1930 a la fecha y donde en estos días se está hablando, justamente, de

un "proyecto nacional" que superaría el síndrome político que la afecta desde hace tanto tiempo.

Por ser dinámico, el término desarrollo político se ajusta al ritmo que impone el cambio social en las naciones nuevas. La noción de proceso trae aparejada consigo la evolución hacia etapas cualitativas diferentes, lo que ubica al desarrollo político en un plano de coherencia con la noción de "culminación" de una revolución triunfante, es decir, el momento en que ésta logra establecer un nuevo "orden", diferente al anterior. En este sentido, siguiendo la huella metodológica de H. Arendt, utilizada por James Malloy en su trabajo sobre Bolivia, se ha expresado en diversas oportunidades que la nuestra es una "revolución incompleta". En otras palabras, el proceso de la Revolución Nacional, que arranca desde la guerra del Chaco, aún no ha concluído. El propio Presidente de la República así lo ha manifestado en varias oportunidades y coincidimos con ese criterio.

La tarea es, pues, muy importante. En base a las experiencias, errores, virtudes, zigzagueos, propios de un largo proceso revolucionario, hay que encontrar el final del camino para que Bolivia ingrese en una nueva etapa donde no haya más sobresaltos, lo que no implica de ninguna manera, la permanencia de un orden estático, pues, ya dijimos anteriormente que el desarrollo político es dinámico y dinámica será también, la concepción del devenir de la nación.

— IV —

La política es y será siempre necesaria, pues ella no es otra cosa que la manera de asignar valores dentro de una sociedad en forma autoritaria, cuando estos valores son escasos, deseables y no se puede satisfacer a la totalidad del cuerpo social con ellos. Este sistema de asignar valores, cuando es aceptado por la población, se dice que

es "legítimo", los actos de autoridad, las decisiones, son aceptadas mayoritariamente por la población. Frente a la desobediencia, se crean mecanismos de coerción que imponen el "orden".

Diversas teorías políticas se refieren al orden bajo una amplia gama de matices, pero es obvio que sea quien sea el que imponga ese "orden", una sociedad entraría en colapso si él no existe.

Cuando hay "orden" y éste es aceptado mayoritariamente por la comunidad, decimos que la autoridad se ha "legitimado". Se ha logrado que se acepte la forma de imponer asignaciones autoritarias de valores y se acepta también, la posibilidad de una penalidad ante la desobediencia. A medida que una sociedad se hace más compleja, este sistema de asignar valores, si persiste, decimos que se "institucionaliza", se vuelve permanente, aunque podrá —y hasta deberá— ser cambiado cada vez que la sociedad así lo determine o que nuevas realidades lo impongan. A su vez, este conjunto de "instituciones" necesita un cuerpo mínimo coherente de disposiciones que fundamente todo el andamiaje legal de la comunidad. En algunos países, no existe ese cuerpo legal ordenado, el que más bien se encuentra disperso en varios documentos y hasta impuesto por la costumbre. Tal el caso de Gran Bretaña. En la mayoría de las naciones occidentales, empero, ese primer documento del que derivan en cascada los demás, es la Constitución. Entendidas entonces las nociones del desarrollo político, cabe expresar que ninguna comunidad alcanza un "estadio final" en el mismo, pues como proceso que es, el desarrollo político simplemente seguirá generando nuevas formas de convivencia en la medida en que la dialéctica conflicto-cooperación de la sociedad, vaya llegando a críticos puntos de inflexión que obliguen a una

nueva readecuación de las formas políticas a la estructura social.

Los productos "finales" de la sociedad: libertad, igualdad, bienestar y otros universalmente aceptados, son metas que nadie puede negar. Hay muchos caminos —ideologías— para llegar a ellas. En el actual tiempo histórico en que vivimos, conviene, entonces, tener presente que si Bolivia quiere concluir un ciclo de dos generaciones de Revolución Nacional, no basta una nueva Constitución —al fin de cuentas como dijo Bolívar, un "simple papel"— y mucho menos el retorno de instituciones efímeras. Quizá el concepto de desarrollo político, en esta primera y muy burda aproximación, haga comprender que la búsqueda de un nuevo ordenamiento para Bolivia es un proceso complejo y que más allá inclusive de la "legitimidad" de un referéndum, está la propia realidad nacional, que espera un sistema político que permita zanjar conflictos en forma armónica y perdurable.

Ojalá el sistema "ideal" que comentamos, derive del amplio debate que propone el gobierno. Sólo así —sin taumaturgos de gabinete— en un fértil intercambio de ideas, se logrará el ansiado objetivo.

EL IDEALISMO DE CARTER
(Septiembre 1977)

El Presidente estadounidense Jimmy Carter, sigue siendo una incógnita en el exterior. Las relaciones internacionales del país más poderoso del planeta, no alcanzan hasta ahora a encajar en una determinada categoría, comprensible para el resto del mundo.

Hay gente que añora la *realpolitik* de Henry Kissinger, que gustando o no, era perfectamente asimilable, con su clara

base de poder a través de esquemas de bipolarismo militar, multipolarismo político, detente y rivalidades ideológicas. Hoy en día, Carter y su equipo de colaboradores en política exterior cuya cabeza es el polaco nacionalizado, Zbigniew Brzezinski, tratan de enfrentar las alternativas de las relaciones internacionales bajo una óptica completamente diferente.

El énfasis en los derechos humanos, por ejemplo, ha sido tomado por algunos sectores de opinión como simple traslado a otro contexto, del profundo sentimiento religioso del baptista presidente norteamericano. Creemos que hay mucho más que eso, por debajo de la nebulosa aparente.

Durante muchos años y desde su surgimiento como potencia mundial, los Estados Unidos se sintieron obligados a defender permanentemente —hasta con intervenciones militares— el llamado "mundo libre", esto es, aquella parte del mundo no dominada por regímenes socialistas de corte marxista leninista. EE.UU. se preocupó de formar lo que los estrategas denominaron "cordón de seguridad" en su periferia, mediante diversos acuerdos de cooperación política y económica, más convenios militares directos (NATO, TIAR, SEATO y otros).

Luego de la etapa de la guerra fría, vino la de la "coexistencia pacífica" y finalmente la "detente" (distensión) junto con la apertura de mercados e intercambio tecnológico entre los dos colosos hegemónicos (USA-URSS). A ello se sumó la creciente importancia de China Continental con lo que pasó a hablarse del "triángulo" de poder, en lugar del bipolarismo anterior. Es más, también se configuró otro triángulo, aglutinante de características económicas y no político-militares como el primero, formado por Estados Unidos, Japón y la Comunidad Económica Europea (CEE).

Es dentro de esta vinculación internacional que giran los llamados "mundos": el primero (capitalista), el segundo (socialista) y el tercero (países en desarrollo). Además comienza a mencionarse la importancia de la relación "Norte-Sur", la que trascendió los límites académicos estrechos que tuvo originalmente, para irrumpir como punto común de referencia internacional, luego de la crisis del petróleo de 1973 y de la subsecuente revisión que hizo el mundo industrializado, de su dependencia con respecto a los países exportadores de materias primas, quienes a su vez tenían —y tienen— una fuerte dependencia económica, tecnológica y política, respecto a las naciones industrializadas. Se pone de moda así, la "interdependencia", aunque en algunos casos haya más "dependencia" que "inter".

Por otro lado, ya entrado el siglo XX, Estados Unidos irrumpe con todo su poderío en los mercados internacionales y luego consolida su situación de poder, interviniendo decisivamente en las dos grandes guerras mundiales. Con el fin del último conflicto bélico, proliferaron aun más los grandes conglomerados transnacionales, tan ligados a la élite de poder norteamericana, que alguna vez un político estadounidense llegó a manifestar que "lo que era bueno para la General Motors, era bueno para los Estados Unidos".

Durante la tragedia de Vietnam y el escándalo de Watergate, cuyos resultantes fueron las respectivas liquidaciones políticas de Lyndon Johnson y Richard Nixon. Estados Unidos entra en una etapa transicional en materia de relaciones exteriores, esta vez bajo la batuta del inteligente germano nacionalizado, Henry Kissinger quien, con su realismo político, indujo a los dos últimos gobernantes estadounidenses previos a Carter, a lograr una "paz con honor" en el sudeste asiático, a reconocer al "gigante amarillo" (China Continen-

tal) y se esforzó —sin resultados definitivos— en la búsqueda de una paz permanente en el Medio Oriente sin intervenir, por otra parte, directamente en el conflicto de Angola, aunque en su última etapa Kissinger trató infructuosamente de buscar arreglos para eliminar las políticas racistas de Rhodesia y Sudáfrica.

América Latina fue contemplada con escaso interés por el entonces Secretario de Estado. Absorbido como estaba por las relaciones de poder y por el pragmatismo de una política internacional basada en dichas vinculaciones, poco atractivo ofrecía nuestro continente.

Kissinger acuñó el término "Nuevo Diálogo", presentó algunas iniciativas interamericanas que no prosperaron mayormente y solamente al Brasil le concedió un status especial, al firmar el acuerdo de consultas semestrales, corroborando así, la célebre expresión de Nixon: "hacia dónde se incline el Brasil, se inclinará la América Latina", verdadero subproducto de la política del poder aplicada a la región.

Prácticamente todos los gobiernos latinoamericanos han mirado tradicionalmente con más simpatía a los gobernantes demócratas que a los republicanos. Sin que necesariamente haya una costante verificable, existe la arraigada tendencia a pensar que un presidente demócrata en los Estados Unidos tendrá más interés en Latinoamérica que un mandatario republicano.

Ello es así por estar considerado el partido demócrata como "liberal", frente al conservadorismo del GOP ("Grand Old Party") es decir, de los republicanos. Asimismo, se piensa que somos menos "backyard" (patio/trasero) para un Kennedy o un Carter, por citar ejemplos recientes, que para un Nixon o un Ford.

Es en base a estos razonamientos, que puede intentar interpretarse la "ideología" que guía la política exterior de Jimmy Carter. Sobre el particular, su tutor en relaciones internacionales y asesor presidencial, Zbigniew Brzezinski; piensa -según citas del semanario TIME- que el nuevo gobierno estadounidense está motivado por una "visión espiritual del hombre". La diplomacia de Carter, continúa Brzezinski, es "no-ideológica" y más bien se basa en "ciertos valores filosóficos".

"Una política ideológica —prosigue el profesor polaco— busca promover un sistema particular sobre la base de una doctrina rígida, mientras que una política totalmente pragmática, como la de los últimos ocho años. carece de contenido moral: es esencialmente táctica, sacando ventajas de la oportunidad. La nuestra es una política de raíz filosófica, basada en nociones fundamentales acerca de la naturaleza del hombre, moralidad y justicia, pero no busca promover sistemas específicos".

TIME insiste en todo caso, que por lo menos se intenta promover algunos valores específicos, como los derechos humanos, lo que ha creado un clima tenso con la Unión Soviética y otros países.

De todo lo expresado hasta aquí, se puede extraer alguna conclusión preliminar. Durante muchos años Estados Unidos fue el "defensor de la fe", de las "virtudes" del capitalismo. Sin embargo, esa defensa, por el énfasis excesivo puesto en las antinomias ideológicas y por la falsa creencia de que necesariamente siempre había coincidencia entre empresas norteamericanas y el interés nacional de EE. UU., llevó a que Estados Unidos cometa graves errores en su política exterior, que enajenaron la voluntad de los países nuevos y también la de aquellas naciones atrasadas que iniciaban desde

revoluciones hasta tímidas reformas para modificar sus caducas estructuras.

Recuérdese que el propio Fidel Castro estuvo en Norteamérica, poco después del triunfo de su guerrilla sobre la dictadura de Fulgencio Batista, buscando la comprensión de los políticos estadounidenses para su política de "limpieza" en Cuba, donde se había incrustado poderosamente la mafia italoamericana en casinos, lugares de diversión y hasta industrias.

No podemos siquiera intentar recomponer el cuadro, si a Castro se lo hubiera escuchado con atención, pues vaya uno a saber lo que el astuto líder cubano tenía entre manos. Sin embargo, no es aventurado afirmar, que si hubiera habido comprensión del gobierno norteamericano, en esa época, para no escandalizarse y tomar como ofensa propia la política de nacionalizaciones y expropiaciones de Castro, distinta hubiera sido también la historia de América Latina de los últimos 17 años.

Tras el rechazo de sus proposiciones, al líder cubano no le quedó más remedio que acudir a la Unión Soviética y, como corolario, dar rienda suelta a su vocación de "profeta" y "guerrillero internacional", con las consecuencias conocidas por todos nosotros.

Así, pues, lo que trata de hacer Carter en sus primeros meses como Presidente de los Estados Unidos es darle un contenido ético y filosófico a su política exterior. No más histerias anticomunistas ni cordones de seguridad; tampoco prepotencia de potencia grande a potencias pequeñas. Frente a la bipolarización ideológica que sufre el mundo, al margen del amplio espectro intermedio que es posible deducir, Carter ha decidido pasar a la ofensiva: jugará sus propios

valores, los valores históricos de la revolución norteamericana, frente a los valores del socialismo soviético.

Decimos ofensiva, porque es evidente que en los últimos 60 años el capitalismo estuvo a la defensiva, mientras el socialismo avanzaba arrolladoramente, en base a los propios errores del mundo occidental. En 1917, un sólo país socialista, en 1977, casi la mitad del globo. Este peligro, ha sido racionalizado por los "eggheads" estadounidenses y ello, junto con el profundo espíritu religioso de Carter, está dando como resultado la actual orientación de su política internacional.

Estados Unidos tiene también una "revolución" para "vender" ante el mundo. Fue la primera República, tras siglos de monarquías, luego del ocaso de la Grecia antigua, de Roma y de repúblicas, como Venecia, de efímera existencia. La Constitución estadounidense sigue siendo uno de los documentos más valiosos de la filosofía política de Occidente y ha sido casi calcada por gran parte de países en el resto de América y otras regiones. Los principios de libertad, igualdad, justicia, que luego tomó la Revolución Francesa de 1789, ya estaban inscritos en las ideas de los "Padres Fundadores" de los EE.UU.

No entraremos en disquisiciones acerca de si fue una revolución "burguesa", "superada" luego por la revolución "socialista", como intentan justificar estos pasos los partidarios del mecanicismo social. Tampoco entraremos a considerar en profundidad si los valores estampados en la constitución norteamericana se cumplieron en su totalidad o en parte eran de simple contenido formal. Basta tener presente la esclavitud, para percibir que no siempre el sistema de valores se integró plenamente al mundo social. En fin, así podríamos seguir citando ejemplos que oscurecen los principios básicos

de los Estados Unidos, pero ello también es válido para el otro lado: el socialismo se construyó en Rusia bajo la presión terrible de Stalin y con millones de víctimas. Hoy en día, continúa la represión del pensamiento en la Unión Soviética, como ha sido divulgado universalmente por los disidentes y aceptado a regañadientes por el Kremlin, cuyos dirigentes aducen "razones de estado" para justificar las limitaciones de ciertos derechos básicos.

Toda ideología encontrará siempre motivos valederos para justificar sus actos, si ellos tienden a asegurar la base de poder de los que la imponen.

Es posible entonces, tras estas breves líneas, comenzar a entender el modelo de Carter, su "idealismo" frente al mundo y discernir el hilo central de su pensamiento, de su doctrina: la idea de la "American Revolution", como una alternativa más valiosa para jugarla frente al oso ruso, que los misiles, las bases militares y la presencia político-económica.

Particularmente, aunque todavía confuso y en algunos casos de doble "standard", pues a ciertos países se les niega ayuda por violar determinados derechos y a otros países con conductas aberrantes se les sigue dando ayuda masiva, so pretexto de que unos son "estratégicos" y otros no, el idealismo de Carter, a medida que profudizamos en él, lo encontramos interesante, ofrece una gama de valores muy arraigados en el espíritu del hombre occidental y si bien es prematura la emisión de un juicio definitivo, pensamos que siempre que la nación norteamericana vaya siendo más consecuente con el sentido moral de su Presidente, es probable que aumente el prestigio, o bien disminuya el deterioro de los Estados Unidos, especialmente entre los pueblos de América Latina y del Tercer Mundo, que esperan todavía proposiciones positivas —y alternativas válidas— para su desarrollo político y

económico, más su plena inserción como actores soberanos en el orden internacional.

DESARROLLO, SEGURIDAD Y DEFENSA NACIONAL (Noviembre 1974)

Ultimamente es común la referencia a los temas que titulan este trabajo. Efectivamente, se habla de desarrollo como aspiración legítima de la Nación para satisfacer las necesidades crecientes de su población y para ostentar un digno sitial en el concierto mundial. Se habla de la seguridad, tanto independientemente como en su estrecha ligazón con el desarrollo. Dicha seguridad está referida por lo general, a los casos de subversión interna que atentan contra el "orden establecido"; una definición más amplia se referirá naturalmente a aspectos tales como pleno uso del patrimonio nacional, soberanía integral, no interferencia de terceros países en procesos y movimientos internos, etc. Toda la problemática del desarrollo y la seguridad, ofrece un fértil campo para la investigación, el análisis y la crítica; nuestro enfoque en las líneas que siguen, sin perder la necesaria temática, se abocará al tema de la defensa nacional.

— I —

El concepto de *defensa nacional* es mucho más amplio que los de desarrollo y seguridad pues abarca a la totalidad de las fuerzas del país —económicas, sociales, políticas, militares y otras— tomadas como suma de recursos, como *poder nacional* e implica, claro, que la Nación tiene que "defenderse" de algo o de alguien. Es decir, ya una defensa, debe existir una posibilidad de ataque, una probabilidad de agresión, sea ésta militar o de otra naturaleza. Por otro lado, al ser "nacional", se sobreentiende que la defensa no se basa

en aspectos circunstanciados internos, de ser, por ejemplo, la "defensa interior" de un régimen político contra sus opositores u otra gama de situaciones referidas al ámbito de la República. Consecuentemente, el concepto de defensa nacional representa, sobre todo, el poder global del país en situaciones *límites* frente a convulsiones *externas* que amenazan de hecho o con cierto grado de certeza, su seguridad institucional, económica, territorial y social.

Contemporáneamente, las naciones se preparan de antemano para poder encarar hechos consumados o amenazas latentes a su seguridad; es por eso que hoy día ningún estadista, ningún gobierno, puede desentenderse del sensible problema de la defensa nacional. Esta defensa nacional representa un "primer nivel" circunscripto al país, a la comunidad organizada y a su eventual confronto con otros poderes nacionales, nivel que ciertamente si bien puede ser autónomo —y ello sería lo deseable— no lo es casi nunca pues está ligado —especialmente en caso de paises pequeños— a un "segundo nivel": el de la "defensa continental". Pocos saben a ciencia cierta exactamente que es eso de "defensa continental"; sin embargo, ella existe, implementada inclusive mediante el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), la Organización de Estados Americanos (OEA) y otros organismos panamericanos de defensa, no por menos conocidos menos influyentes.

En el contexto de la defensa continental, estamos restringiéndonos al marco latinoamericano que es el que nos interesa. Basta recordar la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y el Pacto de Varsovia entre otros, para tener presente que en el mundo entero existe un concepto de defensa continental y/o de bloques políticos-ideo-

lógicos que buscan mediante sistemas de alianza, una común sombrilla protectora.

Finalmente el concepto de defensa puede ser *mundial*. En un ejemplo "fantástico" podría darse el caso de un sistema de defensa frente a un enemigo del espacio exterior, tal como lo ha propalado en los últimos tiempos la literatura de ciencia ficción. En el realista caso del momento, la "defensa mundial" se ubica en el máximo concepto de bipolaridad: Oriente versus Occidente, Comunismo versus Capitalismo, en buenas cuentas: URSS versus EE.UU. Desde ya se trata de una figura hipotética y que dada la creciente cooperación entre ambas potencias más bien tiende a alejarse como realidad. Por otro lado, el esquema no deja de ser simplificado pues habría que ver hasta qué punto la miriada de países que no están del todo inmersos en los intereses estratégicos de las grandes potencias, participaría de dicho plan de defensa mundial, cuál sería el rol de China Continental, etc.

Sin embargo, con todo lo conjetural que pueda ser el análisis, resulta obvio que tiene su raíz en las realidades del mundo contemporáneo.

Asimismo, es evidente la interrelación y por tanto, ni el concepto de defensa nacional puede desentenderse del de defensa continental, ni éste es ajeno al de defensa mundial. Guste o no, así está el mundo en que vivimos, por encima del deseo que se tenga de liberarse de tales "Superdependencias".

— 11 —

Así, pues, tomando en cuenta la interrelación y la interdependencia comentadas en forma tan suscinta, cabe ahora retomar nuestro concepto inicial, en el que si bien haremos abstracción de los aspectos mencionados hasta ahora,

conviene tenerlos siempre presentes para que el análisis no quede "cerrado".

Pocos meses atrás, hicimos hincapié en la necesidad de una geopolítica boliviana, en la necesidad de que Bolivia posea su propia y particular concepción del espacio geográfico (1). Como resulta fácil colegir, dicha geopolítica nacional debe insertarse en un cuerpo mucho más amplio, que es el referido al desarrollo nacional, a la forma de implementarlo y ejecutarlo; concomitantemente, a un plan de seguridad y por cierto, como parte integrante de una *doctrina de defensa nacional* que involucraría todos los aspectos geográficos, políticos, económicos, militares, sociales y culturales que hacen al poder nacional.

Se podrá rebatir esta argumentación señalando que la eventual doctrina de defensa nacional —por lo mencionado en la primera parte— estaría "imbuída de conceptos foráneos" y "ligada al imperialismo". Ello en parte sería verdad, pues la interdependencia de los pueblos —que en el caso nuestro es más "dependencia" que "inter" hace casi imposible un planteo soberano *absoluto* de la defensa nacional. Sin embargo, tomando en cuenta los límites estructurales que impone el sistema mundial de dominación, límites que además son tan válidos para Bolivia como para Hungría, Colombia, Albania, Bangladesh o cualquier pueblo del planeta según el área de influencia en que se encuentre, es legítimo el pensar en construir una doctrina de defensa en función de los intereses nacionales.

Las otras alternativas serían el "no hacer nada" porque —en nuestro caso— alguien diría, "total para que, si ya estamos dentro del campo de influencia de los Estados Unidos" o bien —como aseguran algunos modernos "gurúes" de la ciencia política— "hay que luchar abierta-

mente contra el imperialismo y las clases dominantes internas hasta romper la hegemonía de la potencia colonialista, etc. etc.". Creemos honestamente que ni la solución neo-colonial ni el extremismo revolucionario son soluciones óptimas, mucho menos deseables. La primera implica un total sojuzgamiento del país a los designios de una potencia extranjera, que contraría los más elementales sentimientos nacionalistas; la segunda sólo puede llevar al desastre y al caos, como experiencias muy cercanas en el tiempo nos lo demuestran palpablemente.

Habría entonces una especie de ecléctico "punto intermedio", en torno al cual puede moverse con cierta flexibilidad el proceso de conducción nacional y ello, por cierto, se da en todos los campos de la actividad y no solamente en el que estamos examinando ahora.

— III

A raíz de varios estudios divulgados, versiones que circulan y otros hechos que no escapan al común lector de noticias, últimamente se habla —con bastante alarmismo— de la posibilidad latente de un conflicto entre países vecinos a Bolivia. No nos cabe ahora juzgar abiertamente la veracidad de esos rumores; tampoco abrir juicios de valor sobre ellos. Siempre es triste empero que —aunque sea a nivel de "chisme periodístico"— se hable de guerra en nuestra América cuando ahora más que nunca, frente a un mundo en crisis, hay que unirse e integrarse. Sin embargo, el simple hecho de que esos rumores hayan llegado a los más altos estratos de la conducción política y militar de la Nación, nos debe llenar de preocupación pues al margen de lo indeseable que pueda ser una guerra, la elemental condición de una doctrina de defensa nacional ante la más remota posibilidad de participación directa o indirecta del país en la misma, estriba en la nece-

sidad de elaborar cuadros de situación e *hipótesis de conflicto;* asimismo, la evaluación del poder nacional existente y el potencial —poder alcanzable— susceptible de transformarse en fuerza una vez maximizados los recursos.

Dichos trabajos, que por su propia naturaleza son reservados, deben cursar seguramente en nuestras altas escuelas militares y en el Estado Mayor. Lo que interesa destacar aquí, es que ninguna doctrina de defensa nacional puede aislarse de un estudio global de los "activos" de la Nación y que, por tanto, cualquier doctrina de defensa que se prepare "tipo laboratorio" basada única y exclusivamente en razones castrenses, está condenada al fracaso. Además, si bien se habla de defensa nacional, ella no implica sólo la "defensa"; también es válido pensar en fórmulas de ataque aunque —por nuestro bajo nivel de desarrollo— es preferible hablar al estilo de la escuela de Maginot y de la primera etapa de Liddell Hart, en términos de "defensa dinámica" (2). A ello habría que agregarle una natural vocación pacifista —que no impidió en el pasado, por cierto, la geofagia de nuestros vecinos— que hace más a una tradición "defensiva" que a una aproximación belicista de ataque. No obstante —y esto duele decirlo— a la "hora de la verdad", en materia defensiva tampoco hemos podido ser muy eficientes, como lo atestigua el tendal de fortines —corralitos mediante— cedidos en el Chaco.

Un ejemplo clásico de victoria por defensa es el de la batalla de Verdún, en la Primera Guerra Mundial; un ejemplo de desastre defensivo fue la "Línea Maginot" en el segundo gran conflicto bélico de este siglo. Con respecto al ataque exitoso puede citarse la "blitzkrieg" germana de los años 1940-42, que conquistó prácticamente toda Europa y en el caso negativo, nuestra ofensiva en Nanawa, que ya sabemos cómo terminó.

Las últimas guerras limitadas, especialmente la de Vietnam y la tercera guerra Arabe-Israelí han alterado el cuadro de la estrategia tradicional. Por un lado la lucha en el Sudeste Asiático demostró cuán difícil es para un ejército *tradicional,* derrotar a una guerrilla disciplinada y bien provista, pese al ingente apoyo logístico y a los masivos bombardeos aéreos. Por otra parte, la reciente guerra del Medio Oriente, llamada del Yom Kippur por los israelíes y del Ramadán por los árabes —por las respectivas fiestas religiosas que esos pueblos celebraban al momento de iniciarse la lucha— ha sido un nuevo "laboratorio" para el empleo de sofisticadísimas y muy costosas armas; asimismo para los nuevos conceptos tácticos y estratégicos de una guerra convencional no nuclear. Tal como la guerra civil española sirvió en su momento a los nazis como "ejercicio" de lo que harían después en Europa, el Medio Oriente mostró en octubre de 1973 la forma en que las futuras guerras entre países del Tercer Mundo habrán de librarse, especialmente cuando cada uno de los contendientes cuente con el respaldo de una de las grandes potencias.

Una de las facetas más asombrosas de la guerra del Yom Kippur fue la neutralización por parte de la infantería de los cuerpos de caballería blindada —tanques— y por parte de la artillería de la aviación. Efectivamente, los cohetes SAM probaron su terrible eficacia tanto para el ataque y contención terrestres como en función de defensa antiaérea. El esquema "moderno" de ofensiva: rápido avance de la caballería blindada, con cobertura aérea y consecuentemente avance de los infantes, quedó roto con la irrupción de la cohetería en la guerra convencional. Los SAM detuvieron a los tanques y a los "Mirage" y ellos estaban manejados por soldados de infantería y artillería; el gran resurgimiento de estas armas, es

una de las principales consecuencias del reciente conflicto del Medio Oriente (3).

La conclusión principal, empero, radica en que una moderna guerra requiere también la más moderna *tecnología* y el "know-how" de la misma. Dejando de lado el terrible costo que para una nación pobre requiere el aparato bélico contemporáneo, resulta obvio que "armarse" hoy en día significa poder proveerse —dentro de límites económicos elementales— de lo mejor y más moderno. Ninguno de nosotros al encontrar que su ropa está vieja y el vecino está gastando dinero en varias sastrerías, va a comprarse trajes usados, salvo que su extrema pobreza lo obligue y en ese caso, desde ya no quedaría muy bien parado frente a su elegante vecino. Se ha de querer siempre un traje nuevo y si es posible, "a la última moda". Con mayor razón entonces, un país que quiere armarse para preservar su soberanía y ha tomado una decisión política al respecto, tendrá que agotar sus esfuerzos para tener lo mejor a menos que, repetiremos una vez más, ello sea materialmente imposible y en este caso, volveríamos a la metáfora de los trajes usados: de nada nos servirán para imponer "respeto" frente al amigo con prendas flamantes.

De aquí a una conclusión perogrullesca hay un sólo paso: ¿Cómo debe armarse nuestro país? ¿Comprando material obsoleto y desechable que solamente serviría para "inflar" la figura de un falso e ineficiente armamentismo? Porque seamos francos, frente un ataque aéreo digamos, a la ciudad de La Paz —que probablemente por su topografía sea una de las ciudades del mundo más expuestas a la destrucción en un caso como el planteado— ¿Cuáles serían nuestras defensas? Unos cuantos cañones antiaéreos no bastarían para impedir que una cuadrilla de aviones supersónicos arrase la ciudad o gran parte de ella. Sólo podría impedirse la hipo-

tética destrucción de nuestro ejemplo —inflingiendo además duras pérdidas al "enemigo" - con un anillo de cohetes SAM que funja como escudo protector y ¿Cuál sería el costo? ¿Estaría nuestro país en condiciones económicas, tecnológicas y humanas para ingresar de lleno en la era de los misiles? No por cierto, salvo que los "intereses" de una gran potencia se hagan imprescindibles en nuestro territorio y entonces sí la "ayuda" que recibiríamos facilitaría la adquisición y utilización de armas tan modernas. Este no es el caso de Bolivia, tampoco el de ninguno de sus vecinos; queramos o no, estamos en el Cono Sur de América alejados de las grandes zonas de fricción mundial y entonces, no hay ni la más remota "posibilidad" de que una potencia entre en conflicto indirecto con otra en el caso de una guerra limitada en el continente, pues aun si se enfrentan países conducidos por ideologías diferenciadas, los límites de flexibilidad de la zona de influencia a la que pertenecemos, "aislarían" el teatro de operaciones de lo que podría llamarse área estratégica de contraposición de intereses entre potencias antagónicas.

— IV —

De todo lo hasta aquí expresado, pareciera que surge la inutilidad de un esfuerzo por potenciar a Bolivia, dadas las circunstancias delineadas. Nada más falso: el país debe fortalecerse, pues un pueblo débil no puede tener un destino fuerte. Tal destino, está mas bien enmarcado en un horizonte de paz y armonía social, requisitos imprescindibles para el desarrollo y por ende, para el potenciamiento nacional.

Resulta aleccionadora la mirada al pasado. Las experiencias de nuestra historia nos señalan que cuantas veces nuestro poder nacional afrontó su prueba suprema, enfrentando a una fuerza exterior, nunca tuvimos una concepción

clara de la guerra total, de la Nación en armas (4). Para colmo, los conflictos internos, inclusive en medio de una guerra exterior, primaron sobre la más elemental de las normas: La unidad de la República en un sólo haz de voluntades para agotar y maximizar recursos en la lucha frente al enemigo común.

Frente a las especulaciones externas acerca de eventuales conflictos en América del Sur y, sobre todo, frente a las enseñanzas que nos da nuestro pasado, la unidad de los bolivianos se torna ahora más que nunca requisito *sine qua non* para la victoria final, que no es otra cosa que la de la superación del hombre boliviano. Frente a una formidable coyuntura económica, hay que crear las bases para una *estructura* permanente de estabilidad y orden. En dicho contexto el desarrollo y la seguridad —como factores dinámicos— serán cambiantes pero progresivos y ascendentes. La defensa nacional, entendida como la suma de las voluntades y recursos de los bolivianos, deberá adecuarse a la marcha de los tiempos en función de los más altos intereses de la patria. Nada de manuales caducos ni de visiones apocalípticas, tampoco estudios cerrados de carácter alarmista que poca utilidad traen consigo. Los problemas de la defensa nacional hay que encararlos con la plena participación de las fuerzas sociales del país, ponderando limitaciones, ventajas y desventajas en el cuadro comparativo internacional.

Para volver un poco atrás, podríamos pensar quizá que hablamos de "armarnos"; podríamos hacerlo en función estrictamente defensiva y para ello, valdría la pena obtener lo mejor. ¿Cuánto cuesta un cohete SAM y cuál es su costo de oportunidad frente a un programa integral de desarrollo? ¿Cuánto cuesta un "MIRAGE" y cuánto cuesta un plan de viviendas populares? La asignación de recursos depende de

una *decisión política*, es un poco el antiguo dilema de "cañones a mantequilla". Pero, evidentemente, para "armarse" con malas y viejas armas las que sólo estarían directamente destinadas a la defensa de los gobiernos de turno, pues no liberarían al país del desastre en caso de guerra, mejor es no armarse, declararse neutral y preocuparse de la problemática del desarrollo. El resto, no deja de ser patrioterismo hueco de palabrerío sin sentido..

Como reflexión final, hay que preguntarse, empero, hasta qué punto nuestro país podría ser neutral en un eventual conflicto entre vecinos, el que afectaría a sus vitales intereses y reivindicaciones históricas.

(1) "Hacia una geopolítica nacional", EL DIARIO, 21 de julio de 1974.

(2) Ver el volumen III de *Creadores de la estrategia moderna,* de Edward Men... Earle, Círculo Militar Argentino, Buenos Aires.

(3) Ver el número 25-26 de ESTRATEGIA, Buenos Aires, Argentina.

(4) "Guerra y Nación en Armas", EL DIARIO, 12 de agosto de 1973.

HACIA UNA GEOPOLITICA NACIONAL
(Julio 1974)

Asistimos en los últimos tiempos, a un verdadero resurgimiento de la geopolítica en el contexto sudamericano. Abundan los artículos, las adaptaciones y la exhumación de doctrinas que se han reactualizado.

Por lo general, en todos estos estudios, se ubica a Bolivia como elemento "conflictivo" por su naturaleza de zona "clave" o "pivot". A partir de los trabajos de Travassos, Couto

e Silva, Tambs y otros, nuestro país aparece siempre como el "área de soldadura", como el núcleo vital ("hertland") del continente, pues su peculiar ubicación geográfica, en el centro del continente, con acceso a las hoyas amazónicas y platenses mirando al océano Pacífico desde su cordillera occidental, le da evidentemente a Bolivia, una situación expectante en el cono sur. Justamente dicha situación es la que ha servido como marco especulativo para una serie de doctrinas elaboradas en los países vecinos, en las que de una u otra manera, contínuamente está involucrado nuestro territorio.

Bolivia —como en múltiples ocasiones se ha señalado— nunca tuvo una concepción propia de su espacio; prueba tangible de ello está en el dramático y violento pasado nacional, con su lamentable registro de luchas intestinas y desmembraciones territoriales. Asimismo, en el escaso nivel histórico de desarróllo alcanzado, con la subsecuente infravaloración de nuestro país como tal en el concierto internacional.

Sin embargo, en una era signada por el tremendo avance en las comunicaciones, por crisis internacionales que ya no representan compartímentos estancos sino repercuten en todo el globo y ante el imperativo que impone el lograr plazos acelerados para el desarrollo social, cabe preguntarse si no ha llegado la hora para la definición de una doctrina geopolítica nacional.

Se dice que la geopolítica "no sirve para nada" y que sólo se la utilizó como "sombrilla ideológica" en un momento histórico de la Europa Occidental que ha sido ya superado. También se dice que la geopolítica es producto del "imperialismo" el que —a través de sus correas de transmisión— internaliza pautas de "defensa nacional" en las fuerzas armadas y sectores estratégicos de los países dependientes. Por

otro lado, se afirma que la geopolítica está en función de los intereses de la "clase dominante" y que los actos geopolíticos son sólo una proyección de esos intereses de clase.

Algo de cierto hay en todas estas interpretaciones, aunque los resultados no se dan en forma tan mecánica y rígida; además, sea como sea, la geopolítica es una realidad.

La geopolítica tuvo, en la primera mitad del siglo XX, su esplendor y su ocaso. Ante las teorías germanas del "lebensraum" —espacio vital— y que Hitler brutalmente pretendió concretar, la geopolítica pasó a convertirse en una rama del conocimiento científico "no apta". Sin embargo, también fue geopolítica la concepción bipolar que surgió tras la conferencia de Yalta y que significó la drástica división del mundo en dos bloques irreconciliables. La "tercera posición", primeramente preconizada por Perón desde la Argentina y luego tomada por el conjunto de naciones que emergió del colonialismo como propia, era geopolítica. Por último, la reciente tendencia hacia una nueva concepción bipolar del mundo, hacia una bipolaridad que está por encima de una multipolaridad ya aceptada y consentida, no solamente es fruto de la actual "coexistencia pacífica" de las dos grandes potencias; es también fruto de una clara, coincidente y unívoca definición geopolítica de la URSS y de EE.UU. que consiste, básicamente, en asegurarse mutuos beneficios en una era histórica como la actual, que es, por cierto, muy distinta a la que rigió los destinos de la humanidad hasta la Segunda Guerra Mundial (1).

En épocas más remotas, aunque sin la sofisticación actual de las ciencias, nunca dejó de reconocerse la importancia política del factor geográfico (2).

Así, pues, al margen de las teorías en boga de las críti-

cas o elogios, podría afirmarse que la geopolítica nació con la organización social del hombre.

Contemporáneamente, se sucedieron y se suceden hechos geopolíticos constantemente, pues si bien la geografía en el corto plazo es estática, no lo es la Ciencia Política, cuyo gran dinamismo le da a la geopolítica su carácter.

Badía Malagrida opinó que la existencia de Bolivia no tenía ninguna importancia y más bien era un "inconveniente" para el desarrollo armónico de la América del Sur (3). Pinochet en una obra —más difundida que leída entre los bolivianos—, da a entender que Bolivia es una nación sin destino. En efecto, al referirse a los aspectos geopolíticos del mar, afirma textualmente que "LA INDEPENDENCIA DE AMERICA Y POSTERIORMENTE UN GRAN DESCUIDO POR PARTE DE CHILE, PERMITIO A BOLIVIA APROVECHARSE PARA TOMAR POSICIONES CADA VEZ MAS VENTAJOSAS DE LA COSTA CHILENA. EN 1879. LA GUERRA DEL PACIFICO, PERMITIO A CHILE RECUPERAR LO QUE SIEMPRE FUE SUYO. BOLIVIA PESE AL TRATADO DE 1904; QUE LO VOLVIO A PAIS MEDITERRANEO, HA CONTINUADO SU LUCHA POR SALIR AL MAR SIN BASE LEGAL. NI GEOGRAFICA, NI POLITICA, NI ETNICA" (4).

Analice el lector no sólo lo falso y contradictorio del párrafo transcripto, sino también el profundo desprecio hacia nuestro país que destila.

Más adelante, en la página 105 de la obra citada se lee: "LA ASPIRACION DE POSEER UNA SALIDA AL MAR ES COMUN A TODOS LOS ESTADOS QUE SE ENCUENTRAN PRIVADOS DE ESTE CONTACTO, LA ATRACCION ES ENORME. ES UNA FUERZA GEOPOLITICA QUE SE OPERA, SIEMPRE QUE SE LE PRESENTE LA

OCASION Y QUE NINGUN TRATADO LOGRA EXTINGUIR" (5). Conviene que el general Pinochet no olvide esta última parte de su párrafo, al menos en lo que a nosotros como bolivianos nos corresponde.

En materia geopolítica, Bolivia no sólo estuvo siempre a la defensiva sino que, lo realmente notable, es que no haya logrado plasmar hasta la fecha una doctrina geopolítica nacional. Si todo el mundo discute acerca de nosotros; si se dice "que no tenemos razón de ser"; si se habla de Bolivia como "pivot", etc. ¿por qué los bolivianos no hemos sido capaces de desarrollar nuestra propia concepción del espacio geográfico? Más allá de la forma en que se elabore esta doctrina, a la que no le faltará la crítica, so pretexto de ser la doctrina de "la clase dominante", "innecesaria en los tiempos que corren" o simplemente ser "reflejo del imperialismo" es imprescindible que ella se desarrolle. No podemos seguir siendo el eje de cuanta especulación continental en materia de geografía política se elucubra, sin por lo menos tener una base propia de sustentación al respecto.

¿Cómo podría la nación rebatir las cosas ciertas e insensatas que otras plumas vierten sobre su destino si no tiene una idea *propia* de su factor geográfico? Es hasta paradójico que Bolivia no haya desarrollado una clarísima concepción geopolítica. Aunque, claro, si observamos nuestra historia, vemos que si hubo una concepción, ella fue la del *absoluto abandono* de nuestros extensos territorios y la primacía de la lucha intestina frente a la defensa nacional. Por eso estamos como estamos, con menos de la mitad de la superficie con que nacimos a la vida independiente.

En esta era del "continentalismo", cuando los grandes espacios armónicos resultan necesarios para las metas de la integración, más que nunca urge afirmar el sentido nacional

pues si de integración se habla, ella se hará en definitiva, en el marco de un nacionalismo solidario.

Una de las maneras de lograr la afirmación del sentido nacional que mencionamos, estriba justamente en la pronta elaboración de una geopolítica nacional que consulte los intereses de Bolivia, como Estado soberano en busca de sus metas históricas.

NOTAS

(1) Ver mi trabajo "Nixon-Brezhnev: coexistencia pacífica y dominación", publicado en EL DIARIO de La Paz, 21 de Julio de 1973.

(2) Puede consultarse al respecto el trabajo de Jorge Atencio, *Qué es la Geopolítica*. Pleamar, Buenos Aires.

(3) Ver la glosa de Eduardo Arze Quiroga en *Presencia* de La Paz, 7 de julio de 1974.

(4) Geopolítica: diferentes etapas para el estudio geopolítico de los Estados, por Augusto Pinochet Ugarte, 1968, Instituto Geográfico Militar, Santiago de Chile, pág. 104.

(5) *Op. cit.* pág. 105.

GUERRA Y NACION EN ARMAS
(Agosto 1973)

Ya anteriormente, en un ensayo titulado "Estrategia y Desarrollo", que publicamos en EL DIARIO, hicimos notar la interesante relación que existe entre la estrategia —el arte de conducir ejércitos con miras a un objetivo determinado— y el desarrollo. Un trabajo del economista argentino Guido di Tella, "La estrategia del desarrollo indirecto", ha sido —por lo que conocemos— pionero en la comparación de términos teóricos militares y económicos.

La guerra, o mejor dicho la teoría de la guerra, ya que si aún ésta es un arte necesita de la teoría, está basada en una serie de conceptos que vemos son utilizados crecientemente por diversos científicos sociales. Es así como la literatura del radio abunda hoy en día en palabras y frases como "estrategia para el desarrollo", "planes operativos" y otras.

La guerra se la define de varias maneras. Von Clausewitz afirma que "la guerra es un acto de fuerza para obligar al contrario al cumplimiento de nuestra voluntad. Asimismo, es famoso su aforismo: "la guerra es la continuación de la política por otros medios".

Vemos que si la guerra tiene un fin —el aniquilamiento del adversario— es a su vez, un medio para hacer realidad la voluntad política. La política exterior de un país se maneja a través de su diplomacia; fallando ésta o agotándose las instancias de la misma, dicha política debe continuar por otras vías, desembocando así en el conflicto abierto, es decir, en la guerra.

La guerra puede ser popular, impopular, interna (estado de conmoción civil), externa, regular e irregular (guerrillas). Es la guerra externa, la guerra convencional propiamente dicha, la que nos interesa en el presente contexto. En los modernos conflictos se busca la destrucción del enemigo para imponer así, la voluntad del Estado triunfante. La batalla, síntesis de la guerra, es el acto supremo de la misma.

La guerra actual impone una rápida decisión. Ya no puede pensarse, como se hacía antiguamente, en tener a todo el mecanismo nacional sujeto al conflicto por plazos demasiado largos. Los objetivos políticos de la guerra deben ser resueltos a la brevedad.

— II —

Contemporáneamente, resulta poco menos que imposible, en América Latina, plantearse hipótesis o planes de guerra total debido a que la creciente cooperación e intercambio regional minimizaron las posibilidades de una contienda explícita.

Sin embargo, Sudamérica —como observa Lewis Tambs— ofrece todavía un campo fértil para especulaciones de carácter geopolítico y geoestratégico. En el cono sur somos testigos de un pacífico —por ahora— conflicto entre Argentina y Brasil a fin de lograr obtener ventajas en el uso de sus recursos hídricos comunes; asimismo, en su afán por mantener respectivas influencias sobre los más pequeños países circundantes, entre los que se encuentra Bolivia.

En la conducción de ambas políticas prevalece la diplomacia y mediante ella —negociaciones, tratados, acuerdos, etc.— se sobrelleva un conflicto potencial de intereses que tarde o temprano deberá decidirse pacífica o violentamente.

En el caso boliviano, que es el que verdaderamente nos preocupa y por eso haremos abstracción de los otros, fue constante en el pasado, la práctica del cerco o "anillo de hierro" que históricamente concretaron nuestros vecinos, cuya resultante fue la pérdida de más de la mitad del territorio con el que contábamos al proclamar la independencia formal en 1825. El "corralito" más trágico, ha sido el embotellamiento que sufrió Bolivia a raíz de la triste amputación de su Litoral marítimo, justamente en una época en que todas las economías latinoamericanas abrieron sus puertos, recibiendo masas importantes de población y vinculándose con capitales y mercados internacionales. Quizá perder el litoral hoy, no signifique tanto, dado el creciente progreso técnico de los transportes y comunicaciones como lo fue en el siglo XIX

cuando la nación, realmente sufrió una cruel mutilación histórica de tremendas consecuencias.

Luego vino, ya bien entrado el siglo XX, el conflicto del Chaco. Bolivia, aprisionada por los Andes en su salida hacia el océano Pacífico, miró al sudeste de sus fronteras pensando en otro acceso al exterior. En esa época elucubraróuse algunas teorías geopolíticas ("hay que pisar fuerte en el Chaco") que aunadas a diversos factores internos, externos y hasta circunstanciales (incidente de laguna Chuquisaca) precipitaron al país en una guerra —continuación de la política— en la que, pese a sus aparentes ventajas comparativas, Bolivia llevó la peor parte y nuevamente tuvo que postergar sus aspiraciones de salida al exterior, al retroceder con sus ejércitos hasta territorios en donde los paraguayos jamás habían soñado poner sus pies.

Es que en todos los conflictos en los que Bolivia se vio comprometida, nunca se cumplieron los axiomas de la guerra total; nunca hubo "Nación en armas" o sea, un pueblo unido a sus conductores y decidido a brindar su máximo esfuerzo para lograr aniquilar al enemigo o, por lo menos, obtener una decisión favorable en la mesa de negociaciones con las cartas de una decisión bélica, obtenida utilizando óptimamente sus fuerzas en el momento más apropiado.

La guerra del Chaco es un hito histórico importante para el país; de la frustración consiguiente aflora el nacionalismo, el despertar de una conciencia nacional y un proceso de cambio que se arrastra hasta nuestros días. Paralelamente, a lo largo de todos estos años, protagonistas y exégetas han puesto su grano de arena en la composición de las causas de la derrota y el por qué de la contienda. Se han esgrimido muchas razones para justificar el fracaso nacional en las arenas del Chaco; desde las concernientes con aspectos inter-

nacionales hasta las del carácter racista ("el indio no soportaba el clima") y político ("el pueblo no sabía por qué y para quién peleaba"), algunas relativamente válidas en sus respectivos contextos, otras bastante falsas, intencionadas o meramente apologéticas.

Sobre la guerra del Pacífico no nos extenderemos pero, dado su reciente pasado, que aún sobreviven muchos de los conductores políticos y militares y por las consecuencias de toda índole que trajo al país, la guerra del Chaco permanece todavía sujeta al juicio de los bolivianos.

Los conflictos se pierden y se ganan por diversas razones pero, fundamentalmente, hay victoria o derrota según la capacidad del conductor, entendida esta capacidad en los términos de la "Gran Estrategia" —política, diplomática, militar y económica— y no como la figura heroica o "napoleónica" que nos pinta la guerra romántica. Asimismo, según la habilidad del conductor de marras para utilizar la totalidad de los recursos nacionales en aras del resultado final.

Durante el conflicto bélico del Sudeste, cabe hacer notar que al margen de las discrepancias entre la conducción política y la conducción militar, el país nunca comprometió *todo* su esfuerzo en aquella lucha. Por ejemplo, las movilizaciones fueron parciales; se llamó a filas por etapas en lugar de aglutinar de una vez, la *totalidad* de los esfuerzos en el resultado del conflicto. Esto no quiere decir claro está, el comprometer tal esfuerzo en un solo lugar de decisión. Se supone que subyacen un Centro de Operaciones, un Plan de Operaciones, una Estrategia con sus tácticas y por otro lado, medidas económicas, políticas y diplomáticas que hacen al "Teatro de la guerra", englobando al país que compromete su voluntad en la consecución del objetivo.

¿Por qué perdió "técnicamente Estados Unidos la guerra del Viet Nam? Por qué internacionalmente, el consenso inicial que obtuvo para su intervención, terminó siendo repudiado hasta por su propio pueblo (falla de la conducción diplomática o mayor habilidad del contrario) y porque debido a una ética de participación —reforzada por la disuación soviética y china— que terminó institucionalizándose como "regla" dentro del conflicto armado, nunca pudo disponer de su principal recurso (la energía nuclear) para postrar a los norvietnamitas. Sin embargo, los bombardeos que precedieron a la rueda definitiva de negociaciones fueron tan intensos. que prácticamente obligaron a Viet Nam del Norte a aceptar condiciones de paz que dejaban a Estados Unidos liberado "honorablemente" del conflicto. Omitiendo juicios de valor resulta claro que en este último caso, el gobierno norteamericano utilizó, siempre dentro de las especiales condiciones de la guerra del Sudeste asiático, el máximo de su esfuerzo y obtuvo una decisión que dejaba a salvo su "prestigio" al retirarse de la lucha.

— III —

Así pues, si Bolivia perdió sus dos principales conflictos con el exterior, no fue precisamente por una extremada superioridad del adversario o por ineptitud de sus combatientes. La falla inicial radicó en un mal uso de recursos que junto con fallas en la conducción y defectuosos planes estratégicos, tácticas y movimientos confusos y contradictorios, nos llevó al desastre. A ello habría que agregarle una política internacional de propaganda que siempre nos fue adversa y no se la contrarestó adecuadamente. Recuérdese que el Paraguay, aunque oficialmente calificado por organismos internacionales como "agresor", concitó mayores simpatías que Bolivia

debido a su habilidad para presentarse como el contendor más "débil".

En una cuantificación global de recursos, el Paraguay fue menos poderoso que Bolivia. Sin embargo —descontando la pseudo-neutralidad argentina en ese entonces - nuestro rival supo aplicar a la perfección el concepto de "pueblo en armas" y puso todos sus esfuerzos en la concreción del objetivo político largamente acariciado: conquistar el Chaco Boreal. La conducción política fue hábilmente llevada y nunca hubo roces de envergadura entre ella y la parte militar. Además, en un notable uso de los principios de economía de fuerzas, concentración y dispersión, el Paraguay siempre logró tener a su ejército con el mayor poder posible en el punto decisivo del conflicto: la batalla.

Hasta en las acciones que a Bolivia le resultaron exitosas (caso Cañada Strongest) la falta de coordinación privó al país de resutlados contundentes ya que nuestros cercos dejaban mucho que desear en su eficacia.

— IV —

Tras este breve recuento, vemos que el país no utilizó en la mejor forma su masa disponible de recursos para la solución de los problemas externos que lo aquejaron. Hoy en día, como ya expresamos anteriormente, las relaciones de conflicto en América Latina prácticamente han desaparecido; la guerra del Chaco pertenece a la Historia y sólo ella — y sus protagonistas— son los directamente interesados en la aclaración de pormenores.

Lo que sí preocupa contemporáneamente es la solución de un "conflicto" que para la nacionalidad es de mucho mayor importancia que los aspectos ya descriptos: se trata de la "guerra" contra la dependencia, el atraso, la pobreza, el sub-

desarrollo o como quiera nominarse a una compleja situación que es común a gran parte del mundo moderno.

También la solución de estos males configura una situación "bélica" que puede catalogársela de "guerra total": el país debe luchar para superar su atraso modernizando sus estructuras, para desligarse de la dependencia externa que lo agobia, hasta el punto de que el cierre de una fundición inglesa nos pone al borde de la parálisis económica. Nuestro subdesarrollo y pobreza son sólo superados por un país en el continente, según indicadores económicos profusamente publicitados por organismos internacionales. En suma, pese a los innegables avances de los últimos años, la nación arrastra todavía una penosa situación, subproducto de factores ya largamente estudiados y detectados.

La "guerra" contra el atraso ha de librarse exitosamente siempre que el concepto de "nación en armas" se traduzca en tiempos de paz en "nación trabajando". Todos, desde el más humilde campesino hasta los máximos conductores, aplicando sus esfuerzos y recursos en la lucha pero con el máximo de eficacia.

BIBLIOGRAFIA

Querejazu C. R., MASAMACLAY: *Historia Política, Militar y Diplomática de la guerra del Chaco.* Ed. Amigos del Libro, La Paz.

Zook D., *Conduct of the Chaco War.* Bookmans Associates. Estados Unidos.

Von Ludendorff E. *Guerra Total.* Ed. Pleamar, Buenos Aires.

Perón J. D. *Apuntes de Historia Militar.* Ed. de la Reconstrucción, Buenos Aires.

Hart L., ESTRATEGIA: *La aproximación indirecta.* Circ. Militar Argentino, Buenos Aires.

NIXON-BREZHNEV: COEXISTENCIA PACIFICA Y DOMINACION
(Julio 1973)

La reciente entrevista "cumbre" mantenida entre el Presidente norteamericano, Richard Nixon, y el Secretario General del Partido Comunista, Leonid Brezhnev, hoy por hoy "hombre fuerte" dentro de la escala jerárquica de la Unión Soviética, implicó algo más que la interesante combinación entre capital y tecnología estadounidenses y materias primas rusas: se trata de una nueva visión de las relaciones internacionales con retorno al viejo esquema bipolar, en desmedro del mentado pentapolarismo o multipolarismo de los últimos años.

Si por algo pasó a la Historia la Conferencia del Yalta en 1945, fue porque en la misma las potencias aliadas trazaron un mapa que dividía al mundo en sus respectivas áreas de influencia. El proceso es harto conocido y no vale la pena extenderse en detalles. El correr de los años trajo consigo la irrupción en la escena mundial de China Continental, la creciente pujanza de los países europeos condensada en la creación de su Mercado Común, el "milagro japonés", país que se perfiló como potencia económica de primer orden y la entrada en escena de una miríada de naciones liberadas del colonialismo provenientes de Asia y Africa, las que, junto con los países latinoamericanos —aunque éstos más maduros y "occidentales"— crearon lo que dió en llamarse el Tercer Mundo, siendo el primero y segundo los "mundos" capitalistas y socialistas.

Así, pues, la convivencia internacional, con sus naturales altibajos claro está, estuvo signada por un multipolarismo creciente el que parecía ya inmutable.

Empero, la inteligencia del Doctor Kissinger y el pragmatismo de los soviéticos, está plasmado por encima de las relaciones multipolares que obviamente se mantendrán y acrecentarán, un nuevo esquema de poder compartido el que, de una u otra manera, dejará también en los próximos años su marca histórica.

Estados Unidos se encuentra en la actual coyuntura ante una posición sumamente delicada. El hasta hace poco poderoso Poder Ejecutivo está siendo duramente atacado y desafiado por un Poder Legislativo que ha encontrado renovado vigor a raíz del escándalo político de Watergate. La situación económica norteamericana también deja mucho que desear; el otrora poderoso dólar se encuentra jaqueado por el resto de las monedas duras y sujeto a constantes crisis internacionales que hasta hace pocos años resultaban poco menos que impensables. Asimismo su panorama doméstico dista mucho de ser envidiable ante una persistente tasa de inflación que agobia los presupuestos familiares y acarrea un descontento generalizado. El actual síndrome de la economía norteamericana obedece a relaciones causales que no es del caso analizar aquí y que, además, son muy bien conocidas.

Paralelamente, la situación soviética no es la más dorada posible. Tras medio siglo de desarrollo compulsivo mediante una disciplina de la acumulación que castigaba duramente al consumidor, existe una fuerte tendencia hacia la producción de bienes de consumo a fin de satisfacer las expectativas crecientes de la población.

Todo sistema político tiene históricamente un punto de inflexión a partir del cual o se reestabiliza mediante virajes estructurales en la conducción o se debilita por su falta de maniobrabilidad para atender las crecientes demandas que surgen. Los líderes soviéticos, perfectamente interiorizados de

esta problemática, a la par que los norteamericanos, están buscando la mejor manera de reequilibrar variables globales que les permitan una persistencia estable en el tiempo.

Es entonces cuando surge la necesidad de —por encima del contexto ideológico– buscar vías de acción comunes que permitan esa mantención de liderazgo no sólo en el ámbito interno sino también —y principalmente– a nivel internacional. Estados Unidos necesita imperiosamente encontrar medios para ubicar su tremendo excedente económico y su tecnología; la Unión Soviética necesita ambos recursos si quiere explotar sus extensos y ricos territorios siberianos, los que configuran hoy, quizá, una de las últimas fronteras de desarrollo. A su vez, ambas naciones desean —además no lo ocultan— mantener su relación de poder y, para ello, nada mejor que un buen paquete de medidas bilaterales que de una u otra manera condicionarán al mundo en los próximos años.

Así, pues, por encima de las relaciones multipolares, surge un nuevo esquema bipolar, que todavía nos reservará grandes sorpresas. La visita de Brezhnev y la apertura en la Plaza Karl Marx de Moscú de una sucursal del Chase Manhattan Bank, son sólo dos indicios del pacífico "contubernio" que está creando un nuevo sistema de dominación del que surgirán como radios concéntricos, aún más reforzadas, las ya tan de moda corporaciones multinacionales. No será raro dentro de unos pocos años, el pleito de algún país subdesarrollado con la "FORD CCCP", "SOVIET ITT" o algo por el estilo...

ESTRATEGIA Y DESARROLLO
(Febrero 1972)

El término "estrategia", otrora restringido al ámbito militar ha cobrado en nuestros días una dimensión que excede el estrecho marco castrense. Por cierto el fin último de la estrategia es la capitulación incondicional, la victoria; en suma, el logro de los objetivos procurados.

Hoy en día al hablar de estrategia se incluye una amplia gama de factores en torno al concepto; en este sentido, es más realista referirnos a una estrategia total o "gran estrategia" que sería la matriz que acomoda a las diversas "estrategias"; políticas, militares, sociales, internacionales, etc.

En otra oportunidad nos referiremos al tema de la gran estrategia y las relaciones internacionales que presenta aspectos sumamente interesantes para Bolivia, especialmente por su configuración geopolítica de pivote continental. Por ahora veremos las relaciones entre la estrategia indirecta y de desarrollo económico.

Los grandes objetivos del proceso económico del país, se supone que tienen que estar señalados en el marco de referencia que el Ministerio de Planificación propone para su ulterior consideración. Sabemos que desgraciadamente, al menos hasta ahora, tanto la planificación como la coordinación no han sabido llenar las expectativas que las precedieron. Más allá de los documentos pomposos y de las famosas reuniones internacionales, no hemos tenido una planificación nacional que se convierta en realidades tangibles. El principal problema reside en la falta de compatibilidad: si el Ministerio de Planificación, por ejemplo, prepara un "plan operativo" y éste no tiene correspondencia *biunívoca* con las asignaciones presupuestarias del Ministerio de Finanzas, el plan no sirve para

nada desde el punto de vista práctico. En otras palabras mientras no se coordine la labor del Ministerio de Finanzas con la elaboración del plan, de poco servirán los estudios y programaciones que realicen los técnicos del Ministerio de Planificación. Esto, al menos con respecto al sector público.

Sin embargo, el amplio marco, los grandes lineamientos de lo que se quiere que el país sea, los debe dar esa Secretaría de Estado. Es decir, Planificación debe dar la estrategia y señalar en base a ella, las tácticas que se seguirán en la consecución de las metas. La Estrategia Nacional del Desarrollo, pretendió sentar las bases mencionadas; empero, sus imágenes —objeto eran un tanto difusas y sin adecuado estudio prospectivo. Por otro lado, el sesgo ideológico era demasiado notorio. Por último, faltó la definición de las tácticas —planes— a seguir para que lo que se expresaba sea una realidad dentro de los plazos que se imponía el documento.

El país tiene demasiados diagnósticos y proyectos. Más allá de las ideologías, que en definitiva sólo proveen los medios e instrumentos ya que los objetivos finales (desarrollo, bienestar, igualdad, etc.) son los mismos, se impone una dosis de realismo y una necesidad de replantearse una estrategia racional de desarrollo.

Una estrategia a seguir podría ser la adopción de medidas que movilicen los recursos del país hacia una industrialización dinámica mediante proyectos de viabilidad inmediata perfectamente indentificados. Esto implica pensar en LA INDUSTRIALIZACION y no en la mera necesidad de cualquier tipo de política industrializante. Así, se debe hablar de una industrialización diferente a la que se intentó mediante el rancio planteamiento de la "sustitución de importaciones" o crecimiento hacia adentro. En la actual coyuntura, se trata

más bien de efectuar un drástico replanteo de la problemática vigente y apelar a un nuevo esquema estratégico.

Como es sabido, existen similitudes notables entre la estrategia militar y la estrategia del desarrollo. Ambas significan formas de ataque y de defensa; en términos militares se busca la victoria de las armas o la minimización de las pérdidas ante una derrota u otras situaciones difíciles. En la teoría del desarrollo, la estrategia representa un "ataque" contra las estructuras del atraso o bien medidas "defensivas" ante los peligros de la dependencia u otras falencias estructurales. Dentro de este contexto, cabe mencionar la relegación a las cátedras de historia militar de la famosa estrategia del ataque frontal propiciada por el militar prusiano Clausewitz en el Siglo XIX.

Efectivamente, el desarrollo de los armamentos convencionales y no-convencionales (la energía nuclear), las nuevas formas de guerrilla subversiva y la historia general de las ideas, han hecho que el concepto de la estrategia directa, es decir el ataque a fondo empleando todos los recursos disponibles en un "todo o nada", entre en un estado definitivo de absolescencia.

Modernos estrategas —como Liddell Hart y Bezufré— señalan en la actualidad la importancia de la estrategia *indirecta,* que consiste en atacar al enemigo mediante aproximaciones no frontales y buscando la sorpresa, los flancos más débiles y una maximización de las ventajas disponibles. Se busca la victoria pero no se dilapidan todos los recursos en un solo y gigantesco esfuerzo.

Como dice el profesor Di Tella en su trabajo —"La estrategia del desarrollo indirecto", la idea de hablar del desarrollo en términos de estrategia militar es natural dado que los problemas militares y económicos parten de la hipótesis

de la escasez de recursos y de la maximización de resultados. Así, pues, no es causal la generalización de técnicas como la investigación operativa, programación lineal, análisis de la actividad y teoría de los juegos, en el campo económico y en el campo militar.

Di Tella plantea para el caso argentino la idea que se presenta en este trabajo la necesidad de encontrar una vía "optimalista" y "eficientista" para salir de nuestro estado de atraso. No planes grandiosos sino planes reales, y a nuestro alcance, para no desperdiciar los muy escasos recursos del país en un ataque frontal estéril y dispendioso.

La teoría del crecimiento hacia adentro mediante sustitución de importaciones, como todos sabemos, ha entrado en crisis. Este proceso en definitiva dependía de la capacidad de exportación del sector tradicional que es generador de divisas— para la compra de bienes intermedios que le daban el sello ficticio de "industria nacional" a unos cuantos productos terminados.

El argumento proteccionista para la industria incipiente es totalmente válido cuando la programación industrial se realiza en base a industrias dinámicas y de alto valor agregado; cuando se tiene una industria que —pasado el período de protección— podrá producir a costos internacionales. Porque el concepto de industria básica debe ser ese: la eficiencia y los rendimientos crecientes que permitan una penetración agresiva en los mercados externos.

La creación, entonces, de un amplio espectro horizontal de industrias de transformación que dependen del margen disponible de divisas y generan desequilibrios estructurales sumamente onerosos para el país, representa un costo de oportunidad sumamente elevado. En lugar de la dispersión de esfuerzos es mejor utilizar la táctica de la concentración

de esfuerzos en un menor número de actividades industriales pero a escalas mucho mayores. Se nota aquí también una similitud con el ataque —concentración— y la defensa —dispersión—.

Ahora bien, el proceso de desarrollo puede asimilarse perfectamente a las dos posiciones estratégicas mencionadas. Más allá de las diversas variaciones, combinaciones y alternativas se puede llegar a una relación dicotómica. Por un lado, el desarrollo balanceado autárquico en función de la sustitución de importaciones que crea un vasto horizonte de industrias raquíticas; por el otro, una estrategia indirecta del desarrollo basada en la creación de pocas industrias claves, altamente verticalizadas y de alto valor agregado que le dan al país la posibilidad de una rápida industrialización y un pronto control de algunos mercados internacionales. La primera corresponde al caduco planteo de Clausewitz; la segunda, a la moderna concepción del arte militar.

Este tipo de estrategia supone, claro está, el aval de una firme decisión *política* que es la que define el proceso. Tal decisión deviene así en punto de apoyo logístico del ataque contra el subdesarrollo basado en la mejor utilización de los esfuerzos nacionales.

De la definición de una estrategia eficientista del desarrollo quizá se logren resultados más positivos que los que las continuas diagnosis e intoxicaciones ideológicas mediante sus "grandes planes" sustentan. Si se habla tanto de "la lucha contra el subdesarrollo", por lo menos démosle a esa "guerra" la racionalidad que el estado de la Nación exige: si tenemos pocos recursos, hay que maximizarlos y utilizarlos de la mejor manera en la batalla. Sin embargo, en la mentada lucha procedemos como una gran potencia que puede dilapidar gigantescos esfuerzos y capacidades debido a su abundancia.

En nosotros está la solución del problema y la búsqueda de las tácticas adecuadas.

FACTORES GEOPOLITICOS EN AMERICA LATINA
(Enero 1972)

En las alturas de los Andes bolivianos, cerca de la costa sur del Lago Titicaca, yacen las ruinas de una antigua ciudad: Tiahuanaco, precolombina, preincaica y quizá antidiluviana en origen. Las gastadas piedras de Tiahuanaco se encuentran alrededor de una figura erecta y monolítica: La Puerta del Sol. Los indios de la localidad pasaron de generación en generación la idea de que la Puerta del Sol es el "Axis Mundi Americani", ¡qué! exclamamos incrédulamente, ¿el eje de Sudamérica en el desolado altiplano de Bolivia? Sonreímos displicentemente y despreciamos la idea como una simple leyenda de superstición india, porque sabemos el corriente problema de Bolivia y su crónica inestabilidad. James Lord Bryce consideró que Bolivia era "una creación artificial"; Juan Bautista Alberdi y Archivald Cary Coolidge creían que el Tibet de América debía reincorporarse dentro de la República Argentina: Francisco García Calderón, Carlos Badía Malagrida y Ramón Caños Montalva opinaban que el único futuro para el macizo boliviano yace en su unión con Chile y Perú; Chase S. Osborne y los editores de "Time" propusieron que la República Andina sea dividida entre todos sus vecinos. ¿No será posible que la extrema inestabilidad de Bolivia se debe a su localización geográfica y que ésta sirva como nexo para un enfrentamiento continental de intereses conflictivos? ¿Y podría ser correcta la leyenda india de que Tiahuanaco es el "axismundi americani" y que Bolivia es el

"heartland" (nudo central, tierra central o pivote central; concepto geopolítico) de Sudamérica?

El concepto de "heartland" fue originalmente propuesto por Sir Halford Mackinder en 1904. El decía que la nación que controlara las grandes tierras interiores de Eurasia, algún día mandaría en el mundo y aunque el concepto de Mackinder era global en su panorama y originalmente aplicado solamente a las cerradas tierras de la "isla mundial", se aplicó a áreas de menor tamaño. De acuerdo con Mackinder, dos tipos de fuerzas —marítima o terrestre—, la última basada en el área pivote; luchan por la dominación del mundo.

Aunque Mackinder revisó y extendió su tesis del "heartland en 1919 y 1944, ésta permaneció básicamente como la yuxtaposición y confrontación de un poder terrestre contra un poder marítimo.

El concepto estratégico de poder terrestre contra poder marítimo ha sido, sin embargo, radicalmente alterado por el advenimiento de la aviación, la cohetería y las armas nucleares. El poder espacial ha hecho que el "heartland" de Mackinder sea vulnerable por todos los lados, y más aún, fue su subestimación del ascenso de los Estados Unidos a estatura gigante dándole así al nuevo mundo un "heartland" rival al del viejo.

La tecnología moderna, entonces, ha debilitado considerablemente la pauta global de Mackinder, pero reforzó su otro concepto de que el poder futuro yace con los imperios Continentales por virtud de sus superiores recursos. Nuevos bloques de poder basados en las grandes masas de tierra del mundo y que giran alrededor de sus propias áreas pivotes continentales, están emergiendo. Uno de estos Superestados estará en Sudamérica.

Sudamérica, además, provee un campo apto para la aplicación de los principios clásicos de la geopolítica. La capacidad aérea de las naciones de ese continente es pequeña y su capacidad nuclear inexistente. Consecuentemente, el análisis geopolítico de la relación entre el poder político internacional y el asentamiento geográfico, desarrollado previamente a la segunda guerra mundial, es aún aplicable. Sin embargo, los grandes geopolíticos: Mackinder, Friedrich Ratzel, Rudolf Kjellen, Karl Haushofer y Vidal de la Blanche, raramente aplicaron sus estudios sobre el espacio, la presión de población, las fronteras y el Estado, a Sudamérica. Así al no haberlo hecho dejaron de lado las ideas de uno de sus más ilustres predecesores: Alexander von Humboldt.

Von Humboldt se refirió al macizo central de los Andes como el "promontorio de América". Geográficamente, estas tierras altas son la cabecera de tierra del nuevo mundo y geopolíticamente, el "heartland" de Sudamérica. Similar a un titánico y alargado triángulo invertido, y delicadamente ubicado entre los océanos Atlántico y Pacífico, el Continente Sudamericano presenta un cuadro de diversidad y excentricidad geográfica que en su mayor parte está determinado por sus montañas. El lado occidental del triángulo invertido está fracturado de abajo hacia arriba por los Andes que corren paralelos a la Costa del Pacífico, privándolas a éstas de fértiles llanuras y ríos navegables.

Impresionante, nevada, la cadena montañosa de los Andes, forma una barrera casi impenetrable entre las tierras bajas del Atlántico y las tierras bajas del Pacífico. Al norte fractura aun más, a Sudamérica por el nudo de Pasto en Colombia y se demarca por el norte y este hacia Panamá y Trinidad aislando así la "tierra firme caribeana" del resto del Continente. La Cordillera, sin embargo, después de aislar

las costas del Atlántico, favorece a esta porción este de Sudamérica con dos grandes sistemas fluviales: el Amazonas y el Plata. En la Cuenca intermedia de estos dos grandes sistemas, hay una ruptura en la barrera de los Andes, en el paso de Santa Cruz. AQUI EN EL AREA OCUPADA POR LA ANTIGUA AUDIENCIA DE CHARCAS, ESTA EL CORAZON DEL CONTINENNTE. AQUI ESTA EL "CHARCAS HEARTLAND" DE SUDAMERICA.

Este "heartland" (es decir Charcas) compacto, centralmente localizado, rico en recursos, temperado en clima, inmune para ataques marítimos y dominando las cabeceras de agua de los dos mayores sistemas del Continente —el Amazonas y el Plata— como también controlando las rutas transcontinentales directas y diagonales llena todos los requerimientos geopolíticos clásicos para ser un área pivote.

El núcleo del Charcas "heartland" está formado por las ciudades bolivianas de Sucre, Cochabamba y Santa Cruz de la Sierra. Sucre, cerca del fabuloso Potosí, en la base del triángulo de plata, limita con el ferrocarril transcontinental diagonal que corre de Argentina al Perú. Esta huella sigue el "camino real" a través del paso de Tarija y en días imperiales sirvió como la principal arteria entre Buenos Aires y Lima. Al sur de Sucre —Capital Colonial de Charcas que se alababa de tener al "Oxford de las Américas", la Universidad de San Francisco Xavier durante tiempos españoles— fluyen las turbias aguas del Pilcomayo que corren a lo largo de las llanas pampas argentinas buscando el Plata y el Atlántico Sur. Cochabamba, en la parte norte del triángulo clave, yace sobre la ruta transcontinental directa desde Santos sobre el Atlántico, hasta Arica sobre el Pacífico, y, como Sucre, se liga con la línea "porteño—peruana". Hacia el norte de la cuenca cochabambina, la que contiene la mayor concentración de

asentamiento en Bolivia, florecen las cabeceras de agua del complejo Beni - Madeira - Mamoré - Piraí, uniendo Charcas con el Amazonas y el Atlántico ecuatorial. Al este de Cochabamba hacia abajo y a través de la brecha en la cordillera del Paso de Santa Cruz hacia el Chaco, los orígenes del río Paraguay, y las tierras altas del Matto Grosso, PERMANECE SANTA CRUZ DE LA SIERRA. Rodeado por petróleo y por fértiles llanuras, este vértice oriental se ubica entre los Andes y las tierras bajas del Atlántico, controla el paso de Santa Cruz y es el "corredor económico del Continente". Al oeste de Santa Cruz de la Sierra, están Cochabamba, Arica y el Pacífico. Al norte está el Puerto de Cuatro Ojos sobre el río Grande que fluye hasta el "ríomar" Amazonas. Al este corren líneas de acero hacia Puerto Suárez sobre el río Paraguay y más allá hasta Santos sobre el Atlántico. Desde el sur se aproxima un ferrocarril que unirá Santa Cruz de la Sierra con Orán sobre el Bermejo y con Buenos Aires. El triángulo eje, Sucre - Cochabamba - Santa Cruz, alrededor del cual "pivotea" Sudamérica, se ha cerrado sobre SANTA CRUZ DE LA SIERRA, EPICENTRO POLITICO DEL CONTINENTE.

Parafraseando a Mackinder:

El que domina Santa Cruz manda en Charcas
El que domina en Charcas manda en el "heartland"
El que domina en el "heartland" manda en
Sudamérica.

Si este análisis es correcto y si Charcas es el "heartland" de Sudamérica, ¿por qué Bolivia no manda en el Continente? La respuesta yace en el hecho de que UN NUCLEO VITAL PARA SER EFECTIVO, DEBE SER FUERTEMENTE SOSTENIDO Y ORGANIZADO PARA PODER ACTUAR ASI COMO CENTRO DE PODER; de otra manera,

sirve meramente como un campo de parada para ejércitos extranjeros. Hoy en día, BAJO UNA BOLIVIA INESTABLE QUE OCUPA PERO NO DOMINA EL AREA, CHARCAS ATRAE COMO UN PODEROSO MAGNETO LAS AMBICIONES DE SUS VECINOS QUE BUSCAN EL DOMINIO DEL "HEARTLAND" Y CON ESTE, EL DEL CONTINENTE.

Lo que estamos presenciando hoy por hoy en Bolivia es un colapso hacia el centro desde la periferia ya que durante tiempos precolombinos y coloniales, Charcas verdaderamente actuó como un centro de poder. Concentrándose en el altiplano, la influencia de los grandes imperios Aymara e Inca irradióse a lo largo del Continente. Acosado por rebelión, el imperio Inca cayó en manos de España y desde el "heartland" los conquistadores marcharon sobre la periferia para colonizar Chile, Ecuador, el Chaco y La Plata. Una vez fortalecidos en el Alto Perú, los españoles marcharon hacia el este para enfrentar la expansión portuguesa - brasileña. Los luso-brasileños por otra parte, excitados por la plata de Potosí y las aguas del Pacífico y percatados del hecho de que con la ocupación de Charcas el Imperio Español en Sudamérica se partiría en dos, se dirigieron al oeste cruzando la línea de Tordecillas en dos grandes alas desde San Pablo y Belén, pero sus sucesivas oleadas se golpearon en vano contra la base de la periferia andina y el imperio perduró.

Vital para España por su localización estratégica, su red de comunicaciones y su gran población, como también por su riqueza mineral, EL ALTO PERU PERMANECIO COMO NERVIO CENTRAL DEL PODER ESPAÑOL EN SUDAMERICA, HASTA EL FIN DEL IMPERIO. Incluso durante la guerra de la independencia Charcas permaneció inviolada. Este reducto realista impidió los continuados asal-

0/0

COMPLEMENTO AL TEXTO DE SAAVEDRA WEISE: BOLIVIA EN EL CONTEXTO INTERNACIONAL

Página 369.-

Pág. 369: A partir del segundo párrafo hay una importante omisión que agregamos: "... centro, con la destrucción del Imperio Español se cerró el cerco desde Charcas sobre la periferia. El nudo se dió vuelta y bajo una Bolivia sin líderes, el "heartland" ya no actuaría más. Se actuaría sobre él.

Vista como una lucha por el "Charcas Heartland", la historia de los siglos XIX y XX de Sudamérica, excepto su lado nórdico, resulta inteligible. Las grandes líneas de batalla se demarcaron cuando los ejércitos patriotas argentinos fallaron en su intento de recuperar el Alto Perú de los realistas y reunificar así el antiguo Virreinato del Río de La Plata —unidad política y militar creada para el propósito específico de contener la expansión luso-brasileña— y cuando los brasileños ocuparon la Banda Oriental en 1817 y Chiquitos en 1825.

Mientras la reincorporación de Charcas y del Paraguay periférico llegaron a ser los objetivos primarios de la política porteña, los brasileños ya dominadores de la Cuenca Amazónica y ubicados para amenazar Charcas desde el Norte y el Oeste, buscaron asegurar su flanco izquierdo sobre el Plata y despejar el camino para una marcha directa hacia el

"heartland" desde San Pablo mediante la eliminación del bloqueo tradicional en el pasaje de la expansión paulista: el Paraguay. Brasil, pese a sus frustraciones en la Banda Oriental y en Chiquitos, se arregló sin embargo para impedir una serie de intentonas argentinas por parte de Belgrano, Rosas, Urquiza, Mitre, Bunge y Perón, tendentes a recuperar Charcas, ya sea por la fuerza de las armas o mediante una unión económica. Al prometer a la Argentina el Chaco Boreal hasta Bahía Negra, los diplomáticos imperiales llegaron incluso a empujar a los porteños a que junto con el Brasil destrocen al Paraguay en la guerra de la Triple Alianza de 1865 a 1871. La Argentina se equivocó, como Alberdi predijo en su tiempo, al abrir la puerta paraguaya PARA LA MARCHA HACIA EL OESTE DEL BRASIL y geopolíticamente, la guerra de la triple alianza probablemente marca el hito a partir del cual el Brasil llevó la delantera en la carrera "paulista-porteña" por el "heartland".

Sin desanimarse por la falta en la recolección de beneficios de la guerra de la triple alianza, Argentina continuó su empuje con un programa de infiltración política y económica en el heartland. En la década inicial del siglo XX, Alejandro Bunge propuso el establecimiento de un "zollverein" austral que ataría a Bolivia y al Paraguay con Buenos Aires. Cuando el proyecto fracasó, los porteños entonces empujaron sus ferrocarriles militares profundamente dentro de Bolivia. La misma década vió a una unidad del ejército argentino vigilar la ruta desde Orán a Santa Cruz de la Sierra que comenzaba a asumir creciente importancia como zona productora de petróleo. Durante la guerra del Chaco, la Argentina abasteció a los paraguayos con armas y municiones, probablemente esperando que su satélite guaraní ocuparía el Chaco entero y así, una vez más, presentar un parapeto entre Brasil y Charcas. Pero aunque el Paraguay ganó la guerra, Santa Cruz, pese a un serio movimiento separatista, permaneció boliviana.

El auge..." (continúa el texto impreso).

tos argentinos desde el sur y mientras el imperio se desmoronaba a lo largo del Continente y Lima capitulaba en pro de las armas rebeldes, el Alto Perú permaneció firme y redujo tres ataques más llevados a cabo por el "ejército unido" desde el norte. Solamente en 1825 cayó Charcas e incluso entonces sólo cayó debido a un asalto gigantesco por parte de los ejércitos patriotas combinados del Continente.

La independencia para Bolivia sin embargo marcó el reverso del rol tradicional del "heartland". Así como la expansión de los imperios Aymara, Inca y Español, se había movido hacia afuera desde el Alto Perú teniendo éste como centro, con la destrucción del Imperio.

El auge de Juan D. Perón, vio también a una Argentina geopolíticamente inspirada renovar sus esfuerzos para reunificar el Virreinato del Río de la Plata. Perón resucitó la Unión Aduanera Austral de Bunge e indujo a Bolivia y Paraguay —entre otros— a unirse, pero esto se desvaneció con la caída de Perón. Su salida no alteró la política tradicional Argentina. Durante los últimos años de 1950 y primeros de 1960 se recomenzó el trabajo sobre el FF. CC. Orán-Santa Cruz y un oleoducto desde Camiri hasta la frontera argentina fue inaugurado. El empuje porteño hacia Charcas pese a los numerosos vaivenes y retrocesos continuaba.

Los repetidos fracasos argentinos para reconquistar al Alto Perú han sido sobrebalanceados por la sucesión de éxitos brasileños en su marcha hacia el oeste. Espectaculares avances se hicieron en dirección a Charcas aunque el Brasil imperial fracasó en la retención de Chiquitos y la Banda Oriental. Esta última región aún representa una zona geopolítica de fricción especialmente en el territorio de Misiones donde el flanco sur del Brasil está expuesto invitando al ataque y el que nunca estará seguro hasta que Brasil haya

ganado una "frontera natural" sobre el lado oeste del complejo fluvial Paraná-Paraguay-Plata.

Ignorando su vulnerable frontera sur, Brasil empujó hacia el oeste. De poco en poco, "empleando el método geopolítico clásico de infiltración y asentamiento", Brasil ocupó 490.437 Km2. de territorio boliviano. Demandando que todos los ajustes territoriales sean arreglados bajo el principio del "utipossidetis", Brasil en 1867 con su máquina imperial de guerra martilleando sobre la periferia paraguaya y en 1903 cuando el área disputada había sido ocupada por los brasileños obligó a Bolivia a resignar la región entre el Madeira y el Yaraví al lado este del Paraguay, las aguas entre el Paraguay y el Guaporé y el territorio del Acre. Al ganar el Acre, Brasil se aseguró un punto de lanzamiento para una mayor penetración en la Bolivia nórdica y la construcción del FF. CC. Madeira-Mamoré, representa un obvio intento de unión de esa parte norte con el Brasil. Este puesto de avanzada del Acre es la punta de lanza de una trayectoria de siglos que parte desde Belén por el Amazonas hacia Charcas y el Pacífico y que forma el ala norte de un movimiento continental de pinzas envolviendo el "heartland" sudamericano.

Mientras el avance hacia el norte siguió rutas determinadas por la naturaleza hacia su objetivo, el lado sur de las pinzas cerrado en San Pablo pudo hacerlo así solo inicialmente. Bajando por los ríos Tieté y Pinheiros, los "paulistas" penetraron profundamente en el "hinterland español" y aunque cruzaron y alcanzaron el Paraná y el Paraguay, las comunicaciones terrestres resultaron muy dificultosas.

El advenimiento del FF.CC. sin embargo solucionó este problema. Reaccionando ante la penetración ferroviaria porteña en el altiplano, los brasileños determinaron la construcción de un "cinturón de hierro" a lo largo del Continente

para aislar a la Argentina. En 1938 bajo la influencia de las políticas nacionalistas del "Estado novo" de Getulio Vargas, se negoció un tratado con Bolivia que permitió la concrección de la línea Santos-Corumbá hasta Santa Cruz de la Sierra, llave hacia las tierras altas de los Andes y el Pacífico. Los partidarios paulistas de la línea Corumbá-Santa Cruz arguyeron que dado que la región que rodeaba la cabecera del riel en avance estaba prácticamente deshabitada, allí existía la posibilidad de que los brasileños colonizaran la región y con el tiempo buscaran independencia y anexión al estilo del Acre. Un movimiento separatista se lanzó en Santa Cruz durante 1957, pero es bastante incierto el rol que los brasileños jugaron en este asunto. Con el puente del Paraguay en Puerto Esperanza y la inauguración de la Línea Corumbá-Santa Cruz en 1955 el ímpetu de penetración del eje sur brasileño se interrumpió bruscamente. En 1958 con el tratado de Roboré, sorprendentemente, Brasil renunció a varias concesiones petroleras en el área de Santa Cruz e inexplicablemente accedió a retirarse de ciertos puestos de avanzada a lo largo de la Banda oeste del Paraguay. Al hacer esto Itamaraty sorprendió y agradó a Bolivia, enfureciendo a la prensa amarilla brasileña. ¿Por qué Brasil dejó esas duramente ganadas conquistas? ¿Por qué los paulistas aparentemente impusieron un súbito alto a su marcha hacia el oeste?

¡BRASILIA ES LA RESPUESTA! La creación de esta capital de avanzada por Juscelino Kubistcheck es un golpe geopolítico en la batalla por el "heartland". Probablemente Itamaraty razona que este desplazamiento hacia el oeste del centro nacional de gravedad intensificará el asentamiento brasileño en el "hinterland" e INEVITABLEMENTE ARRASTRARA A SANTA CRUZ DE LA SIERRA DENTRO DE LA ORBITA BRASILEÑA POR MEDIOS INFORMALES

Y PACIFICOS. La probable ganancia es mucho mayor que las pocas millas cuadradas de tierra y las concesiones petrolíferas inexplotables que se renunciaron en Roboré. LO QUE BUSCA ES CHARCAS Y EL CONTINENTE Y BRASILIA ES UN PUNTO FUERTE PARA ELLO.

Largamente agitado entre las influencias del Atlántico y las del "heartland", Brasil optó por el Continente, la creación de Brasilia implica que por primera vez los luso-brasileños han cruzado la línea de Tordecillas con fuerza. No más se agarrarán como cangrejos a la costa; ahora se moverán tierra adentro en masa, DOMINANDO y no meramente ocupando el vasto espacio que es Brasil. PORQUE AUNQUE EL ESPACIO GEOPOLITICO ES PODER, DEBE ESTAR DOMINADO PARA SER EFECTIVO. La gente debe tomar "plena posesión del suelo instintivamente sin plan o presión gubernamental". En el pasado los brasileños fueron excelentes en la aplicación de esta relación suelo pueblo, conquistando mediante la colonización, pero la tendencia fue concentrarse sólo en la costa, sobre las arterias fluviales y sobre las tierras adyacentes. Su frontera de avance era estrecha; ahora, sin embargo, con la transferencia de la capital nacional a Brasilia la situación debería cambiar y la creciente presión poblacional sobre las fronteras vivas del Brasil debería acelerar la marcha hacia el oeste. El nuevo Brasil debería entonces distanciarse de su rival, la espaciosa pero altamente urbanizada Argentina con base en Buenos Aires, en la carrera por Santa Cruz hacia el Charcas "heartland".

Un Brasil sin límites y una Argentina vasta son, por tanto, los rivales reales para la dominación de Charcas, no lo son el contendor del siglo XIX, Chile ni su presente ocupante, Bolivia. Desde que ganó su independencia, Bolivia a medida que la periferia se contrajo sobre el núcleo en colapso,

ha perdido un total de 1.274.675 Km2. o casi el 54% de su herencia colonial. EL PRONTO DESPERTAR DE CHILE ACERCA DE LAS OPORTUNIDADES Y PELIGROS DE UNA BOLIVIA PODEROSA SE EVIDENCIA POR LOS INCESANTES ESFUERZOS QUE HIZO TRATANDO DE DEBILITAR A LA REPUBLICA ANDINA. Cuando Andrés de Santa Cruz intentó realizar las posibilidades geográficas de Bolivia conquistando al Perú y uniendo las dos naciones, Chile declaró la guerra. Derrotada en las tierras del oeste y agitada por la rebelión la Confederación de Santa Cruz se desmoronó en 1839.

Con el fin del Gran Perú, Chile continuó su política de debilitamiento fomentando la discordia y el enfrentamiento interno en Bolivia. Tentado por los campos de nitrato del Atacama, Chile trepó por la pendiente del Pacífico y durante la presidencia de Mariano Melgarejo ganó el derecho de explotación conjunta. BOLIVIA ESTABA PERDIENDO SUS DERECHOS SOBERANOS DEBIDO A LA FALTA DE DOMINIO SOBRE SU ESPACIO Y HASTA MELGAREJO SE DIO CUENTA DE ELLO. Enfrentando la amarga verdad de que el Brasil estaba en posesión del lado oeste del Paraguay y del área entre el Madeira y el Yaraví, Melgarejo los entregó en 1877 cambiándolos por un puerto seguro sobre el Paraguay y derechos de navegación sobre el Amazonas. Habiendo asegurado estas arterias atlánticas para Bolivia, Melgarejo siguió adelante con un intento de dominio sobre la periferia este, al negociar con dos americanos, A.D. Peper y Coronel George E. Church, para que colonicen el Acre y abran las comunicaciones alrededor de las caídas del Madeira. Pero ambos proyectos fracasaron con la defenestración del tirano y el resultado inevitable fue la anexión del Acre por Brasil en 1903.

Brasil al este, Argentina hacia el sur y Chile hacia el oeste: BOLIVIA ESTABA MURIENDO LA MUERTE DE MIL CORTES Y SUS LIDERES AUNQUE TENIAN EL "HEARTLAND" NO TENIAN LA CABEZA PARA PARAR LA HEMORRAGIA. El concepto geopolítico de la naturaleza del Estado declara que "la decadencia de todo Estado es el resultado de la pérdida de la concepción del espacio" y CONCEPCION DEL ESPACIO ES PRECISAMENTE LO QUE LOS DIRECTORES DEL DESTINO DEL ALTO PERU INDEPENDIENTE NO TENIAN. Sus predecesores españoles pensaban en términos continentales e incluso globales y consecuentemente Charcas como "el eslabón central" del Imperio de Sudamérica irradiaba poder.

BAJO LAS NORMAS CAUDILLESCAS, PEQUEÑAS Y CORTAS DE VISTA, BOLIVIA SE ENCERRO EN SU AREA CENTRAL Y PERMITIO QUE LA PERIFERIA SE CIERRE SOBRE ELLA. Con tal liderazgo, o mejor dicho con la falta de él, las amputaciones al cuerpo político boliviano continuaron.

La guerra del Pacífico cortó la salida de Bolivia a ese Océano. Aunque Chile virtualmente compensó a Bolivia con un FF.CC. desde la costa, esté sirvió más bien como otra ruta de penetración. Los días de Chile, como un aspirante a potencia estaban sin embargo contados. Limitado en área, encerrado entre la cordillera y el Pacífico, con mil millas expuestas de líneas costeras y enfrentando una demanda cada vez menor por los nitratos que pagaban su caro establecimiento militar, Chile comenzó a retroceder. Santiago además enfrentó a La Paz en ascenso. Influenciados por conceptos geopolíticos, los estadistas bolivianos de la década de 1920 iniciaron una política de reivindicación. Se hicieron esfuerzos para sellar la soberanía boliviana sobre las periferias remo-

nentes y para romper el anillo de hierro que estaba cerrándose sobre Charcas. EL RESULTADO FUE LA GUERRA DEL CHACO, LA QUE BOLIVIA PERDIO MAS A TRAVES DE MALOS MANEJOS QUE POR FALTA DE PREPARACION Y LOGISTICA. La visión del Presidente Salamanca de una poderosa y regenerada Bolivia, se disolvió como el humo de los cañones del Chaco y una vez más, batallones andinos derrotados volvieron a refugiarse en su reducto montañoso.

Desilusión y presión siguió a la derrota del Chaco. BOLIVIA REVIRTIOSE A SU CONDICION ENDEMICA DE REVOLUCION Y CAOS HASTA 1952 cuando el MNR, bien aderezado con fondos de ayuda norteamericana, trajo algún grado de estabilidad y progreso. EXISTEN POCAS INDICACIONES SIN EMBARGO DE QUE EL MNR SERA DURADERO O BENEFICIOSO. Mientras tanto, las fuerzas dinámicas de la periferia persisten en su presión interna hacia el "heartland" ahora estático. COMO EL NEXO PARA INTENSAS RIVALIDADES INTERNACIONALES Y CONFLICTOS IDEOLOGICOS, CHARCAS, AGITADA ENTRE ESTE Y OESTE NORTE, EL AMAZONAS Y EL PLATA, CONSTITUYE EL "PUNCTUM DOLENS" DE SUDAMERICA. Permanecerá así hasta que la cuestión de la denominación continental se decida.

Dominación Continental de Sudamérica implica Imperio Transcontinental. Charcas con sus pasos en Santa Cruz y Tarija provee acceso al Pacífico desde las tierras bajas del Atlántico Sur. Otras rutas menos accesibles hacia el norte, en el Alto Amazonas, también están disponibles siendo las dos más prácticas, la huella de Lima a Huanuco y de ahí a Pucallpa sobre el río Ucayally y el pasaje desde Puerto Etén

hasta Bella Vista sobre el río Marañón. Ambas rutas cubren las cabeceras de agua del Amazonas y convergen sobre el pueblo peruano de Iquitos, la fortaleza colonial de Tabapinga en Brasil y el Puerto Colombiano de Leticia. Este punto focal cerca de la unión entre Yaraví y el Marañón donde tres naciones se tocan y una cuarta, Ecuador, tiene pretensiones, es otra zona de fricción geopolítica en Sudamérica.

Los luso-brasileños han estado trepando a lo largo del "río mar", el Amazonas, desde la fundación de Belem en 1618. El mismo eje nórdico de avance sobre el Amazonas que bajó por el Madeira ocupó el Acre y amenazó Charcas desde el norte, también avanzó por el Marañón hacia las costas del mar del sur. Bajo el comando del gran Barón de Río Branco, Itamaraty casi ganó para sí el Pacífico. En 1904 el Ecuador ofreció ceder al Brasil "todo el territorio disputado con el Perú desde Túmbez hasta la frontera brasileña"; esto a cambio de una alianza ofensiva — defensiva. Un tratado secreto entre las dos naciones se firmó, pero cuando vino el enfrentamiento con Perú en 1909 el Barón optó por una solución pacífica, quizá debido al desorden existente en Manaos y a los rumores de motines en la flota. Así, la marcha para el oeste del Brasil marcó su punto en el tiempo sobre Tabatinga.

Perú, después de ocupar el disputado territorio ecuatoriano en el Alto Amazonas, contrarrestó la marcha hacia el oeste del Brasil con su propia "pan-idea": "la marcha para la selva". Se hicieron intentos para abrir comunicaciones con los aislados territorios transandinos, se avanzaron propósitos para transferir la capital desde Lima hacia una localización más concéntrica; se pusieron tropas en la plaza de Iquitos, pero Perú permanece aun dependiente del circuito marítimo

de la ruta Lima-Panamá-Belem Iquitos para su comunicación con las tierras vírgenes del Alto Amazonas. Consecuentemente, la línea vital de Perú hacia sus tierras orientales está a merced del Brasil como lo está la de Colombia, la tercera nación que toca la zona de Leticia.

Colombia, situada en el triángulo norte oeste de Sudamérica que limita con el Paso de Pasto en el sur, Panamá en el norte y Trinidad en el este, está geográficamente aislada del resto del Continente por la Cordillera Oriental y nunca ejerció soberanía efectiva en los llanos orientales. La evidencia de esto está dada por la inefectiva respuesta militar de Bogotá al asalto peruano sobre Leticia en 1932 y la continuación de la violencia en el Amazonas Colombiano. Geográficamente las áreas transandinas de Perú y Colombia son parte de la Cuenca Amazónica y geopolíticamente de acuerdo con Carlos Badía Malagrida, pertenecen al Brasil. En "la marcha hacia el oeste" versus la "marcha para la selva" y "violencia" –una-pan-idea positiva contra otra y un negativo factor de anarquía– las opciones están en favor de los paulistas; TANTO EN LETICIA COMO EN SANTA CRUZ DE LA SIERRA, LAS CIRCUNSTANCIAS GEOPOLITICAS FAVORECEN AL BRASIL.

Colombia hace alarde de su propio y constructivo concepto "pan": la Gran Colombia, que aún podría salvar la situación. Federación para el Ecuador, Venezuela y Colombia, particularmente para los últimos dos está dictada por la geografía. Cortado del resto de Sudamérica, este triángulo noroccidental está geopolíticamente dominado por cualquier nación que controle el Mar Caribe. Las tres cuencas principales de la "tierra firme" –el río Magdalena, el río Orinoco y el lago Maracaibo– proveen rutas naturales de penetración

naval y económica para potencias marítimas con base en el Caribe y, consecuentemente, Venezuela y Colombia se enfrentan hacia el norte y no hacia el sur al "heartland".

La construcción del Canal de Panamá junto con la diplomacia desplegada allí por Estados Unidos ha empujado aún más a la parte norte de Sudamérica dentro de la órbita de las Antillas, la cual junto con la periferia caribeana, está dominada por la fuerza aérea y naval norteamericana con base en la zona del Canal de Panamá, Bahía de Guantánamo, Puerto Rico y las Islas Vírgenes. LA OCUPACION SOVIETICA DE CUBA HA ESTREMECIDO, SIN LLEGAR A ROMPER LA HEGEMONIA "YANQUI" EN EL "MEDITERRANEO DEL NUEVO MUNDO" Y PUEDE SER QUE HABIENDO GANADO LA LLAVE HACIA EL CARIBE LOS COMUNISTAS AHORA CONCENTREN SUS ESFUERZOS EN GANAR LA LLAVE HACIA SUDAMERICA: BOLIVIA.

Tiahuanaco, de acuerdo con los ancestros es el "aismundi americani". Alrededor del Charcas "heartland" centrándose sobre el triángulo clave de Sucre-Cochabamba-Santa Cruz de la Sierra, roto el Continente Sudamericano. En tiempos precolombinos y coloniales se irradió poder desde esta tierra alta pero con el fin del Imperio la periferia de hierro se contrajo y encerró al eje de Sudamérica. Sin balance, el Continente se bambolea con la lucha de vastos superestados potenciales que procuran el pivote (es decir Charcas). El victorioso ganará un imperio transcontinental y poder global. ¿De qué suerte de futuro serán testigos las silenciosas rocas del Tiahuanaco? ¿Serán brasileñas? ¿Argentinas? ¿O quizás incluso de una Bolivia renaciente? Geopolíticamente la ventaja yace con el Brasil, pero la DECISION FINAL SOBRE

Traducc. libre del trabajo de Lewis Tambs - 1963

EL PIVOTE DE CHARCAS Y EL CONTINENTE QUEDA CON EL TIEMPO Y LA GEOGRAFIA.

CARACTER NACIONAL Y CIENCIA POLITICA EN AMERICA LATINA
(Febrero 1971)

La problemática del carácter nacional es antiquísima. Ya Aristóteles refirióse al tema, sublimando a los griegos en términos de superioridad sobre otros pueblos. Luego, con el devenir del tiempo y la formación de los Estados Nacionales, nuevamente afloró esta idea, ahora en relación con el nacionalismo, destacándose particularmente los alemanes hasta la eclosión final del nacional socialismo.

Se trató de explicar al carácter nacional a partir de tres factores: a) los de influencia "divina"; b) los ambientales; y c) los factores raciales. El primero hace referencia a la idea de "Pueblo Elegido" que ha sido característica de los judíos y quizá esta idea –reforzada durante los siglos de la diáspora– haya contribuido a mantener la cohesión del pueblo hebreo en las etapas más álgidas de su tortuosa historia.

El segundo factor –el ambiental– es el típico "estudio" de los turistas. Carece de validez aunque pueden aceptarse algunas generalizaciones. El tercer enfoque, el racista, ha sido el más usado y el que más perjudicó al estudio sobre bases científicas del carácter nacional. Fue así como esta noción, perjudicada en extremo, pasó años en un cono de sombra hasta la obtención de resultados espectaculares durante la segunda guerra mundial, en especial con respecto al carácter nacional de los japoneses y la manera en que debía encararse la rendición total de ese país. Se llegó por ejemplo, entre otras muchas conclusiones válidas, a que dada la sacralización del

Emperador su figura no debía ser tocada para nada durante las negociaciones de rendición total.

Todos los estudios sobre el carácter nacional tomaron la ruta de Mead, Benedict, Gorer y otros antropólogos que centraron el estudio del mismo en torno a bases mucho más científicas, aunque algunos de esos estudios generaron incesantes polémicas. La mayoría de los trabajos se guiaron por las nociones de "cultura" y "personalidad". A través de la antropología estructural se buscó establecer las relaciones de parentesco en las comunidades primitivas; se enfatizó la importancia que en el desarrollo del carácter tienen las experiencias tempranas de la niñez; y, por último, se observó que las relaciones hijo-familia, familia-ambiente social, etc., eran también aspectos determinantes de la estructura del carácter.

Por estos caminos también se llegó a excesos. Gorer por ejemplo, mencionó la importancia del control esfintérico de los niños japoneses en la evolución del carácter nacional japonés. Asimismo, el envolver a los bebés como aspecto muy importante para el futuro desarrollo del carácter ruso; la competencia como característica de la vida en Estados Unidos, etc. Pese a lo interesante de sus estudios, se llegó a generalizaciones muy vagas y poco precisas. Es más: se tendía nuevamente hacia el antropomorfismo.

Surgieron también, estudios como el de Dicks, basados en el psicoanálisis y en la psicología social y enfoques empírico-psicologistas como los de Inkeles. Este último autor define al carácter nacional como "pautas modales de personalidad" dentro de una sociedad. Da énfasis a la medición concreta basada en escalas psicológicas. Inkeles hace también un recuento de las principales nociones acerca del carácter nacional y de las diversas formas en que se lo ha interpretado. Así, habla del carácter nacional como pauta institucional,

como acción, como psicología racial y como tema de cultura ("Volkgeist"). Luego critica cada una de estas posturas al afirmar que no son suceptibles de comprobación empírica y medición cuantitativa. Inkeles encara además la problemática con un sesgo ideológico notable al exaltar la noción de "carácter democrático". Por último señala la necesidad de efectuar estudios macro-comparativos entre naciones para llegar a una definición unívoca del concepto.

Este incompleto y desordenado recuento, nos sirve empero como marco preliminar de referencia para ubicarnos en el amplísimo contexto del carácter nacional. Vemos que el tema, no por confuso y falto de decantación, deja de ser polémico y, por sobre todo, crucial. Especialmente en esta etapa en la historia de las ideas cuando los pueblos periféricos se encuentran en estado de ebullición comenzando a sacudirse la modorra del atraso y el yugo del colonialismo caduco, resulta imperiosa la necesidad de contar con un mínimo de instrumental analítico que permita generalizaciones valederas y perdurables con respecto a la problemática del carácter nacional de los pueblos.

Ahora bien, restringiendo el contexto: ¿Existen estudios acerca del carácter nacional en América Latina? De acuerdo con nuestro modesto entender, nos atrevemos a decir que no, salvo los estudios hechos por turistas al estilo de "Inside South America" de John Gunther y otros, o aquellos ensayos ideológicos sin pretensiones de objetividad.

Dado el estado embrionario de la ciencia política latinoamericana, obviamente no podemos esperar grandes resultados en un principio. Sin embargo, es imprescindible la pronta adopción de una pauta metodológica de estudios sobre el carácter nacional de los pueblos latinoamericanos en particular y que ésta, sea susceptible de generalizarse a nivel

continental. Sólo así podremos tener una visión panorámica de nuestras virtudes, defectos y tendencias en un mundo de cambio incesante en el que el rezago de América Latina ya es notable. Claro está, somos nosotros los únicos que podremos cubrir la brecha existente si queremos crear nuevas estructuras propias que condicionen nuestro devenir. Pero para lograr tales objetivos, es necesario un estudio serio, científico e imparcial. El cientista político latinoamericamo tiene ante sí un tremendo desafío: el crear formas políticas adecuadas para superar la insuficiencia dinámica de nuestras economías y generar una disciplina del desarrollo. Ello solo será posible si evitamos cegarnos con ideologías obtusas y a veces hasta mal interpretadas; si logramos una asepsia científica a priori para introducir los juicios de valor necesarios a posteriori; si logramos, en suma una objetividad que nos lleve al fondo de nuestras verdaderas realidades. No tenemos por qué pensar en un mundo polarizado. Debemos tenerlo presente sí, pero sin ofuscasión. Habría que revertirse un poco quizá a lo que decía Montesquieu e interpretarlo en su sentido amplio: "las leyes son relaciones necesarias que se derivan de la naturaleza de las cosas".

También resulta obvio que para lograr tal cosa, se necesita una noción clara y precisa de los factores que nos unen y nos separan. Y para ello, surge como una condición previa, el estudio objetivo del carácter nacional de nuestros países.

Sería interesante que tal estudio parta de un trasfondo histórico-estructural totalizante que a la par de explicar las tendencias centrífugas del continente y su fragmentación posterior, deje sentadas las bases objetivas para una futura unión gradual de Latinoamérica. Dicho estudio también tendrá que

utilizar otro tipo de instrumental que nos permita obtener inferencias válidas y de utilidad contemporánea. No sólo se requieren estudios que *expliquen* nuestra balcanización; se debe exigir además una *terapéutica*.

Así, pues, cabe esperar un fructífero y pronto desarrollo de estas nociones básicas. Desarrollo necesario a todas luces además, si queremos observarnos a través de un prisma propio y no por medio de lentes foráneos que nos clasifican como "natives", "nonwesterns", etc. Claro está hay que reconocer el gran adelanto de las técnicas científicas y el cambio de énfasis logrado en los últimos años por los científicos sociales del hemisferio norte. Sus experiencias son valiosas y debemos tenerlas siempre presentes y hasta como guías en determinados casos. Permanece sí, el problema global de América Latina: generar un orden propio de acción, una dinámica, una "idea-fuerza" realmente latinoamericana que surja de nosotros mismos y actúe como motor de nuestro ascenso hacia una sociedad más feliz, más justa.

PODER POLITICO Y TIPOS IDEALES DE DOMINACION
(Enero 1971)

En este breve trabajo, intentaremos resumir los principales planteamientos de Max Weber en torno a la problemática del poder, la dominación y los tipos ideales que emanan de ésta. Adicionalmente, trataremos de examinar las concomitancias emergentes del análisis. No se pretende de ninguna manera agotar ni profundizar el tema; simplemente esbozamos en líneas generales lo más pertinente y relevante.

El poder, es decir, la capacidad para determinar la conducta de otros de acuerdo con nuestros propios deseos, es

un fenómeno social de extrema importancia. Prácticamente no existen interacciones sociales en las que no se presente alguna relación de poder. Aunque los filósofos y teóricos de la política desde los tiempos de Platón y Aristóteles se preocuparon por las consecuencias sociales y humanas de la subordinación, las contribuciones más claras recién podemos remontarlas al siglo XIX, más específicamente, a los escritos de Max Weber y Georg Simmels sin desdeñar por ello, claro, otras importantes contribuciones como las Pareto, Mosca y Michels.

Otros pensadores como Maquiavelo y Hobbes también analizaron relaciones de poder, pero fue el pensamiento sociológico el que puntualizó sistemáticamente que el ejercicio del poder, salvo casos marginales o aislados, involucra un elemento de *obediencia* y: por tanto, hay un elemento recíproco inherente a las relaciones de poder que se establezcan. Así, el ejercicio del poder aunque en última instancia depende de la probabilidad de aplicar sanciones coercitivas ante casos de rebeldía, implica *algo más* que la imposición unilateral de una voluntad de dominios y aquí es donde cabe la noción de *aceptación*. Ahora bien, si el poder implica obediencia, ésta puede basarse en muchas cosas. Por ejemplo, entre aceptar una multa policial y una sanción —digamos— de un padre de familia, existen importantes diferencias dadas por los disímiles elementos involucrados en cada una de las relaciones. Entonces, debemos distinguir diversos tipos de obediencia voluntaria y es en este contexto donde adquieren crucial relevancia las contribuciones de Max Weber.

Al proponer una clasificación de los tipos de autoridad, es decir, de formas a través de las cuales se legitima el poder, nos equipó con un método por cuyo intermedio era dable

distinguir las diferentes bases conceptuales de la obediencia. Su triple clasificación de tipos puros de autoridad —autoridad legal, autoridad carismática y autoridad tradicional— ha sido criticada en muchos aspectos; empero, continúa siendo el punto de partida para innumerables teorizaciones contemporáneas.

Lo que a nosotros nos interesa no es el interrogar acerca de si un sistema político debe ser obedecido o no; haremos una pregunta más modesta pero mucho más compleja: ¿Cuáles son los factores de obediencia o de apoyo de un sistema político? Es usual admitir que todo sistema político funciona, tiene su fundamento en la obediencia voluntaria y en la coacción. Cabe entonces otra pregunta: ¿Cuáles son las bases sociales y psicosociales de la obediencia voluntaria? ¿Por qué se obedece a un sistema político? Weber tiene una respuesta para ello. El afirma, en primera instancia, que los sistemas políticos se obedecen por las siguientes razones: a) Por razones de interés (implícito: un cálculo de ventajas y desventajas); b) Se puede obedecer por inercia mental, por costumbre, por simple conducta habituada; c) Puede ser que el apoyo a un sistema político provenga de sentimientos efectivos y emocionales; d) La obediencia puede basarse en razones ideales derivadas de los valores fundamentales, ideales del sistema político. Estos factores no se excluyen, antes bien, podemos imaginarlos dados en la vida real bajo numerosas combinaciones. Sin embargo, es muy importante reconocer que cualquier sistema político que base su existencia en las razones mencionadas tiene sus días contados ya que sería un sistema altamente inestable. Ninguno de los factores por separado ni ninguna de sus combinaciones son una condición suficiente para la perdurabilidad del sistema.

Para decirlo en las palabras de Weber: "La dominación,

o sea la probabilidad de hallar obediencia a un mandato determinado, puede fundarse en diversos motivos: puede depender directamente de una constelación de intereses, o sea de consideraciones utilitarias, de ventajas o inconvenientes por parte del que obedece; o puede depender también de la 'mera' costumbre, de la ciega habituación a un comportamiento inveterado, o puede fundarse por fin, en el puro afecto, en la mera inclinación personal del súbdito. Sin embargo, la dominación que sólo se fundara en tales móviles sería relativamente inestable. En las relaciones entre dominantes y dominados, en cambio, la dominación suele apoyarse interiormente en *motivos jurídicos*, en motivos de su 'legitimidad', de tal manera que la conmoción de esa creencia en la legitimidad suele, por lo regular, acarrear graves consecuencias".

Con respecto al interés cabe mencionar dos problemas. En primer lugar, es imposible estimar el efecto sobre cada individuo de los actos de autoridad del gobierno. Resulta muy difícil la obtención de un cálculo racional de las utilidades sociales. Por otro lado, la imposibilidad de alcanzar un óptimo paretiano social se ve reforzada por el hecho de que no todas las decisiones políticas se equidistribuyen. Habrá siempre un "bias" hacia los estratos más importantes e influyentes con el fin de intentar mantener la constelación de poderes existente.

El hábito resulta ser aún más inestable ya que sólo se trata de la rutinización de conductas internalizadas en el primer nivel de la subconsciencia, lo que implica el peligro latente de modificación de las pautas habituales ante la emergencia de situaciones que pongan en jaque la fundamentación racional de esa costumbre. Con respecto a c) y d) también encontramos serios reparos en cuanto a la factibilidad de convertirse en sólidos elementos de apoyo.

Toda relación social basada en estados emotivos tiene una alta carga de inestabilidad dada la fluctuación continua de tales variables y un sistema político que se fundamente en ellas no será la excepción a la regla.

Cabe preguntarse entonces de dónde proviene el apoyo que genera estabilidad histórica. Hay un elemento más estable que otros y es lo que Weber llama *legitimidad*, es decir, la creencia de que el sistema político es obligatorio y que, por tanto, es un deber obedecerle. Ese apoyo será constante dentro de ciertos límites específicos y serán obedecidas incluso las decisiones que resulten contrarias al propio beneficio. Así, la legitimidad es la base de la obediencia voluntaria y la autoridad —dominación— es el poder legitimado. Sin esta legitimidad sería imposible pensar en el funcionamiento de un sistema político. Es más, la legitimidad, el efecto de la legitimidad de un sistema político decrementa sus costos de operación ya que será menor la parafernalia de mecanismos de coerción puesto que el habitante de la comunidad acatará las normas impuestas debido a que "es bueno obedecer", "a que será moralmente digno si así lo hace", "existe una ley y hay que respetarla", etc., etc. Estas pautas conductuales derivadas de la creencia en la legitimidad del sistema no sólo lo prolongan a través del tiempo cohesionándolo y creando una conciencia nacional: también, en términos "economistas", abaratan su funcionamiento pues como hay una relación inversa entre grados de legitimidad y costo de la obediencia, a mayor poder legítimo menor será el gasto en la creación de obediencias.

— II —

La noción Weberiana de legitimidad al margen de la connotación psicológica, tiene importantes implicaciones estructurales ya que cada tipo de autoridad genera sus propias

formas de dominación política con estructuras diferenciadas. Al decir de Weber, "en forma totalmente pura", 'los motivos de legitimidad' de la dominación sólo son tres, cada uno de los cuales se halla enlazado —en el tiempo puro— con *una estructura sociológica fundamentalmente distinta del cuerpo y de los medios administrativos*

Así, pues, Weber distingue tres tipos de justificaciones internas, de fundamentos de la *legitimidad* de una dominación legal, la dominación tradicional y la dominación carismática.

Dominación legal.- Es la típica del Estado en una sociedad capitalista occidental. Implica que se obedece "en virtud del estatuto". Weber considera que su tipo más puro es la dominación burocrática y que su idea básica es que cualquier derecho puede modificarse y/o crearse por medio de un estatuto sancionado correctamente en cuanto a la forma. Se obedece a la autoridad impersonal ("El funcionario") de acuerdo con la regla estatuida. A su vez, el funcionario "obedece" al cargo en cuanto representación impersonal de su ubicación en el esquema racional-legal. Así, el que ordena obedece en virtud de un principio formal y abstracto.

Dominación tradicional.- Consiste en la obediencia basada en la sacralidad de las tradiciones inmemoriales. Su tipo más puro es el del dominio patriarcal. Presenta similitudes con el hábito pero aquí estamos en presencia de una creencia en la obligatoriedad basada en la tradición y en el peso de ésta mientras el hábito —de acuerdo con lo expresado anteriormente— es una expresión rutinizada de patrones de conducta. Además, este tipo de dominación incluye por cierto, un marco objetivo estructural más amplio que el espectro psicosocial subyacente en la mera costumbre.

Dominación carismática.- Forma de dominación que se impone por la ejemplaridad del jefe, caudillo o líder al que se le asigna una cualidad sobrenatural que lo destaca por encima de sus semejantes. Hay una devoción afectiva a la persona del Señor y a sus dotes excepcionales sean éstas revelaciones o heroísmo, facultades mágicas, poder intelectual u oratorio. Es muy importante destacar la profunda relación establecida entre el caudillo carismático y los que le siguen. De ahí que los paradigmas sean casi siempre de tipo místico-religioso o político-militar; e.g., Mahoma y Napoleón. Claro que hay que tener especial cuidado pues líder carismático *no es lo mismo* que dominación carismática. Lo que pasa es que en el lenguaje coloquial esta noción es la más popularizada y, entonces, algunas veces se presta a connotaciones bastante alejadas de la conceptualización primaria de Weber.

"Es evidente —como señala Max Weber en "La política como vocación"— que, en la realidad, la obediencia de los súbditos está condicionada por muy poderosos motivos de temor y de esperanza y junto con ellos, también por los más diversos intereses". "*Pero cuando se cuestionan los motivos de legitimidad" de la obediencia nos encontramos siempre con uno de estos tres tipos puros.* Los tipos puros se encuentran, desde luego, muy *raramente en la realidad,* pero hoy no podemos ocuparnos aquí de las intrincadas modificaciones, interferencias y combinaciones de estos tipos puros..." (Sin subrayar en la obra citada).

Conviene detenernos para profundizar un poco algunos conceptos.

Vimos que la noción de legitimidad no se da en la realidad tal como Weber la describe y tampoco él tuvo en mente tal propósito. Debemos tenerla presente como instru-

mento de análisis que permite organizar categorías para descubrir grados de convergencia o divergencia con lo real. Por otra parte, tampoco podemos tomar estos conceptos aislados; es imprescindible ubicarles en un contexto histórico-social en mutua interacción con la gama fenoménica que se da en las estructuras culturales, económicas, sociales y políticas de la conducta humana. Así, cada uno de estos tipos de dominación genera sus propias formas organizativas y puede desembocar con el decurso del tiempo en otras formas de autoridad las que a su vez crearán nuevas formas organizativas influyendo éstas a su vez, en los cambios estructurales de la sociedad, etc. Si rastreamos superficialmente la historia de algunos países europeos podemos observar que antes de llegar al Estado Nacional moderno —impersonal y racional legal atravesaron estadios en los que pudo verse tipos de dominación carismática y tradicional o combinaciones de ambos. Hoy en día —mutatis mutandis— es dable advertir también, combinaciones entre estos tipos de dominación o "nuevas formas" que en definitiva no se alejan demasiado de los tipos puros de Max Weber.

Lo sustantivo del análisis Weberiano radica en la univocidad que imprimióle a los "tipos ideales", sean éstos los que estudiamos ahora referentes a la dominación o referidos a cualquier otro aspecto de la vida social. El tipo ideal se obtiene —siguiendo a Freund— al acentuar unilateralmente uno o varios puntos de vista y articulando una multitud de fenómenos aislados y difusos los que se ordenan según los precedentes puntos de vista escogidos formando así, un homogéneo cuadro de pensamiento. El tipo ideal, entonces, designa al conjunto de conceptos que el especialista en ciencias humanas construye para fines exclusivos de la investigación. Por ser

una racionalización utópica y unilateralizada, viene a ser el "diseño" racional de la investigación, cuya estructura lógica se independiza de las fluctuaciones de lo real; lo que aparece confuso y caótico en nuestra experiencia existencial, se presenta como una totalidad histórico-singular. El tipo ideal no tiene que identificarse con la realidad en el sentido de expresar la verdad auténtica. Al contrario, nos aleja de la realidad para poder maniobrar *analíticamente* con los conceptos que se estudian. El tipo ideal deriva su perfección de la lógica excluyendo toda valoración ética o normativa.

Las anteriores proposiciones nos resultan sumamente útiles para comprender la verdadera y significativa importancia de los paradigmas Weberianos. Para Weber, los tipos ideales no expresan ni las invarianzas ni el sustrato común de interacciones sociales. Son un *producto* de una elevación inicial a la que el observador privilegiará en función de los valores propios. Es *ideal* porque el tipo ideal no puede estar cargado de contenido concreto. El observador *elige* algunos rasgos que de acuerdo con sus juicios sean los más importantes Weber, por ejemplo, en su trabajo sobre el capitalismo y la ética protestante, privilegia ideas y conductas externas. Privilegiará e.g., la forma que adoptó el capitalismo sacralizándola y tratará de enlazar esa forma con un tipo de conducta humana que permite movilizar la acción de los hombres (el protestantismo). No se está forzando a la realidad sino formando una relación *arbitraria* típica-ideal para la descripción *objetiva* de un proceso pero a partir de algo seleccionado por uno en función de lo que uno *valúa*.

Y este es el principal aporte de Weber a la investigación social pues dio nueva luz a la problemática en marcos totalizantes. ¿Todo es objetivo? No, el punto de partida es

subjetivo; se "elige" un concepto pero a posteriori se deben construir instrumentos que permitan captar la especificidad de las relaciones en forma objetiva. Para Weber el concepto es racional: eso le permitirá crear los tipos ideales para categorizar y racionalizar conceptos que ordenan el pensamiento y que serán susceptibles de alcanzar contenidos concretos. Dentro de este contexto podemos pensar, por ejemplo, que la teoría marxista de la plusvalía es sólo un tipo ideal, una manera de sistematizar, ordenar y racionalizar conceptos. El error de Marx, según Weber, consistió en tomar a la plusvalía como expresión de la *realidad* siendo que sólo es un tipo ideal que puede aproximarse o no, a lo que sucede en la vida real.

— III —

En conclusión, Weber distingue entre poder y dominación. Para él, "poder significa la probabilidad de imponer la propia voluntad dentro de una relación social, aún contra toda resistencia y cualquiera que sea el fundamento de esta probabilidad". Además, "por dominación debe entenderse la probabilidad de encontrar obediencia a un mandato determinado contenido entre personas dadas". Como él mismo aclara, el concepto de dominación es más preciso y menos amorfo que el de poder, ya que —como vimos "ut supra"— involucra que hay una legitimidad inherente a la dominación que hace que la gente obedezca voluntariamente. Claro que en general y bajo todas las circunstancias, la relación de poder es violenta pero la mera violencia no es condición suficiente —aunque sí necesaria— para caracterizar la persistencia y perdurabilidad de una dominación. Será necesario *legitimar* el monopolio de la violencia, de la voluntad de dominio o de poder. En definitiva, debe existir una relación de obediencia

que sea aceptable y si bien existen infinitas formas de autoridad —poder legitimador, e.i., dominación Weber considera que históricamente se han dado tres formas puras (o ideales) de dominación que son las que hemos examinado. Es importante recalcar que la *base del poder continuará siendo la violencia o por lo menos, la posibilidad CIERTA de ejercerla,* pero no hay dominación, autoridad que perdure, sistema social en definitiva, sin un grado de justificación, de *obediencia interna* que está dado por la creencia en que los actos de autoridad son legítimos. A su vez la legitimidad puede tener su base en una determinada *ideología* que brinda su respectiva (Weltanschauung" a la comunidad la que podrá o no estar digitada en función de los intereses de una clase dominante y por supuesto, estará incrustada en la vasta gama de matices e interrelaciones de la conducta humana. Lo básico: la gente obedece voluntariamente al tipo de autoridad existente minimizando el uso efectivo de la violencia. Por otro lado, resulta obvio que cada tipo de dominación generará estructuras específicas y éstas, su propia dinámica de mutación.

Hemos dejado de lado muchas cosas. No hemos tocado, para citar un caso, las relaciones entre clases, comunidades, estamentos y partidos. Tampoco lo referente a las formas de organización, la rutinización del carisma y así sucesivamente. Intentar un trabajo de mayor envergadura escaparía a los motivos básicos de este artículo que sólo pretende reseñar una temática de crucial importancia para la teoría política contemporánea.

BIBLIOGRAFIA UTILIZADA Y CONSULTADA:

MAX WEBER, "Economía y Sociedad", 2 vol. F.C.E. México. L. A. COSER y B. ROSENBERG (Editores), "Socio-

logical Theory". Collier Macmillan Student editions, New York.
MAX WEBER: "Ensayo sobre algunas categorías de sociología comprensiva". Traducción M. M. Montes ELAS/FLACSO.
MAX WEBER: "El Político y el Científico". Alianza, Editorial, Madrid.
J. FREUND: "Sociología de Max Weber", Presses Universitarie de France.

LOS DESAFIOS DE AMERICA LATINA PARA EL AÑO 2.000
(Febrero 1985)

Mucho se ha escrito —y hablado— con respecto a lo que deberá hacer nuestro subcontinente con miras al tercer milenio. Junto con haberse realizado diversas elaboraciones de carácter prospectivo se acuñaron diversos "clisés" y frases retóricas, siendo quizá la expresión más famosa aquella de "el año 2.000 nos encontrará unidos o dominados", atribuída al extinto mandatario argentino Juan Domingo Perón. Muchas expresiones han estado de moda en todos estos años tales como "la nación latinoamericana" y otras por el estilo. A fuerza de ser francos, debemos admitir que hasta el momento no vemos una clara orientación hacia el futuro de nuestras sociedades, una orientación firmemente asentada en sólidas premisas y no en palabras rimbombantes. Los dramas y angustias del pasado, las inquietudes y crisis del presente, tienen la mente de nuestros líderes —con cierta justificación— ubicada en el "aquí y ahora" sin claras perspectivas acerca del futuro. Y es el futuro lo que debe preocuparnos si queremos

una América Latina sin palabrerios huecos y con paso firme y seguro hacia el año 2.000. Faltan solamente quince años para el mítico ingreso al siglo XXI. Nada en particular nos señala que habrá cambios sustanciales para esa fecha mágica; no necesariamente hay que atribuirle al año 2.000 un contenido específico. Sin embargo, es un hecho que la humanidad en los últimos años ha tejido toda una suerte de imágenes prospectivas en función de esa fecha y sin que tenga que "pasar algo", al llegar al nuevo siglo, esa realidad será un hito importante en el desenvolvimiento de nuestras sociedades.

Los quince años restantes están mucho más cerca de nosotros que un conjunto de fenómenos políticos ocurridos en el continente y sin embargo aún no hemos aquilatado esto debidamente. La revolución cubana ya cumplio 25 años; la revolución mexicana pasó el medio siglo; diversos procesos internacionales y nacionales que sacudieron a los pueblos latinoamericanos están —cronológicamente— muchos años más atrás de los años que restan hacia el 2.000. Sin embargo, persiste nomás cierta mirada hacia el pasado de nuestra dirigencia la que, útil y provechosa como ciertamente lo es, no debería obnubilar la perentoria necesidad que tenemos de mirar hacia adelante. Federico Nietzche acuñó un aforismo: "quien mira hacia atrás, termina como el cangrejo: también camina hacia atrás".

Así, pues, sin ignorar ni desdeñar nuestro rico pasado con toda su gama —positiva y negativa— de experiencias, los latinoamericanos debemos mirar hacia adelante. El ingreso al año 1985 nos coloca en una posición similar a la del legendario Jano, con una cara al pasado y la otra al futuro. Es el momento de ponderar experiencias y de planificar las

cosas. El mundo del futuro será de aquellos países que avisoren lo que vendrá y se preparen adecuadamente. Los inmensos recursos humanos y naturales de América Latina deberían brindar una situación estelar para el año 2.000. Más, he aquí que jóvenes pero traumatizadas sociedades se encuentran hoy arrastrando penosas cargas, con escepticismo y teñidas de incertidumbre. Hay que despejar la bruma y con sólido pensamiento positivo comenzar a otear el horizonte. La crisis actual debe ser objeto de crítica, de revisión de posiciones y de serena reflexión. No hay motivos para que nuestro mundo latinoamericano se derrumbe. Inclusive el peso de nuestra tremenda deuda externa no tiene por qué ahogarnos si estamos en condiciones de producir más y pagar. Si en el pasado se gastó mal el dinero, a otra cosa y basta ya de lamentaciones. En todo caso, por lo menos aprendimos lo que no debemos repetir, sabemos qué hay que hacer para evitar los males que nos aquejan. Trabajemos, pues mientras uno trabaja y recibe una suma adecuada por su esfuerzo, las deudas serán siempre pagadas y los procesos de desarrollo y capitalización continuarán su marcha ascendente más allá de cíclicos declives.

América Latina debe replantear toda su problemática de aspiraciones desarrollistas y hasta su propia inserción en el mundo. El mismo término "América Latina" está, hoy por hoy, en duda pues ya no solamente incluye al conjunto tradicional de países con herencia ibérica sino también a las nuevas naciones angloparlantes del Caribe. ¿Será América Latina en el futuro una simple referencia geográfica para organismos internacionales o mantendrá su pauta tradicional absorbiendo también generosamente en su seno a nuevas naciones de distinta cultura? ¿Tendremos que hablar de una

Iberoamérica —como ya se ha sugerido— o mantendremos nuestra más extendida nominación? Aunque parezca algo muy formalista, es uno de los modestos desafíos para el futuro: el ubicar realmente a nuestro subcontinente, sobre todo cuando el término "América" a secas aparece ya como inexorablemente ligado a un solo país, Estados Unidos, algo que ciertamente no sucedía en el pasado cuando todos éramos "americanos" y así se expresaban nuestros Libertadores desde Bolívar y San Martín hasta Martí.

¿América Latina es la parte pobre de Occidente o es el Tercer Mundo? Este es otro interrogante que nuestra élite deberá resolver. Somos obviamente occidentales por nuestra ubicación geográfica pero el transcurso del tiempo ha creado una corriente tercermundista que ganó poderosos adeptos. Sin embargo, el nivel de influencia latinoamericana en el Tercer Mundo es bajo; por ahora está en manos de los afroasiáticos, quienes además tienen mucha más conciencia de su plena inserción en esta categoría de las relaciones internacionales. Los latinoamericanos vacilamos, a ratos quisiéramos ser un apéndice del Primer Mundo (los países desarrollados de Occidente); no faltan los coqueteos con el Segundo Mundo (países socialistas) y, finalmente, aunque formalmente estamos en el Tercer Mundo y participamos de todos sus foros —como el Grupo de los 77 y el Movimiento de No-Alineados— no lo hacemos con suficiente convicción. El lógico resultado de estas ambivalencias es que en Occidente desconfían de nosotros y en el Tercer Mundo tampoco nos otorgan un pleno aval como miembros absolutos. Particularmente, creemos que nuestro futuro está al lado de Occidente pero es un hecho que este es otro desafío para nuestro porvenir: la inserción latinoamericana en el contexto internacional.

Abundante ha sido la literatura política y económica de los últimos años acerca de la "dependencia" y de sus presuntos males. Con todo lo valiosa que esta corriente de ideas ha sido en la interpretación de la realidad latinoamericana, creó subsidiariamente —y quizá sin proponérselo— una suerte de "teoría conspirativa" de naturaleza exógena que aproximadamente reza como sigue: "no nos dejan desarrollarnos para seguir explotándonos y es por eso que estamos como estamos". En otras palabras, América Latina está atrasada y sumida en innumerables problemas debido a una maquiavélica "mano invisible" que nos mantiene así y evita nuestro avance. ¿Esto es verdad? ¿O es conveniente mitificar la idea y crear esta conciencia como justificativo de nuestra propia indolencia e incapacidad? Hay que pensar seriamente en estos asuntos pues, si es cierta la teoría conspirativa, habrá que neutralizarla. Si es cierto el mito, entonces tendremos que darnos cuenta que nada nos ha impedido desarrollarnos y que nuestro estado actual es culpa nuestra, más allá del hecho elemental de que los de afuera siempre se aprovechan de nuestras debilidades internas.

Así como la inserción latinoamericana y las explicaciones de su atraso relativo son importantes y es necesario esclarecerlas para los años que vendrán, otra problemática no menos importante es aquella que tiene que ver con el desarrollo económico y político de nuestras sociedades. Toda la alquimia cepalina y de distintos centros de investigación no ha servido para nada. Los resultados están a la vista. El subcontinente anda a los tumbos sin definir una política de desarrollo clara, coherente y que, sobre todo, funcione. Este es otro de los grandes desafíos: procurar un camino que nos lleve a una sana explotación de nuestros recursos naturales,

con la finalidad última de proveer un mejor nivel de vida a los pueblos latinoamericanos, traducido en adecuados índices nutricionales, educativos, de ingresos, distribución equitativa de las riquezas y otros aspectos que no por no citarse son menos importantes.

La tendencia hacia la democratización latinoamericana es positiva y debe ser alentada como expresión de la marcha hacia sociedades pluralistas en el marco de un desarrollo político que, adecuado a las realidades de cada nación latinoamericana, tiene que llevarnos a una verdadera y constructiva etapa de entendimiento individual y colectivo. Para desterrar la permanente tentación autoritaria, necesario es cuidar a las democracias mientras éstas se perfeccionan, pero resulta imprescindible también que aquellos actores responsables del proceso sean capaces de demostrar fehacientemente las virtudes de la democracia, virtudes que no redundan solamente en la libertad de expresión y en la capacidad de disentir; deben, ante todo, ser eficaces. Otro gran desafío de la dirigencia latinoamericana será el probar - y comprobar — que la democracia verazmente camina y que no se diluye en las formas sino que tiene un amplio contenido que es palpado por el pueblo y lo beneficia tangiblemente.

Son muchos los desafíos latinoamericanos para que nuestra región entre al tercer milenio con pie firme y plena viabilidad. No podemos agotar el tema en un simple ensayo y debemos forzosamente "globalizar". No estamos ciertamente, entrando a considerar las enormes diferencias que de por sí existen a nivel intraregional y que significan fuertes disparidades y desniveles. Algunos comunes denominadores como los someramente expresados, creemos sí que son válidos, en el contexto específico de cada estado nacional de Latino-

américa y con la visión integracionista que debemos tener para reforzarnos mutuamente en el porvenir. Entramos aquí quizá en el más grande desafío de todos: ¿Seremos capaces los latinoamericanos de integrarnos? ¿Es la integración latinoamericana algo hueco o estamos avanzando hacia ella? Amigos lectores: si por palabras fuera, este continente ya estaría más unido que la mejor soldadura provista por la moderna tecnología.

Lastimosamente ello no es así; persisten conflictos regionales que crean sombras al proyecto común; los egoísmos y los intereses nacionales son más fuertes que la idea de unidad continental; la fuerte retórica de políticos, economistas y diplomáticos no ha penetrado en el grueso de la población, por la sencilla razón de que la idea continúa a niveles de abstracción y no de realidades concretas. Así sucesivamente podríamos continuar exponiendo una serie de fallas en el proceso integracionista. Para que la integración latinoamericana tenga éxito y podamos cumplir nuestra deuda histórica con los Libertadores, es necesario ahora intentar "repensar" la idea, hacer un balance de lo que pasó —o no pasó— en los últimos 20 años; qué procesos tuvieron éxito relativo y cuáles fracasaron; hay que estudiar la forma de unir prácticamente a nuestros pueblos. Cuando uno percibe que una carta enviada desde París llega más rápidamente a Buenos Aires que una enviada desde Lima; cuando cruzar una frontera o agilizar una exportación a un país vecino deriva en un tormento; cuando los sistemas de pagos entre bancos centrales se dificultan sobremanera; cuando para un colombiano es mucho más fácil viajar a Miami que a Caracas, las cosas no están caminando muy bien, algo está fallando. Nadie tiene las respuestas pero todos tenemos el mismo objetivo.

Hay, pues, que esforzarse para hacer de la integración latinoamericana una auténtica realidad ya sea en el marco de uniones económicas, políticas o de un nacionalismo solidario. Con paciencia, pues los procesos tomarán su tiempo, pero también con perseverancia y constancia.

Las contribuciones que pueda hacer América Latina al afianzamiento de la paz y de la seguridad mundiales, la perentoria urgencia de superar nuestra brecha tecnológica y promover el retorno de los millones de latinoamericanos que viven en Europa y Estados Unidos atraídos por mejores ingresos y perspectivas. Esto y mucho más, es parte de los tremendos desafíos que tenemos por delante. Repetimos: no hay una sola respuesta ni un solo camino; no hay tampoco una sola teoría política o ideología que nos brinde soluciones. Estas deberán ser forzosamente sincréticas, fruto de la realidad y fruto también de la necesidad de amalgamar diversas líneas de pensamiento en torno a una acción común.

El desafío está lanzado y solamente nos quedan 15 años. Falta —como diría Arnold Toynbee— la respuesta, la capacidad creativa de una dirigencia latinoamericana que superando problemas de la hora —ciertamente de imperiosa solución— mire el horizonte y sea capaz de discernir lo que nos espera pero con espíritu activo. El pasado está como experiencia, como lo bueno y lo malo. El futuro está frente a nosotros y tenemos la posibilidad de penetrar en la fantástica aventura, en la formidable tarea de crearlo, de influir en él. La clase dirigente latinoamericana tiene la palabra y la capacidad para actuar. Y debe hacerlo pronto. El tiempo es ineluctable. Lo que suceda está en nuestras manos. De nosotros depende.

INDICE

Se terminó de imprimir en
el mes de Agosto de 1985
en los Talleres Gráficos
POLIGRAF. Santiváñez 0317
Telf. 41317. Casilla 3881.
Cochabamba - Bolivia

AGUSTIN SAAVEDRA WEISE

Nació en Santa Cruz de la Sierra. Licenciado en Economía en la Universidad de Buenos Aires. Licenciado en Ciencia Política en la Universidad de El Salvador de Buenos Aires. Graduado de la Escuela Latinoamericana de Ciencia Política y Administración Pública de la FLACSO. Diplomado en Altos Estudios Militares, Promoción 1972. Cursó el Doctorado en Ciencia Política y realizó varios cursos de post-grado.

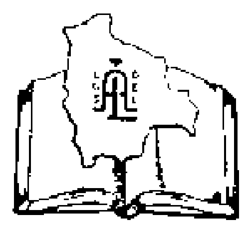
Ocupó diversas funciones en el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, donde ingresó por primera vez en el año 1962. Fue director interino de la Academia Diplomática, Director General de Asuntos Económicos Bilaterales, entre otros cargos. También fue Sub-Secretario de Comercio.

En el exterior ocupó funciones en las Embajadas de Bolivia en Argentina y Chile, como Ministro Consejero y Encargado de Negocios. Luego fue Embajador de Bolivia ante las Naciones Unidas y Organismos Internacionales con sede en Ginebra y el año 1982 se desempeñó como Ministro de Relaciones Exteriores y Culto.

Ha escrito cuatro libros e innumerables ensayos y artículos publicados en Bolivia y en el exterior. Co-autor de la "Antología Geopolítica de Bolivia", publicada en la Enciclopedia Boliviana de esta editorial.

Ha sido catedrático de Ciencias Económicas, Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales en universidades nacionales y argentinas.

Ostenta varias condecoraciones y es miembro de instituciones académicas y sociales nacionales y extranjeras.



LOS AMIGOS DEL LIBRO